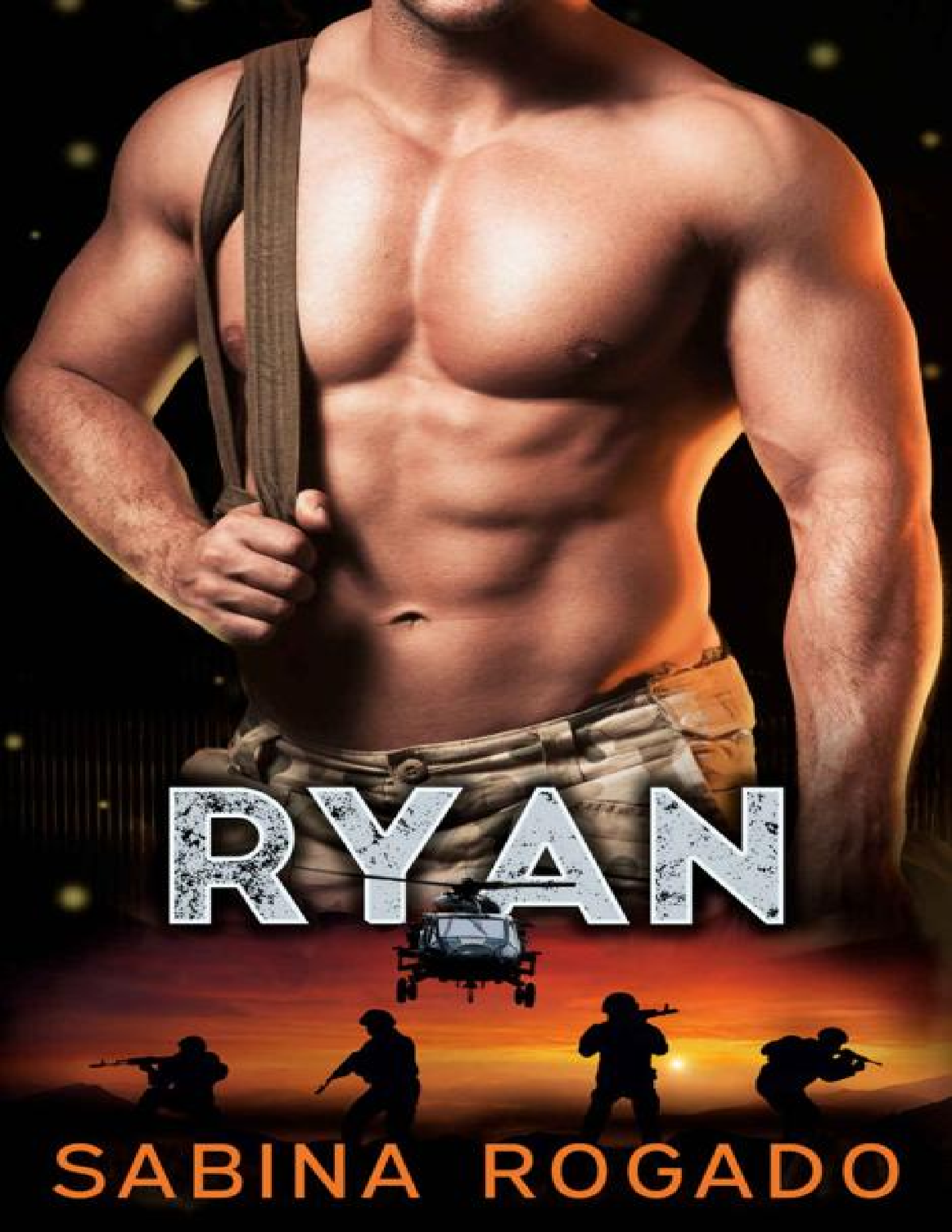

RYAN
SABINA ROGADO

RYAN

Sabina Rogado

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier tipo de procedimiento, sea electrónico, mecánico, o fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Fecha de publicación: 28/03/2025

Todos los derechos reservados

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

¿DÍA LIBRE? JA
LA NUEVA MISIÓN
NO DEJES PARA MAÑANA LO QUE TE PUEDAS TIRAR HOY
EL DESAPARECIDO NO ES TAL
SOY NOAH
¿PRETENDES PROVOCARME?
¿Y SI HACEMOS UN TRÍO?
¡BUM!
LA LLEVAS CLARA, TÍO
ASÍ QUE ORGÁSMICO, ¿EH?
¿TÚ DE QUÉ VAS?
¿POR QUÉ TE EMPEÑAS EN ALEJARTE DE MÍ?
NO PARECES LA NOAH DE SIEMPRE
QUIERO QUE SEAS MI PRIMERA VEZ
¡JODER! SE ACABÓ LA TRANQUILIDAD
QUIERO PROMETERTE ALGO
ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE
LA LLAMADA
HOLA, RYAN
PUEDES CONTAR CONMIGO
UNA SORPRESA INESPERADA
NO HE CONSEGUIDO OLVIDARTE
¿Y DE VERDAD PRETENDES QUE DUERMA AHÍ?
ESTOY JODIDO, MUY JODIDO
BIENVENIDO AL CLUB
TE TENGO, PEQUEÑA
REVELACIONES
TODO HA CAMBIADO, Y LO SABES
¿OTRA PROMESA?
YA NO PUEDO MÁS
YO TAMBIÉN QUIERO QUE SEAS MI PRIMERA VEZ
NO JUEGUES CON FUEGO
SIGO PENSANDO QUE ES UNA LOCURA

REPERCUSIONES
LA BOMBA
APAGADO O FUERA DE COBERTURA
UNA ENCERRONA DE CAMPEONATO
LA NOAH GUERRERA
LÍMITES INFRANQUEABLES
CONSECUENCIAS
HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO
UNA IMAGEN IRREAL
VOY A LUCHAR POR TI
UNA MÁS, ASÍ DE SIMPLE
ESTO NO ES NI MEDIO NORMAL
OTRO TÍTULO
TU OPINIÓN IMPORTA

¿DÍA LIBRE? JA

Ryan

Observo el cuerpo desnudo de la mujer que abandona la cama, mientras la muy bruja contonea las caderas en una incitación clara y provocadora.

Vaya, no ha tenido suficiente, quiere una despedida a lo grande, y ¿quién soy yo para negársela?

Su desparpajo logra que incline la cabeza ligeramente con la intención de recrear mi vista en unas curvas de infarto y no miento si afirmo que las conozco casi de memoria. El empeño evidente así lo constata. He recorrido cada una de ellas palmo a palmo con la lengua, los labios y, por supuesto, las yemas de los dedos durante horas enteras entre las sábanas de mi habitación, lo que provoca que una sonrisa socarrona aparezca por arte de magia en cuanto oigo el agua de la ducha.

Salgo a toda velocidad y voy tras sus pasos como mi madre me trajo a este mundo, siguiendo el excitante olor de sexo y desenfreno. Cuando estoy receptivo, poco tardo en reponerme, y a la desconocida que abordé anoche en el bar de Mat le basta el contoneo *sexy* y descarado para ponérmela dura. Si a eso le añado los gemidos que han salido por su boca sin contención alguna durante las cuatro veces que ha llegado al orgasmo, pues eso, tampoco es de extrañar que todavía no esté satisfecho y quiera más.

Abro la mampara y mi invitada me lanza una mirada de aprobación absoluta; a continuación, pasa a darme la bienvenida arrodillándose frente a mí. Al parecer, vamos a finalizar una noche repleta de sexo salvaje de la mejor forma posible y acato su deseo poseyendo su preciosa boca en un estado casi enajenado.

La hostia. Cada embestida es brutal. El empeño por devorarme lo presencio desde arriba a través de una imagen

jodidamente escalofriante, y llega un punto en el que casi rozo su garganta.

Joder.

—Espera, espera… —suplico, cegado por la pasión.

La morena no hace ni caso, sigue a lo suyo, y tiro de su pelo para apartarla a un lado.

De seguir así, no aguantaré mucho y esta chica se merece un final apoteósico, así que, al borde de la locura, cojo el preservativo que he dejado a conciencia sobre el suelo negro de pizarra y, cuando estoy listo, no tengo piedad y la empotro a lo bestia contra los azulejos del baño.

Ahora me toca a mí y a ella le gusta duro; fue lo primero que comentó al cruzar la puerta de mi casa, y los jadeos se intensifican con cada sacudida al tiempo que nuestras lenguas exigen más y más.

Unos segundos después, llegamos al orgasmo y mi actitud cambia como de la noche al día, tal y como se espera en un hombre dispuesto a evitar cualquier roce innecesario una vez finalizada la tarea.

La leche. Estoy agotado. Aquí, mi amiga, me ha dejado seco, y tras una ducha rápida, salgo escopetado.

La verdad es que ha estado de puta madre, sí, pero ya.

No soy de los que están cómodos una vez acabado el mambo. Es lo primero que les digo a las que se prestan a pasar un rato divertido, y después, si te he visto, no me acuerdo.

Las relaciones no van conmigo. Paso. Prefiero disfrutar y punto.

¿Para qué complicarme la existencia con lo bien que se vive sin ataduras de ningún tipo?

Nunca podría conformarme con una sola mujer. El aburrimiento estaría servido y tengo la certeza de que en la variedad está el gusto.

Amén.

Cuando está lista para marcharse, nos despedimos sin más. Eso sí, antes guardamos en la tarjeta de memoria los números de móvil; lo cierto es que los dos nos hemos quedado encantados con

el intercambio de fluidos y existe la posibilidad real de que repitamos en alguna que otra ocasión.

Los polvos han sido memorables, no lo voy a negar, y ella también lo dice.

—Ha sido un verdadero placer.

—Lo mismo digo, morena.

—Ni siquiera te acuerdas de mi nombre, ¿verdad?

—No —niego encogiendo los hombros sin ningún atisbo de remordimiento—, los nombres son solo eso y nunca presto atención.

—Pues ya somos dos. Por cierto, follas de puta madre; cuando quieras llámame y aquí estaré.

—Lo haré.

La chica me da un ligero beso en la boca y se marcha sin mirar atrás.

¿Ves cómo no hay nada mejor que dejar las cosas claras? Así los malentendidos son muchísimo más fáciles de solventar.

Solo por eso, la chica que me brinda una panorámica espectacular de su trasero según se aleja me gusta un poquito más, si cabe, y la sitúo en los primeros puestos de la lista de contactos.

Sí, la morena acaba de desbancar a la rubia de la semana pasada y, como tal, le asigno el número tres.

Y que conste que para nada soy un cabrón. No engaño a nadie, es más, mis conquistas ambicionan lo mismo que yo y equivale a ser tratado en igualdad de condiciones.

Punto.

Cierro la puerta y, como un autómata, encamino los pasos hacia la cafetera. Necesito cafeína a punta pala. Con lo poco que he dormido, estoy que me caigo de sueño y…

Y el sonido del móvil se encarga de chafar mi plan. Es del trabajo y el detalle en sí adquiere un único significado.

«¿Día libre? Ja».

A tomar por culo la cafeína, y lo que es peor, ya puedo ir olvidándome de descansar. El día de libranza ha llegado a su fin y eso que ni siquiera había comenzado.

Si es que tengo una suerte…

LA NUEVA MISIÓN

Dam Neck. Estación Aeronaval de Oceanía. Virginia

Ryan

Accedo a la sala de reuniones situada en el ala norte del complejo en el que se ubican las instalaciones del DEVGRU.[i] Lo hago vestido de civil y a toda prisa.

Desde hace casi tres años pertenezco a este cuerpo militar de élite y tomo asiento en la plaza que siempre ocupo. La notificación del *e-mail* recibido confirma la urgencia y compruebo que soy el último de mi unidad en llegar. Logan, Marcus y Morgan permanecen más tensos de lo normal, y su actitud me da la pista de la nueva misión a la que nos enfrentaremos en breve.

Junto al almirante se encuentra otro hombre al que nunca he visto. Su uniforme denota un alto rango y la seriedad en su rostro no da lugar a ningún tipo de broma o comentario entre los presentes, algo que, por norma, es habitual dada la importancia de restar un poco de tensión en un trabajo que precisa el cien por cien de cada uno de nosotros, y todo esto se debe a que la prioridad de hoy es completamente diferente al resto.

¿Por qué?

A primera vista, la seguridad de que algo gordo se cuece en el ambiente adquiere tintes significativos y, como he sido el último en llegar, presto atención a la información que sale de la boca de nuestro superior.

—Buenos días, les presento al general Jefferson, acaba de aterrizar desde Nueva York y solicita nuestra ayuda urgente para un caso especial. Alguien de su círculo cercano ha desaparecido junto a su equipo, la última vez que hablaron con ellos fue hace un par de semanas y las noticias que han llegado no auguran nada bueno. General, por favor, continúe usted.

—Gracias, almirante. Bien, ahora que conocen el dato más relevante, comprenderán el grado de implicación y el motivo de estar aquí.

»La persona de la que hablo trabaja en una ONG junto a otros nueve compañeros. Su última ubicación data de África y los servicios de inteligencia confirman que la pedanía en la que se encontraban ha sido atacada. Tras su paso, han aparecido varios cadáveres, pero de ellos no hay rastro aparente, lo que significa lo que ya supondrán. Se los han llevado.

»Por el momento es todo lo que puedo decirles. Disponemos de poca información y estamos en contacto permanente con los mandos de la zona.

»Desde Washington se ha dado prioridad absoluta a este rescate y el operativo está listo. Saldrán hacia su nuevo destino en menos de una hora. *In situ* les darán nuevas indicaciones. ¿Alguna pregunta?

Dicho lo cual, espera el tiempo de rigor y retoma la palabra ante el mutismo absoluto del resto de compañeros.

—Bien, no hace falta que les diga la implicación personal que existe para mí, no obstante, he de añadir que confío en ustedes, son los mejores, y si hay una posibilidad para rescatarlos sé que la encontrarán. Buena suerte, señores.

Dos minutos. Ese es el tiempo exacto que el general emplea para notificar dicha información y un interrogante acapara mi atención.

¿Qué tipo de parentesco le unirá con esa persona de su círculo cercano?

—Tío, ya puedes espabilarte. ¿Una mala noche? —me pregunta el sargento Logan, con su correspondiente codazo en las costillas, interrumpiendo mis pensamientos una vez que los superiores abandonan la sala.

—Más bien todo lo contrario —sonrío con un deje de chulería.

—¡Qué cabrón! Oye, ¿no te has planteado que, aparte de follar, hay otras actividades para pasar el tiempo libre? —se burla Marcus, nuestro capitán.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

—Dormir, campeón. Dormir. Te llegan las ojeras al suelo.

—Mereció la pena, os lo aseguro.

—¿Puntuación? —exige un Marcus atento a rabiar, elevando las cejas a la espera de la respuesta pertinente.

Soy el centro de atención de los tres, y no negaré lo mucho que me gusta.

—Ha pasado al número tres.

—Joder. ¿Directa al podio? —Pumba. Otro codazo que impacta contra las costillas y mucho me temo que no será el último.

Aquí, mis amigos, que son mucho de contacto físico y eso.

—Sí. La tía ha sido una auténtica revelación, capitán.

—Pues ya estás tardando en darme su número.

—Tendrás que esforzarte para ganártelo, capullo.

—Tíos, siempre estáis igual —se queja Morgan bufando.

Morgan es el más calmado de los cuatro, también el más callado y el más centrado.

—¡Bah! Y tú sigues siendo el mismo soso de todos y cada uno de los putos días que forman el año, ya podrías aprender un poco del maestro —añado extendiendo los brazos.

—Si tú lo dices…

—Vamos, chicos, dejemos el vacile para después, ¿queréis? —Da por terminado el tema Logan.

—A la orden, sargento.

—En cuanto a tus ojeras…

—Tranquilo, soy un tío de recursos. Dormiré en el avión.

—No me cabe la menor duda, anda, campeón, tú primero.

Zas.

¿Ves? Te lo dije. Otro impacto que llega al mismo sitio y palpo la zona a la vez que dejamos las bromas a un lado. Solo entonces salimos a toda prisa con la intención de dirigirnos a nuestras respectivas taquillas y así dar paso a la acción lo antes posible.

No disponemos de un segundo que perder.

***

En menos tiempo del estipulado procedemos a subir al avión que nos llevará al nuevo destino, esta vez nos acompañan dos unidades más y, antes de que despegue, procedo a satisfacer las prioridades más importantes en lo que a mí se refiere.

Lo primero es lo primero y toca recuperar fuerzas; es fundamental, y dedico buena parte del vuelo a dormir como un tronco sobre el hombro de Morgan.

***

Aeropuerto Internacional Aden-Adde. (Mogadiscio, Somalia)

Recibimos las últimas instrucciones antes de descender del avión. A pie de pista esperan unos vehículos cuatro por cuatro con la ubicación exacta del lugar al que vamos. La operación es de alto secreto, la base militar en la que se desarrollará el operativo terrestre para liberar a los miembros de la ONG secuestrados se encuentra en un punto caliente y las noticias confirman que nadie ha filtrado ningún tipo de información, consiguiendo un tiempo extra para cercar a nuestro objetivo.

Cada unidad sube a su correspondiente coche y seguimos las indicaciones del navegador. Según llegamos, un calor sofocante se encarga de darnos la bienvenida junto a un agente somalí. Este último nos conduce hasta el barracón destinado al descanso y descubrimos que el mobiliario se ajusta a nuestra cotidianidad diaria: literas, taquillas y un baño.

No hay nada más. No lo necesitamos.

Tras dejar el equipo a buen resguardo, emprendemos la marcha. Aquí cada segundo cuenta. Cada una de las unidades está en modo *on* y ni siquiera prestamos atención a las adversidades. Toca aclimatarse al clima extremo. Es la parte que a mí, particularmente, más me cuesta, y las gotas de sudor caen por mi espalda empapando el uniforme.

Un suspiro de alivio generalizado se oye en cuanto accedemos a la sala en la que el operativo al completo espera. El frescor del aire

acondicionado resulta un alivio divino y ocupamos los asientos vacíos.

Justo al lado, una rubia a la que no me importaría catar gira la cabeza, la inclina con ligereza y, por último, aprovecha para darme un repaso de arriba abajo.

En respuesta, le guiño un ojo.

Nunca está de más tirar la caña. Nunca. Es una de las normas imprescindibles a tener en cuenta cuando eres soltero, activo, y casi adicto al sexo femenino.

Ese soy yo.

—Bienvenidos a nuestras instalaciones. Soy el comandante Sabah —se presenta el oficial al mando, acaparando la atención de todos los presentes.

Sí, la mía incluida. Ya habrá tiempo de comprobar la disposición a pasar un buen rato con la que se acaba de convertir en una nueva compañera, ya.

—A mi derecha —prosigue el comandante en nuestro idioma —, se encuentra el general Abutbul, el encargado de dar el visto bueno a vuestra incursión terrestre. A mi izquierda, el teniente general Kedmi, y, al otro lado de la pantalla, vuestros compatriotas, el teniente general Miller y el coronel Davis. Una vez hechas las presentaciones, vayamos al meollo del asunto.

»Hemos rastreado las imágenes de uno de los satélites que cubre la zona en la que ocurrió la masacre, y tenemos una pista. Sabemos la ubicación de los diez supervivientes. Esa es la buena noticia. La mala, que están en una mina subterránea que ocupa varias millas cuadradas de extensión.

»La complejidad de la misión es alta y el aliado de seguir contando con el factor sorpresa la única baza a favor. En cuestión de horas, el operativo al que hemos denominado «operación libertad» llegará a la prensa internacional y obrará en nuestra contra.

»Resumiendo, con un poco de suerte, pronto recibiremos noticias nuevas. Los servicios de inteligencia trabajan a contrarreloj. En cuanto nos den una ubicación un poco más exacta partirán hacia allí. Mientras, deberán aprender las características más importantes en torno a cualquier salida que se precie. No queremos ningún

conflicto innecesario. Las órdenes, en ese sentido, son claras. ¿Entendido?

Un militar pasa por las diferentes mesas, deja la información más trascendental acerca de las condiciones a las que tendremos que enfrentarnos y, por el bien de los grupos, habrá que memorizarla al detalle. No sería de extrañar que la primera parte del operativo saliera favorable y, en cambio, la que puede convertirse en otra opción, terminara desarrollándose letal por falta de datos. Algo que no podemos permitirnos.

Ahora bien, lo que me sigue extrañando es el dispositivo organizado. La cantidad de mandos visibles no es habitual y constato que el general Jefferson tiene buenos contactos.

A las pruebas me remito.

—Bien, eso es todo. Estudien cada recomendación y hagan las preguntas que precisen. La preparación ha de ser a conciencia, y recuerden que en cualquier instante serán requeridos. Buenas tardes.

Dicho lo cual, abandona la estancia acompañado del resto de superiores.

—Joder, ¿de verdad hay que empollar? —se mofa Morgan el primero, dispuesto a destensar la situación.

—Tío, no nos toques los huevos. Con tu memoria fotográfica, te bastará echarle un ligero vistazo y ya lo tendrás en esa mente privilegiada que gastas. ¿Cómo eres tan capullo de quejarte? —interfiero con malas pulgas.

—Pero mira que eres básico —añade Logan con una sonrisa vacilona sin apartar los ojos de los míos.

—¿Por qué? —le increpo sin ganas. La rubia a la que le he echado el ojo parece interesada en lo mismo que yo, y un poco de desfogue no nos vendrá nada mal antes de pasar a la acción.

—Joder, *bro,* espabila. Acabas de darle munición para meterse contigo y ni cuenta que te has dado, deja de pensar con la polla por una vez —finaliza Logan.

—Yo no pienso con la polla —justifico, taladrándolo con una expresión demoníaca.

—Que no, dice. Morgan, ¿algo que añadir?

—Por supuesto, sargento.

—Oye, oye, ¿queréis hacer el puto favor de dejar de hablar en clave? —Solo entonces dejo a un lado a la candidata perfecta para un polvo rápido y centro la atención en mis compañeros. Los conozco demasiado, y el tonito que se gastan no me gusta ni un pelo.

¿Acaso se están burlando a mi costa? Porque es lo que parece.

—Tío, lo tuyo no es normal. No nos hace falta hablar en clave, como tú dices —replica el sabelotodo de Morgan antes de soltar por la boca—. Querido amigo, es tan simple como, menos follar y más prestar atención.

—¿Perdona?

—Lo que oyes, y ahora, vamos. No te despistes.

No lo hago. El empeño por finiquitar el asunto que me traigo entre manos es el que es y…

—Quince minutos —auguro con una seguridad apabullante.

—¿Hablas en serio? —prosigue el mismo, levantando las manos. Llevamos juntos casi tres años y la compenetración entre los cuatro es tal que solo falta leernos la mente.

—Por supuesto —afirmo con una fanfarronería que a ninguno le pilla de improvisto—, y me sobrarán varios. ¿Quieres cronometrarlo?

—Menudo flipado, pero allá tú, Casanova.

—Os veo en el barracón, antes de que os deis cuenta allí estaré, lo prometo.

—Sí, sí, sigue vacilando. Se te da de maravilla —interviene ahora Marcus.

—¿Envidioso, capitán?

—No lo sabes tú bien.

Zas. Codazo en las costillas.

No, si a este ritmo los que me lesionan son ellos y, si no, al tiempo.

—Anda, date prisa. No empezaremos sin ti.

—¿Ves, Morgan? Nuestro superior sí que es un hermano que se preocupa por las necesidades del resto, a ver si aprendes algo.

—Ja, ja, ja, muy gracioso.

—¿Verdad?

—Por cierto, fiera, el reloj sigue su curso y tu posible desahogo se ha hartado de esperar y se marcha.

—¿Qué?

—Lo que oyes, Ry, estás perdiendo facultades. ¿No será que te estás haciendo mayor? Estaría bien que lo admitieras.

—¡Ja! Ni de broma. Ahora vuelvo. Contabiliza los minutos. Me siguen sobrando unos cuantos.

Sin más, salgo escopetado por la puerta y…

Y me encuentro con una grata sorpresa.

La rubia está allí, aguardando por mí, y lo hace con la disposición de mostrarme un rincón apartado a la par que solitario, y claro, ¿quién soy yo para negarme?

***

Once minutos exactos son los que uso para aliviar el calentón y regresar al barracón con el propósito firme de reunirme con el equipo.

Tal y como les prometí, me ha sobrado tiempo.

—Este es mi chico —dice Logan con su correspondiente codazo en cuanto entro en su campo de visión—, he ganado la apuesta, que lo sepas.

—Desarrolla, por favor.

—De los tres, he sido el que más se ha acercado al cálculo del intercambio de fluidos. Marcus te ha dado de margen catorce minutos, Morgan se ha pasado, y yo he ganado cincuenta pavos. Y ahora que estamos todos, vamos, a currar.

NO DEJES PARA MAÑANA LO QUE TE PUEDAS TIRAR HOY

Ryan

El trabajo que desarrollamos normalmente varía mucho en función del momento. Los hay intensos y repletos de adrenalina, también los que son un peligro real y, por descontado, los que son aburridos como una ostra, aunque de estos últimos hay pocos.

Aún así, y por desgracia, es en lo que estamos en este preciso instante. El aburrimiento en toda su extensión se ha convertido en el pan nuestro de cada día y las ganas de comenzar el operativo son abrumadoras. En total llevamos cuarenta y ocho horas esperando a que confirmen una ubicación más exacta y nada, aquí seguimos mientras nos dedicamos a jugar al ajedrez, a ver series o a machacarnos en el gimnasio, y ha llegado un punto en el que no tiene mucho sentido lo que digamos, la verdad.

Menos mal que mi *compi* sigue en la base. Gracias a ella, la distracción supone un balón de oxígeno increíble y me considero un privilegiado. Lo de follar por follar es la mejor opción para pasar las horas muertas y aprovechamos cualquier instante con tal de dar rienda suelta a la pasión, lo hago por una cuestión de peso y aquí hablo de otra de mis reglas más importantes: no dejes para mañana lo que te puedas tirar hoy.

Sencillo, ¿verdad?

Entre eso y el por culo que da mi unidad con tal de despellejarme vivo a consecuencia de tenerlos un pelín abandonados, toca admitir que razones para quejarme no es que tenga demasiadas, al menos hasta que la noticia que todos esperábamos me pilla con los pantalones por los tobillos, con mi cuerpo encima de la chica que se ha convertido en insaciable y bombeando como un loco enajenado entre sus piernas.

—Casanova, se acabó la fiesta. En quince minutos nos reclaman.

La voz de Marcus nos interrumpe el momento álgido. Falta poco para correrme, muy poco, y dedico los cinco sentidos a empaparme de la deliciosa sensación.

A saber cuándo volveré a mojar. Si la misión se tuerce, pueden pasar días, o incluso semanas, y me la suda que mi compañero presencie una escena que aventuro que le causa una envidia terrible, además de una erección de caballo que sobresale como si fuese una tienda de campaña del interior de sus pantalones de algodón.

—*Bro,* ¿vas a quedarte de mirón? —pronuncio con la voz enronquecida mientras devoro a mi acompañante—. Lástima que no aceptemos que te unas a la fiesta —le pico siguiendo a lo mío.

—Menudo cabrón —ruge sin apartar los ojos—, quince minutos, Ryan. Quince.

—Me sobran catorce.

El morbo está servido. A los dos nos pone la situación y una embestida más es suficiente para llegar al orgasmo ante la cara de estupor del capitán.

—¿Ves? Te lo dije. Soy un hombre de palabra.

Ayudo a la chica a levantarse, le doy un ligero beso en la punta de la nariz y me despido con un escueto:

—Ha sido un placer conocerte, Smith.

—Lo mismo digo, ehhh...

—Vaya —chasqueo la lengua—, ¿ni siquiera recuerdas mi apellido? Es la primera vez que me ocurre. En mi caso suele ser al revés.

—Lo superarás, fiera.

Y así, con una sonrisa de oreja a oreja y más manso que un gatito, sigo los pasos de Marcus hasta el edificio del centro de mando, donde nos darán las últimas órdenes a seguir.

Por fin ha llegado el día de actuar.

—¿Y? —pregunta Logan en cuanto entramos en su campo de visión.

—¡Joder! —exclama Marcus, torciendo el gesto con mala cara y entregándole un billete de cincuenta—, toma, has ganado.

—¿Otra apuesta? —interrogo al vencedor, arqueando una ceja.

—Ajá. Y como sigan tan torpes, no tardaré en desplumarlos —se burla el sargento, chocando los cinco conmigo.

—Les está bien empleado, por capullos. ¿Qué ha sido esta vez?

—Lo poco que tardarías en liberar a Willy si te pillaba con los pantalones por los tobillos —revela un Marcus contrariado.

Al sargento le basta una mirada para soltar otra carcajada y, aprovechando que el mando operativo aún no ha aparecido, añade:

—¡No me jodas! Si es que soy un *crack.* Morgan, por favor, suelta tus cincuenta.

—Tío, menuda suerte tienes. ¿Cómo has adivinado que lo pillaría de esa guisa? —bufa el último, sacando el billete del bolsillo —. A este paso, dejo de apostar contigo, que lo sepas. Nos vas a dejar sin blanca. Y tú, pringado —me suelta con una mueca de asco absoluto—, haz el favor de subirte la cremallera del pantalón, ¿quieres?

Ups. Lo hago. A continuación, abro la boca para soltar una de mis perlas y…

No me dejan.

La entrada de los oficiales es lo único que de verdad importa, y mi mente se transforma de inmediato.

El vacile y demás está bien, sí, solo que cuando hay que ponerse serio soy de los primeros en hacerlo.

Mi trabajo está por encima de todo. Sí, has leído bien. Incluso por encima del sexo femenino. Y no, no estoy marcándome ningún farol. Que conste.

***

Los detalles del operativo son sencillos. La última ubicación proporcionada facilita mucho la tarea y se resume en tres puntos básicos.

El primero, acceder en paracaídas al territorio en cuanto anochezca.

El segundo, bajar a los túneles armados hasta los dientes. La opción de bombardear el terreno no es viable. La milicia local que lidera la zona estará custodiándolos día y noche; son un botín muy preciado para extorsionar a Estados Unidos, y la falta de escrúpulos los llevará a emplear escudos humanos a través de niños y mujeres que trabajan en la mina, de ahí la necesidad de pisar tierra hostil.

Y el tercero, una vez que demos con los rehenes, liberar a las diez personas retenidas a la fuerza.

Si sale bien, en cuestión de horas volaremos de regreso a Virginia. Si sale mal…

Si sale mal habrá que improvisar.

Sin más.

***

Esa misma noche

Pisamos tierra y, a toda velocidad, guardamos los paracaídas.

A nuestro lado continúan las otras unidades destinadas al mismo fin y la sincronía es perfecta.

Accedemos a una de las entradas que nos llevará a la multitud de millas construidas con el fin de extraer los minerales tan preciados en los países desarrollados y, gracias a las gafas de visión nocturna, comenzamos la andadura, dándonos cuenta de la tranquilidad que reina en el lugar.

Paso a paso, cubrimos el perímetro. Por radio, oímos la voz de uno de los militares al mando y, según parece, el objetivo lo tenemos muy cerca.

—Cuidado, las cámaras térmicas alertan de que hay un par de hombres que se dirigen hacia vosotros. Intentad que no os descubran. Ya casi estáis.

La voz del general a través del pinganillo nos avisa de un peligro inminente, y las señas del que va en cabeza no dan lugar a equívocos.

La orden es la de quedarnos inmóviles. Al contar con el factor sorpresa, la ventaja será nuestra y…

Los dos milicianos caen antes de poder alertar al resto y esperamos la siguiente indicación.

—Vamos, chicos, camino despejado.

Seguimos avanzando por un pasillo estrecho y, de pronto, una estancia más amplia deja al descubierto una puerta.

—Habéis llegado. Proceded a la inspección visual.

Marcus se arrodilla y pasa una cámara de tamaño diminuto por debajo. Los que estamos más cerca miramos la pantalla y advertimos la perspectiva que necesitamos desde todos los ángulos disponibles.

Contamos uno a uno los cuerpos que descansan sobre el duro suelo. En total son nueve; sin duda, se trata de los miembros de la ONG, y lo constatamos al fijarnos en las cuerdas que los mantienen atados. Al otro lado, un par de hombres custodian la vigilancia, ajenos al peligro inminente que corren.

El capitán da un último vistazo y amplía la imagen. Falta uno. Según los datos ofrecidos, son diez, no nueve los estadounidenses pertenecientes a una de las tantas organizaciones no gubernamentales que trabajan en la zona, y no aparece por ninguna parte.

Ahí dentro no está, eso es seguro.

—Por lo que vemos, no están todos —añade el general con la voz tensa—, aun así, es prioritario que los saquéis a la de ya. Un grupo de hombres acaba de acceder a los túneles desde otra entrada y se dirigen hacia vuestra posición. Tenéis diez minutos como máximo para que no os descubran. Vamos, vamos, vamos…

Abrimos la puerta. Los primeros compañeros proceden a deshacerse de los guardianes y el resto despertamos a los demás.

Las caras de alivio se magnifican en cuanto ven los uniformes y ponen toda la voluntad del mundo con tal de ayudar.

En total, son siete hombres y dos mujeres. El aspecto que ofrecen no es malo. Al parecer, no hay ningún herido de gravedad y procedemos a marcharnos de allí cagando leches.

En menos de una hora estamos fuera y lo cierto es que la operación ha sido todo un éxito. Es entonces cuando alentamos al grupo a correr hacia el lugar en el que un helicóptero militar nos espera y, una vez en el lugar fijado, los nueve se acomodan en la parte de atrás, entendiendo que la suerte les sonríe.

Sus caras reflejan una esperanza absoluta y yo, mientras tanto, me pongo a deducir en voz baja.

«¿Quién de ellos será el que pertenece al círculo cercano del general Jefferson?».

Buena pregunta.

Y, de repente:

—Por cierto, me están diciendo que os pregunte por la persona que falta. ¿Dónde está? —trasmite el interrogante Marcus, elevando el tono.

—Logró escapar —responde el hombre más mayor.

—¿Lo ha escuchado, general? —habla por la radio.

—Sí. Espere un segundo, por favor.

La comunicación se corta mientras el helicóptero comienza su ascenso. Al poco, el capitán recibe las nuevas instrucciones y nos las hace llegar.

—Bien, chicos, las órdenes son claras. Todos tienen que regresar, lo que significa que la misión aún no ha terminado.

»¿Algún voluntario para rescatar a la persona que falta? El operativo ha cambiado. No tardaremos en saber su paradero y solo uno será trasladado para realizar el pertinente reconocimiento sin levantar sospechas, el resto permaneceremos en las inmediaciones y propongo que lo echemos a suerte. ¿Os parece bien?

Más de una vez hemos recurrido a esta treta y el afortunado que llevará a cabo la inspección sobre el terreno, una vez que sepamos las coordenadas exactas, al final, soy yo.

—Vaya, Ryan, por fin serás capaz de mantener tu polla dentro de los pantalones durante bastante tiempo. Va a suponer todo un reto para ti, ¿eh? En ese lugar no te resultará fácil ligar —se mofa Morgan sin piedad alguna, bajando el tono para que la conversación siga siendo privada y no llegue a la parte en la que descansan los liberados.

—No me toques los huevos, tío.

—Eso quisieras, *bro*. Chicos, ¿apostamos?

—¡No me jodas! ¿Hablas en serio? —me quejo ante las carcajadas del resto.

—Por supuesto que hablo en serio. Apuesto cincuenta dólares a que no aguantas sin cascártela más de dos días seguidos si te cuesta encontrar tu objetivo, y no vale hacer trampas.

—Uy, dos días, dice. Eso es mucho tiempo para nuestro Ry.

—Capitán, no me esperaba esto de ti.

—¡Qué no, dice! ¡Ja!

—Vale, procedamos a hacerlo bien —se une Logan en un santiamén—. Yo apuesto cincuenta a que mañana mismo está dándole a la mano derecha.

—Y yo que aguantará, por lo menos, hasta dentro de un par de horas —me vacila el capullo de Morgan.

Ya le vale. La ha tomado conmigo. Por lo general, es el más callado, y fíjate el panorama.

—Sois unos cabrones. Sí, los tres. ¡Ah! Y que conste que os tocará pagar las birras en cuanto lleguemos a casa, por listos.

—Hecho.

—Hecho.

—Hecho.

Según aterrizamos en la base, cada uno procede a lo suyo. Por el momento yo seré el único que abandone las instalaciones, otra vez, y me despido de mis hermanos con un escueto:

—Cuidaos.

—Lo haremos, *bro.* En cuanto a la apuesta…

Logan opta por ser fiel a nuestras costumbres y tira de humor. Siempre lo hacemos. La misión no ha terminado y, como tal, continúa entrañando riesgos, es por eso que nos gusta recurrir al vacile y pasar de los malos rollos.

—Tranquilos, prometo no decir ninguna trola. Eso sí, antes de volver a marcharme buscaré a Smith. Necesito resetear en condiciones para demostraros que mi polla no ocupa el noventa por ciento de mis pensamientos.

—No te lo crees ni con una botella de tequila en el cuerpo —advierte Morgan y su locuacidad—, acéptalo, tío, el porcentaje real es el del noventa y nueve por ciento y eso significa que...

—Te la cascas hoy mismo, independientemente de que Smith te haga un favor o no —secunda Marcus dándome el correspondiente codazo en las costillas.

Ya estaba tardando en llegar, ya.

—Capullos…

Sin añadir más, procedo a dirigirme hacia la dirección en la que se programarán los siguientes pasos a seguir y lo hago con una tranquilidad abrumadora.

Me encanta mi trabajo. No podría vivir sin él, aunque mentiría si dijera que no voy a echar de menos a mis compañeros.

EL DESAPARECIDO NO ES TAL

Ryan

El camino hasta la ubicación dada ha sido arduo. Casi sin tiempo, me he visto obligado a adoptar un papel estelar, y los detalles de mi vestuario son trascendentales para pasar desapercibido. La ropa que llevo da el pego a base de bien, es cierto, solo que no es suficiente. Es por ello que llevo maquillaje en la cara, cuello y manos para oscurecer el tono de mi piel. Toda precaución es poca, y el conjunto ayuda a enmascarar mi procedencia y, por tanto, la seguridad personal.

Según llego a mi destino, la desolación va cobrando forma y la podredumbre se mezcla con el hedor en las calles sin asfaltar.

Joder. Mires donde mires, solo existen construcciones primitivas, pobreza e insalubridad, en definitiva, gente acostumbrada a un escenario irreal, y el conjunto se convierte en la pesadilla personificada.

El planteamiento me lleva directo a situarme en la piel de la persona que he venido a buscar y, sin conocerla, ya la admiro.

Hay que ser muy valiente para arriesgar tu vida por ayudar a los más indefensos, es a lo que se dedica, y aquí no omitiré lo sorprendido que me quedé cuando me revelaron su identidad.

***

Unas horas antes

La reunión se desarrolla de manera rápida. Hay prisa. El tiempo vuelve a correr en nuestra contra y la tensión se palpa en el ambiente, aunque las instrucciones a seguir no dejan lugar a la duda y mis superiores las resumen en tres puntos muy concretos:

1) No correr riesgos innecesarios.

2) Dar con el paradero del objetivo.
3) Proporcionar una ubicación segura para recogernos.

Bajo los harapos que llevo puestos, sujetos con velcro, un dispositivo será el encargado de ayudarme con la labor de comunicarme con el exterior.

—¿Alguna duda o pregunta?

—No, ninguna.

—Bien, fíjese en la pantalla. En ella aparecerá la persona a la que buscamos. ¿Listo?

—Listo.

Giro el cuello y espero a que la foto se visualice, algo que ocurre un par de segundos después, y abro los ojos con estupor debido al efecto sorpresa.

¡Joder!

Resulta que el desaparecido no es tal.

Resulta que se trata de «la desaparecida».

Y, sobre todo, resulta que la chica a la que tengo que rescatar, antes de que lo haga cualquier desalmado, se trata de alguien demasiado joven, sin contar que es una auténtica preciosidad.

Y ahí me quedo, incapaz de apartar la atención de la foto, y lo curioso del asunto es que su mirada impacta sobre la mía sin importar que no esté presente en esta misma sala; no le hace falta, e intuyo que cuando la encuentre no va a resultar nada fácil mantener alejadas mis manos de su cuerpo.

«Tío, céntrate, al final van a tener razón tus compañeros cuando afirman que solo piensas con la polla, ¿de qué vas? Esa chica de ahí, por muy buena que esté, es trabajo, nada más, así que, ya sabes lo que tienes que hacer, pringado», a mi yo interior le basta el planteamiento para ponerme en mi sitio y me alegro.

Recoloco la posición sobre la incómoda silla y, con rapidez, aparto unos pensamientos que me sitúan a la altura de un verdadero troglodita, después, presto atención a las últimas informaciones y, una vez acabada la reunión, proceden a administrarme todo lo que necesito para la misión.

En cuestión de minutos, estoy subido a un todoterreno que se encarga de dejarme en el punto exacto para que nadie repare en mí.

La cuenta atrás ha comenzado.

***

En la actualidad

El caos es total y eso significa que no será tan fácil localizar a mi objetivo.

¿O sí?

Y como aquí soy uno más, aprovecho la ventaja para comenzar a explorar lo que de verdad importa.

Una chica como ella solo puede estar desempeñando su vocación más absoluta, que no es otra que la de ayudar a los demás, y trazo un plan:

Buscarla en cualquier lugar que ofrezca asistencia, sea del tipo que sea.

Así de simple.

SOY NOAH

Ryan

Avanzo entre la multitud y detengo los pasos cuando detecto los signos evidentes de la ayuda que brindan los voluntarios venidos de diferentes países en uno de los poquísimos edificios construidos gracias a la ayuda de las organizaciones no gubernamentales.

Su labor es loable y tan necesaria en esta parte del mundo…

En apenas un par de horas he descubierto, *in situ,* lo que los mandos operativos recalcaron en la reunión de esta mañana. En mi cabeza guardo los datos más relevantes, que van desde los recintos escolares que funcionan a doble turno, hasta la zona en la que se desarrolla la distribución de comida o, también, por el centro que incluye asistencia médica.

De momento, me he limitado a curiosear por las inmediaciones de las dos primeras sin ningún resultado aparente, lo que puede significar que se encuentre en el apartado de salud.

Acorto los últimos metros y voy a parar a la instalación que me queda por explorar. La actividad es frenética. Una enfermera local repara en mí y me dice algo en una lengua que no conozco, así que, contesto mediante gestos. Nada mejor que improvisar que soy mudo. Así evito cualquier problema y no delato la falta de entendimiento en su idioma.

Por si acaso.

Tras practicarme una visual, deja de perder el tiempo conmigo al comprobar que no estoy herido y presta atención a un joven que entra a toda prisa llevando en brazos a un niño inconsciente, y aprovecho la oportunidad para buscar a la chica sin ningún resultado aparente.

Nada. No hay rastro de ella, es como si la tierra se la hubiese tragado.

¿Dónde demonios se habrá metido?

¿Y si cuando huyó no logró llegar hasta el destino marcado?

Las dudas poco a poco van ampliándose y, justo en ese mismo instante, un llanto procedente de un bebé recién nacido se escucha de fondo, el único sitio que me queda por revisar, mientras una mujer menuda sale de la sala que supongo está destinada a los partos con él en brazos.

La estampa es muy tierna. Cada nacimiento en este inhóspito lugar se convierte en todo un canto a la esperanza y…

Y es cuando me fijo bien, y no es, precisamente, en la criatura que acaba de llegar a este mundo.

Oh, no. Nada de eso, y es que, a pesar de que la persona que pertenece al equipo médico lleva una mascarilla higiénica que le cubre buena parte de la cara, además del gorro que le sirve para que el pelo no le moleste, me basta una simple mirada para entender que los planetas acaban de aliarse a mi favor.

La he encontrado. Por fin. Esos ojos azul turquesa que tanto me impresionaron los reconocería en cualquier lugar del mundo.

Sin dilación, voy tras sus pasos. Debo interceptarla cuanto antes. Lo más difícil ha dejado de serlo, lo que significa que en cuestión de minutos la misión finalizará con el mejor resultado aparente.

Bueno, al final no ha resultado tan mal la cosa, ¿verdad?

—Hola, te estaba buscando.

La chica no muestra ningún tipo de sorpresa al escuchar el idioma que compartimos y sigue a lo suyo.

—Lo siento, no puedo atenderte. Estoy ocupada.

Mierda. A la muy incauta ni siquiera se le ocurre formular alguna que otra pregunta, lo que equivale a que no le preocupe en absoluto el motivo de dirigirme a ella, y me descoloca de principio a fin.

Mal empezamos.

—Oye, he venido a rescatarte —pronuncio casi a la carrera—. Tus compañeros de la ONG…

En cuanto escucha la última parte, el cariz cambia y da media vuelta.

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Quién eres?

—Ryan, el hombre que han enviado para llevarte a casa. Pertenezco al servicio especial de…

—Ah, vale. Pues ya puedes dejar de perder el tiempo. Siento que te hayan enviado hasta aquí para nada.

—¿Perdona?

—No voy a irme. Y, por cierto, soy Noah.

De seguido, vuelve a ponerse en marcha y me deja en mitad del pasillo. Solo. Con la palabra en la boca y con un mosqueo que ni te cuento.

Joder, y esta tía, ¿de qué coño va?

—Oye, tú…

Tras la impresión inicial logro centrarme. Aquí, la chica que mide poco más de metro y medio, va dada si por un momento ha pensado que…

Zas.

Y va y me cierra la puerta en mis putas narices.

¿Cómo se atreve?

Bah. Me importa una mierda. Así te lo digo.

Hecho un basilisco, la abro y me topo con otra sorpresa. Al otro lado me esperan un par de hombres fornidos y, por el semblante, adivino que muy pacíficos no son.

—¿Pero qué…?

Ni siquiera puedo terminar de formular el interrogante y, antes incluso de que mi nueva «amiga» suelte por la boca unas palabras en la lengua oficial del país, sé de antemano lo que va a suceder.

Y es cuando, de repente, esos dos maromos me cogen por los brazos, tiran de mí y terminan echándome de patitas a la calle.

¿Te lo puedes creer?

Surrealista se queda corto, ya te lo digo.

El ridículo al que he sido sometido logra que me incorpore de un salto y sacudo el polvo amontonado sobre mi culo con las manos.

Vaya una puta mierda. La tal Noah está loca de atar y en un tiempo récord consigue, ella solita, que deje de ser mi prioridad más

absoluta para, en cambio, pasar a formar parte del bando de los que me caen mal o, ya que estamos, peor.

En fin, tras los acontecimientos, lo más sensato será esperar a que salga y solo entonces le diré un par de cosas bien dichas.

¡Ah! Y que conste que la disposición a sacarla a rastras, igual que ella ha hecho conmigo, es una opción que no descartaré a la ligera.

Oh, no, vaya que no.

Dedico unos minutos a templar los ánimos, algo muy necesario, y después tomo asiento sobre una gran piedra, cierro los ojos y me limito a esperar.

No me queda otro remedio.

¡Puta loca de los cojones!

¿PRETENDES PROVOCARME?

Noah

Mi turno ha terminado. El nivel de cansancio supera al del día anterior y la impotencia me abruma. Me gustaría ser inmortal, de serlo no necesitaría descansar ni tampoco dormir, y mis manos salvarían más vidas. Por desgracia, no lo soy.

Y así, con un abatimiento ni medio normal, espero al resto del equipo. Está a punto de anochecer. Las instalaciones en las que descansamos se sitúan a las afueras para preservar un poco nuestra intimidad; es algo que necesitamos tras las largas jornadas en las que todos los días muere gente en nuestros brazos, y al alzar la vista, lo veo.

Vaya, me había olvidado de él y, por su pose, aventuro que lleva unas cuantas horas allí apoltronado.

Ups. Qué falta de consideración. Lo admito.

Y salgo a su encuentro sin dudarlo. Le debo una disculpa. Su inoportuna presencia llegó en el peor momento y…

—Ya era hora. Lo de echarme encima a tus matones ha sido un golpe muy bajo.

—Lo siento, mmm… ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Ryan.

—Pues lo siento, Ryan.

—Vale, disculpas aceptadas —considera, maquinando a toda velocidad—, y ahora, si eres tan amable, ¿ya nos podemos largar de aquí?

—¿Perdona?

—Llevo un localizador escondido; sirve también para comunicarme con la base operativa y en un par de horas estaríamos fuera.

La impresión es de órdago y doy un paso hacia atrás en cuanto termina la frase, mientras alzo las manos con estupor.

—Oye, oye, ¿qué parte no has entendido en lo que se refiere a que de aquí no me voy?

La expresión de Ryan es un poema y su pose se envara, parece superior a sus fuerzas, y no desaprovecha la oportunidad de avanzar hacia mí con la decisión reflejada en su rostro.

A simple vista, no va a rendirse, este hombre antes se corta el cuello, y suelta como si nada:

—No, Noah, no. Aquí, la única que no entiende nada de lo que ocurre eres tú. Créeme si te digo que sí o sí me acompañarás. Es una orden. Estoy cumpliendo mi trabajo y…

—¡No te jode! ¿Y yo no? —siseo con malas pulgas, inclinando el cuello hasta una posición un tanto incómoda.

La altura del militar es abismal con sus casi dos metros y, si le añadimos la corpulencia de su cuerpo, pues eso, blanco y en botella.

Este tipo es una mole de principio a fin.

Sí. Lo es.

Y lo más impactante de todo es que, a ojos de cualquier persona, el conjunto de lo que sucede dejaría a más de uno temblando de miedo; en cambio, a mí, lo que me produce es indiferencia.

¿Qué le voy a hacer?

Mis ojos han visto demasiada crueldad como para achantarme por un tipo así, y va a ser que no. Me niego en rotundo.

Y es cuando, gracias a la cercanía de nuestros cuerpos, examino con detalle el sudor que le cae desde varios puntos diferentes de la frente, dejando a su paso unos chorretes sospechosos como ellos solos, y mi impulsividad me lleva a cometer una locura.

Alargo el brazo, paso el dedo índice por los chorretones y…

—¿Qué coño haces? —pregunta antes de apartarme con un manotazo.

Justo en ese instante, se acercan mis compañeros, incluidos Malik y Ahmad, los que lo echaron de una patada en el culo siguiendo mi orden, y masco la tragedia.

—Noah, ¿este tío te está molestando? —habla Tom, el médico canadiense que lleva en el campamento más de medio año según

me ha informado, y el cual no se cansa de tirarme los tejos sin descanso.

Bueno, miento, la mayoría de mis compañeros es a lo que se dedican desde que llegué y ninguno parece darse por vencido a pesar de mis continuas negativas.

Si ellos supieran…

—Oye, tú, ya estás largándote o al final te partimos la cara. A Noah no se le molesta así como así, ¿estamos? —interfiere Malik en un inglés un tanto mediocre, posicionándose a mi lado tal cual perro guardián.

—Ey, ey, chicos, un momento —alzo la voz ante el cariz de los acontecimientos—, dadme un par de minutos, por favor.

—¿Estás segura?

—Sí, Malik, lo estoy. Lo de antes ha sido un malentendido. Este hombre no me hará daño.

—Si tú lo dices…

Los tres son reacios a apartarse. Hay veces que se pasan de protectores y aquí, la que toma las decisiones, soy yo.

—Por favor, solo serán un par de minutos.

Al final me hacen caso, aunque les cuesta lo suyo, eso sí.

—Posiblemente te acabe de salvar la vida, así que, dame las gracias y desaparece por donde has venido —sentencio sin preliminares ni nada que se le parezca.

¿Para qué? Mejor, directa al grano.

Ryan, al escucharme, entra en cólera ante semejante alegato y tarda poco y nada en acortar la poca distancia que nos separa con el fin de intimidarme.

Vaya, al grandullón no le gusta que le hablen así, y oye, lo lamento, pero es lo que hay.

—Perdona que discrepe, pero posiblemente sea yo el que les acabe de salvar la vida a ellos. Sí, a los tres, así que, dame las gracias por cumplir a rajatabla con mi trabajo. —Obtengo como respuesta de vuelta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no puedo llamar la atención. Quiere decir que esos dos me han puesto las manos encima porque yo, y solo yo,

se lo he permitido. Y, por descontado, también quiere decir que de aquí no me muevo hasta que entres en razón de una puta vez.

»No entiendo el motivo de que Washington haya dado prioridad a llevarte a casa, pero me la suda, yo solo me limito a cumplir órdenes, nada más, y siempre, siempre, las cumplo. ¿Te queda claro?

—Buaj, menudo sobrado. ¿Qué eres, un superhéroe con infinidad de poderes o qué?

—No, lista, no. Lo que soy es un militar entrenado en las circunstancias más adversas, por eso estoy aquí, y te juro que…

—Anda, dejémoslo en empate técnico por ahora, porque lo que está claro es que ni yo me voy a ir contigo, ni tú me vas a obligar. Sería tu sentencia de muerte, y lo sabes.

—¿Pretendes provocarme?

—¿Yooo…? —alargo la o poniendo una cara de no haber roto un plato en la vida.

¿Me dará resultado?

—Sí, tú. A mí no me engañas.

—Tampoco lo pretendo. Y bueno, llegados hasta aquí, ¿qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—Va a anochecer, supongo que no tendrás dónde dormir y estás de suerte. Voy a ayudarte.

—Anda, menudo detalle.

—¿Verdad?

—¿Y qué te hace suponer que aceptaré tu proposición?

—¿Acaso cuentas con otra opción mejor? Seguro que no. Y ya que estamos, permíteme resumirte lo que ocurre. Seré breve, lo prometo.

»Has dado por hecho que no pondría ningún tipo de pero y que te seguiría sin rechistar. Error.

»Has dado por sentado que me moría de ganas por marcharme después de que nos asaltaran en el otro campamento. Error.

»Y, para terminar, sigues creyendo que me harás entrar en razón y no te haces ni la menor idea de lo equivocado que estás.

»¿Has visto lo que hay a tu alrededor, Ryan?

»¿Qué clase de persona sería si me marchara con todo el trabajo que hay aquí?

»Hoy se ha muerto un niño de los que cuidaba entre mis brazos. Solo tenía cuatro años. ¿Y sabes qué es lo peor?

Ryan va cambiando el semblante a medida que le hago partícipe de mis mierdas internas y deja de mirarme como si quisiera asesinarme.

Todo un detalle por su parte, no lo voy a negar.

Y como decide no preguntar, voy y le contesto:

—Lo peor de todo es que terminas acostumbrándote a tanto horror, esa es la cruda realidad, y yo me niego a ello.

Ni siquiera soy consciente de que las lágrimas empapan mis mejillas. Hace rato que lo están y ni cuenta que me había dado.

Mientras, la otra parte suelta un suspiro hondo. Creo que no se esperaba para nada una conversación así, y a mi parecer, trata de analizar su siguiente movimiento.

¿Andaré muy desencaminada?

—Noah.

—¿Sí?

—Voy contigo.

—Vale.

—Pero, que conste, que eso no significa que…

—Ya. Ya lo sé. No vas a darte por vencido así como así, ¿verdad?

—Chica lista.

—Oye, oye, ¿eso es un piropo?

—Tengo muchos más, siempre y cuando dejes de llorar.

—Vaya, grandullón, ¿te afecta ver llorar a las mujeres?

—¿Y si te digo que sí?

—¿Sabes? Ya me caes un pelín mejor.

—¿Sabes? Tú, a mí, no. Es más, yo diría que me caes incluso un poco peor.

Los dos nos reímos al mismo tiempo y emprendemos el camino hacia el que, de momento, se ha convertido en mi hogar temporal.

¿Y SI HACEMOS UN TRÍO?

Noah

Noto las reticencias de mis compañeros desde el primer instante. No se fían de Ryan. Para ellos, supone un adversario y ya me estoy cansando de lidiar con hombres que, durante jornadas exhaustas, son héroes y en cuanto llegamos al campamento base se transforman en niños.

Llevo aquí poco más de una semana y siguen como el primer día, compitiendo entre ellos a ver quién la tiene más larga, como si eso tuviese algún tipo de importancia para mí.

—Noah, sabes que ellos no pueden entrar aquí —se queja Eric, otro de los voluntarios, en cuanto nos ve.

—Ryan, sí.

—¿Ryan? ¿Quién es Ryan? —secunda Adela plantándose frente a nosotros y repasando a mi acompañante de arriba abajo.

Aquí, las distracciones son pocas, las necesidades muchas, y los rollos entre compañeros ni te cuento.

Adela no tarda en fijarse en lo mismo que yo, en los manchurrones que tiene en la cara, y actúa de igual forma, solo que con la diferencia de que a ella no la rechaza.

—¿Por qué llevas maquillaje? —indaga, manchándose el dedo.

—Es parte del camuflaje —contesta el aludido delatando su nacionalidad en cuanto abre la boca.

—Um, interesante. Me gusta lo que veo. ¿Puedo tocar?

Ryan abre los brazos en una clara invitación.

—No me jodas, Adela —se queja Eric.

—Chttt. A callar. Por fin hay carne fresca y muy buena por lo que veo.

—¿Carne fresca? ¿Eso es lo que soy para ti? —Entra al trapo el recién llegado comiéndosela con los ojos.

Estos dos comparten colchón hoy, no hay nada más que verlos, y yo paso de convertirme en el punto de mira del que tiene todas las papeletas para quedarse a dos velas.

Aquí nadie sabe lo rota que estoy por dentro y por fuera. Lo que yo necesito no es un desahogo carnal, sino paz y tranquilidad, y lo de revolcarme con cualquiera no va para nada conmigo, por muy guapo que sea. Porque, oye, aunque una tenga sus valores y demás, tampoco es que esté ciega y el tal Ryan está demasiado bueno. No lo voy a negar.

Moreno, ojos negros, mandíbula marcada, nariz perfecta y un cuerpo por la que más de una suspiraría, tal y como hace mi compañera.

Es suyo. Todito para ella.

—¡Pum! ¡Pum! ¿Oís el latido de mi corazón? Creo que me acabo de enamorar. Menudo tío. Y tú, ¿quién eres?

Y aquí llega Abril, la más extrovertida de todos, y la que por norma general es la que se lleva el gato al agua.

La pelea está servida.

—Yo lo he visto antes, así que, olvídalo.

Las caras de los chicos son un poema. Si digo que odian al militar, no mentiría y solo espero que sepan comportarse.

Ya les vale. Puta testosterona.

Y, de repente, se escucha:

—Chicas, chicas, tranquilidad —pronuncia Ryan con un tono de sobrado ni medio normal—, no hay necesidad de pelearse. ¿Y si hacemos un trío?

¡¿Qué?!

Paso, ahora sí que paso. Mi mente no está preparada para tanta gilipollez junta y desaparezco del mapa.

Por mí, como si hacen una orgía entre todos. Mientras no me salpiquen…

***

Ryan

Noto su ausencia desde el mismo instante en el que da media vuelta y abandona la estancia. Soy un vacilón de cojones, sí, pero también es cierto que la chica que se acaba de pirar es mi objetivo número uno y, como tal, no me despisto ni por un segundo.

Sigo en modo operativo. Ella, y solo ella, tiene en su poder la llave para salir de aquí cagando leches y por los indicios que ha soltado por la boca no va a resultar nada fácil.

—Oye, Ryan, en cuanto a ese trío…

Regreso a la realidad y el escenario ha cambiado significativamente. No sé en qué momento ha sucedido, pero la tensión elevada a la máxima potencia acapara la estancia y no tiene nada que ver con la de hace un momento. Hablo de la sexual y de la más chunga. Aquí, las mujeres van en una dirección y, en cambio, los hombres en otra diferente a más no poder.

Ellas quieren pasar un rato divertido, *sexy* y caliente.

Ellos quieren justo lo contrario: aniquilarme, quemarme en la hoguera y tirar las cenizas en cualquier lugar.

Y yo, si me dan a elegir, me quedo con lo de follar como un animal con una, con dos o con las que haga falta, y ni se te ocurra tacharme de fantasma.

En mejores plazas he toreado, como dice un compañero español de la base.

—Pero mira que sois simples las tías —bufa Eric con la cara roja de indignación—, veis a un cabrón guaperas y no tardáis ni medio segundo en perder las bragas.

—Perdona, ¿me has llamado cabrón guaperas? —digo con mala leche

—Yo no uso bragas, gilipollas —arremete Abril.

—¿Celoso, cariño? —pregunta Adela en tono burlón.

Los tres hablamos casi a la vez y la perspectiva de liarme a hostias la contemplo con la suficiente sangre fría. Sí, mejor.

Justo en ese instante, la puerta se abre y entra otro grupo formado por más voluntarios. En total son doce y el que parece más mayor pregunta:

—¿Y Noah?

—Supongo que donde siempre —se encoge Tom de hombros —, ya sabéis cómo es. En cuanto tiene la menor oportunidad, se encierra en el cuarto ese y de ahí no la saca nadie.

—Lástima. Yo ya me estoy cansando de tratar de que socialice con nosotros —murmura Eric con el gesto contrariado.

—Sí, sí, socializar dice, tú lo que quieres es tirártela, como el resto —se burla Abril aprovechando para ponerlo en su sitio—. En cuanto a lo simples que somos las tías, cuando vemos a un cabrón guaperas, mira el que habla. El que nada más llegar aquí se quitó la alianza de casado y el que se dedica a meterla donde lo dejamos.

»¿Y de verdad eres tú el que se atreve a decir que perdemos las bragas por tipos cómo Ryan? Mira, capullo, a diferencia de ti, yo no tengo pareja, así que follo donde, como, y con quien me da la gana, y lo hago sin ningún remordimiento. ¿Puedes decir tú lo mismo?

»Por cierto, ¿has hablado ya con tu querida esposa?

—Chicos, vale ya —pone algo de paz el que mencionó a Noah.

—Lo siento, Norman, pero lo decía, o reventaba. Y ahora, ¿qué? ¿Cenamos antes de divertirnos un poco?

—Id vosotros —avanza el tal Norman—, voy a hablar con ella o, al menos, intentarlo. Lo de que no muestre ningún sentimiento no es bueno. Me han dicho que esta tarde se ha muerto uno de los niños que cuidaba.

Frunzo el ceño. Acabo de conocer a alguno de sus compañeros y unas simples frases bastan para recopilar varios datos bastante significativos.

El primero, si tal y como dicen no muestra nunca ningún tipo de sentimientos, ¿por qué a mí, que he sido el último en llegar, me ha permitido que la viera llorar?

El segundo, sin conocerla aventuro lo poco que le gusta rodearse de gente normal. ¿Por qué si no iba a elegir estar sola en lugar de permanecer con el resto del equipo en su tiempo libre?

Curioso.

Muy curioso.

—Llevas razón, yo creo que ese bombón tiene algún trauma, si al menos soltara prenda… —deja caer Eric, ganándose la mirada de advertencia del resto.

La conversación se ha vuelto surrealista y revela más información de la deseada, volviendo a hacer hincapié en lo oído.

Es raro que una chica tan joven no quiera socializar con gente de su edad tras soportar tanta desgracia junta.

Es contraproducente que no muestre ningún sentimiento, y aquí cabe la posibilidad de que la reciente muerte de ese niño sea la consecuencia de mostrar su debilidad, y la casualidad ha querido que fuera conmigo.

Y, por último, Noah es demasiado joven como para tener un «trauma», como acaba de insinuar el gilipollas de los cojones que me cae como el culo.

—¿Y si voy yo? —Me ofrezco acaparando la atención de los presentes sin tardar en despertar los recelos de todos y cada uno, mientras me practican un tercer grado.

—¿Y por qué ibas a ir tú? —señala Norman con malas pulgas.

—Oye, oye, ponte a la cola. Has sido el último en llegar —se manifiesta Eric.

—Mmm, aquí hay algo que estamos pasando por alto. ¿Os conocéis? —apunta Abril con un mohín.

—Alto, alto. —Me rebelo alzando las manos—. Demasiadas preguntas y yo no acostumbro a resolver dudas de nadie, a no ser que la otra parte me importe, y vosotros sois unos extraños. Pensad lo que queráis, me la suda.

—No lo entiendo —afina Abril—, ¿por qué has entrado en el territorio como cualquiera de los lugareños y usando maquillaje para ocultar tu tono de piel? ¿Qué escondes?

—Yo cambiaría el enfoque de la pregunta —interviene Adela mesándose el pelo—. A ver, Ryan, ¿qué eres?

—Un tío bueno sin anillo en el dedo dispuesto a daros la mejor noche de vuestras vidas, ese soy yo. —Salgo por la tangente sin despeinarme siquiera.

—¿Qué insinúas? —El aludido salta como un resorte y avanza un paso acercándose más de la cuenta.

Uy, uy, como se le ocurra tocarme un solo pelo mal vamos a acabar, aviso.

—¿Yo? Nada, chaval.

El ambiente se caldea, el tal Norman lo ve venir y claudica con rapidez.

—Eh, tú, deja de tocar los huevos y desaparece. Cuarta puerta a la derecha.

—*OK*, gracias.

Me bato en retirada y sigo las indicaciones dadas hasta plantarme en la ubicación correspondiente. Es entonces cuando llamo con los nudillos y, después, me limito a esperar.

Y espero.

Espero mucho.

Espero mucho más de la cuenta, y ahí me quedo, sin entender el motivo de tanto mutismo, mientras vuelvo a llamar, esta vez más fuerte, y más de lo mismo.

Silencio absoluto, lo que equivale a nada de nada.

Joder. ¿Por qué no abre la puta puerta?

¡BUM!

Noah

Subo el volumen de la radio. No voy a abrir. Norman ya debería saberlo y no entiendo a qué viene tanta insistencia. Yo solo pretendo que me dejen tranquila. Nada más. Tampoco es tan difícil, ¿no?

Y centro la atención en la canción que suena a continuación. No la conozco. La letra habla de un amor no correspondido y es nostálgica y triste, lo que conlleva a que se ajuste de manera perfecta a mi estado de ánimo.

¿El resultado? Fácil de adivinar.

Un torrente de lágrimas se desata y empieza a caer sobre mis mejillas. Primero una, luego otra, y otra, y otra más…

Ya no hay vuelta atrás. Imposible.

Y sopeso la gran verdad acerca de que no puedo seguir sufriendo por cada pérdida, ni dejar que la tristeza acapare mi alma. Si consiento que mis fuerzas flaqueen, entraré en un bucle difícil de superar y adiós a lo de ayudar a la gente necesitada.

Sería mi ruina.

Ahogo los sollozos en la almohada. La puñetera crisis va en aumento y mi mente se recrea en la imagen del pequeño al que nunca volveré a ver, y la tristeza acapara tintes trágicos.

Mi negación a sentir indiferencia es la causa y mi razón para seguir respirando, es así de sencillo.

Prefiero que duela. Solo así les daré lo mejor de mí, por mucho que mis compañeros digan lo contrario.

El sonido de más golpes me sorprende y me devuelve a la realidad; aun así, mi reacción es la de subir el volumen casi a tope con el único objetivo de lamer mis heridas, tal y como llevo haciendo desde que comprendí lo sola que estaba en este mundo.

Es recordarlo y la ansiedad toma forma, dispuesta a llevarse todo a su paso, y noto los primeros síntomas de alarma.

Ritmo del corazón acelerado. Presión en el pecho. Sudoración excesiva. Palpitaciones. Sensación de no poder respirar.

Mierda.

No voy a soportarlo.

No esta vez.

El trance acapara todo mi ser, tanto que no soy consciente de que la puerta se abre ni de que alguien me observa totalmente paralizado. Tampoco que esa persona se acerca poco a poco, con una expresión difícil de analizar.

Cuando quiero hacerlo, es demasiado tarde, ya que se encuentra a poco más de un palmo de distancia, y la preocupación en su voz es palpable.

—¿Noah? ¿Estás bien?

El susto es de órdago, los cascos se me caen de las orejas, y en un momento de debilidad cubro la totalidad de mi cara con la almohada.

Me siento desnuda ante sus ojos. Ryan es el primer desconocido que me pilla en un estado de vulnerabilidad de semejantes características, y no tiene ningún derecho.

No. No lo tiene. Siempre me he cuidado para que algo así no suceda y solo a él se le ocurre pasarse por los huevos mi norma más inquebrantable: la de invadir mi privacidad.

Me cabreo. Mucho. Tanto que no tardo en abrir la boca con el afán de mostrarle a la Noah borde y autoritaria, aunque de poco me sirve.

Por más que pretendo dejarle claro que quiero estar sola y que nadie tiene el derecho de asaltar mi privacidad, nada. Resulta que las palabras se quedan atascadas en mi boca y ni una sale al exterior. Ni una.

¿Serán cabritas?

«Por favor, que se vaya, que se vaya», imploro haciéndome un ovillo para proteger tanta exposición junta.

Solo cuando escucho la puerta cerrarse, suspiro un poco más tranquila y acepto la realidad.

Casi que tengo que agradecer su aparición; sin ella no habría conseguido lidiar con la crisis de ansiedad, y…

Y al quitar la almohada de mi cara, me doy de bruces con la cruda realidad.

La puerta está cerrada, sí, pero con lo que no contaba era con que el militar se quedaría dentro.

¿Qué pretende?

Su actitud me descoloca de principio a fin e incluso sopeso la probabilidad de que quiera ganarse mi confianza. Al fin y al cabo, lo poco que hemos hablado ha servido para indicar su firme propósito de que le acompañe de vuelta a Estados Unidos, y seguro que es la causa de la preocupación dibujada en su rostro.

Y odio dicha expresión.

—Por favor, quiero que te vayas —ruego con el alma y la voz rota.

Ryan hace caso omiso, se planta frente a mí y, de seguido, va y se sienta en el suelo.

¿Pero qué coño hace?

Pronto lo averiguo.

—Lo siento, Noah, no me marcharé hasta que me digas qué te pasa.

¡Bum!

Retrocedo sin control hasta que la espalda se topa con la pared y la presión en el pecho aumenta. Su respuesta no es ni de lejos la que esperaba y…

Y por más que trato de tragarme las lágrimas, no lo consigo, así que me abrazo todo lo fuerte que puedo, cierro los ojos y centro todos los esfuerzos en respirar con algo de normalidad ante la falta de aire.

Es de vital importancia. La sensación de ahogo regresa sin impunidad alguna y la agonía aumenta hasta un límite pocas veces alcanzado, lo que termina obrando en mi contra hasta que…

Pierdo el conocimiento.

Pocas veces ocurre, solo que ahora, en este preciso momento, no tengo la menor idea de cómo lidiar contra un contratiempo de tal magnitud y mi cuerpo actúa defendiéndose como buenamente sabe o puede.

Pobre.

***

Ryan

—¡Noah! ¡Noah!

Actúo con rapidez. Los síntomas detectados a simple vista amparan que se trata de una crisis de ansiedad y con suavidad, giro su cuerpo hacia mí, reviso sus vías respiratorias y me quedo un poco más tranquilo al advertir que poco a poco abre los ojos.

Ni un minuto ha tardado en recobrar la consciencia, lo que equivale a que los parámetros sean normales dentro del episodio que ha pasado, y una pregunta acapara mi atención al cien por cien.

¿Qué escondes con esa carita de ángel?

—Shhh, tranquila, te has desmayado —susurro con un tono suave para no asustarla más de lo que parece. Mi único objetivo es que se tranquilice y que no se mueva, que es lo primero que ha intentado al notar mi presencia tan cercana—. Por favor, quédate quieta. Es contraproducente que te exaltes más, ¿lo entiendes?

No contesta, aunque obedece, y es un triunfo por mi parte.

—Oye, siento haber entrado sin permiso. No lo volveré a hacer, te lo prometo. Como no contestabas pensé que te sucedía algo. Tus compañeros dicen que a la menor oportunidad te encierras en este cuarto y que de aquí no te saca nadie, y tomé una decisión precipitada. Lo lamento, de verdad.

Un silencio incómodo se produce a continuación. Un silencio que grita la necesidad de que acepte la derrota y me marche, pero no lo hago. Solo me iré cuando ella me lo pida, así que, no me queda otra que resistir la contrariedad que precede a un momento tan anómalo, aunque la otra parte no es tonta, adivina mis intenciones y se pronuncia en cuanto se repone lo suficiente.

—Vale, disculpas aceptadas, y ahora, por favor, ¿puedes marcharte? No estoy cómoda, este es mi lugar privado y no quiero tu compañía.

Se puede hablar más alto, sí, pero no más claro.

—Noah…

—Por favor, vete. No me hagas repetírtelo.

Expulso el aire con pesar al comprender que he perdido la batalla, y la súplica que escapa de su boca remueve algo en mi interior, obligándome a estar a la altura de las circunstancias y, por lo tanto, darme por vencido.

Haré lo que sea por una chiquilla que oculta algo trascendental de su vida bajo llave, y la cual ofrece una imagen rota, vulnerable y necesitada de…

¿De qué? ¿Quizá se trate de cariño o comprensión?

¿Es eso?

Joder. Espero que no porque, en el caso de serlo, ¿cómo demonios se le echa una mano a alguien que se niega a recibir ningún tipo de ayuda?

—Vale. Estaré por ahí. Si en cualquier momento, sea la hora que sea, quieres algo, búscame. ¿Lo harás?

—No creo, aun así, gracias.

Bueno, al menos es sincera, y se lo agradezco.

—De nada, Noah.

Abandono la estancia con pesar. Si de mí dependiera, me quedaría. Hablo en serio. Advertir las ojeras en su rostro me ha dejado tocado al entender lo mucho que sufre la chica con cara de ángel, y el grado de implicación al que me he prestado, primero, ofreciéndome a hablar con ella y, segundo, tratando de calmarla al precio que hiciera falta, lo achaco a que se trata de trabajo. Nada más.

Regreso al punto de partida y los demás siguen allí, a la espera de que les diga algo, y va a ser que no. Prefiero mantener la boca cerrada.

—¿Y…? —se interesa Norman, mostrando lo mucho que le preocupa mi posible respuesta.

Por su edad podría ser su padre y aventuro que es la causa de dicha inquietud.

—Tenías toda la razón. No quiere hablar con nadie.

—¿Lo veis? Esa tía tiene una tara —insiste el cabrón de Eric sin perder la oportunidad, y sin percatarse del error que acaba de cometer al pronunciar una palabra tan fea de manera despectiva.

Y es cuando, sin ser consciente de mis actos, dejo que la mala leche tome el control y, ahí voy, directo a por el hijo de la gran puta que se ha permitido el lujo de burlarse de una chica a la que, le ha bastado mirarme con unos ojos que transmitían un grito de auxilio desgarrador, para situarme en su bando. Esa es la pura verdad y, delante de mí, nadie se va a reír de ella.

Nadie.

Lo juro por lo más sagrado.

—Vuelve a decir algo así y te parto la cara de una hostia, capullo —siseo, agarrándolo por la camiseta.

—Vamos, Ryan, suéltalo —interviene Norman empecinado en mantener la calma—. Te garantizo que no lo volverá a hacer, ¿a qué no, Eric?

El aludido baja la mirada y con un simple gesto demuestra lo cobarde que es.

Mierda de tío.

—Bueno, y ahora que ya está todo resuelto, ¿cenamos? —habla ahora Abril, mientras se coge a mi brazo y me conduce a un comedor que se ajusta por su austeridad al lugar en el que nos encontramos.

Durante la cena el grupo se divide y termino con las dos chicas y Norman; los demás optan por el bando de Eric, y casi que mejor.

Eso sí, en cuanto nos sentamos mis acompañantes no tardan en tratar de sonsacarme algún que otro dato relevante en cuanto a mi vida personal o profesional se refiere, y lo siento, no voy a dársela. Es información confidencial.

Sí, también la que no tiene que ver con el trabajo.

***

Una vez terminada la cena opto por retirarme. El día ha resultado intenso, como poco, y así se lo hago saber a las dos mujeres que me acompañan hasta una habitación con cuatro literas.

El mohín que ponen al averiguar que de trío nada no tiene precio, y les prometo que las compensaré en el caso de que se dé la

oportunidad. Y es que, a pesar de todo, he de ser optimista.

Podría ser que Noah, a la mañana siguiente, cambie de parecer, ¿verdad?

Y mira que estaría bien, porque las ganas de olvidarme de esta misión van cobrando fuerza a marchas gigantescas.

***

Lo último en lo que pienso, antes de dormir, es en la chica con cara de ángel.

¿Casualidad?

Sin duda.

LA LLEVAS CLARA, TÍO

Noah

Dedico buena parte de las siguientes horas a dar vueltas sobre el colchón y doy por sentado que lo de descansar va a ser que hoy tampoco toca, y eso que ya estaba habituándome a la rutina del nuevo campamento.

Vaya contratiempo.

Si continúo en estas condiciones poco voy a aguantar las jornadas maratonianas a las que me presto yo solita; esa es la cruda realidad, y la negación a despertar exhausta me lleva directa a la cocina improvisada acorde a las instalaciones.

Necesito una infusión relajante. Será la aliada perfecta para el cometido marcado.

Mientras hierve el agua, a mi mente le da por pensar y llega a una conclusión. El estado exaltado en el que me encuentro se debe a un motivo de peso, o más bien a un culpable entrometido, y la imagen del susodicho no tarda en aparecer.

Dos son las veces que ha visto mis lágrimas en un tiempo ridículo y, la sensación de que la privacidad más absoluta me ha sido arrebatada a la fuerza ofrece un resultado que para nada obra a mi favor. Quizá, por ello, llego a una conclusión. Lo más sensato, dadas las circunstancias, será centrar los esfuerzos en mantener la mente en blanco, aunque, por más que lo intento, no lo consigo.

Cierto hombre no se me quita de la cabeza y el enigma es irreal.

Mierda de militar. Ya puede perderse antes de que…

—Hola, Noah.

Tan ensimismada estoy en mis pensamientos que escucho su voz de refilón y, de la impresión, la taza con el agua hirviendo que acabo de servir se escurre de mis manos y cae al suelo.

Si es que está visto que hoy no es mi día, no.

—¿Qué haces aquí? ¿Pretendes matarme del susto? —Lo encaro una vez superada la impresión inicial.

—No. Nada de eso. Llevo rato alerta. No has cenado y supuse que, antes o después, vendrías a comer algo.

Y al reparar en el contenido de la taza agria el gesto.

—¿Y tu cena?

—La tienes a tus pies.

—¿Qué?

—Oye, oye, alto ahí —elevo el tono lo justo para no despertar a nadie—, si por un momento has pensado que voy a permitir alguna intromisión más por tu parte, la llevas clara, tío. Aquí donde me ves no acostumbro a que se preocupen por mí, no lo necesito; por tanto, deja el papel de protector con el que te has presentado y asume la realidad.

—Y según tú, ¿cuál es?

Juega a provocarme. Lo leo en cada uno de sus gestos y el hecho de cruzarse de brazos mientras espera una respuesta lo corrobora.

Ja. Pues va dado.

—La realidad es que no voy a irme contigo. Espero no tener que repetírtelo. Esta es mi vida y como tal no tienes el derecho de irrumpir en ella con ningún propósito, por muy loable que sea. Y para que te hagas una idea, añadiré algo.

»Ni siquiera un batallón del ejército lograría convencerme de lo contrario, ¿y sabes por qué? Porque es mi puto problema.

»En cuanto a lo sucedido en la jornada de hoy, quiero darte un par de matices. El primero, no busco conversación ni, tampoco, compañía de nadie, ¿Lo captas? De nadie.

»Y en cuanto al segundo matiz, aclararte que no me va lo de mostrar ningún tipo de sentimiento; pertenece al ámbito privado y supongo que ya te habrán puesto al tanto. Lo que has visto ha sido una simple casualidad y me jode que un extraño como tú haya roto una de mis reglas inquebrantables.

—Ya. Así que una de tus reglas inquebrantables, ¿acaso tienes más?

—Alguna que otra, sí —me pongo a su altura sin achantarme.

La mayoría de los hombres cometen siempre el mismo error. Ven una cara bonita y no tardan en lanzar la caña, y lo que ninguno intuye, ni de lejos, es lo mucho que paso de todos ellos.

Sí, incluido el tipo *buenorro* al que más de una se llevaría a la cama.

—Bueno, pues ya que estamos, podrías contarme lo de tus líneas infranqueables mientras te preparo un sándwich —manifiesta con maestría el tema que tratamos.

Y flipo. Flipo mucho.

—Lo de que paso de ti y tal, no lo llevas muy bien, ¿no?

—Y tú lo de que he venido para quedarme tampoco, ¿verdad?

Bufo. Bufo mucho. A continuación, me llevo las manos a la cara y odio que el gesto delate el poco aguante que me queda en algún resquicio de mi cuerpo.

Y estallo en:

Tres.

Dos.

Uno.

Y…

—Mira, paso de ti, y por mí como si te conviertes en mi perrito faldero. Allá tú. En cuanto al desastre que he formado, ya puedes ponerte manos a la obra. Tú has sido el responsable y tú lo limpias. Hala, que descanses.

Sin más, doy media vuelta y ahí lo dejo, plantado en mitad de la cocina.

Y aviso, como tenga los santos huevos de seguirme no voy a ser tan considerada esta vez, y no me temblará el pulso a la hora de pedir ayuda para que le pateen el culo si hace falta.

Por suerte para él, capta la indirecta y regreso a la minúscula habitación sin ningún contratiempo añadido, eso sí, sin el cometido de calmar los nervios con la infusión relajante.

Y me reafirmo en lo que pienso acerca del grano en el culo que al parecer me ha salido.

Mierda de militar...

***

Ryan

Recojo el desastre en cuanto Noah desaparece.

Mientras lo hago, un sinfín de interrogantes se amplía y no dispongo de los datos necesarios para darle alguna respuesta.

Esta chica de apariencia angelical, y por el que más de uno caería rendido a sus pies, esconde algún trauma. No hay que ser demasiado listo para llegar hasta ese punto. El pasotismo que desprenden esos ojos que tanto me impactaron en la foto la primera vez que la vi es demasiado real, al igual que el empeño por desmarcarse de cualquier atención hacia su persona.

Huye de ella como si se tratase de la misma peste. Sus palabras así lo han corroborado, el par de ocasiones que hemos intercambiado un par de frases seguidas, y me encabrono al saber que se ha acostado sin nada en el estómago.

¿De verdad que su cena iba a ser un poco de agua caliente?

Joder. Con razón su delgadez es tan evidente. Es en lo primero que me fijé cuando entré en el lugar que utiliza para descansar y…

Mentira. Digamos que mis ojos volaron hacia otras cuestiones más alentadoras, y aquí no omitiré la impresión de verla tan de cerca, con un chándal normal y corriente, en vez de la túnica que la cubría por entero.

Pasmado, así me quedé en un primer momento. La belleza de Noah es brutal y bajo esa apariencia fría y distante, otra de las cosas que llamó mi atención fue la imagen de fragilidad que irradiaba por los cuatro costados, cuando sin pensarlo terminé usurpando la intimidad de su cuarto.

¿Cómo alguien que ejerce un trabajo tan sacrificado puede esconder ese grado de vulnerabilidad ante los ojos de los demás?

No doy crédito, es imposible, y lo que es peor. Le pasará factura, si no lo ha hecho ya.

De eso sé un rato. Nuestro trabajo no es tan diferente. De ahí la importancia de quedar con mis amigos y desparramar lo que no está escrito cuando regresamos de cualquier misión.

La salud mental hay que cuidarla. Mucho. De no hacerlo, el lío en el que acabarás resultaría un despropósito en todos los sentidos, y por esa razón me es imposible quitarme de la cabeza a la chica con un nombre tan bonito como el de ella.

Noah.

Me gusta.

Me gusta mucho.

Una vez que dejo el suelo limpio, entiendo que lo mejor es tratar de descansar algo y me retiro a la habitación asignada por las chicas a las que he dejado plantadas.

Todavía quedan unas horas para que amanezca y mejor las exprimo en condiciones. Cuando estás operativo lo primordial es aprovechar cada segundo en satisfacer las necesidades más elementales de tu cuerpo y a ello que me pongo.

Antes de quedarme frito la imagen de Noah aparece por sorpresa, y ya van dos veces seguidas, y me pregunto qué coño hago pensando en una chica que ni me va ni me viene, y en cambio paso por alto la oportunidad de hacer un trío en condiciones.

Decidido. De mañana no pasa. En cualquier momento la orden de un superior supondrá un cambio en la misión y ni de coña abandonaré este lugar sin disfrutar de una sesión de sexo a tres bandas.

No. Ni hablar.

Y aquí omito la que, supuestamente, es mi regla número uno. La de que no dejes para mañana lo que te puedas tirar hoy, y admito que existe una causa.

Si tuviese que elegir no lo dudaría ni por un momento. Sería un embustero si no dijera que a la que me quiero cepillar es a Noah, y por lo poco que he interactuado con ella mucho me temo que eso no va a ser posible ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana.

¿O andaré muy desencaminado?

Ojalá.

Cierro los ojos en cuanto ocupo la litera vacía y…

Y ahí está de nuevo.

Noah no parece dispuesta a abandonar mi subconsciente y lo achaco a la disparidad de frentes abiertos que ha dejado tras de sí.

ASÍ QUE ORGÁSMICO, ¿EH?

Noah

El rugido de mis tripas es lo primero que escucho al abrir los ojos. Estoy muerta de hambre y la disposición a zamparme lo que haga falta se convierte en un indicio que muestra el fin de la tempestad del día anterior. Por suerte, ha amainado y tras asearme y vestirme, voy directa a la cocina.

Mi prioridad más absoluta es elaborar un plan perfecto para comenzar la jornada de la mejor manera y consiste en obtener un puesto estratégico para acceder al material que preciso. Solo así podré hacerme con el control de la tostadora y la cafetera, utensilios que casi siempre ocupan una disparidad inmensa en cuanto a peleas y trifurcas se refiere.

No será mi caso. Lo poco que he conseguido dormir ha servido para renovarme y, por las horas que son, interpreto que soy la más madrugadora de todos.

Mejor para mí. La urgencia apremia y necesito carbohidratos y café. Mucho café.

Accedo al interior envuelta en una paz enriquecedora y frunzo el ceño al escuchar a alguien en la despensa.

Por norma general, mis compañeros no suelen aparecer hasta más tarde y me da la nariz que voy a tener que espabilarme si a tan temprana hora ya se manifiesta cierto trajín.

¿De quién se tratará?

El delicioso olor a café recién hecho me lleva directa a saltarme las reglas, aquí nadie toca lo que no es suyo; a menos que te inviten, y me dirijo hacia el lugar en el que el madrugador de turno ha dejado un desayuno copioso y abundante sobre la mesa con la intención de servirme un poco de cafeína.

La boca se me hace agua y salivo de gusto. Además de café y leche hay varias tostadas recién hechas y hasta un poco de fruta

cortada.

Buah, menudo pedazo de desayuno. Sea quien sea el que lo ha preparado debe de estar igual de famélico que yo y…

Y mis pensamientos se quedan en nada al probar el líquido humeante.

Ostras. Es una delicia. El sabor amargo llega a mis papilas gustativas y lo saboreo como si se tratase de un manjar exquisito. Lo es. Para mí sí, y la persona que lo haya hecho acaba de ganar un punto extra, o quizá dos. Ya que estamos…

—Joder, este café podría ser orgásmico —pronuncio en voz alta alabando a su creador.

Como soy la nueva por mi boca han pasado diferentes brebajes; cada uno de mis compañeros se ha esmerado lo suyo para darme la bienvenida, no lo voy a negar, y el efecto sorpresa se refleja en mi cara al no tener ni la menor idea de quién es la persona que sigue en la despensa buscando a saber qué.

Y como tarda demasiado, aprovecho para echarme más café en la taza, total, no creo que se moleste mucho, y degusto el segundo sorbo con parsimonia. Disfrutando de la simpleza que me proporciona algo tan banal, mientras cierro los ojos de nuevo.

—Mmm, delicioso.

Solo cuando he tragado vuelvo a la realidad y…

«Joder, esto no puede ser verdad», me digo al encontrarme con unos ojos que trasmiten diversión a raudales y una pizca de picardía.

Sí, hablo de Ryan, el de la despensa, es él, y sale de ella con un tarro de miel entre las manos.

—Así que orgásmico, ¿eh? —pregunta con un deje de socarronería.

—Ehhh…

La vergüenza me engulle. Si llego a saber que era él, hubiese mantenido la boca bien cerrada y es tarde para lamentarlo.

Muy tarde.

—Por cierto, buenos días, Noah.

—Buenos días —contesto con la cara como un tomate.

Otra vez que me pilla con la guardia baja, y van tres. ¿Se puede tener peor suerte?

Y nada, ya puestos a hacer el ridículo, va y la rojez se multiplica considerablemente, todo a consecuencia de que mi estómago decida ir por libre y le dé por rugir en ese momento tan preciso.

Pues qué bonita mañana se ha quedado, ¿verdad?

Abro la boca con la intención de excusarme y el militar no me lo permite. Parece un experto en comunicación no verbal y toma la palabra con una naturalidad absoluta, omitiendo lo que para cualquier otro resultaría una oportunidad de cachondearse en mi cara.

Algo que no hace.

—¿Serías tan amable de compartir la mesa conmigo? He preparado el doble de todo y he de decirte que es una sorpresa que te guste mi café. Casi todos huyen cuando me toca prepararlo a mí de lo cargado que lo hago.

La cortesía que emplea la detecto de lejos. Sin conocerme vaticino que ha adivinado mi siguiente movimiento, que no sería otro más que largarme a toda leche, y en cambio ha sabido jugar sus cartas a través de una invitación que me impide ser descortés.

Y como supongo que lo último que querrá es ligar conmigo, después de la nochecita que habrá pasado entre las sábanas con mis dos compañeras, tomo la decisión de quedarme.

—Acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Repetir las veces que me dé la gana —bromeo de forma distendida—. Tengo un hambre que me muero.

—Ya me he dado cuenta, ya. Por favor, siéntate. Yo te sirvo.

—Ehhh, Ryan… —pronuncio con un cambio en el semblante, mostrando a la chica esquiva que soy.

A lo que la otra parte contesta:

—Vamos, únicamente estoy siendo amable. Nada más. ¿Podrás soportarlo durante media hora? No te pido tanto.

—Ya te dije…

—Noah, deja de considerarme tu enemigo. No lo soy. Tómate esto como un gesto entre compañeros. Ahora lo somos. Mi superior me ha encomendado que me quede por si reconsideras la opción de regresar y significa que tendrás que aceptar mi presencia un poco más. En cuestión de días desapareceré y no volverás a saber de mí.

Dicho lo cual, deja de mirarme, sirve en un plato una porción más que generosa del revuelto que hay en la sartén, y después se sienta frente a mí.

—Come. Estás demasiado flaca.

—No es tu problema.

—Es cierto, solo que mientras esté aquí me ocuparé de que tus tripas dejen de rugir.

—¿Y por qué no dedicas tu tiempo a Adela y a Abril?

—Porque no me apetece.

—Pues se enfadarán.

—No tienen motivos.

—¿Ah, no? Yo, en su lugar, sí lo haría. Después de pasar la noche con ellas…

—No des las cosas por sentado. No he pasado la noche con ellas. Estaba demasiado cansado.

La revelación debería darme igual y no lo hace.

Mierda.

—Y que conste que si pretendo cuidar de tu estómago es por una razón.

—¿Qué es…? —entro al trapo dejando a un lado lo que acaba de soltar por la boca.

—Únicamente lo hago para que no me dejes sordo, no vayas a hacerte unas suposiciones equivocadas, ¿eh?

Sonrío, él también, y nos dedicamos a desayunar sin añadir ninguna palabra más.

Mejor. No hace falta y así evitamos que la incomodidad pueda aparecer. Tratándose de mí no tardará y aprovecho para engullir como si no hubiese comido en semanas.

***

Ryan

No levanto la vista del plato hasta que los demás van llegando. Considero un reto el simple hecho de que coma con ganas y sé que a la menor metedura de pata se cerrará en banda y terminará largándose, lo que se convierte en un logro en toda regla.

La idea de llevarnos bien impera. Lo que le he dicho acerca de que me quedaré unos días es verdad y como tal prefiero ir con pies de plomo.

La curiosidad que despierta en mí es abrumadora. Pocas veces ocurre y lo achaco a que, más pronto que tarde, daré carpetazo a una misión que se ha convertido en rara de narices por una cuestión de peso.

¿Por qué si ha decidido quedarse no cancelan el operativo?

No lo entiendo. De verdad que no.

Una vez que termina, se marcha junto al resto y el detalle de darme las gracias levanta más de un recelo, aunque nadie lo pronuncia en voz alta y el único que me da una palmada en la espalda es Norman.

A continuación, emprenden el camino hacia sus respectivas tareas y yo aprovecho para hacer un reconocimiento sobre el terreno por si surgen problemas. Nunca está de más y mi condición de Seal siempre, siempre, permanece en estado de alerta.

Siempre.

***

No la veo en lo que resta de jornada y, cuando nos disponemos a cenar, tuerzo el gesto contrariado.

Es la única que falta, ¿acaso va a saltarse la cena hoy también?

—Oye, Ryan, en cuanto a lo que tenemos pendiente…

La voz de Abril me saca de mi ensoñación y casi que se lo agradezco.

¿Qué coño hago pensando en lo que no debo?

Follar, ese es mi cometido número uno, y la indirecta no deja lugar a la duda, lo que significa que de esta noche no pasa, cumpliré lo prometido y me encargaré de dejar el pabellón bien alto.

El plan es perfecto, la noche promete y es lo único que importa.

¿TÚ DE QUÉ VAS?

Noah

Pienso en el aroma del café.

Me distrae.

Y lo necesito.

Hoy no quiero dormir. Requiero de un tiempo para sopesar si mi trabajo sirve de algo y, aunque sé hacia dónde me llevarán tales pensamientos, ni quiero ni puedo pararlos.

La vida es injusta, demasiado, y cada vez que salgo ahí fuera lo corroboro como testigo, a pesar de dar todo de mí.

¿Y si no es suficiente?

El grado de compromiso que he adquirido con las personas más vulnerables cada vez es más exigente y decido plantarme para analizar lo que sucede. De un tiempo a esta parte, lo que supuso una válvula de escape se ha convertido en un tema personal y la fragilidad a nivel mental y físico comienza a pasar la consiguiente factura.

He perdido peso. Las ojeras empiezan a ser permanentes. El nivel de estrés cada día crece un poco más y…

Las primeras lágrimas no tardan en aparecer y no me pillan desprevenidas. Esta vez no. Al fin y al cabo, es más de lo mismo, y reconsidero la opción de plantarme.

No soy una intrusa. Mi trabajo aquí es enriquecedor y cada vez que salvamos una vida recibimos la mejor recompensa del mundo, aunque sea a través de una simple mirada de agradecimiento o una sonrisa.

Ya basta de ser mi propia enemiga.

Ya basta de aislarme tanto.

Y, sobre todo, ya basta de mentir al resto de la gente.

Lo de simular que ni siento ni padezco ha dejado de servir desde que el militar descubrió las debilidades que me invaden y se

llevó por delante el arduo trabajo, simulando un rol que me iba a las mil maravillas. Ahora, en cambio, todo parece diferente y estoy más perdida que nunca.

Y, sorprendentemente, una idea disparatada se pasa por mi cabeza.

¿Y si…?

La pregunta la dejo en el aire y antes de notar la presión en el pecho decido ser valiente. Total, tampoco es que tenga mucho que perder, así que, dejo la radio y los cascos en el colchón, de seguido me pongo las zapatillas y, antes de permitir que cualquier pensamiento anule mi disposición, salgo fuera con la intención de unirme un rato a mis colegas de batalla.

Aquí no todo son calamidades, mis compañeros saben la importancia de desconectar cuando se puede, y por esa razón avanzo hacia las conversaciones distendidas y las risas procedentes de la sala en la que todos se reúnen una vez acabada la cena.

Un poco de distracción me hará bien, estoy convencida, y omito las caras de sorpresa que ponen en cuanto entro en su campo de visión.

—Vaya, Noah, ya era hora de que te pasaras por aquí —argumenta Norman con una sonrisa de oreja a oreja—, ven, siéntate a mi lado. Seguro que me das suerte en las cartas y desplumo a Eric. ¿Te apetece una cerveza? Estamos de suerte, nos han llegado unas cuantas.

Intuyo lo que se propone. Norman siempre ha estado a mi lado y sabe que lo último que pretendo es enrollarme con nadie, con lo cual su petición corrobora que trata de protegerme de los avances de los demás, que es lo que harán a la menor oportunidad.

Acepto. No hay nada de malo. Viniendo de Norman, no.

Antes de negarme a tomar la cerveza, uno de los chicos me la tiende y me sabe mal rechazarla.

Mi propósito no pasa por ser descortés. El alcohol en este lugar brilla por su ausencia y no les quiero hacer el feo, así que, la cojo.

Y cuando voy a dar el primer trago, alguien que acaba de entrar y que analiza la escena al completo, tarda nada y menos en

arrebatármela. Así, como lo lees. Algo que, por supuesto, no esperaba, y la incredulidad crece a la máxima potencia en cuanto me percato de quién es el hombre que se ha tomado la licencia de abordarme como si tuviese algún derecho.

Hablo del militar, ¿de quién si no?

—¿Puedes acompañarme un momento a la cocina, Noah? —suelta tan campante el ladrón con un cierto tono autoritario.

—No me jodas, Ryan —la que habla es Adela, pronunciándose en cuanto ve peligrar la noche que tanto ansían tanto ella como Abril —, ¿desde cuándo ha entrado Noah en la ecuación? Ella no va a aceptar unirse al trío, te lo garantizo.

El resto de espectadores sigue a lo suyo y no se meten en la que podría considerarse una pelea de gatas en toda regla, y yo paso.

—¿Noah? —insiste el usurpador dando un trago a «mi cerveza», taladrándome con unos ojos que desprenden una seguridad que odio.

A este hombre le gusta jugar con fuego, no hay ninguna duda, y en un arrebato estiro el brazo y mi posesión regresa al lugar que le corresponde. Mi mano. Es entonces cuando actúo de idéntica manera y, sosteniéndole la mirada, me llevo el botellín a la boca y bebo con un aplomo que no es tal.

Y es que, por muy incomprensible que parezca, mi imaginación va por libre y un cosquilleo atraviesa mi espina dorsal ante la idea de que mis labios han tocado lo mismo que los suyos, lo que equivale a que la novedad impacte de lleno sobre una chica poco dada a sentir nada, y menos por un extraño.

El desconcierto es real y toso con incomodidad, después limpio con la manga los restos de espuma y pronuncio con un cabreo demoledor:

—Esto es mío, y no, no te acompaño a la cocina.

Hala. Asunto finiquitado.

Sin más, tomo asiento al lado de Norman, le doy otro sorbo, y solo entonces digo como si nada:

—Ah, pasadlo bien, chicos, y por favor, no hagáis mucho ruido.

La cara de disconformidad de Ryan choca de frente con la de las dos chicas, a la vista está que no piensan lo mismo, y lo reafirmo al elevar el mentón hasta toparme con una impresión brutal.

Ryan no me quita los ojos de encima, lo hace con una cara pétrea, y no tarda en deshacerse del agarre de las dos.

¿Por qué?

¿No quieren pasar una noche loca repleta de sexo? Pues ahí tienen la oportunidad.

Y como su mirada inquisidora no cesa voy y bebo otra vez. Es mi forma de revelarme y me sale rana.

—Insisto —presiona sin echarse atrás.

—Joder. No me lo puedo creer —prodiga Adela mirando al techo con un cabreo ni medio normal—, oye, Noah, haznos un favor y acompaña a este mendrugo a la cocina. Terminemos con esto de una vez, ¿quieres?

El reproche es certero. La pelota está en mi tejado y…

—Está bien —cedo sin pensarlo—, ya que insistes tanto, te daré cinco minutos.

Ryan espera a que pase delante y aprovecha para volver a lo suyo. A quitarme «otra vez» lo que considero mío y me envaro con malas pulgas.

—Pero, bueno, ¿tú de qué vas?

—Aquí no. Vamos.

Con toda la jeta avanza hacia el lugar que pretende mientras a mí se me queda una cara de gilipollas que ni te cuento, lo que provoca que, hecha un basilisco, siga sus pasos.

Este se va a enterar de lo que es bueno. ¿Cómo se atreve a tomarse unas licencias que no le corresponden?

Bien clarito que se lo dejé ayer, pero nada, el militar va por libre, actúa según le viene en gana y va a ser que no.

Conmigo, no.

—¡Tú! Que sea la última vez que tengo que pararte los pies, ¿entendido? —pronuncio según entro con un rencor absoluto—, y dame la cerveza. No te pertenece.

—Cuando hayas cenado algo.

—¿Perdona?

—Lo que oyes.

Bueno, lo que faltaba, ¿de verdad que ahora me viene con esas?

Lo siento, pero va a ser que no, y en un acto más infantil que otra cosa, extiendo la mano para arrebatarle el botellín y…

Nuestros dedos se tocan por accidente y pierdo la noción del tiempo.

Joder.

La confusión se hace palpable y él aprovecha el momento de debilidad para apartar un mechón de mi pelo hacia atrás. El gesto íntimo es toda una sorpresa y lo siguiente que noto son las pulsaciones aceleradas. Unas pulsaciones que no tienen nada que ver con las de siempre, estas son diferentes, y las muy condenadas se mezclan entre sí dando la sensación de ser demasiado peligrosas, excitantes y…

Y ya. Suficiente.

De manera inmediata rompo el acercamiento de manera brusca y retrocedo un par de pasos.

—¿Seguro que no quieres unirte a la fiesta con nosotros? Estaría bien y todavía estás a tiempo.

La propuesta la acepto con indignación y regreso a la cruda realidad.

—Yo no hago esas cosas —susurro aturullada, bajando el mentón por la impresión.

En ningún caso podría esperar de su parte una invitación para participar en una orgía después de verme rota, en cambio, compruebo horrorizada lo equivocada que estaba y la perplejidad me lleva directa a cometer otro error garrafal donde los haya: mostrar otro signo de debilidad.

Cuando quiero darme cuenta, tal y como parece que se ha convertido en una costumbre con este hombre, es tarde.

Demasiado tarde.

—¿El qué no haces, Noah? —Ryan aprovecha sin escrúpulos la munición que de manera inconsciente le he dado y la vergüenza se apodera de mí.

Y no es lo único que hace, qué va, el susodicho aprieta un poco más las cuerdas y tensiona la escena, acortando la distancia entre nuestros cuerpos antes de situar dos de sus dedos en mi barbilla y, con una sutileza abismal, termina elevándola hacia arriba con el objetivo de aniquilarme con unos ojos que transmiten auténtico fuego.

—Puedes poner tus propias normas —susurra con una voz ronca que logra ponerme los pelos de punta—. Las acataremos, te doy mi palabra.

—¿Qué?

Ahora sí que estoy perdida. La cercanía y el contacto de sus dedos sigue ahí y me cuesta respirar con normalidad.

¿Por qué?

¿Acaso este hombre me gusta?

No lo descarto, no.

—Digo que puedes imponer tus propias normas. ¿O prefieres que deje de lado a las chicas y solo estemos tú y yo? Estoy dispuesto a rechazarlas por ti, Noah. Si eso es lo que quieres…

—No, no. Yo no…

Antes de darme cuenta, Ryan se acerca a mi boca y me besa, empleándose a fondo, mientras su lengua arrasa dejando el sabor amargo de la cerveza en mi interior.

Y me gusta.

No, más bien me fascina.

Joder.

¿Qué coño estoy haciendo?

Él es un experto, yo no, y la realidad sigue imponiéndose cuando jadea sobre mi boca:

—¿Qué es lo que quieres, Noah? Haré lo que tú me digas.

—¿Qué? —repito despistada y aturullada.

El tono dubitativo que empleo resulta patético y a mi acompañante le choca bastante.

—Noah, ¿estás bien?

—No lo sé.

—Pero has entendido mi propuesta, ¿verdad? Te pregunto si quieres que follemos solos o acompañados —aclara analizándome al

detalle.

Follar.

Solos o acompañados.

¿Se puede ser más claro?

La verdad cae sobre mí como una losa y logro apartarme de un cuerpo que acaba de dar al traste con cada uno de mis planteamientos.

Sí, con cada uno de ellos.

Y no es lo que quiero, maldita sea.

—Lo siento, Ryan. No soy la persona que buscas. —Salgo del atolladero como buenamente puedo.

—¿Por qué no?

Su insistencia aclara que no va a darse por vencido y yo necesito cortar de raíz lo que sea que acaba de suceder.

Es fundamental.

—Te sorprenderías, y ahora, por favor, ve con ellas y olvídate de lo que ha pasado aquí.

—¿Perdona? No te entiendo. Aquí no ha pasado nada, y que conste que es porque tú no quieres.

—Nuestros pareceres no pueden ser más diferentes.

—Si tú lo dices…

—Por favor, vete.

Ryan suspira con pesar y me da el espacio que necesito.

—Lo de cerrarte en banda se te da demasiado bien y estás de suerte. Te haré caso, pero solo si comes algo. Norman me ha dicho que desde que llegaste nunca has probado una gota de alcohol y solo pretendía que no te sentara mal. Por eso he actuado quitándotela.

»¡Ah! Y te he dejado un plato de sopa y un poco de carne guardado en el frigorífico.

—Ryan.

—Dime.

—No lo hagas —asevero seria a más no poder.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

—Ah, ya, pues lamento decirte que por más que lo intento no puedo evitar preocuparme por ti y, aunque supongo que no te hará la menor gracia, es lo que hay. Buenas noches, pequeña.

Ese «pequeña» en su boca arrasa en mi interior y ni siquiera protesto. La impresión ha sido de tal calibre que, cuando me dispongo a contraatacar ya se ha marchado, y una tristeza sin igual aparece por arte de magia.

¿Por qué?

Buena pregunta.

¿POR QUÉ TE EMPEÑAS EN ALEJARTE DE MÍ?

Ryan

Desconcierto: estado de ánimo de desorientación y perplejidad. Así, tal cual. La definición de la palabra es la que más se ajusta a una realidad incomprensible, en cuanto al trato que mantengo con Noah, y más en concreto desde lo que ha sucedido hace unos instantes en el interior de la cocina.

Por mucho que lo intento no logro leer los mensajes encubiertos que lanza en mi dirección. Porque sí. Lo hace. Continuamente.

La única duda al respecto consiste en averiguar si es de manera inconsciente o no, y la curiosidad crece a pesar de que algo en mi interior me insta a alejarme de ella.

¿Por qué entonces he actuado con ese grado de protección?

Joder. Saber que no ha cenado y que la muy insensata iba a tomarse una cerveza ha nublado mi razón y no lo entiendo.

¿Qué hostias me importa a mí? Debería darme igual. Noah es parte del trabajo. Nada más. En unos días requerirán mi vuelta a la base y santas Pascuas.

Yo a seguir con lo mío y ella…

Ella puede hacer lo que le salga de los ovarios, bien sea matándose de hambre o aislándose para que nadie sepa lo jodida que está. ¿Qué más da? Lo mire como lo mire no es de mi incumbencia.

Sí, sí, todo muy bien, solo que ciertos detalles no me dejan tranquilo y mantengo que lo que ha ocurrido hace unos segundos ha sido raro, muy raro. Tanto que no se me quita de la cabeza y de ahí la necesidad de mantener la mente fría, seguro que así encuentro la capacidad de analizarlo en condiciones, pero en cuanto las dos

mujeres que esperan a que llegue entran en mi campo de visión, sé que no van a ponérmelo fácil.

—Por fin, ¿preparado para una noche loca? —insinúa Adela colgándose de mi brazo.

Abril no tarda en unirse, y mientras, yo, sigo insistiendo en las pesquisas relacionadas con una chica que no debería ocupar ninguna parte de mi estructurada mente, y que en cambio parece dispuesta a darle un espacio que no le corresponde.

¿Por qué se lo permito entonces?

Las respuestas salen disparadas unas detrás de otras y lo hacen con una certeza brutal.

Porque verla rota fue impactante, y sí, mucho más de lo que jamás podría sospechar.

Porque pienso que puedo ser su válvula de escape después de traspasar la línea roja sin saberlo, y la disposición a involucrarme tiene mucho que ver con el hecho más que significativo de que la cuenta atrás para largarme de aquí ya ha empezado.

Porque he visto sus lágrimas y me conmueve que haya sido el único.

Y porque la curiosidad se ha ampliado tras el episodio que ha terminado delatando otra parte que estaba a buen resguardo, hasta que se me ocurrió plantearle que se uniera a la noche de sexo desenfrenado.

Su cara la delató. Ni de lejos se esperaba una proposición así ni le gustó en absoluto. Es más, incluso diría que se avergonzó, y si a eso le sumamos la timidez mostrada a la hora de devolverme el beso, el enigma al completo adquiere dimensiones imprevistas.

Además, si tan segura está de no querer socializar con nadie, ¿por qué empieza a hacerlo justo cuando yo estoy aquí?

Preguntas y más preguntas, todas sin respuestas, y me jode. Me jode mucho.

Y es, en ese momento, cuando tomo una decisión que me deja perplejo.

***

A la misma hora de la mañana siguiente, preparo café, tostadas y fruta para dos y espero a que Noah aparezca en cualquier momento. Algo que no sucede.

Y me cabreo. Mucho. Más de lo que quisiera.

¿De verdad que va a pasar del desayuno después de la dedicación que le he puesto?

Pues sí, y no es lo peor, también pasa del resto de comidas y de mí, sobre todo, de mí.

¿Qué por qué digo esto? Fácil. Porque es a lo que se dedica los minutos escasos en los que coincidimos. La muy bruja ni se molesta en pararse a conversar conmigo y lo poco que come lo hace en la intimidad del minúsculo cuarto que le sirve para aislarse del mundo, cosa que no entiendo.

¿Qué mosca le ha picado?

A saber.

Y así pasan los siguientes días, mientras sigo esperando a que el operativo se cancele de una vez por todas.

***

Noah

Abro los ojos un tanto desorientada y con el corazón latiendo a mil por hora antes de incorporarme sobre el colchón.

«Mierda. ¿Otra vez?».

Una noche más ocurre lo mismo, y ya van cuatro. Al parecer, se ha convertido en una costumbre y el calor sofocante que noto en mi cuerpo es una rutina difícil de sortear, porque la verdad es que no tengo ni la menor idea de cómo canalizar el estado de frustración permanente en el que estoy inmersa.

Cada noche sueño con él, o mejor dicho, cada maldita noche sueño con su boca apoderándose de la mía, una boca que sabe a cerveza y que…

Dios. Esto no puede estar pasándome. A mí, no.

¿Dónde se ha quedado lo de mantener las distancias para no sufrir? ¿Dónde?

Desde pequeña aprendí la lección y de ahí la importancia de marcar un itinerario de ruta a seguir, y no me iba mal, al menos hasta que cierto chico irrumpió como un huracán en mi más que estructurada forma de vida, o mejor dicho, en mi más que estructurada forma de no sentir.

Bah, no tiene importancia. Se me pasará.

Aparto cualquier pensamiento y en cuanto lo hago el estómago exige su ración de comida. Últimamente lo tengo más descuidado de lo normal y me dispongo a solucionar la situación. Eso sí, cada movimiento lo calculo al milímetro, no vaya a ser que cierto personaje vuelva a pillarme desprevenida, y va a ser que no.

Si soy rápida me bastarán un par de minutos. Solo hace falta que coja lo primero que pille y listo. Regresaré para zampármelo sin prisa.

Sí, el plan es perfecto, aunque mejor no corro riesgos y salgo descalza y casi de puntillas.

Cualquier precaución es poca tratándose de él.

***

Ryan

Sonrío de medio lado en cuanto me percato de un sonido apenas perceptible, al menos para el resto de los mortales.

Ya era hora. Llevo esperando cuatro jodidas noches a que se confíe, a que piense que me he dado por vencido y a que salga de ese puñetero cuarto, y por fin los dioses se han aliado a mi favor.

Por norma general, soy un hombre que nunca rompe sus promesas, por mucho que me cueste, y al darle mi palabra acerca de que no volvería a entrar en su habitación sin permiso no podía incumplir lo dicho, por ello esperaba la ocasión perfecta para abordarla sin nadie de por medio, y por fin ha llegado.

Ya te tengo, Noah.

De forma sigilosa salgo al exterior. En cuestión de escabullirme soy el mejor y como pretendo que no nos molesten me empleo a fondo. A continuación, acorto la distancia que me llevará

hasta la chica que lleva días ignorándome y ahí me quedo, apoyado en la puerta de la cocina, cruzado de brazos, mientras me recreo la vista con una imagen que resulta entrañable.

Ay, si supiera el peligro que corre saldría por patas y no miraría atrás, pero no es el caso. Cree que está a salvo y nada más lejos de la realidad.

Con decisión doy un paso, otro y otro, y solo paro cuando estoy a un palmo de distancia. Ella sigue de espaldas, rellenando un sándwich, y aprovecho para inhalar su olor corporal.

Huele rico. A coco. Supongo que por el gel que utiliza y, en un estado casi enajenado, contengo las ganas de lamer la fragancia en la piel desnuda que ofrece ese cuello tan delicado y apetecible.

Joder. Toda ella es un manjar exquisito y yo estoy muerto de hambre. Sí. Mucho.

Ni siquiera hace falta que la toque para empalmarme. Esta chica es un enigma en todos los sentidos y podría ser la perdición de cualquiera. Sí, de cualquiera, exceptuándome a mí. Dejemos las cosas claras. Por mucho que me guste solo la quiero para pasar un buen rato y ya. Después, cada uno a lo suyo.

Bien, y llegados hasta aquí, mis dotes de seducción indican que es el momento oportuno para presionarla un poco más. Las ganas de catarla son las que son, y menos de una semana me ha bastado para convertirla casi en una obsesión.

Casi.

¿Tendrá algo que ver el hecho de no sucumbir a ninguno de mis encantos?

Seguro. Es la primera vez que me enfrento a algo así. La falta de costumbre ha jugado en mi contra y aquí estoy. Al acecho.

Noah se ha convertido en el punto de mira de un tío salido como yo. Hasta que no me la folle no pararé. Ella solita se ha encargado con cada desplante que mi atención se centre en su persona y ya no hay vuelta atrás.

No. No la hay.

—Hola, Noah —susurro en su oído con la voz ronca—, ni te imaginas lo que me ha costado mantener mi palabra y no abordarte en tu cuarto, tal y como quería.

Cada uno de mis sentidos permanece alerta. No quiero perderme ningún detalle en cuanto a su reacción y no lo hago.

En primer lugar, detecto la sujeción que ejerce sobre la encimera, también el salto que pega debido a pillarla desprevenida, y aquí no termina la inspección ocular.

Y, de repente…

Me cago en la hostia, ¿está temblando?

Sí, lo está.

Dudo. Ya no me parece tan buena la idea de pillarla desprevenida. Es más, la necesidad de averiguar el motivo de los temblores se convierte en lo único importante, y más me vale que se trate por el susto al no esperar que la acorralara así.

¿O quizá es algo más?

La urgencia por comprobarlo me insta a seguir presionándola. Soy así de cabrón. ¿Qué le voy a hacer?

—¿Te parece bonito ignorarme cada vez que me ves? Creí que éramos amigos. Estoy muy decepcionado contigo, que lo sepas.

La presión que ejerzo sobre ella es demasiada, soy consciente, y espero a que se revele. Es cuestión de tiempo y…

Y en cuanto trata de escabullirse no la dejo. Apoyo las manos a ambos lados de la encimera y ella se queda en medio, atrapada entre mis brazos, aunque soy benevolente y no la toco.

Al menos, no de momento, y te juro que no es por falta de ganas.

Oh, no.

—Ryan, por favor. Apártate.

—Solo cuando me des una explicación. ¿Por qué te empeñas en alejarte de mí? Me gustas, creo que te lo dejé claro el otro día.

Como respuesta obtengo el sonido de su respiración acelerada. Una respiración que me pone a cien y controlo como puedo el ansia de subirla a la encimera, arrancarle la ropa, abrirle las piernas y hundirme en su interior hasta que se corra diciendo mi nombre.

Si se tratara de cualquier otra lo haría, con prisa y sin pensar, solo que ella parece tan diferente al resto que merece un respeto.

—Date la vuelta, por favor.

—¿Y si no quiero? —balbucea mostrándome una vez más a la chica que se empeña en ocultar bajo un montón de capas.

Otro signo identificativo que me da la razón en cuanto a lo especial que es.

—Vamos, pequeña, por una vez hazme caso. Soy yo.

Noah se envara. Lo noto. Hay algo de mi última frase que no es de su agrado y lo corroboro en cuanto logro el cometido marcado, que se gire, aunque lo que no esperaba era encontrarme con unas lágrimas que impactan de lleno contra mí y que les basta para perderme en la culpa.

Sí. Por presionarla. Por llevarla al límite. Por exigir algo que no me corresponde. Y es que la Noah que nadie ve siente, padece y llora como los demás. Lo malo es que lo hace a escondidas y yo…

Yo soy un puto privilegiado. Sí. Lo soy. El solo hecho de permitírmelo, cuando me podía mandar a la mierda, me deja en una encrucijada difícil de afrontar y lo de estar a la altura de las circunstancias es un enigma.

«Pues apechuga, tío, esto te pasa por ir de listo», me dice mi yo interior.

Es cierto.

—¿Noah? ¿Estás bien? Yo…, joder, si llego a saber tu reacción jamás se me habría ocurrido abordarte así. Lo lamento. Lo lamento mucho. ¿Me crees?

Ella se limita a bajar el mentón, supongo que para ocultar las lágrimas, y mi reacción es inmediata.

No la dejo.

—Por favor, dime qué te pasa.

—No puedo —susurra con un temblor en los labios que me conmueve.

Y me sigo conteniendo. Sí, todavía más. Muchísimo más que hace unos segundos, aunque debo hacerlo a pesar de que tengo en mi poder la fórmula para borrar de un plumazo lo que le aflige, sea lo que sea. Sería tan simple como besarla, nada más, y por mí ya estaría devorando esa boca que me tiene loco perdido, en cambio, no me atrevo.

¿Por qué?

Respuesta: porque entonces sí que sería un tipo sin escrúpulos. Por eso. O ya que estamos, porque sería un grandísimo hijo de puta, y por ahí no paso.

No, me niego.

Y es entonces cuando suspiro, doy un paso hacia atrás, dejo un espacio considerable entre los dos y pronuncio con el corazón en la mano:

—Noah, voy a pedirte algo, y por favor, no me des ninguna negativa.

»Déjame prepararte algo rápido que no sea un sándwich, te prometo que te chuparás los dedos, a cambio solo te pido que me dejes entrar en tu cuarto. Espérame allí, ¿vale? Dame media hora.

Incomprensiblemente, ella se limita a asentir, y después abandona la cocina sin protestar en ningún momento.

Vaya. ¿De verdad me ha hecho caso?

La sorpresa es evidente y me gusta. Me gusta mucho. Ahora solo falta que sepa aprovechar una oportunidad caída del cielo y averigüe qué esconde debajo de la fachada que por regla general se empeña en mostrar. Y ya, después, no estaría mal dar rienda a la pasión.

Quién sabe, dados a especular, incluso cabe la posibilidad de que terminemos durmiendo en el mismo colchón. Si juego bien mis cartas haré un pleno, y por fin, hoy, varios días después de que mis amigos hicieran la apuesta acerca de lo poco que tardaría en tirarme a la siguiente, ha llegado el turno de dar rienda suelta a la libido que me consume por dentro.

¿Conseguiré todos los objetivos?

Espero, por el bien de mis doloridos huevos, que sí. No digo más.

NO PARECES LA NOAH DE SIEMPRE

Noah

Es una locura. Lo mire como lo mire, lo es, y lo incomprensible del asunto es que me da igual.

¿Qué importa que una persona invada mi espacio vital?

Desde la llegada de Ryan, él solito se ha bastado y sobrado para saltarse cada una de mis líneas infranqueables, y aunque todavía no doy crédito, me reafirmo en lo que pienso aquí y ahora.

El militar *buenorro* es el adecuado para dejarme llevar por primera vez. No estaría mal quitar parte de la carga que llevo a la espalda, y su insistente preocupación no la veo con desconfianza.

Hoy no, y ni siquiera me afecta si su interés se debe únicamente a quedar bien. En cualquier instante desaparecerá y el detalle en sí supone una liberación que me insta a abrirme, aunque lo malo del asunto es que la falta de costumbre obra en mi contra, de ahí que no sepa muy bien cómo manejar la situación.

Bah, no creo que haga falta. Ryan es un hombre de recursos. No hay nada más que verlo. Parece un tipo experimentado en todos los aspectos, y yo…

Yo, simplemente, me dejaré llevar. Sin más.

¿Qué puedo perder?

En treinta minutos, tal y como dijo, llama a la puerta. Después espera a que le dé permiso para entrar, no sea que haya cambiado de parecer, y va a ser que no.

Y no omito que me gusta que sea prudente, significa mucho para mí y no lo hago esperar.

—Hola —saludo, abriendo la madera que se interpone entre los dos.

—Hola, Noah. ¿Puedo pasar?

—Sí, puedes —afirmo con seguridad. De seguido un olor delicioso llega a mi nariz y salivo de gusto.

Madre del amor hermoso. La pasta recién hecha invade el minúsculo espacio y la boca se me hace agua.

—Mmm, eso huele que alimenta.

—Todo tuyo.

—Y tú, mientras, ¿qué harás?

—Mirarte.

—Vale, no lo discutiré. No con el hambre que tengo.

—Vamos, sé una buena chica y cómetelo todo.

—Tú eres un poco mandón, ¿no te parece?

—No te lo voy a negar, no.

Planto el culo en el colchón con el plato entre las manos y allá voy.

En cuanto pruebo los espaguetis con albóndigas, cierro los ojos y casi gimo de placer.

—Joder, esto está de muerte. Gracias, Ryan.

—Oye, oye, ¿y tú qué haces dando las gracias?, ¿quién eres? Porque te aseguro que no pareces la Noah de siempre.

—Puede que no lo sea —pronuncio con la boca llena.

—Pues que sepas que me gusta mucho más esta que la otra. Y come despacio, no vaya a ser que te atragantes. ¿Un poco de agua?

Me tiende una botella y la cojo de inmediato.

Pobre. Ryan debe alucinar con mis modales, solo que es superior a mis fuerzas. Lo que como es la primera comida principal del día y de ahí las formas.

En un santiamén devoro el contenido, y una vez que tengo el estómago lleno, veo las cosas con diferente perspectiva y no estoy tan segura de haber actuado correctamente.

¿Y ahora qué?

—Espera unos segundos, enseguida vuelvo —le escucho dirigiéndose hacia la salida.

—¿Qué?

—Tú espera aquí.

—Lo haré.

Ni un par de minutos tarda en regresar y sonrío al percatarme de lo que trae entre las manos.

—Ahora sí, ¿quieres una cerveza?

—Por supuesto. Hace unos días, un tipo muy mandón me la quitó y ni pude darle más de dos tragos seguidos.

—Si te lo vuelves a cruzar en tu camino, dímelo. Le partiré las piernas —bromea con esa sonrisa tan característica que me llega al alma.

Ryan es cristalino. Bajo esa apariencia de armario empotrado percibo con una nitidez absoluta que no esconde nada y lo envidio.

—Brindo por la Noah desconocida.

—¿Estás seguro?

—Ajá.

—Vale.

Chocamos las bebidas y las llevamos a la boca con ganas. El calor es sofocante y el líquido helado se convierte en el aliado perfecto.

—Noah.

—Dime.

—¿Prefieres que me siente en el suelo o me haces un hueco a tu lado?

—Después de la cena que me has hecho por supuesto que te hago un hueco, pero con una condición.

Su rostro cambia, la seriedad se hace palpable, y esos ojos logran leer mi petición sin pronunciarla siquiera.

—No la digas, por favor, no te voy a negar lo mucho que me gustaría meterme entre tus piernas, pero sabré comportarme. Te lo prometo.

El lenguaje que utiliza es directo, y aunque estoy acostumbrada a escuchar de todo, viniendo de su boca me pone nerviosa.

—Y ahora, ¿vas a decirme el motivo por el que eres tan inaccesible? —suelta tan normal, sentándose a mi lado y manteniendo una distancia de seguridad que le agradezco.

—Vale. Te haré un resumen.

»Desde pequeña aprendí a desconfiar de la gente. Me pasé la infancia recorriendo diferentes colegios internos y cuando crecí

digamos que la experiencia con el mundo exterior me sirvió para aislarme del todo. Decidí que era lo mejor para mí.

Ryan bebe con el ceño fruncido, parece que quiere decir algo, pero mantiene los labios sellados.

Y quizá, por ello, soy valiente y continúo abriéndome en canal.

—Mi madre murió cuando nací. Mi padre no pudo hacerse cargo de mí y delegó en otros mi educación. Hoy en día sigue siendo un extraño. El conjunto de lo vivido fue lo que me enseñó a no confiar en ningún ser humano y a mantener mi corazón congelado. Poco más hay que añadir.

—Vaya.

—Sí, vaya, fue una putada, afortunadamente, pude afrontarlo, y aunque supuso renunciar a un montón de cosas, en la actualidad me alegro, es mejor no esperar nada de nadie, así no duele.

—Perdona, pero discrepo.

—Lo suponía.

—Noah, si te digo algo, ¿te enfadarás?

—Prueba —le aliento tomando otro trago más grande para evadirme de las mierdas internas, hasta terminarla—. Ups, espera, voy a por más.

Salgo a por otro par de cervezas bien frías y regreso un par de minutos después.

—¿Y bien? ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, ya me acuerdo. Venga, dale.

Choco el botellín con el suyo y me lo llevo a la boca mientras escucho:

—Noah. ¿Cómo puedes decir que lo mejor es no esperar nada de nadie?

No me comprende, tampoco lo esperaba, y su análisis tan directo logra que me sienta casi desnuda.

«La leche, ¡qué calor hace aquí!», sopeso un tanto sobrepasada, lo que me lleva a tirar de ingenio.

Y vuelvo a beber.

—Chico, no me mires con esa cara. Te aseguro que es la mejor decisión que he tomado nunca.

—No. Por supuesto que no lo es. ¿Tú sabes lo que te estás perdiendo?

Mi contestación se limita a un encogimiento de hombros y, cómo no, a refrescar la garganta con la bebida que no está tan mal.

—Podría darte mil razones para decirte lo equivocada que estás.

—¿Ah, sí?

—Sí, Noah, sí.

Mi nombre en sus labios suena tan bien…, además, la cercanía con el hombre con el que he soñado las últimas cuatro noches cada vez empieza a pesar más. Podría asegurar que me atrae bastante y que…

Joder.

Empino la cerveza y recurro al alcohol para sobrellevar el disparate que he cometido, y resulta que no queda nada.

Otra que ha terminado en el fondo de mi estómago y, en un acto de valentía, voy y le arrebato la suya para darle un sorbo.

Al hacerlo, noto un *déjà vu* y el calor sofocante se convierte en un cosquilleo que recorre mi columna vertebral al completo.

¿Qué demonios me pasa?

—Oye, con respecto a lo que Norman me dijo acerca de que nunca bebías, supongo que se refería a que no te había visto hacerlo desde que estás aquí, ¿no? —pregunta desconfiado, supongo que al darse cuenta de que mis movimientos no van acorde a las órdenes que le doy al cuerpo, a que las palabras no suenan como siempre, a la rojez que cubre mi cara y a la respiración acelerada.

—No.

—¿No? —pregunta alarmado—. ¿Cómo que no? ¿Qué significa eso?

—Significa que yo nunca bebo.

—¿¿Qué?? Anda, trae.

Una risa sospechosa sale de mi boca y Ryan me mira con los ojos en blanco.

—Me cago en la hostia, ¿estás borracha?

—Hombre, teniendo en cuenta que me he bebido casi tres cervezas, podría decirse que cabe la posibilidad, sí.

—Joder.

—Sí, eso se te da de maravilla, ¿verdad? —La cebada fermentada me suelta la lengua y me convierte en alguien sin vergüenza alguna. ¿Quién lo iba a decir?—. Por cierto, Ryan, ¿qué haces aquí con una loca perdiendo el tiempo cuando podías estar «follando», como tú dices, por ahí?

Él resopla, después se pone en pie y me mira escupiendo fuego por esos ojos que me parecen lo más bonito que he visto en mi vida, y al mismo tiempo lo más peligroso.

Sí, lo son.

Sin ninguna duda.

—Me cago en la puta, Noah.

—¡Qué! Solo digo la verdad. No soy más que una chica con un sinfín de problemas y…

—No digas eso —alza el tono con un cabreo de narices.

Al parecer, le molesta lo que ha escuchado y no lo entiendo.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Es la verdad. Fíjate si tengo problemas que tú solito has logrado algo inaudito. ¿Sabes que llevo soñando contigo desde que me besaste?

Sí, definitivamente, la lengua se me ha soltado, sí.

¿Tan mal me encuentro para no ser capaz de mordérmela? Si llego a intuir que tanto beber iba a suponer que me comportara con este grado de irresponsabilidad jamás se me habría ocurrido ingerir ni una sola gota, y lo digo en serio.

Lo juro.

Estoy desatada, irreconocible, y a saber qué más, y oye, aunque soy consciente de cada perla que suelto, lo mejor del asunto es que no siento ni una pizca de culpa.

No. Ni gota. Y eso sí que es una novedad.

¿Qué tendrá este chico para lograr derribar tantas barreras juntas?

A saber.

—Me gustó mucho. —Continúo dando rienda suelta a algo que no sé cómo gestionar—. Lo del beso, digo. Y ya que estamos, considérate un afortunado. Eres de los pocos que lo han hecho en

mis veinticuatro primaveras. ¡Qué! Esto sí que no te lo esperabas, ¿eh?

El militar abre los ojos como platos, el pobre está alucinado, y comienza a pasearse por la minúscula estancia, mientras a mí me da la risa y me entra el hipo.

Sí, las dos cosas a la vez.

Todo muy normal, sí.

—Y ahora que ya está casi todo dicho, ¿te importaría marcharte? Creo que me gustas, eres tan atractivo con todos esos músculos que hay veces que me confundes, y por ese motivo decidí interponer una distancia más que considerable para ignorarte y mantenerme alejada de ti. Nunca antes me había pasado. Nunca.

»Lo de negarme a sentir lo llevaba a rajatabla, y fíjate. Apareces tú, pones mi mundo del revés e incluso me tomo unas licencias que no me corresponden.

—¿De qué hablas?

—Hablo de lo mucho que me molesta que hayas mantenido relaciones sexuales con Abril y con Adela, cuando no debería importarme, y hablo de lo mucho que te mentiría si te dijera que no quiero que vuelvas a besarme. De todo eso hablo. Es por ello que te pido que te marches, Ryan. Ahora. De inmediato. Ya, mañana, tendré tiempo de arrepentirme por el arrebato de sinceridad que me ha entrado, ¿no te parece? Así que, sé considerado y permíteme que deje de hacer el ridículo.

El militar se queda estático en un punto en concreto y no deja de observarme. Es superior a sus fuerzas, y…

Y no tengo la menor idea de lo que se le pasa por la cabeza en estos mismos instantes. El rictus pétreo de su cara y la tensión que ejerce sobre la mandíbula no se lo permiten y solo espero que no me haya metido en un lío.

¿A quién se le ocurre proceder con este grado de insensatez?

¿Y si se le ocurre aprovecharse de mí después de verme en este estado tan lamentable?

Y, sin quererlo, mi cabeza va por libre, retrocede a un momento muy concreto y…

Cierro los ojos, me hago un ovillo sobre el colchón, y cometo el error de recrear uno de los instantes que más daño me hicieron en el pasado.

Y duele. Sigue doliendo. La herida no se ha cerrado y la verdad se manifiesta a través de un torrente de lágrimas imposible de contener.

QUIERO QUE SEAS MI PRIMERA VEZ

Ryan

Lo que empezó como un juego ha dejado de serlo y por capullo me ha pillado con el culo al aire.

Mierda. Lo de ir de listo me ha explotado en toda la jeta y el resultado no es ni de lejos el esperado. Digo esto porque veo con mis propios ojos lo realmente rota que está y no lo soporto, joder.

¿Cómo no me he dado cuenta de que algo raro sucedía? Poco a poco ha ido desgranando pinceladas de su vida más íntima y sin la ayuda de las cervezas no lo habría conseguido, de ahí que me toque los cojones la insensatez de pasar por alto las alarmas que mi cerebro iba imponiendo, ante la necesidad de llevármela a la cama, y fíjate cómo hemos terminado.

¿En serio?

¿Cómo he podido ser tan cabrón?

La conciencia se revuelve. Una cosa es echar mano de mis encantos para ligar, y otra, muy distinta, no calcular el daño causado por actuar tal y como mis amigos me han dicho en reiteradas ocasiones. Por pensar con la polla.

Joder. Ya me vale.

—Ey, pequeña. Tranquila. Estoy aquí —susurro con un tono suave.

Es de vital importancia que se calme. Se lo debo. Y como la intuición me dice que existe un problema emocional más fuerte del que me ha contado, voy y le marco las pautas que voy a seguir para que no se alarme.

No me lo perdonaría.

—Noah, no pretendo asustarte, ¿vale? Te digo esto porque voy a tocarte. Lo haré como alguien que se preocupa por ti, nada más. Por favor, no me rechaces.

Según lo digo, acaricio su espalda y tuerzo el gesto al comprobar que se encoge, y lo que es peor, que los sollozos van en aumento.

A primera vista, lo que interpreto es que no le resulta agradable el contacto físico y dudo.

Dudo mucho.

¿No sería mejor que me marchara?

«¡Ja! Si se encuentra así es por tu culpa, insensato, asúmelo y pon remedio de una puta vez».

Es cierto. Si huyo no podré volver a mirarla y ella sigue siendo mi prioridad número uno en cuanto al motivo de permanecer en este lugar, lo que equivale a que mi yo interior me dé un planteamiento categórico:

«Ahora te jodes, sabías desde el principio que Noah no era como el resto de las chicas con las que sueles interactuar, por lo tanto, ya que has decidido pasarte por las pelotas todas las líneas rojas con tal de tirártela, compórtate como un hombre y haz lo imposible para que deje de llorar. Apáñatelas, que seguro que puedes».

—Noah, Noah, soy yo. Ryan. Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad?

Cada lágrima me provoca un daño demoledor. Como humano que soy el sufrimiento que padece debería preocuparme, y sí, lo hace, pero no es lo único. Cada lágrima me conmueve. Esta chiquilla lo hace por entero y lo siento. La urgencia de consolarla acapara cada uno de mis sentidos y me la suda que para ello tenga que mostrar a un Ryan desconocido.

Sí, me la suda, y si para ello debo echar por tierra el planteamiento acerca de no mostrar ninguna debilidad, pues que así sea.

—Escúchame bien, por favor. Voy a quitarme las zapatillas y después voy a acostarme contigo. ¿Y sabes por qué? Porque soy yo el que necesito abrazarte para que veas que no estás sola. Noah, pequeña, no te miento si te digo lo mucho que me duele cada una de tus lágrimas. ¿Y sabes dónde me lleva eso? A querer dormir con

alguien sin mantener sexo y quiero que esa chica seas tú. Quiero que seas mi primera vez.

La sinceridad es abrumadora. No he mentido en nada de lo que he dicho, no me lo perdonaría, y como ni siquiera voy a darle unos segundos para que considere si quiere o no, actúo con rapidez y, antes de que se dé cuenta, la abrazo con un sentimiento de protección absoluto a riesgo de que salga escaldado.

Algo que no ocurre.

—Llora, pequeña. Llora todo lo que quieras. Aquí estoy y aquí me quedo.

El torrente va a más y yo me limito a permanecer en silencio.

Mucho tiempo después, logra dormirse entre mis brazos y sonrío.

Lo he conseguido. Ha sido difícil, pero ha dejado de llorar, y lo que es más importante, ahora sabe que no está sola, al menos hasta que tenga que marcharme.

¡JODER! SE ACABÓ LA TRANQUILIDAD

Ryan

Soy consciente del instante en el que se despierta. Su respiración deja de ser la misma, delatándola, y prefiero hacerme el dormido. Quiero comprobar cómo reacciona y la verdad es que me llevo una grata sorpresa.

Noah no se aparta de mí ni del agarre que ejerzo sobre su cintura y se limita a no mover ni un dedo, mientras supongo que se empapa de mi imagen, y de ahí la sorpresa de la que te hablo.

La he subestimado. Creí que se apartaría. Que impondría una distancia abismal. Que se arrepentiría de dejar que me quedara… y no. Me equivoqué.

—Buenos días, Noah.

—Buenos días, Ryan —responde, ahora sí, actuando tal y como era de esperar.

Tarda nada y menos en apartarse y lo que no sabe es que la he pillado *in fraganti.*

—¿Has dormido bien?

—Sí, aunque me duele un poco la cabeza.

—Se te pasará, tranquila.

—Oye, en cuanto a lo que sucedió ayer…

—Que yo recuerde, no fue más que una conversación entre dos personas adultas compartiendo alguna que otra cerveza y confidencia. Nada más. —Suavizo lo ocurrido para contrarrestar que se sienta abrumada.

—Si tú lo dices…

—Por supuesto que lo digo, y ahora, si me lo permites, voy a seguir siendo un mandón. Te quiero lista en quince minutos.

Antes de incorporarme, le doy un beso en la frente. El gesto cariñoso me sale así, de forma natural, y la simple acción a la otra parte la deja descolocada, con la cara roja como un tomate y, también, molesta.

Se nota a la legua su desconfianza y puede que me haya extralimitado.

—Estás preciosa con ese rubor en las mejillas. Te sienta bien —aseguro con tal de quitar hierro al asunto.

—¿Puedes marcharte, por favor?

¡Pumba! La coraza de hierro que cubre su corazón ahí está, poco ha tardado en regresar, y lo hace mediante una petición que no era la que esperaba.

Y me está bien empleado.

¿De verdad que después de todo lo que sucedió anoche tenía que darle un beso en la frente?

Joder, ya me vale.

—Noah, disculpa, ¿qué te ha molestado? —Actúo como si no lo supiera.

Quizá así logre algún acercamiento, ¿no?

—No hagas preguntas y vete, te lo ruego.

Pues no. De acercamiento nada, iluso.

—Está bien. Te espero en la cocina. Prepararé un desayuno para dos. —Ultimo dándome por vencido, de momento.

—No tengo hambre.

«Así que, esas tenemos, ¿eh?», sopeso ante la probabilidad de regresar a la casilla de salida. Y va a ser que no.

Por ahí no paso otra vez, y digo con voz autoritaria:

—Ese es tu problema.

—¿Por qué te empeñas en ponérmelo tan difícil? —inquiere sin ceder un ápice.

—Porque, tal y como te dije anoche, no estás sola. Por eso. Y me la suda lo muy tocada que estés por dentro. No voy a soltarte, al menos hasta que me devuelvan a casa. ¿Lo has entendido bien?

—Mierda —se lamenta tapándose la cara al comprobar que no le va a resultar tan fácil deshacerse de mí—, no debí beber ni una gota de alcohol.

Su comentario me da alas para sincerarme y no pierdo la ocasión. Estaría loco si lo hiciera.

—No estoy de acuerdo. Sin las cervezas habrías omitido parte de la historia, y aunque supongo que todavía queda algo por contar, te agradezco tu confianza. En cuanto a lo mucho que te gustaría que volviera a besarte…

Sí, juego con fuego, y posiblemente saldré escaldado. El último comentario no viene a cuento, pero pretendo que conectemos de nuevo. Es importante y para ello tiro de ironía.

—¡Oh! ¡Cállate! —susurra escondiéndose bajo la sábana.

El gesto me enternece. Con toda seguridad la Noah de hace cinco días jamás habría actuado así y, en cambio, fíjate la enorme diferencia.

Bien, suficiente por ahora. Si aprieto más las tuercas todo puede pasar y no voy a echar por tierra lo que acabo de conseguir.

Vamos, ni loco.

Antes de marcharme, pronuncio con una seguridad apabullante:

—Quince minutos. Si no apareces por la cocina vendré con una bandeja y creo que todos los hombres, excepto Norman, me odiarán un poquito al suponer que si me tomo esa licencia contigo será porque hemos pasado la noche fornicando como animales.

—¿De verdad tienes que utilizar ese vocabulario soez conmigo? —comenta en su guarida, sin dejar que la vea.

—Ajá, y más teniendo en cuenta lo mucho que te afecta. ¡Qué! ¿Acaso cuando follas no lo dices? ¿O eres de las que usan la expresión hacer el amor?

Silencio.

—¿Noah? ¿Te da vergüenza contestar?

Más silencio.

—Vamos, no me jodas, ¿de verdad eres de las cursis? No te creo.

—Largo, salido.

Sonrío. Esta chica es especial. Mucho. Y a mí más me vale mantener las manos y la erección que acaba de manifestarse con todo su esplendor lo más apartadas posible de ella.

No nos conviene ningún rollo a ninguno de los dos.

No. A ninguno.

***

Durante el desayuno prefiere mantener las distancias y no me opongo. Una vez terminado, se despide con la mano y yo aprovecho para dar otro reconocimiento al terreno.

Esto se está convirtiendo en un sinsentido. Cada día que pasa lo llevo peor y el aburrimiento se agranda a una velocidad bestial, mientras me hago la misma pregunta de siempre.

¿Por qué mis superiores siguen empecinados en que continúe aquí?

Pronto lo averiguo.

***

La vibración del dispositivo que llevo encima llama mi atención y busco un lugar apartado para averiguar las noticias enviadas.

¿Será que por fin vuelvo a casa?

Eso espero.

En la pantalla un único mensaje sirve para ponerme en estado de alerta y mi pose se envara hasta límites insospechados.

¡Joder! Se acabó la tranquilidad.

Y es entonces cuando echo a correr hacia el centro de asistencia médica, el lugar en el que Noah permanece ajena al caos que va a producirse en breve.

***

Noah

La distracción acapara todo mi ser y actúo como una autómata.

Llevo toda la mañana sin dejar de pensar en lo que sucedió anoche. Es superior a mis fuerzas. Todavía no doy crédito a cada confesión que salió de mi boca y…

De pronto, el sonido de varios disparos a lo lejos acapara mi atención, y la locura no tarda en producirse.

¿Nos están atacando?

Mierda. Sé lo que eso supone y apresuro mis pasos para tratar de poner a salvo a cuanta más gente mejor.

¿Lo conseguiré?

***

Ryan

La misión se complica. Los milicianos avanzan hacia el lugar en el que Noah trabaja y en cuestión de minutos accederán al interior.

Pretenden llevársela. En el mensaje recibido lo exponían así, tal cual, y entre gritos accedo al recinto.

—Noah, Noah.

Con el primero que me cruzo es Eric.

—¿Has visto a Noah?

—Sí.

—¿Dónde?

—¿Y a ti qué te importa?

—Vienen a por ella, Eric, así que, no me toques los cojones y dime dónde está. ¡Ahora!

El médico cambia de proceder en un segundo.

—En el sótano.

—Gracias.

—Espera, te acompaño. El acceso es difícil de encontrar. Está ideado para escondernos en el caso de correr peligro.

—Lo sé.

—¿Ah, sí? Pues no deberías. No trabajas aquí.

—Sí, lo hago. Soy militar y mi misión es cuidar de ella.

Sin más, me dirijo hacia ese acceso tan complicado y la encuentro al fondo, tranquilizando a los pacientes que ha podido bajar, y corro hacia ella.

—Noah, escúchame con atención.

—Ryan, estoy ocupada, ¿no lo ves?

—Tenemos que marcharnos. Ahora.

—¿Qué?

—No podemos perder el tiempo, es urgente.

—Ya te dije…

—Por el amor de Dios, ¿quieres escucharme? Vienen a por ti. Eres la única de la ONG que secuestraron que sigue en la zona. No sé cómo te han localizado y supongo que quieren venganza por liberar a tus compañeros.

—¿Qué?

—Solo tenemos una oportunidad para salir de aquí con vida. ¿Confías en mí?

—¿Y qué pasa con ellos?

—Te buscan a ti. Ellos estarán a salvo —encubro la verdad. De no hacerlo no me acompañará.

—Vale.

Cojo su mano y la llevo conmigo hasta el lugar en el que procederemos a jugarnos nuestras vidas.

Si salimos ilesos, o no, será cuestión de suerte.

***

Abro la rejilla del techo situada en la zona más alejada. Detrás está el conducto de ventilación y la ayudo a subir.

Menos mal que durante estos días me he dedicado a inspeccionar el terreno a conciencia, de no ser así estaríamos en un escenario diferente, y el camuflaje me ha dado la recompensa esperada al poder moverme con total tranquilidad.

Una vez que Noah desaparece por el minúsculo espacio, la acompaño. Conmigo llevo la rejilla que acabo de quitar y empleo unos segundos que no tenemos en sujetarla desde arriba con una cuerda. Es crucial.

Cuanto más tarde encuentren el orificio por el que hemos accedido más posibilidades tendremos a la hora de escapar.

—¿Preparada?

—Sí.

—Vale, pase lo que pase, no te detengas, y por lo que más quieras, no hagas ruido.

Le doy las últimas indicaciones y, solo entonces, comenzamos a reptar por el minúsculo hueco, esperando que Noah no se quede bloqueada a nivel anímico. La sensación de claustrofobia es inmensa y sería nuestra sentencia de muerte.

QUIERO PROMETERTE ALGO

Ryan

Salimos del edificio sin ser vistos. El siguiente movimiento lo tengo estudiado al milímetro y, sin soltarla de la mano, corremos hacia un lugar concreto.

La necesidad de huir del territorio se ha convertido en una prioridad acuciante. Llevo planificando la huida desde que llegué, barajando las diferentes opciones, y ha llegado la hora de salir pitando.

Por el camino nos cruzamos con una multitud que seguro que nos delataría si no lleváramos la ropa adecuada, y los entiendo.

El temor a los recién llegados es abismal. No podemos correr riesgos, de ahí mi insistencia en que Noah se pusiera el pañuelo que cogí de un tendedero cuando supe que estaba en peligro.

Cualquier detalle, por insignificante que sea, es importante; supone una ventaja o un riesgo añadido y, de momento, la suerte nos sonríe.

Sí, de momento.

Paro al llegar a la ubicación que tenía memorizada. Allí un coche destartalado nos espera, y Noah me mira con cara de estupor al indicarle que suba.

—Tranquila, arrancará. Se utiliza para trasladar víveres.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú sube a la parte de atrás, hazte un ovillo y agárrate.

—Vale.

No duda ni un segundo, cree en mí y obedece.

Esta es mi chica.

Una vez listos, procedo a arrancarlo; al tercer intento se pone en marcha y acelero lo justo.

Impera que no llamemos la atención. Ellos son muchos, están armados hasta los dientes, sus vehículos no tienen nada que ver con

la chatarra que he adquirido y prefiero centrar mis pensamientos en un único objetivo: salir pitando. Nada más.

La primera vía de escape la descarto en cuanto me fijo bien. Varios todoterrenos obstaculizan la salida hacia la que nos dirigimos y, con sangre fría, giro el volante y levanto el pie del acelerador.

Buscan a una mujer occidental y el hecho de que permanezca escondida entre los asientos traseros es otra ventaja añadida.

Y sigo a lo mío; en mi cabeza tengo ubicadas todas las salidas posibles, y conduzco con una parsimonia ni medio normal tomando un camino diferente.

***

Sabía que sería complicado. Se han tomado muchas molestias por encontrarla y tampoco lo entiendo.

Si quieren vengarse por rescatar a los rehenes lo tienen fácil. Aquí, sí. Es por ello que me choca el dispositivo organizado para dar con ella, y digo esto por una cuestión de peso.

Ni siquiera he avanzado unos metros cuando me topo con un control diferente, lo que me hace vaticinar que, lo de salir ilesos, se complica de mala manera.

Estamos acorralados, da igual el camino que tome y solo se me ocurre un planteamiento para tratar de que el daño sea menor, aunque, lo mire por donde lo mire es una locura.

Una jodida locura.

Respiro un par de veces y no aparto la mirada del hombre que permanece a escasos metros. Lleva un fusil de asalto listo para utilizar. Detrás un coche impide nuestra vía de escape.

Y lo sé. Debo hacerlo. Poco van a tardar en averiguar que no está sola y que la acompaña un hombre que podría pasar por uno más, sin contar que es cuestión de segundos que se fijen en la anomalía de que haya alguien con la suficiente sangre fría de conducir como si no pasase nada.

«Vamos, vamos».

Con la férrea decisión de actuar con normalidad, avanzo hacia el control. Lo hago despacio. Sin delatarme. Únicamente cuando

esté a su altura, si no dispara antes, verá que estoy acompañado y solo entonces dispondré de una oportunidad.

En ese instante, la mirada del miliciano se cruza con la mía y su posición se envara. Yo me limito a alzar las manos con un gesto amistoso y sigo avanzando.

Ya no hay vuelta atrás. No. No la hay. Ni siquiera cuando el cabrón empuña el arma y me apunta a la cabeza.

«Un poco más. Un poco más», suplico con los cinco sentidos alerta.

La adrenalina es tal, que no reparo en el detalle de que sudo por los cuatro costados ni de que los goterones que perlan mi frente se convierten en un aliado que juega en nuestra contra, ya que se llevan parte de la negrura que me ofrece el maquillaje, y algo en los ojos demoníacos del enemigo me hacen suponer que la suerte está echada, aunque me llama considerablemente la atención que baje el arma un ápice.

¡La hostia!

Y es cuando la peor suposición se abre ante mí. Nos quieren vivos, de lo contrario ya habríamos pasado a mejor vida, y los pelos se me ponen de punta.

«Menudos hijos de puta. A saber lo que tienen en mente».

El escenario da un giro radical, porque de ningún modo voy a permitirlo, y es cuando, de pronto, digo:

—¡Agárrate! —grito mientras acelero a toda pastilla.

La primera ráfaga de disparos la consigo evitar gracias a la maniobra *in extremis,* y el detalle me lleva a otra suposición.

A la que quieren viva es a ella. A Noah.

Joder. La cosa se complica y la decisión de sacarla de aquí, cueste lo que cueste, se agiganta a marchas forzosas.

«Un poco más. Un poco más».

El primer impacto de bala que se introduce en mí la sitúo a la altura del hombro, la segunda roza mi cara, oigo el silbido y todo, y antes de atropellar al hijo de puta, otra más impacta en mi pecho.

Estoy jodido, pero no por eso me rendiré. La persona que llevo atrás está en mis manos y yo nunca me rindo.

Nunca.

Bordeo el vehículo que obstaculiza el camino y lo hago por mitad de la cuneta. El terreno cuenta con unos baches que no sé si seré capaz de sortear, y con cada vaivén las heridas se abren, sobre todo la del pecho.

Logro tomar el camino de nuevo. Lo hago exhausto, con un dolor lacerante que me corta la respiración, y la objetividad me lleva a plantearme que la cosa pinta mal. Muy mal.

Y como tal, imploro un poco de ayuda:

—Noah, ¿sabes conducir?

—No.

—Da igual, te necesito aquí.

A pesar de que lo intento, mi voz suena diferente. El esfuerzo que me supone mantener el control sobre mi cuerpo es abismal y de un momento a otro perderé el conocimiento si continúo sangrando de esta manera.

A simple vista, la herida del brazo no es de gran gravedad, aunque no puedo decir lo mismo de la del pecho. La ropa se tiñe de sangre a demasiada velocidad y me temo lo peor.

Noah accede a la parte delantera y no se alarma al ver las condiciones en las que estoy. Prefiere no ponerse histérica y se dedica a rasgar parte de la túnica que lleva para hacer un tapón y evitar que termine desangrándome.

Y yo, continúo a lo mío. Debo evitar a toda costa que la cojan y seguimos en peligro.

—Escúchame con atención, si pierdo el conocimiento…

—No vas a perder el conocimiento —asegura con una voz que me llega al alma, convencida de su argumento—. Te taparé la herida y…

—Noah, por favor, si sucede mantén mi pierna en la posición en la que está. No puedo dejar de apretar el acelerador. ¿Lo entiendes? Tú solo limítate a eso y a rectificar el volante. Es fácil. Podrás hacerlo. Confío en ti.

Cada palabra obra en mi contra. La pérdida de sangre es tal que el simple hecho de hablar me agota, ella lo sabe, y sigue en su línea.

—Vale, lo haré —se limita a decir manteniendo la calma.

Y con su actitud me ayuda, me ayuda tanto…

Noah ha terminado siendo toda una sorpresa y es valiente. Mucho. Cualquier otra en su lugar estaría histérica, en cambio, ella…

Joder. Sería una auténtica putada que no pudiera ponerla a salvo, y digo esto porque, la chica que se empeña en presionar mi herida delata lo poco que le importa su vida, el empeño por salvar la mía así lo constata, y me niego en rotundo a que la misión termine de la peor manera.

No. Me niego. Noah se merece ver el mundo desde otra perspectiva. La injusticia si la llegan a atrapar sería terrible y no puede terminar en manos de unos desalmados que a saber qué le harían.

No y no.

—Si salimos de esta…

—Estás perdiendo mucha sangre, no digas nada.

—Noah.

—Por favor, no gastes energía —suplica perdiendo el aplomo de hace unos instantes.

Percibo su flaqueza y las comisuras de mis labios se elevan hacia arriba. Poco importa si me estoy desangrando o no, aquí y ahora, lo único trascendente es que ella es capaz de mostrar que siente y padece, y es el verdadero triunfo.

Un triunfo por el que vale la pena manifestarse.

—Noah. Quiero prometerte algo.

—No. No.

Las primeras lágrimas aparecen y son lo más bonito que he visto nunca.

Sí, puede ser que desvaríe, o incluso que esté soñando, y es que, saber que llora por mí es algo que adquiere un significado trascendental viniendo de la persona de la que viene.

—Si salimos de esta te prometo que lograré que descubras lo bonita que es la vida.

Según lo digo dejo de mirar el camino tan peligroso y giro la cabeza hasta que nuestras miradas conectan.

Y lo hacen.

De verdad.

Un segundo después, es imposible que mantenga los ojos abiertos. Mi cuerpo ha colapsado, a consecuencia de lo herido que está, y ocurre lo que tiene que ocurrir. Pierdo el conocimiento.

—¡Ryan! ¡Ryan!

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Noah

Miro hacia atrás por enésima vez y los latidos de mi corazón se disparan.

Nos han localizado. Es cuestión de tiempo que caigamos en sus manos, aunque lucharé con ahínco para que no suceda.

Contamos con todas las desventajas del mundo, pero no importa. Ryan solo me ha hecho dos peticiones, que no deje de acelerar y que maneje el volante. Nada más.

Lo hago. Aquí y ahora solo importa la tenacidad que empleo para ponerlo a salvo. Si no lo consigo, se desangrará. Algo que no permitiré. Su vida está en mis manos y me limito a mirar al frente. Cada segundo es crucial. Si sigo así lo lograré. Debo hacerlo. El hombre que yace inconsciente a mi lado se lo merece. No le ha importado ponerse en peligro con tal de salvarme y las tornas han cambiado. De ahí mi tenacidad a la hora de mantener su pie pegado al acelerador.

De pronto, comienzo a llorar. A lo lejos se distinguen varios vehículos y la impotencia se manifiesta en todo su esplendor.

Se acabó. Se han tomado demasiadas molestias para no permitirnos que huyamos, lo que significa que la suerte está echada y nos sitúa en el peor escenario.

¿O no?

Un resquicio de esperanza se cuela en mi cerebro al distinguir un detalle muy característico. Los vehículos que se acercan son del mismo color. Pertenecen a los militares y eso significa que…

—¡Ryan! ¡Ryan! —grito eufórica—. Han venido a buscarnos. ¿Me oyes? Lo hemos logrado.

Por supuesto que no me oye, aunque da igual. Actúo como si lo hiciera y el torrente de lágrimas se amplía ante la oportunidad que nos acaban de brindar.

Con un poco de suerte lo salvarán. Es lo único que importa.

Instantes después, empleo una fuerza sobrehumana para levantar su pierna y el destartalado coche va perdiendo velocidad hasta pararse por completo, a la par que todo sucede demasiado rápido.

Recuerdo escuchar un cruce de disparos y que me separan de él. De Ryan. También, que cada uno termina en un vehículo diferente, y lo que no sabía, por aquel entonces, era que nuestros caminos estaban destinados a separarse, definitivamente, en contra de nuestra voluntad.

Lo único que me dijeron fue que se lo llevaban a un hospital militar.

A mí, por el contrario, al aeropuerto. Las órdenes dictadas eran muy claras: sacarme de la zona con el objetivo de emprender el camino a casa.

A casa.

¿Qué casa?

Mi hogar estaba en cualquier lugar menos en el lugar hacia el que me dirigía a la fuerza.

Durante el trayecto, pregunté por Ryan una infinidad de veces, todas ellas sin ningún resultado.

Nadie me decía nada.

Nadie.

***

Pisé suelo estadounidense varias horas después y, tal y como me dijeron, un vehículo esperaba mi llegada para llevarme al lugar indicado.

Allí me limité a encerrarme en mí misma y a rezar por Ryan.

Mientras, los días fueron pasando.

***

Ryan

Despierto de la operación y me informan de que he estado entre la vida y la muerte. Me da igual y lo primero que hago es preguntar por ella. Por Noah.

Solo lo hago una vez, al ver que poco van a decirme, y me basta para averiguar lo más importante. La misión ha sido un éxito rotundo, lo que quiere decir que se encuentra bien y que, gracias a su tenacidad, nos ha salvado a los dos.

Entonces, respiro tranquilo. Si le hubiese pasado algo no me lo perdonaría nunca y, más pronto que tarde, comprendo la necesidad de verla de nuevo, aunque la poca disposición a brindarme la información para llevarlo a cabo surge de inmediato.

No saben su paradero; por consiguiente, acepto que lo mejor es recuperarme y ya, cuando esté en casa, haré alguna que otra averiguación con un único objetivo: mantener el contacto. Se lo debo por la absurda promesa que le hice y aparto a un lado la posibilidad de que me haya vuelto loco de repente.

¿A quién se le ocurre plantear un disparate de tal calibre?

A mí, joder. A mí.

¿Habrá sido a consecuencia de la pérdida de sangre?

No lo descarto, no, porque la verdad es que Noah ya debería de formar parte del pasado. Un pasado que, sorprendentemente no parece dispuesto a quedarse atrás, y que comienza a atormentarme día tras día, supongo que a consecuencia del aburrimiento.

Sin saber cómo, entro en bucle mientras la gravedad de la herida me retiene postrado en la cama, así estoy más de una semana, y solo cuando mi cuerpo está listo para el largo viaje de vuelta, el médico consiente que regrese a Virginia.

***

Mis compañeros esperan mi llegada a pie de pista. El vínculo entre los cuatro nada ni nadie podrá romperlo y, gracias a ellos, la rutina se va instalando poco a poco en mi día a día.

Tardo un par de semanas más en recuperarme al cien por cien y, en todo ese tiempo, Noah no se me quita del todo del

pensamiento. Tanto es así que trato de dar con ella y decido tirar de algunos hilos, sin el resultado esperado.

El expediente ha sido clasificado como secreto y eso significa que el acceso a cualquier dato público o privado es inaccesible.

Nada. Imposible. Y la frustración crece. Yo solo quiero hablar con ella. Preguntarle cómo está. Invitarla a un café. No sé, pretendo seguir manteniendo el contacto con el propósito de que sepa que mis palabras no han sido en vano, y de ningún modo puedo hacerlo.

***

Vuelvo al trabajo casi un mes después de que me hirieran y lo hago como el Ryan de siempre.

Durante el curro estoy centrado al cien por cien, una vez fuera, me dedico en exclusiva a recuperar mi vida sexual, la cual lleva un tiempo de sequía acojonante y, mal que me pese, tengo que apechugar con la apuesta que terminé perdiendo para la sorpresa de todos y cada uno de mis compañeros.

Y sí, incluida la mía.

¿En serio que desperdicié la oportunidad de hacer el trío al que me invitaron tan gustosamente más de una vez?

Ver para creer.

Como entenderás, omití ese dato tan relevante por mi propio bien. De no hacerlo, les hubiese proporcionado a mis colegas munición para una buena temporada, y por ahí sí que no iba a pasar.

Vamos, ni muerto.

LA LLAMADA

Ryan

Termino la tanda de flexiones y voy a por las pesas. La necesidad de machacar el cuerpo en el gimnasio apremia. Hoy he madrugado más de lo normal. Soy el primero en llegar a las instalaciones y lo agradezco.

No estoy para mucha cháchara, que digamos.

Necesito desfogarme. Esta mañana me he levantado con el pie izquierdo y me jode la razón.

Sí, me jode mucho. Desde que regresé de la última misión «cierto tema» no me deja avanzar tal y como quisiera y el estado de encabronamiento es el consecuente de llevar mi cuerpo al límite.

Al final, ni las pesas aportan lo que he venido a buscar y paso al saco de boxeo, mientras el recuerdo de Noah sigue ahí, persiguiéndome desde que abrí los putos ojos.

Sí, he soñado con ella. No es la primera vez y mucho me temo que tampoco será la última. El poco tiempo que compartimos juntos bastó para descubrir lo jodida que estaba, y su confesión continúa taladrándome la cabeza cada dos por tres sin que me sirva de nada el propósito de olvidarla.

Mierda. ¿Desde cuándo he permitido que el trabajo afecte a mi vida personal? Nunca antes ha sucedido y ella debería de formar parte del pasado. Después de un mes ni siquiera tendría que acordarme de su cara y lo achaco a la mierda que salió por mi boca.

¿Qué será de su día a día?

¿Habrá cambiado el planteamiento acerca de que es mejor no esperar nada de nadie porque así no duele?

Joder.

Mis puños impactan contra el saco con saña y ni siquiera darle de hostias logra que salga de mi cabeza. Hoy no.

Y continúo con la sesión añadiendo patadas. Alterno los movimientos y centro la atención en acompasar la respiración. Los cuarenta minutos que llevo propinándome una paliza de campeonato no parece que sirvan de mucho, y tan descentrado estoy, que no me doy cuenta de que alguien observa la escena desde la entrada.

Alguien que se limita a cruzarse de brazos, a fruncir el ceño y a adivinar la mala hostia que corre por cada una de mis venas, con tan solo analizar la furia que empleo.

—Vaya, ¿una mala noche, Ry?

La voz de Logan llega a mis oídos y ni así freno el impulso de seguir golpeando.

Izquierda. Derecha. Patada.

Patada. Patada. Gancho.

El sargento no me quita los ojos de encima, mientras se acerca con la intención de sujetar la mole colgada al techo para que me resulte más fácil descargar la rabia que llevo dentro.

Le doy las gracias con un asentimiento de cabeza. La conexión entre nosotros es tal que no hace falta hablar. Logan sabe que necesito desfogarme y se limita a permanecer callado.

Pocas son las veces que me ha visto así y considera fundamental darme el espacio que preciso. Algo que le agradezco profundamente.

Solo cuando descargo la frustración paro y tiro de ironía.

—Creo que necesito follar más.

—O pensar menos.

Zas. Tres palabras sirven para dar en el clavo. Logan es locuaz como él solo y, aunque no les he dicho nada de Noah, no es tonto.

No. No lo es.

—Cuando quieras contarme qué pasó en África, aquí estaré —sentencia, dejándome a cuadros.

—¿Cómo sabes…?

—Llámalo intuición, *bro.* Y ahora, vamos, a trabajar. —Zanja el asunto con la mayor brevedad posible.

Pretende hacérmelo más llevadero y lo aprovecho sin pensarlo.

—A la orden, sargento —chocamos nuestras manos, encamino los pasos hacia la ducha, y soy consciente de la suerte que tengo.

Si fuese el capitán el que sospechase algo estaría jodido. Marcus en ningún caso me dejaría en paz y el cachondeo se extendería por toda la unidad en un tiempo récord.

Por fortuna no es así, y al final, entre unas cosas y otras, consigo el propósito de sacarla de mi cabeza, todo un logro, no lo voy a negar, y la disposición a olvidarla para siempre cobra más fuerza que nunca.

Adiós, Noah.

***

—Chicos, ya es oficial.

Marcus deja caer la bomba a última hora de la mañana y los tres levantamos la vista.

—¿Qué es oficial? —se interesa Morgan adelantándose al resto.

—Nos van a condecorar por la última misión.

Al capitán le bastan cuatro palabras para acaparar toda mi atención y la alerta se posiciona a niveles desproporcionados.

—¿Otra medalla? —me burlo recurriendo a la ironía, a la par que mi mente va por libre a no sé ni cuántas revoluciones por segundo.

La probabilidad de que Noah reciba la misma condecoración que el resto, por contribuir a salvarme existe, lo que significa que…

Joder. De ser cierto coincidiríamos y después de las circunstancias que llevo arrastrando no estoy muy seguro de que sea lo mejor, y digo esto porque no tardaría en aprovechar la ocasión para averiguar qué tal está. Algo por lo que he luchado con ahínco hasta darme contra un mutismo absoluto, lo que supone un motivo más que suficiente para que mi estómago se remueva por dentro.

¿De verdad estoy nervioso?

La hostia.

—Habrá que hacer el esfuerzo de ir, ¿no? —añade Logan con un tono irónico, propinándome un codazo que me saca de mi ensoñación.

Menos mal. Él sí es capaz de actuar con una agilidad de narices y me acaba de salvar el culo.

Tal cual.

—Oye, Ry, ¿te pasa algo? —pregunta de pronto Morgan, sin quitarme los ojos de encima.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Estás un poco raro.

—No —interviene Marcus jactándose—, lo que le pasa es que desde que se ha recuperado folla más que nunca y su polla no le deja pensar tal y como debería. Yo también he observado que a veces te distraes más de la cuenta, y me das una envidia…

—Pues te jodes —cojo el guante aprovechando la ocasión.

Y me sale bien. Menos mal.

—Según me han dicho, será en Nueva York, el general Jefferson se ha encargado de organizarlo y hasta habrá una recepción en su casa —desgrana la jugosa información que le acaba de llegar.

—Vaya, menudo aburrimiento —añado templando los ánimos antes de ir al quid de la cuestión—, por cierto, ¿sabes si coincidiremos con los rehenes que rescatamos?

Formulo el interrogante como si nada, refiriéndome al grupo al completo, y lo hago con el objetivo de no levantar ninguna sospecha que a la larga sería mi sentencia de muerte.

—¿Y a ti, qué más te da?

Si es que soy gilipollas.

—Joder, capitán, era una simple pregunta —me salgo por la tangente de inmediato—, a mí, lo único que me importa, es la morena con la que he quedado en cuanto salga de aquí. Me da que no llegamos ni a mi casa antes de que me pierda entre sus piernas.

—¡Qué cabrón!

Marcus no tarda en desmarcarse de la verdad enmascarada, mientras que Morgan y Logan prefieren callar. El primero suponiendo que hay algo que se les escapa y, por contra, el segundo tomando

notas mentales acerca de la verdadera razón para que esté últimamente tan despistado.

«Y no. No es por lo mucho que follo», sé que piensa el sargento sin equivocarse.

El ambiente enrarecido va a más, lo noto en la cara de Morgan, y si mis suposiciones son acertadas cabe la posibilidad de que suelte por la boca algún alegato incómodo, así que, opto por retirarme antes de que suceda y meta la pata de nuevo.

—Ahí os quedáis. Tengo mejores planes que perder el tiempo con vosotros y mi jornada ha acabado.

—Deja el pabellón alto, ¿eh? —se carcajea Marcus a lo suyo.

—Tranquilo, capitán. Siempre lo hago.

Salgo escopetado y me dirijo hacia las taquillas para cambiarme. Al menos eso intento, porque ni diez pasos he dado, cuando la voz de Logan frena de raíz cada una de mis intenciones.

—Ryan, espera.

—¿Qué pasa?

—Pues pasan varias cosas, la primera, que has estado torpe de cojones, tío.

—¿De qué hablas? —disimulo encarándolo.

—Lo sabes mejor que yo. Tú solito nos has dado una información que más pronto que tarde utilizaremos para descojonarnos a tu costa, y que conste que si no me he ido de la lengua todavía ha sido por mi experiencia personal,[ii] pero todo tiene un límite, Casanova. No tientes a la suerte.

—Joder.

—Sí, joder. Por descarte, la persona de la que apenas has hablado desde que viniste de África me hace intuir que es una chica, y es la causa de que te encuentres tan despistado. ¿Ando muy desencaminado?

—No.

La intención de no hablar de ella se acaba de dinamitar por los aires y solo yo soy el culpable.

Además, si soy franco, Logan se merece que le dé alguna que otra información al respecto, y no lo dudo.

—Has acertado. Y esa chica se llama Noah.

La expresión del sargento cambia en un segundo y se torna burlona.

—Así que, Noah, ¿eh? Ya sabía yo que no me equivocaba, no.

—Oye, oye, ¿qué te parece tan divertido?

—Tú, Ryan. Tú.

—No me toques los huevos.

—Tranquilo, no lo haré. En cuanto al otro asunto, allá va. Si he salido detrás de ti ha sido para avisarte de que tienes una llamada en espera.

—¿Una llamada? —pregunto un tanto sorprendido.

—Ajá —afirma la otra parte con una parsimonia ni medio normal.

Y no me gusta ni un pelo.

¿A qué juega? No lo entiendo.

—Oye, Parker —me refiero a él por su apellido con el propósito de anteponer una distancia de seguridad.

Y espero que sirva.

—¿Sí?

—¿Te sigues riendo de mí?

—Por supuesto que sí. No te lo voy a negar.

—¿Por qué?

—Porque, fíjate tú qué coincidencia, resulta que una tal Noah ha llamado por teléfono preguntando por ti, y es la que, ahora mismo, espera a que le contestes, menuda casualidad, ¿verdad?

—¿¿Qué??

—Anda, corre, que lo estás deseando. ¡Ah! Y seguiré siendo bueno contigo, te la paso mejor a la sala de conferencias. Así podréis hablar con tranquilidad y, de momento, seguirás a salvo.

Ni siquiera ha terminado de hablar cuando ya estoy corriendo, y por el camino le digo un escueto:

—Te debo una, sargento.

—Vaya si me la debes. No lo olvidaré.

Su carcajada es lo último que escucho antes de adentrarme en el lugar en el que, la llamada espera a ser atendida, y ni siquiera consiento analizar el estado de exaltación en el que me encuentro.

¿Para qué?

HOLA, RYAN

Noah

Espero al otro lado de la línea con los nervios a flor de piel. Todavía no me creo que haya dado el paso, pero aquí estoy. Desde que descubrí la unidad en la que trabaja, no he parado hasta conseguir la manera de localizarle, y ahora viene lo complicado.

Sí, lo será, y es que, por mucho que he tratado de olvidarle, ha sido misión imposible, y más ahora, que por fin la oportunidad de escuchar su voz está al alcance de mi mano.

Quiero hacerlo, sucederá en breve y, a pesar de lo poco que nos conocemos, tengo depositada en él una fe ciega. Tanto es así que doy por sentado que atenderá la llamada.

Porque lo hará, ¿verdad?

Mientras espero, muerdo una de mis uñas y paseo de un lado a otro por la habitación. Parezco una tigresa enjaulada, es superior a mis fuerzas, y me resulta imposible quedarme quieta.

Mierda. ¿Qué voy a decirle?

Las primeras dudas aparecen por arte de magia. Si sabe la verdad no tardará en colgar y…

—¿Noah?

Oigo su voz y un cosquilleo me sacude de principio a fin.

Dios. ¿Cómo es posible que pueda echar de menos a alguien al que apenas conozco?

Lo mire por donde lo mire, es una locura y todo por la gran verdad que te acabo de confesar.

Es cierto que lo echo de menos. Mucho. Jamás de los jamases me había sucedido algo parecido y de ahí el estado de nervios, la incertidumbre y el temor a lo desconocido, lo que me lleva directa a tratar de recular. Puede que no tenga otra opción, ante la probabilidad de que esté cometiendo la mayor insensatez de mi vida, lo que significaría que…

Mierda. El planteamiento no me ayuda para nada y considero que lo más sensato es colgar.

¿Qué hago?

Cierro los ojos. Tomo aire por la nariz y…

—Hola, Ryan —susurro con el corazón encogido, dejando atrás la posibilidad de echarme atrás con lo mucho que me ha costado decidirme.

Que sea lo que tenga que ser.

Y paso de analizar lo que sucede. Es demasiado tarde para asimilar el maremoto que asola mi interior, y opto por sentarme encima de la cama a riesgo de estrellarme contra el suelo por lo mucho que tiemblan mis piernas.

Sí, mejor. Así evito un accidente fortuito.

—Noah, ¿está todo bien por ahí?

Una simple frase le vale para dejar en evidencia que sigue preocupado por mi bienestar y es mucho más de lo que esperaba en un principio, suponiendo un auténtico alivio.

—Más o menos —titubeo en mi línea.

Lo de abrirme en canal es una tortura y él lo capta al instante.

—Ya veo que las cosas siguen igual y por mi parte no te presionaré. No, si al hacerlo corro el riesgo de que me cuelgues, así que, tranquila, respira con suavidad y haz un esfuerzo por mantener tus miedos apartados. ¿Lo harás por mí?

Y ahí está el hombre que recordaba. Un hombre al que le basta adoptar un papel que le va como anillo al dedo para lograr lo que ningún otro hasta la fecha.

Sí, ninguno. ¿Cómo diantres se lo he permitido?

Bah, da igual. Algo dentro de mí parece reacio a contradecirle y contesto con un simple:

—Sí, lo haré por ti.

—Esa es mi chica. Bien, y ahora que hemos llegado hasta aquí, quiero que sepas que he tratado de dar contigo y que ha sido imposible. Me crees, ¿verdad?

—Te creo.

—Y, en segundo lugar, ¿serías tan amable de informarme dónde estás?

Se lo suelto, al fin y al cabo, dentro de poco volveremos a reencontrarnos y es la causa de tomar la decisión de comunicarme con él.

—En Nueva York. Te llamo para decirte que pronto nos veremos.

—Lo que quiere decir que tú también irás a la ceremonia que están montando, ¿cierto?

—Sí, acertaste.

—¿Sabes cuándo será? Mi superior ha omitido ese dato.

—La semana que viene.

—Perfecto, entonces nos veremos la semana que viene, a no ser que…

—¿A no ser qué?

—A no ser que te apetezca venir antes a hacerme una visita, estaría bien.

La incredulidad no tarda en aparecer junto a la sorpresa y el torrente de nervios se multiplica por mil.

—¿Quieres que vaya a verte? —susurro con el corazón disparado.

—Sí.

Su afirmación es rotunda, no cabe la menor duda al respecto, y las palmas de mis manos comienzan a sudar.

—¿Y si te digo que me lo pensaré? —respondo envalentonada, dejándome llevar por el momento, además de por un impulso irrefrenable con el que no contaba hasta el día de hoy.

Guau. Menuda novedad. Sin comerlo ni beberlo, se convierte en otro indicio nada acorde a mi manera de pensar y lo sorprendente del asunto es que me da un tanto igual. Sí, a mí.

¿Quién lo iba a decir?

Ver para creer.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. ¿Tanto me echas de menos para replantearte tus líneas infranqueables?

Contesto con un silencio alargado en el tiempo. La pregunta es un tanto complicada y…

—No te hagas demasiadas ilusiones, solo quiero comprobar con mis propios ojos que estás bien. La última vez tenías un aspecto lamentable.

—Sí, así es, y para tu tranquilidad te diré que ya me he recuperado al cien por cien.

—Me alegro.

—En cuanto a lo de venir a verme… —insiste sin darse por vencido—, seguimos teniendo un café pendiente. ¿Te acuerdas? ¿O quizá has sido lista y has cambiado de opinión en cuanto a lo de negarte a disfrutar de la vida? Sería un alivio, no te lo voy a negar.

—Bueno, cambiar, lo que se dice cambiar, no mucho, exceptuando la locura de dar el paso de hablar contigo.

Otro silencio se apodera de la línea, esta vez por su parte, y llego a una conclusión bastante interesante. Esta es:

No sé cómo demonios lo hace, pero este hombre sigue desmarcándose del resto y lo sorprendente del tema es que no me desagrada en absoluto.

Joder. ¿Qué leches me pasa con él?

Ojalá lo supiera.

—Me encantan las locuras, pequeña. Y si vienen de ti mucho más.

Un rubor intenso se manifiesta en cada una de mis mejillas y le doy gracias al cielo por permitir que permanezca en el anonimato. No me conviene que la otra parte se dé cuenta de lo mucho que me afecta cada una de sus palabras, ni, por supuesto, el deseo intacto que sigo teniendo por él a pesar del tiempo transcurrido desde que nuestros caminos se separaron.

¿Cómo es posible que pasadas todas estas semanas mi única obsesión consista en sentir sus labios sobre los míos otra vez?

Daría lo que fuera porque volviera a besarme y…

¡Basta!

Según parece, deliro. No hay ninguna duda al respecto y espero reconducir una situación que cada vez se escapa más de mis manos.

—Por cierto, Noah, ¿el número desde el que me llamas es tu teléfono móvil?

Su pregunta directa me saca de mi ensoñación y vuelvo a la realidad.

—Sí.

—Vale, me lo apunto, así podemos comunicarnos cada vez que queramos.

La respuesta no la esperaba y así se lo hago saber.

—Ryan.

—Dime.

—¿Tú tienes interés por comunicarte conmigo?

—¿A qué viene una pregunta así? Por supuesto que lo tengo, de lo contrario, no te lo habría dicho.

Vaya, esto se pone interesante, y la Noah atrevida indaga un poquitín más acerca del asunto.

Total, ¿qué tengo que perder?

Con el peso que llevo a la espalda más bien poco.

—¿De verdad quieres ser mi amigo?

Ryan medita su respuesta mientras yo me envaro. ¿Y si dice que no?

Y, de nuevo, vuelve a sorprenderme.

—Lo debatiremos cuando quieras, pero creo que lo de amigos va a ser un tanto difícil.

—¿Por qué?

—Porque, de tenerte aquí, y si me dejaras, ahora mismo te estaría besando una y otra vez, y no precisamente como un amigo, Noah. Por eso.

¡Jesús bendito! Su contestación es una declaración en toda regla, acalorando cada parte de mi cuerpo, y la sensación me gusta. Me gusta demasiado.

—¿Ya estamos con las intensidades?

—Sí, soy un hombre acostumbrado a ellas, ¿qué lo voy a hacer? —aclara de manera distendida para no asustarme, antes de lanzarse al vacío—. En cuanto a mi petición, ¿crees que sería factible? No libro en cinco días y ahora que por fin he vuelto a saber de ti…

Deja la frase en el aire a propósito. El muy truhan poco a poco añade más presión y yo…

Y yo no sé cómo gestionarla. Nunca lo he sabido y la cruda realidad se manifiesta con una intensidad brutal, lo que ocasiona mi siguiente reacción.

—Ya te he dicho que me lo pensaré —contemplo recurriendo a la Noah un tanto arisca y borde, antes de zanjar la conversación—. Adiós, Ryan.

El agobio finalmente gana la partida y cuelgo. La falta de costumbre a ser el centro de atención es la culpable y me tumbo en la cama, después, trato de normalizar los latidos descontrolados de mi corazón.

Y en esas estoy, analizando lo que ha sucedido entre los dos, cuando un pitido anuncia que tengo un wasap y trago saliva con dificultad.

Es él. No me cabe la menor duda. Casi nadie tiene mi número. Ahora bien, el quid de la cuestión es:

¿De verdad quiero contribuir al juego de intercambiarnos algún que otro mensaje?

La respuesta es evidente. De momento, sí.

Y con dificultad, debido al temblor de mis dedos, abro la aplicación, contengo la respiración y leo lo que ha escrito.

Desconocido:
Ni te imaginas lo que me ha alegrado tu llamada. Escucharte ha sido lo mejor que me ha sucedido hoy, que lo sepas, y tenía que decírtelo.

Soy consciente de que piso arenas movedizas, ni de lejos me parezco a cualquier chica de mi edad y, por consiguiente, yo misma puedo convertirme en el enemigo a batir, lo que da lugar a que los miedos y las inseguridades se extiendan con una velocidad increíble.

¿Qué coño se supone que estoy haciendo?

¿A qué viene esta necesidad de querer verle de nuevo?

Contradicciones y más contradicciones, porque lo que está claro es que Ryan no es nadie. No debe serlo. Él tiene su vida, ni siquiera seríamos compatibles como amigos, tal y como acaba de decir, y la obviedad me lleva directa hacia el precipicio por una

cuestión de peso. Si Ryan únicamente contempla que seamos algo más que amigos se equivoca de persona.

Sí, se equivoca, no aceptaré una proposición de ese calibre. Complicaría las cosas de mala manera y el desastre estaría servido.

Ni él me conviene a mí, ni yo a él. Poco más hay que añadir al respecto.

Me deshago del móvil con un humor de perros y lo dejo sobre la mesita de noche, de pronto, lo considero como un arma de doble filo y lo más sensato será que me mantenga lejos del dispositivo, antes de que el disparate que he llevado a cabo termine salpicándome de verdad.

Y es, en este punto concreto, cuando acepto lo bien que me va sin permitir que nadie se involucre en mi rutina diaria. Ryan está acostumbrado a tratar con mujeres a años luz de mí, incluso a hacer tríos y a saber qué más, mientras yo…

Pues eso. Decidido. Es de sabios aceptar los errores, el mío ha sido garrafal y no voy a cometer la tontería de no asumirlo, por tanto, hay que ser consecuente y afrontar la metedura de pata.

Cinco minutos después, salgo de la casa en la que vivo enfundada en unas mallas y una camiseta deportiva, dispuesta a hacer un poco de ejercicio.

Lo que sea para olvidarme de cierto hombre que no me conviene en absoluto.

¿Lo conseguiré?

Espero, por mi bien, que sí.

***

Ryan

Sé que algo va mal en cuanto lee el mensaje.

¿Por qué no contesta?

Espero un tiempo prudencial y nada. Deja de estar en línea.

Y espero un poco más.

Con Noah nada es lo que parece y mantengo mis expectativas en todo lo alto. Existe la posibilidad de que responda, al menos así lo

espero, y...

Pasados quince minutos sigue sin pronunciarse, así que, no me deja otro remedio que dar un paso más. Marco el número que ya he grabado en la memoria de mi móvil y para nada me planteo la posibilidad de que la agobie o no.

Necesito que confíe en mí y que me vea como alguien que se preocupa por ella. Necesito…

¡A tomar por culo! Aquí lo que necesite, o no, da igual. Lo constato en cuanto me doy cuenta de que ha apagado el móvil y ya puedo ir olvidándome de cualquier tipo de acercamiento.

Y me jode. Me jode mucho más de lo que debería.

Salgo de las instalaciones con un cabreo ni medio normal y anulo la cita que tenía.

Se me han quitado las ganas de follar y termino en el bar más cercano a la base con una única intención. Beber hasta que logre apartar a cierta chica de mi cabeza.

¿Lo conseguiré?

Espero, por mi bien, que sí.

PUEDES CONTAR CONMIGO

Ryan

—Hola, Mat. Ponme una copa, por favor.

Mat es el camarero del bar más próximo a la base. Cuando salimos a tomar algo, siempre quedamos aquí y ha terminado siendo un colega.

—¿Un mal día, Ry?

—Ni que lo digas.

Espero a que me sirva el alcohol y, en cuanto lo tengo en mi poder, ingiero la mitad de un trago.

Así, sin pensar.

—Ey, ey, despacio. Si empiezas tan fuerte, no podré llevarte a casa. Hoy he quedado.

—Tranquilo, ya me ocupo yo.

La voz de Morgan aparece de la nada; ha debido de seguir mis pasos y ni cuenta que me he dado, y ya van dos. La de esta mañana en el gimnasio, con Logan, y la de ahora.

¿Estaré perdiendo facultades?

No lo descarto, no, y todo se debe al encabronamiento en el que estoy inmerso y que, según parece, no se ha conformado con amargarme la mañana a través de un sueño bastante caliente.

¡Qué va! Más quisiera, y va y decide hacerlo también a la salida del trabajo.

Vaya una puta mierda. Resulta que a una desconocida le ha bastado una simple llamada para desbaratar mis planes, y me jode un huevo, cuando a ella no le ha temblado el pulso a la hora de colgarme y dejarme con la palabra en la boca.

Si es que soy gilipollas. Ya te lo digo.

—¿Qué haces aquí, Morgan? No necesito ninguna niñera.

—Pues lo parece. Mat, ponme una cerveza, por favor.

—Marchando.

A continuación, el silencio se apodera del bar. Morgan es archiconocido por su lema infranqueable, y este data de un punto básico.

Ver, oír y callar, y el muy capullo lo acaba de poner en práctica.

—¿En serio, Morgan?

Él se limita a encogerse de hombros. Mejor que nadie sabe a lo que me refiero y sella sus labios.

—Joder, ¿ni siquiera vas a decirme el motivo que tienes para tocarme los huevos?

Como ya es costumbre; ni se inmuta, a continuación bebe de la birra que Mat le ha puesto, y sin dejar de mirar al frente suelta una sola pregunta:

—Y tú, ¿vas a decirme por qué has declinado la invitación de follar con tu nuevo ligue y en cambio has elegido emborracharte?

¿No quería claridad? Pues aquí la tengo. Enterita para mí.

—Vamos, tío, ni una copa me he tomado —desvío el tema a conciencia.

—Ya.

—Ha sido Logan, ¿verdad?

—No. No ha hecho falta, y si te he seguido es para decirte que puedes contar conmigo.

—No me jodas, eso ya lo sé.

—Pues ya estás tardando en decirme qué coño te pasa. Intuyo que algo sucedió en África y de aquí no me muevo hasta que lo sueltes. ¿Lo has entendido?

Que si lo he entendido, dice. Como para no hacerlo.

Y es entonces cuando suspiro con pesar y admito lo que es evidente.

—Está bien, tú ganas. Has intuido de puta madre, ¿contento?

—Depende.

—¿De qué?

—De tu siguiente respuesta.

—¿Y cuál es la pregunta?

—¿Por casualidad tu estado de ánimo tiene algo que ver con la llamada que has recibido hace unos minutos?

—Sí.

Morgan bebe otro trago y sigue con la mirada al frente.

—¿Se trataba de alguien relacionado con tu última misión?

—Ya son demasiadas preguntas, y más tratándose de ti.

—Lo que significa que sí. ¡Ah! Y te jodes, porque todavía hay algo que no me cuadra y no pararé hasta adivinarlo —asevera sin hacerme caso, a la vez que ata cabos y gira el cuello para escrutarme con una mirada que no me gusta nada de nada—, desde que llegaste no has hablado casi de esa persona y, después de verte así, he llegado a la conclusión de que has ocultado su identidad a propósito para que no supiéramos que es una mujer. ¿Voy muy desencaminado?

Joder con el pasota. Lo ha clavado el tío.

—No, Morgan, no vas nada desencaminado —le informo sin pelos en la lengua.

Es cierto lo que dice; desde que regresé solo me he referido a ella como «el objetivo», y lo llevé a cabo de manera consciente con el propósito de que ninguno supiera que era del sexo femenino.

—Vale, y ya, por último, permíteme que desarrolle otra cuestión. Ahí va. Lo que no logro comprender es que, si te la has tirado ya, ¿por qué te ha afectado tanto que se haya puesto en contacto contigo?

Buf, ahora sí que estoy jodido, muy jodido, y me pronuncio al respecto mediante un tono evasivo donde los haya.

—Bah. Paso de contestar —trato de escabullirme a toda costa, bebiéndome la otra mitad de la copa de un solo trago.

De seguido, envaro la pose, a modo de aviso, y…

—¿En serio? —alardea la mole que no deja de observarme mediante una incredulidad total, llegando al quid de la cuestión—. Joder, *bro,* esto es memorable.

Mi intuición me grita que la conversación comienza a adquirir tintes dramáticos y que lo mejor es que la corte de raíz.

Sí, mejor.

—Déjalo estar. Ya he admitido demasiado y te he dicho que paso. —Lo encaro para que se dé cuenta de que hablo completamente en serio.

¿Servirá?

Ja. Va a ser que ni en mis mejores sueños y, mal que me pese, acierto de lleno.

—Me la suda —inquiere la otra parte empeñada en analizarme para leer mi mente.

Y yo, que quiero evitarlo a toda costa, cometo el error garrafal de esquivar su mirada, lo que equivale a que termine delatándome.

¿Ves lo imbécil que soy?

—Ja, ja, ja. —Se troncha de la risa el muy capullo—. Así que, no te la has tirado, es eso, ¿verdad?

El segundo error lo cometo al callarme, y caigo en la trampa con una torpeza sin igual.

Sí, yo.

¿Ves cómo estoy perdiendo facultades?

Mientras, mi compañero sigue a lo suyo, y lo hace con una sonrisa socarrona que odio con todas mis fuerzas.

—Vaya, vaya —añade con un deje mezcla entre burla y asombro—, ¿de verdad existe una mujer inmune a tus encantos? Verás cuando se entere Marcus.

—No se lo dirás.

—¿Ah, no?

—No, Morgan. No. En cuanto a la chica de la que hablamos, se llama Noah, ¿contento?

—Dame más o lo largo todo.

Pero bueno, ¿y este desde cuándo ha adoptado un papel que no le corresponde?

Flipo. Flipo mucho, aunque para lo que va a servirme…

Y es cuando resoplo con fuerza, inmerso en la tentación de partirle la crisma, aunque rectifico a tiempo.

A mi acompañante le importo de verdad; estar aquí lo constata y…

Y tomo la decisión más acertada. La de confesarle una inquietud que cada vez se hace más y más grande sin que llegue a entender muy bien el motivo.

—No, no me he acostado con ella, y no habrá sido por falta de ganas. Noah es una chica complicada, y si se ha puesto en contacto conmigo es para decirme que la próxima semana nos veremos en el acto de las condecoraciones.

—La hostia. Si no lo veo, no lo creo.

—¿De qué hablas?

—Esa chica te gusta, ¿no es cierto?

Mi intención es negarlo. Negarlo todo, pero no lo hago.

—Puede ser —admito con la boca pequeña.

—Así que, puede ser, ¿eh?

Zas. El temido codazo en las costillas llega. Ya estaba tardando.

Y aclaro:

—Desde que llegué, he intentado localizarla sin éxito. Han clasificado el expediente como secreto y me he llevado una grata sorpresa con su llamada. No te lo voy a negar.

—Ya.

—¿Y sabes lo peor?

—No. No lo sé.

—Le he pedido que se pase por aquí, ¿y adivinas cuál ha sido su respuesta? La de colgarme el puto teléfono.

Un silbido sale de su boca y es, en ese instante, cuando vuelve la vista al frente, deja el botellín en la barra, y pide dos copas. Una para él, y otra para mí.

Por lo que veo, la tarde va a alargarse, ¿y qué mejor manera que hacerlo con una de las personas más sensatas que conozco?

***

Tal y como vaticiné, cuando salimos del bar ya ha anochecido y con la estimable ayuda de mi compañero logro llegar a casa. Él no ha bebido lo mismo que yo, por tanto es el que se asegura de dejarme metido en la cama, y solo después se marcha.

En cuanto a mi estado…, joder, la resaca está asegurada y ya puedo disimularla; de lo contrario podrían abrirme un expediente

disciplinario, y ni a eso le doy la importancia debida, lo que me lleva a un interrogante demoledor.

¿A quién en su sano juicio se le ocurre perder el control de esta forma?

Ni siquiera el alcohol que llevo encima logra suavizar la respuesta, porque la hay, y el encabronamiento sube de nivel.

Me cago en todo. Sí, en todo, empezando por la chica a la que ya tenía que tener borrada del pensamiento.

¿Por qué me resulta tan difícil?

Joder. Ya me vale la tontería.

UNA SORPRESA INESPERADA

Ryan

Faltan dos días para volar a Nueva York. En todo este tiempo no he vuelto a tener noticias suyas y mi estado exaltado va a más. Y me jode. Me jode mucho.

Encima, como si no tuviera ya bastante, la tranquilidad en la base raya el aburrimiento y nos dedicamos íntegramente a ejercitar los músculos en el gimnasio, cuando lo que necesito es acción de la buena.

O ya puestos, follar más.

El planteamiento me lleva directo a la noche anterior, recordando a la rubia que llevé a mi casa, y…

La leche. En cuanto lo hago aparece el encabronamiento dichoso. Ese que no me deja ni a sol ni a sombra, e indago en un asunto peliagudo donde los haya.

Lo de mantener relaciones sexuales a todas horas no está dando el resultado esperado y no lo entiendo.

¿Qué coño me sucede? Porque lo cierto es que ninguna parece darme lo que necesito y...

Y ahí aparece el rostro de Noah en mi imaginación.

¿En serio?

—¡Ryan! ¡Ryan!

La voz exaltada del sargento llega a mis oídos y regreso a la realidad a marchas forzadas.

—Lo siento, tío.

Dejo de hacer presión con el brazo y suelto a uno de los nuevos. El ejercicio de hoy consiste en luchar cuerpo a cuerpo y ni cuenta que me había dado de que el ejercicio ha finalizado.

—¡Joder! —se exalta Logan, propinándome un empujón delante de todos—, ¿a ti qué cojones te pasa? Resuelve lo que tengas que resolver, pero esto no se puede repetir, ¿estamos?

—Lo lamento, sargento.

—No es suficiente, y ahora, fuera de mi vista. —Es su única respuesta.

Noto las miradas de mis compañeros antes de salir y voy directo a la ducha. Allí, sale de mi boca un grito frustrante donde los haya. Sigo sin creerme lo que ha sucedido sobre el tatami y espero que termine la sesión para disculparme como es debido de mi compañero novato.

No quiero malos rollos.

***

La jornada finaliza y encamino los pasos hacia la salida. El planteamiento de pasarme por el bar de Mat sigue intacto y…

—Bradford. A mi despacho.

Oigo la voz del capitán a mi espalda, su tono no me gusta, y lo que es peor, se dirige a mí por el apellido. Algo que rara vez ocurre, lo que da lugar a que un mal pálpito me sacuda.

Y respondo acorde a mi condición:

—Sí, capitán.

Sigo sus pasos y cierro la puerta. Por fortuna él no ha estado en la sesión de ejercicio, lo que supone un auténtico alivio.

—¿A ti qué cojones te pasa?

Mierda.

—Me he enterado de casualidad. ¿Tienes algún problema? Jamás habías actuado así.

—Lo sé, y lo siento. Se me ha ido la cabeza.

—Pues espero que no vuelva a suceder. Desde que has vuelto de la última misión estás demasiado irascible y puede que sea conveniente que te cojas unas vacaciones.

—Pero…

—No hay peros que valgan. Eres uno de mis mejores hombres, no estás al cien por cien, y te ordeno que te tomes un descanso.

»Después de Nueva York búscate un destino tranquilo y dedícate a tumbarte en una hamaca, a tomar el sol, a meditar o a lo

que quieras, menos a follar. No te está sirviendo, es más, hasta diría que es parte del problema.

—¿En serio? —salto mostrando una indignación sin igual. Lo conozco demasiado y, una de dos, o corto de raíz la conversación, o termino cantando la Traviata, y por ahí sí que no—. Paso de hablar contigo de lo mucho que jodo o no. No estoy de humor.

—Me la suda. Haberlo pensado antes de casi ahogar a uno de tus compañeros.

De nuevo, piso arenas movedizas. Últimamente se me da de vicio. No he salido de una y ya estoy hasta el cuello en otra, y opto por la salida que *a priori* es la más acertada.

Y si para salir del atolladero tengo que seguir sus recomendaciones, lo haré.

—Está bien. Me retiraré unos días, ¿contento? —Acepto sin mostrar disconformidad alguna, no sea que terminemos hablando del único tema que prefiero seguir manteniendo en secreto.

Total, que cometo la temeridad de precipitarme y, según pronuncio las palabras, leo entre líneas. Algo que no es que importe demasiado, puesto que la metedura de pata está dando su fruto y lo constato al analizar su cara.

¿Cómo he podido caer en un error tan clamoroso?

No doy crédito. De verdad que no.

—Ya te vale, Ryan. No me tomes por gilipollas, porque no lo soy.

—¿De qué hablas?

—Hablo de lo diferente que estás y de lo que ha pasado en África. ¿Qué te creías? ¿Que sería el último en caer en la cuenta? Pues te equivocas. Apenas has hablado del tema y…

—No estoy de humor, Marcus. Hoy no, y prefiero que te mantengas al margen.

—Así que, al margen, ¿eh? Serás hijo de puta…

—¿Perdona?

—Acabas de confesar que soy el único de los tres con el que no has hablado. Acabas de confesar que, tanto Logan como Morgan, ya saben lo que te ocurre. Y, sobre todo, acabas de confesar que no te fías de mí. ¿En serio, Ryan?

—Yo…

La mirada de mi superior constata la rabia que siente, además de la decepción que le atraviesa por dentro, y lo sé.

Estoy jodido. Mucho.

—Suficiente, Bradford. Puede retirarse.

Dios, no sé cómo he llegado hasta aquí, pero me lo tengo más que merecido.

Escuchar cómo mi amigo me trata como a uno más de tantos duele. Mucho. Muchísimo, y lo peor de todo es que lo tengo más que merecido por no hablar claro en cuanto llegué.

—Marcus, por favor…

—Salga inmediatamente de mi despacho, es una orden.

La acato. No tengo alternativa.

—Sí, mi capitán.

Abandono la estancia cabizbajo, lleno de remordimientos, con un sentimiento de culpa difícil de canalizar y sintiéndome como el mayor hijo de puta de la historia.

Lo soy, lo mire por donde lo mire, lo soy, y salgo como un escopetazo de las instalaciones. Lo hago con la misma idea en mente: pasarme por el bar de Mat. Solo así soltaré lastre. Después de lo sucedido sobre el tatami, y la conversación con Marcus, mi estado apático ha subido de nivel y…

Y, de pronto, me quedo paralizado.

No. No puede ser cierto lo que veo.

¿O sí?

Los latidos de mi corazón se disparan y las palmas de las manos comienzan a sudar, todo se debe a una sorpresa inesperada donde las haya y...

Joder. Noah ha venido. A verme. Ha dado el gran paso. Espera en un banco sentada y el aspecto de vulnerabilidad que ofrece es tan similar al que recordaba que emprendo la marcha con pasos apresurados hacia ella. La chica en la que pienso cada puto segundo y a la que le basta alzar el mentón para que nuestros ojos se encuentren y se reconozcan.

Dios del amor hermoso. La conexión resulta brutal, tanto que asusta, y mientras acorto la distancia que nos separa constato que

me parece la chica más bonita que he visto nunca.

Sí, y no miento.

NO HE CONSEGUIDO OLVIDARTE

Noah

Creo que el corazón se salta algún que otro latido y ni cuenta me doy.

Imposible. Bastante tengo con boquear en busca de un poco de aire. La dificultad de respirar con normalidad, una vez que ha entrado en mi campo de visión, es tan real que barajo la opción de ahogarme allí mismo, y todo porque Ryan está mucho más guapo de lo que recordaba con ese uniforme que le queda como un guante.

Y sucede.

Ay, Dios, sin planteármelo, la imagen me lleva directa a las escenas que vivimos juntos en África, rememoro cada una de ellas en un tiempo récord y, tal y como suponía, la del beso gana por goleada, lo que supone que un rojo intenso cubra mi cara al completo.

Mierda.

Y ahora, ¿cómo lo disimulo?

Mal empiezo, aunque tampoco importa. Ya se encarga mi acompañante y le basta con plantarse delante de mí, manteniendo una distancia prudencial, mientras se dedica a mirarme con una intensidad abrumadora.

Y el calor se extiende por todo el cuerpo. Un cuerpo que no reconozco, parece un extraño solicitando más atención de la que le he dado hasta ahora, y ese logro se lo lleva, también, el militar atractivo a rabiar.

¿Cómo diablos he llegado hasta aquí?

—Hola, Noah —Ryan es el primero que saluda y lo hace con un tono enronquecido que me vuelve loca.

Sí, del todo.

—Hola, Ryan —devuelvo su saludo a duras penas, costándome lo que no está escrito por el millar de sensaciones que

pululan a su libre albedrío.

Así estoy. ¿Para qué negarlo?

—Me alegro de que hayas dado el paso de venir.

—No ha sido fácil.

—Ya lo supongo —sonríe de medio lado manteniendo la pose —, por cierto, ¿cómo has dado conmigo? El día que hablamos no pude decírtelo, me colgaste antes, ¿te acuerdas?

Sus palabras muestran enfado y obvio esa cuestión para responder con un simple:

—Cuando quiero, puedo ser muy tenaz.

—Y muy maleducada, también —insiste sin tregua alguna.

—Lo siento, no pretendía dejarte con la palabra en la boca.

—Permíteme que lo dude.

—Me supuso un verdadero esfuerzo llamarte.

—Y te supuso un verdadero alivio colgarme.

Noqueada, así me deja, y bajo el mentón.

La intensidad a su lado sigue siendo la misma, si no más, y me cuesta mucho seguirle el ritmo. Ni yo soy tan abierta ni tan lanzada, y la falta de costumbre termina actuando en mi contra, lo que propicia que me quede anclada al suelo sin saber muy bien qué hacer o cómo actuar.

Algo que Ryan detecta al momento y considera oportuno echar el freno.

Así es él.

—Ey, pequeña, ¿qué sucede?

Lo siguiente que noto son sus dedos en mi barbilla, los cuales presionan con suavidad con el fin de que la alce, y ahí está una mirada que traspasa mi corazón entero. Una mirada que se limita a esperarme. A mí. Solo a mí, y…

Y el impacto que supone ese «pequeña» resulta un contratiempo difícil de sortear ante lo bien que suena.

—Esto es más complicado de lo que pensaba —admito en voz alta.

—¿De veras consideras complicado estar conmigo? No te creo, Noah.

—Más bien extraño.

—Dime el motivo.

—Porque pensé que actuarías de otra manera. Pensé que después de colgarte y de no contestar tu wasap pasarías de mí, pensé que...

—Ojalá pudiera.

La interrupción me pilla de improviso y no es lo único.

—¿Qué? —pregunto en un estado de alucine total.

Y él, simplemente, comenta con sinceridad:

—Lo que oyes, por más que lo he intentado no he conseguido olvidarte. Jamás me había pasado algo parecido y, si me dejas, me gustaría probar algo.

—¿A qué te refieres?

—A que estoy un poco perdido. Necesito tu ayuda para saber qué coño me pasa y, sobre todo, me refiero a lo mucho que necesito que te quedes conmigo en mi casa el tiempo que consideres, empezando por esta noche. Porque supongo que tu intención es quedarte, ¿no?

¿Qué? La petición es una locura irreal y la cara de perplejidad habla por mí.

Apenas llevamos juntos cinco minutos y poco ha tardado en plantear un disparate sin igual.

¿Cómo se le ocurre?

—Para. Para. Dejemos los términos claros. He venido con la idea de pasar la noche aquí, es cierto, pero de ningún modo contigo. Tengo reserva en un hotel.

No le gusta mi respuesta. Su pose envarada lo muestra mediante una nitidez absoluta, y si me quedaba alguna duda al respecto, esta se diluye al verle tensar la mandíbula.

Y añade taladrándome con unos ojos que destellan fuego:

—Como anfitrión, insisto. Estás en mi terreno y no permitiré que pases la noche en un hotel desconocido.

—Ryan…

—Chttt. Por lo que más quieras, ni se te ocurra decir nada. Corres el riesgo de enfadarme de verdad, y te aseguro que no hace falta. Ya deberías saber que no te tocaré un solo pelo si así lo consideras, ¿por quién me tomas? Nunca sería capaz de

aprovecharme de ti, ¿lo oyes? Nunca. Si hubiese querido hacerlo, la noche en la que bebiste las cervezas habría sido demasiado fácil, ¿no crees?

Tiene razón. Además, si he viajado hasta aquí no ha sido con la intención de perder el tiempo discutiendo.

No, de ninguna manera.

—Eres incorregible —pronuncio regañándole en broma—. No sé qué voy a hacer contigo. Siempre estás pensando en lo mismo.

—Así que incorregible, ¿eh?

—Ajá.

—No te quitaré la razón, porque la llevas, al igual que no voy a negarte que me harías el hombre más feliz del mundo si me dejaras llevarte a mi casa, más en concreto a mi cama. Desde que te he visto…

Este hombre no tiene remedio, de no cortarle interpreto el vocabulario soez que va a soltar, y cometo una temeridad en toda regla.

—Por favor, no lo digas —imploro mediante un impulso irrefrenable por sellarle los labios, impidiéndoselo con dos de mis dedos.

La explosión de sentidos me pilla con la guardia baja, tanto es así que todo cuanto me rodea se nubla, y un escalofrío la mar de excitante me atraviesa de principio a fin por tocarle de esta manera tan íntima, aceptando la cruda realidad.

Un solo gesto ha bastado para despertar una faceta que me resulta desconocida y aparto la mano con prisa, como si el contacto de sus labios desprendiera fuego y quemara, a la vez que el cosquilleo se intensifica a lo largo y ancho de un cuerpo que sigue emperrado en mostrarse tan diferente al del día a día…

Menos mal que Ryan decide portarse como un auténtico caballero y no se aprovecha de la situación, cuando sus ojos gritan las ganas que tiene de seducirme.

Guau. Las revelaciones se pronuncian una detrás de otra sin darme tregua alguna, sorprendiéndome a cada segundo, y si a eso le añado la mirada tan sumamente intensa que me echa…, pues eso, que el conjunto en general ve oportuno realzar el cosquilleo anterior

y lo alarga en el tiempo, estremeciéndome de nuevo desde la cabeza hasta los pies.

Sería tonta si negara que las sensaciones cada vez van a más, y lo que es mejor, que me gustan. Me gustan tanto que incluso comienzo a replantearme ciertas cuestiones a pesar del peligro que podría suponer.

¿Y si le digo que estoy deseando acompañarlo y luego me rechaza?

Podría ser. En mi haber guardo más de un secreto y si Ryan los supiera…

—Estaría bien que pensaras en voz alta, quizá así podría ayudarte —me tiende el guante.

Su voz me devuelve a la realidad y trago con dificultad. El maremoto en el que estoy inmersa no me permite actuar con normalidad y él lo aprovecha para destensar un instante que ha resultado toda una revelación, porque, en efecto, lo ha sido.

—Ay, Noah, Noah. Mientras te atormentas tú sola deja que termine de contarte las ganas que te tengo. A estas alturas ya deberías de entender que nada me gustaría más que follarte de mil maneras diferentes y, si no te lo digo, reviento. Lo siento, pequeña.

Madre del amor hermoso. Después de esto a saber hasta dónde llega el rubor de mi cara, y carraspeo con incomodidad.

—Ryan, ¿podrías llamarme por mi nombre?

—Ya lo hago.

—No siempre.

—¿Y te molesta?

—Sí.

—¿Por qué?

—Supongo que por la falta de costumbre.

—¿En serio? ¿Acaso estás sugiriendo que nadie de tu entorno más cercano se dirige a ti con algún apelativo cariñoso?

—No lo necesito.

—Discrepo.

—Ya estabas tardando.

La otra parte enarca una ceja, la expresión de su cara grita lo bien que se lo pasa a mi costa y, aun así, prefiere ser bueno y no

presionar más de lo debido, lo que le concede puntos extra para convertirse en alguien especial.

¿Puntos extra? Deliro. Ahora sí que lo hago. ¿Desde qué puñetero momento he considerado que el militar podría ser alguien especial?

Esto es una locura.

—Mañana por la tarde regreso a Nueva York. —Cambio de tercio. El otro tema no me conviene y espero que continúe siendo el hombre generoso y empático que conocí no hace mucho.

—Ya —es su única respuesta.

Y compruebo que su expresión cambia y se torna seria. Lo detecto enseguida y el maremoto surge.

Algo no le ha parecido bien, ¿qué será?

Pronto lo averiguo.

—Si vas a quedarte, prefiero que sea en mi casa —insiste sin dar su brazo a torcer.

A testarudo no lo gana nadie.

—Ryan…

—No voy a negociarlo contigo. Sabré comportarme.

—Pero…

—Pero nada. A pesar de las jodidas ganas que tengo de besarte ahora mismo, te lo repito, puedes fiarte de mí. Te doy mi palabra.

Las reticencias crecen. Este viaje puede suponer un antes y un después en mi vida y no sé si estoy preparada para dar un paso tan importante.

No. No lo sé.

—Noah.

—Dime.

—Hazme un favor. Deja de pensar y, simplemente, disfruta del momento. Podrás hacerlo. Conmigo, sí.

¿Qué más necesito para dejarme llevar? Puedo confiar en él. Ryan jamás me provocaría un daño gratuito y…

—Vale. Tú ganas. Lo intentaré.

—Así me gusta, y ahora, vamos, lo primero que haremos es ir al hotel a recoger tus cosas, porque tú te quedas conmigo.

—Oye, oye —tiro de ironía dispuesta a dejarme llevar, aunque sea un poquito—, por lo que veo sigues siendo el mismo mandón de siempre, ¿no?

—No lo dudes ni por un instante. ¡Ah! Y después te prepararé algo de comer. Estás igual de delgada, y…

—No empieces, ¿eh?

—Lo siento, es lo que hay, y aprovecha tu golpe de suerte, todavía debería estar enfadado contigo.

—Por colgarte, supongo.

—Chica lista.

—¿Me perdonas?

—A ti, siempre. Anda, vamos.

Ryan extiende su mano, esperando a que se la dé, y no lo pienso. Ni siquiera ante el planteamiento de que jamás antes se la he dado a ningún chico, exceptuando el día de la huida, pero eso no cuenta. El miedo a que nos atraparan no me dejó disfrutarlo, y oye, casualidades de la vida, ese hombre se trataba del mismo que hoy.

Y espero que ese dato siga manteniéndose a buen resguardo.

El contacto de su piel con la mía es excitante a más no poder y el rubor se extiende hasta el nacimiento de mi pelo. Él lo nota y prefiere no hacer ningún comentario al respecto, cosa que le agradezco infinito.

Y acepto que la disposición a dejarme llevar cada vez es más grande. He soñado con este momento multitud de veces, tanto dormida como despierta, y resulta que las ganas de reencontrarme con él al final han superado todas y cada una de mis expectativas.

Sí, todas, y por incomprensible que parezca, soy consciente de que quiero dejar atrás la chica que soy. Aquí y ahora, sí.

¿El motivo?

Fácil. Lo único que me apetece es sentir, reír, disfrutar…, en definitiva, ser una más.

Fuera mochilas.

Si sale bien, o no, poco importa.

***

Logan

—Pero ¿qué cojones…?

La imagen con la que me topo al salir de la base es tan llamativa que detengo los pasos por la impresión, y Morgan, que no se ha dado cuenta de lo que sucede, todavía, continúa como si nada hasta que reacciono.

Doy tres zancadas largas, me sitúo a su altura, y le propino tal codazo que consigo que deje de andar y se pare.

Eso sí, lo hace con una mala leche increíble.

—Joder, ¿y a ti qué te pasa?

—Calla y mira eso.

De seguido señalo con el dedo lo que tanto ha llamado mi atención y…

—¡Me cago en la puta! —exclama Morgan con los ojos como platos y una expresión incrédula donde las haya—. No puede ser. ¿De verdad una chica ha venido a buscar a Ry?

—Es la primera vez.

—Sí, lo es. ¿Tú crees que será…?

—Sí, lo creo. No puede ser otra —le corto analizando la escena al milímetro con la misma cara de incredulidad que la de mi compañero.

No es para menos.

—Joder.

—Sí, joder. ¡Un momento! ¿Estás viendo lo mismo que yo? —pregunto sin dar crédito.

—Sí, Logan, sí. Lo veo.

Me refiero a que nuestro compañero mujeriego, ese que se acuesta cada día con una y que jamás ha permitido que ninguna merodee cerca de su trabajo, de repente, parece que deja de darle importancia.

¿Por qué digo esto?

Pues, ni más ni menos, porque se aleja con la chica que ha venido a buscarlo cogidos de la mano.

Sí.

De la mano.

Ryan.

Si no lo viésemos con nuestros propios ojos nunca lo hubiésemos creído, y en cambio, aquí estamos, alucinados por completo y con una cara de tontos...

—¿Sabes, Logan? Esto va a ser divertido.

—Y tanto que sí. Él solito nos ha dado munición para una buena temporada y se va a tragar todas la pullas que salieron de su boca cuando se enteró de lo mío con Amelia.

Los dos nos reímos con ganas y, después, continuamos a lo nuestro.

¿Y DE VERDAD PRETENDES QUE DUERMA AHÍ?

Noah

Tal y como ha dicho, vamos directos al hotel, allí recojo lo poco que he traído y, más tarde, me lleva a su casa. Lo mire como lo mire, el disparate es de una magnitud estratosférica y, no obstante, aquí estoy, analizando cada detalle al milímetro.

La construcción en la que vive consta de una planta y lo primero que me sorprende es que todo está en su sitio, dándome la pista acerca del hombre que es: ordenado, metódico y, sin duda, con buen gusto.

El salón comparte espacio con la cocina; la sincronía es perfecta y destacan los colores claros, lo que profiere amplitud a la estancia. En una de las paredes, un gran ventanal que da al jardín ofrece una luminosidad envidiable, logrando que el conjunto sea de lo más acogedor y la comodidad se amplíe.

—Puedes inspeccionar lo que te apetezca. Estás en tu casa. Yo, mientras, prepararé algo de comer.

—Vale.

—¡Ah! Deja tus cosas en mi habitación. Dormirás en ella.

Así, tal cual. La naturalidad que emplea raya lo paranormal y detengo los pasos de inmediato.

—¿Y tú?

—Si me dejas, contigo, si no, en el sillón.

Claro, conciso y revelador. Ryan habla de compartir la cama como si fuese lo más normal del mundo, y no.

No lo es.

—¿Solo dormir? —la pregunta sale de mi boca sin pensar. Según parece, yo también estoy dispuesta a jugar con fuego, el

cambio de aires puede ser la causa, y vaticino que terminaré quemándome más pronto que tarde.

—Eso depende de ti, ya lo sabes.

Y ahí regresa la intensidad, lo que da lugar a que me escabulla de la escena a toda prisa con la excusa de echar un vistazo a lo que queda de la vivienda.

Abro la puerta de la derecha y examino un baño espacioso e igual de impoluto. En la repisa, diferentes cremas esperan a ser usadas y sonrío. Es de los que se cuida, aunque poca falta le hace, la verdad.

Por último, accedo a su habitación. Huele a él. Desde que salió de la base, el perfume que usa se ha convertido en mi favorito e inhalo el aroma con ganas. Este hombre va a ser mi perdición. Tiene todas las papeletas.

A continuación, miro la cama. Es enorme. Ryan no se conforma con cualquier cosa y…

La suposición de que ni de lejos soy la primera que pisa su privacidad más absoluta cala hondo dentro de mí, tanto que me planteo qué demonios hago, y cierro los ojos con pesar.

¿Acaso he perdido el norte?

Todo parece indicar que sí.

—Ejem, ¿qué tal por aquí? ¿Te gusta lo que ves?

Tan inmersa estoy en mis pensamientos, que no he escuchado sus pasos acercándose y me pilla desprevenida.

—Sí, sí —titubeo con un nudo en el estómago, dando media vuelta.

A Ryan algo no le cuadra y se acerca despacio, sin apartar la mirada, a medida que mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—Noah, estás mintiendo, ¿qué pasa? Tu cara te delata.

Mierda.

—Yo…

El tono dubitativo le basta para interpretar lo que ocurre, entonces alza una ceja y sonríe de medio lado.

—¿Tú, qué? —interfiere en broma mostrando un aire socarrón, e incluso diría que chulesco—. ¿Acaso vas a preguntarme cuántas mujeres han pasado por mi cama?

Y resulta que, sin tener ni idea, acierta de lleno, borrando la sonrisa de inmediato.

Dios. ¿Cómo es posible que tenga el poder de leer mi mente? No lo entiendo.

Y, como me ha calado a la primera, decido ser honesta y no soltar ninguna trola.

Total, ¿de qué serviría? Ryan parece que tiene en su poder un aliado infalible, similar a los rayos infrarrojos, y detecta cada razonamiento o pensamiento que se me ocurre, invadiendo una parte de mí que debería de ser secreta.

Quizá, por ello, le increpo alzando el mentón.

—¿Y qué si lo hago? —respondo con otra pregunta acerca de querer saber con cuántas mujeres se ha costado en este cuarto. Por muy irrelevante que parezca, para mí sí tiene importancia. Mucha, de hecho.

Mientras, Ryan no da crédito, su cara es un poema y en el fondo me alegro.

Por listo.

—Joder, no puede ser, ¿hablas en serio? —Contraataca con el ceño fruncido—. Además, ¿a ti qué más te da?

Pues eso digo yo, que a mí qué más me da, y mejor omito la idiotez que se me pasa por la cabeza.

—¿Puedes contestar, por favor? —insisto, a pesar de lo patética que debo de parecerle con razón.

De continuar con mis paranoias poco tardará en devolverme al hotel y lo tendría más que merecido. En ningún caso me debe algún tipo de explicación. Es soltero, sin compromiso a la vista, joven y con ganas de pasárselo bien, y el resultado muestra que son indicativos más que suficientes para obrar según le dé la real gana.

Pero, entonces ¿a qué viene ese interés acerca de las mujeres con las que ha compartido su habitación? No es de mi incumbencia.

Dejo de martirizarme por un instante, últimamente se me da demasiado bien, y presto atención a su posible reacción, suponiendo que me parará los pies o que soltará alguna de sus frases lapidarias.

Algo que no sucede. Al final, mis suposiciones no son acertadas y su actuación termina dejándome un tanto atónita al no

ser la que esperaba.

Y es que, se rasca la cabeza con una incomodidad sin igual e interpreto que va a contestar a la pregunta que no viene a cuento.

¿Lo hará?

—Muchas, Noah. Han sido muchas. Ni siquiera podría decirte un número aproximado. ¿Contenta?

Cualquier otro, en su lugar, ni se hubiese molestado en aclararlo, es otro punto a su favor, y a mí no se me ocurre otra que situarle contra las cuerdas de manera inconsciente.

—¿Y de verdad pretendes que duerma ahí? —Señalo la cama con estupor.

La alusión le pilla totalmente desprevenido. Su cara así lo refleja y solo espero que no me mande a la mierda por husmear en temas que deberían darme igual.

¿Por qué no lo hacen? Ryan no es nada para mí. Nada.

—¿Qué hay de malo en dormir ahí? —Vuelve a la carga mostrando su incredulidad.

Estamos a años luz. Esa es la realidad. Y como no quiero correr el riesgo de hacer más el ridículo, mejor mantengo la boca cerrada.

Sí, mucho mejor.

—¿Noah?

El militar poco tarda en entender que no voy a contestar y ejerce la presión correspondiente.

Es un experto en la materia, yo no tanto, y zanjo el asunto de manera abrupta.

—¿Y si comemos? Me muero de hambre.

A continuación, huyo. No estoy preparada para solventar este tipo de preguntas y salgo pitando de su campo de visión.

Mientras, el dueño de la casa se lleva las manos al pelo, tira con fuerza, después suelta un exabrupto por la boca, y todo lo hace con una expresión indescifrable en sus ojos.

El pobre no entiende nada acerca de un comportamiento sin igual y, a pesar de ello, reconduce la situación, deja el tema apartado a un lado, al menos, de momento, y sigue mis pasos,

limitándose a hablar de banalidades sin importancia mientras comemos el bistec y la ensalada que acaba de preparar.

Y lo corroboro. No estaba equivocada. Este hombre es especial. Todo él se empeña en no incomodarme y las dudas se disipan por arte de magia.

En cuanto a lo mucho que me sigue gustando, de eso, mejor, no hablo, la cercanía con su cuerpo me tiene en un estado obnubilado fuera de lo normal y cada segundo a su lado se vuelve una agonía constante, dando paso a una revelación sin igual que va tomando forma en mi cabeza.

Esta es:

¿Y si Ryan es el hombre perfecto para dar el paso definitivo?

Él, y solo él, es el único que poco a poco va ganándose mi confianza y no voy a negar el logro que supone por su parte. Aquí donde me ves soy una mujer con multitud de carencias, miedos e inseguridades, y te juro por lo más sagrado que al militar le ha bastado interesarse por mí desde el principio para replantearme una cuestión de peso, la cual llega a través de una pregunta.

¿De verdad estoy dispuesta a dejar atrás el episodio que me marcó para siempre y que tanto daño me hizo?

La respuesta es contundente a la par que alentadora.

Sí, lo estoy, y de producirse, espero que no complique las cosas entre nosotros, porque lo cierto es que cada vez lo tengo más claro.

Voy a seguir mi instinto y a utilizarle, ya no hay vuelta atrás. El grado de atracción hacia él jamás lo había sentido antes por nadie y eso tiene que significar algo.

Además, algo en mi interior grita que si se me ocurre desperdiciar la ocasión caída del cielo me arrepentiré para el resto de los restos, por tanto, poco hay que añadir al respecto.

Decidido. La suma de la encrucijada en la que me encuentro es suficiente para tratar de ser valiente, ya que lo más sensato es no echarse atrás, y me lio la manta a la cabeza.

Que sea lo que tenga que ser. Total, ¿qué puedo perder?

Y es entonces cuando los nervios se disparan por sí solos ante el plan que va tomando forma.

Será esta noche, antes de viajar de vuelta a Nueva York, y mejor olvido la cantidad de chicas que han disfrutado en su colchón. De no hacerlo, podría considerarme una más, y por ahí sí que no.

Ni lo soy ni lo seré, al menos es lo que pienso, y todo se debe a la cruz que llevo a cuestas como penitencia.

ESTOY JODIDO, MUY JODIDO

Ryan

A medida que pasan las horas, voy percatándome de un dato inquietante y lo sorprendente del asunto es que no le doy la importancia debida. Hablo de la naturalidad que me resulta compartir con ella la intimidad más absoluta que nos rodea, y en ningún caso me refiero a mi cama.

Oh, no, ni de lejos. Lo que me lleva a otra cuestión de peso, y es que, por muy imprudente que suene, considero que tenerla aquí es un regalo.

Lo es, y tal afirmación me descoloca de principio a fin.

¿Qué coño me pasa? ¿Por qué a Noah le consiento lo que a ninguna otra hasta ahora?

No he mentido en lo referente a la multitud de chicas que han compartido mi cama, pero lo que sí he omitido, a propósito, es que nunca, jamás, ninguna se queda una vez que el intercambio de fluidos llega a su fin, y mira en qué lugar estoy ahora.

En mi casa, con la única mujer con la que no he tenido sexo y a la cual le he cedido mi habitación a riesgo de que no sea bienvenido y, lo que es peor, con la posibilidad de que se marche al día siguiente sin permitirme ningún tipo de acercamiento, a pesar de lo mucho que le gusto.

He ahí la incongruencia, porque le gusto. Lo sé. En ese sentido, no me he perdido ninguna de sus reacciones y todavía se me pone dura cuando rememoro el instante en el que ha puesto sus dedos sobre mis labios.

Joder, si de mí dependiera la habría besado en ese instante y no sé si hubiese encontrado las fuerzas para parar, solo que toda ella ha frenado mis impulsos demoníacos con una facilidad increíble, y no voy a negar lo noqueado que me ha dejado.

Noah sigue siendo un enigma en toda regla y he errado en cada uno de los cálculos que he supuesto en cuanto la he visto, empezando por la negativa a abrirse del todo, y continuando por la posibilidad de que termine pasando la noche en el sofá de mi propia casa.

Ver para creer.

Y yo que pensaba que tardaríamos nada y menos en dar rienda suelta a la pasión…

Bah, menudo iluso. Además, las suposiciones en cuanto a lo diferente que es, comparándola con el resto de chicas, cada vez se amplían más. Basta con analizar el comportamiento que tiene, los gestos, el rubor de sus mejillas y lo mucho que le ha afectado saber que dormirá en una cama en la que he compartido infinidad de orgasmos con otras.

Y no lo termino de entender, joder. Resulta imposible.

En cuanto a qué pasa con el Ryan de siempre, ese que no hubiese tardado ni medio segundo en mandarla de vuelta a su casa después de su comportamiento…

¿Ves? Otro enigma que aparece por arte de magia. Hasta yo no me reconozco, parezco otro, y ni sé cómo he permitido que lleguemos hasta un punto peliagudo donde los haya, cuando mi cuerpo grita que él, lo único que no entiende es el motivo de perder el tiempo de esta manera.

Joder.

Vaya una puta mierda.

«Tranquilo, tío, seguro que todo es por la promesa que le hiciste, no has de preocuparte demasiado», me digo a mí mismo con la intención de quitarle hierro al asunto.

Y aquí estamos, compartiendo el café que teníamos pendiente, mientras seguimos conversando acerca de los gustos de cada uno, cuando, de pronto, el timbre de la puerta suena y un mal pálpito me sacude de principio a fin.

Mierda. ¿Quién demonios osa importunarnos?

Pronto lo averiguo.

Y es cuando me disculpo, avanzo hacia la puerta, echo un vistazo rápido por la mirilla y…

Ahora sí que sí. Estoy jodido, muy jodido, y más me vale echarle un par de huevos al asunto.

Bueno, o ya que estamos, ¿y si trato de darles esquinazo a los dos?

Mejor, mucho mejor.

Y, de repente:

—Vamos, abre la puerta, sabemos que estás dentro.

La voz de Logan se escucha al otro lado y trago saliva con cierta dificultad.

Estos mamones acaban de pillarme con las manos en la masa.

¿Y ahora qué?

—Hola, chicos —saludo con una sonrisa falsa al abrir, pero obcecado en obstaculizar la entrada—, no es un buen momento. Iba a salir y…

—Así que, a salir, ¿eh? —comenta el sargento como si nada.

—Sí, tengo que comprar varias cosas y…

—Ryan, ¿estás tratando de deshacerte de nosotros?

—¿Yo? No, Logan, qué cosas tienes.

—Anda, déjate de hostias y apártate —es Morgan el que habla empujándome sin contemplaciones—, te hemos visto, capullo, y venimos a darte la ración que te corresponde. Bastante nos hemos aguantado ya.

—¿Cómo que me habéis visto? —pronuncio con la boca pequeña, recuperando la posición.

Y lo reitero, estoy jodido, muy jodido.

—Pues, lo que oyes. ¡Qué! ¿Ahora te mola lo de ir dando la manita a las chicas? —continúa Logan, antes de propinarme un codazo de tal magnitud que me corta la respiración junto a la capacidad de reacción, lo que equivale a que esta vez sea imposible hacer absolutamente nada en cuanto a denegarles la entrada.

Mierda.

—Vaya, esto sí que no lo esperábamos. Logan, mira lo que tenemos aquí, ¿y tú eres…?

—Morgan, deja de hacer el imbécil, hemos venido a meternos con Ryan, no con Noah.

Un segundo me basta para elevar la mirada hacia el techo, mientras que la parte aludida muestra una sorpresa sin igual.

—¿Sabéis quién soy?

—Por supuesto que lo sabemos, y no será por el gilipollas de nuestro colega —sugiere el sargento avanzando hacia ella para tenderle la mano.

Noah se levanta del sillón y saluda a uno y luego al otro mediante una incomodidad que detecto al instante.

Suficiente.

Y cometo el error de interponerme entre ellos con la idea de protegerla para que la dejen tranquila.

—Vaya, vaya, ¿ves esto, Morgan?

—Lo veo, y no doy crédito, de verdad que no.

La pobre chica no sabe dónde meterse y hasta ellos se dan cuenta.

—Tranquila, esto no va por ti, sino por el capullo que tienes al lado.

—Oye…

—Chttt, tú, mejor, te callas —me aconseja Logan mediante un tono burlón que conozco de sobra.

Lo tengo más que merecido. En lo referente a meterme con él cuando empezó a salir con Amelia, fui de los que se pasaron tres pueblos y ahora es a mí al que le toca tragar de su propia medicina.

Algo que no es nada agradable, no lo voy a negar, y escucho las palabras que Logan le suelta a mi invitada.

—A ver, Noah, para que te hagas una idea de lo que hablamos, te lo resumiré en tres puntos básicos.

—¿De verdad hace falta, sargento? —inquiero atravesándole con una mirada que escupe fuego, a modo de aviso.

—Vaya si hace falta, y deja de mirarme así, porque no cuela, pringado —me despacha con una templanza acojonante, antes de volver a dirigirse a la mujer que nos acompaña con el propósito de desarrollar sus diferentes argumentos.

»Punto número uno: aquí, nuestro Casanova, nunca ha dejado que una chica se pase por las inmediaciones de la base y resulta que ha cometido un error garrafal. Correr el riesgo de que lo

viéramos agarrado de tu mano, lo que nos indica lo especial que eres para él.

»Punto número dos: aquí, nuestro Ry, se ha reído de mí lo que no está escrito cuando me enamoré, y ahora las tornas han cambiado. Me toca meterme con él y no pararé de hacerlo, por eso la aclaración de antes. Tú no tienes nada qué ver, no te lo tomes como algo personal.

»Y punto número tres: ¿sabes que nuestro follador nato nunca deja que sus conquistas se queden en su casa? Él folla y las larga, así que, piensa lo importante que eres en estos momentos y aprovéchate de él. Mucho. Todo lo que puedas. Ah, y por supuesto, puedes contar con nosotros dos para hacerlo. Estamos de tu parte y ya conocerás al que falta en este cuarteto que formamos.

¿Será capullo?

Y lo de que estoy jodido, muy jodido, se acaba de quedar corto. Mucho, de hecho.

¿Pues no va y al listo le basta desarrollar tres puntos para que ella sepa que no es ni de lejos otra más?

Me cago en todo. Logan se ha pasado de la raya, y lo que es peor, yo solito he sido el culpable.

¿A quién en su sano juicio se le ocurre ponerse en evidencia delante de la base?

¿Acaso he perdido el norte por completo?

¿Qué va a pensar Noah de todo esto?

Preguntas y más preguntas, todas ellas sin respuesta, y bufo contrariado.

Esto me pasa por gilipollas, por dejarme llevar por una promesa que no sé si podré cumplir, y por las ganas de tirármela de una vez por todas.

He ahí el verdadero quid de la cuestión, Noah es la única que se me ha resistido. La única. Es por ello que cabe la posibilidad de que se haya convertido en un objetivo a batir y, una vez conseguido, todo se reconduzca, empezando por olvidarla de una puta vez, porque eso es lo que quiero, ¿no?

La conclusión me lleva directo a un único planteamiento. El Ryan de siempre aquí está, al acecho, y la resolución grita que no ha

cambiado, y que sigue siendo el mismo tipo sin escrúpulos de siempre.

¿El motivo? Fácil, por la insistencia de querer comportarse como un auténtico niñato, lo que sea, con tal de llevarla al huerto y catalogarla como una más.

Ahora bien, si dejo que ocurra, ¿dónde se queda la promesa que le hice?

El enfrentamiento entre las dos personalidades está servido.

—Por cierto, Ry, digo yo que con tanta manita y tanta hostia no te habrás olvidado de que esta noche hemos quedado, ¿verdad? —arremete sin contemplaciones Logan.

—Eee…

—Sí, ya veo, y espero, por tu bien, que no le des plantón a mi chica, de lo contrario, te partiré la cara. Por fin está superando sus miedos y os necesita a todos a su lado, ¿estamos?

Joder. ¿Cómo he podido olvidar un tema tan importante?

Ya me vale.

—Noah, tú también estás invitada, por supuesto —añade con la deferencia de tratarla como a una más.

—Perdona, Logan, no sé si a ella le apetece salir, y…

—No me jodas, Bradford.

Según lo dice siento que le estoy defraudando, es la segunda vez que en la jornada de hoy se dirigen a mí de esta forma, y no ayuda que venga de la boca de mis mejores amigos, por lo que ello supone.

Y, de pronto:

—Iré —afirma la aludida con decisión.

Y claro, como es de suponer, de los tres soy el único que alucina en colores al escuchar tal afirmación.

—¿Estás segura? —me pronuncio centrando mi atención en ella, olvidándome del resto.

Otro error, solo que, en estos precisos instantes, me la suda.

—Sí. Ni siquiera me acuerdo del tiempo que hace de la última vez que salí a tomar algo y puede que esté bien. Además, detecto en tu amigo la importancia de que arropéis a su novia, supongo que

por algún episodio o trauma relevante, y desde luego que no seré yo la que se interponga en medio.

La leche. El corazón de Noah muestra lo grande que es, y yo…

Y yo caigo rendido a sus pies.

¿Ves lo mal que estoy?

Y mientras digiero lo tocado que me ha dejado, Logan aprovecha para acercarse.

—Noah, no quiero ser un entrometido, pero si me lo permites, te diré algo. Yo también detecto algo en ti, y corrígeme si me equivoco. A primera vista, me da la sensación de que llevas una mochila cargada a tu espalda, y créeme, en el caso de que sea cierto, te encantará conocer a mi chica.

Los ojos de Noah se humedecen y doy por sentado que la conexión entre mi sargento y ella acaba de producirse.

¿O andaré muy desencaminado?

Lo compruebo con su respuesta.

—Entonces, solo por eso, merecerá la pena saltarme alguna de mis reglas. Gracias por la invitación, Logan.

Y lo que supondría una simple frase para el resto de mortales, a Logan le sirve para ver más allá, entendiendo que la chica que ha conseguido que me salte alguna de las mías es otra luchadora nata y, por lo tanto, especial.

Muy especial. Igual que Amelia, su novia.

—Sargento, creo que es hora de apostar —comenta Morgan con el objetivo de reconducir la visita ante un momento tan intenso.

O ya que estamos, con el objetivo de tocarme los huevos.

—No me jodas —me quejo ante el cariz de sus palabras, y es que, por muy disparatado que suene, el tema de apostar ha dejado de gustarme desde este mismo instante—, mejor no tientes a tu suerte, cierra la boca, y marcharos ya.

—¿Qué propones? —le alienta Logan para mi pesar, pasando de mí.

—Apuesto cincuenta dólares a que nuestro Ry no se atreve a entrar en el bar de Mat agarradito de la mano.

—Hecho.

—Fuera de mi casa —bufo al escuchar semejante tontería.

¿De qué van?

Por supuestísimo que no voy a llegar de su mano, solo falta que media plantilla me vea así.

Ja. Ni de coña. Que uno tiene una reputación y ni mil mujeres como la que tengo al lado conseguirían algo tan rocambolesco.

Y me reafirmo en mi último planteamiento.

Tengo que follármela. Cuanto antes. Solo así recuperaré la vida de antes y es primordial.

Sí. Lo es.

BIENVENIDO AL CLUB

Ryan

No sé en qué momento exacto todo ha cambiado; bueno, miento. Lo cierto es que la visita de mis amigos es la responsable, y a medida que nos acercamos al bar de Mat, detecto que los nervios de «la chica» que me acompaña en mi camioneta se agrandan. Y sí, ¿qué pasa? Me refiero a ella en un tono un tanto despectivo ante la importancia de mostrar una distancia prudencial, además de necesaria.

Algo que no cuela. Si es que soy gilipollas. La verdad, por mucho que la enmascare, ahí está y no me gusta lo que significa por la obviedad que suscita.

Muy a mi pesar, Noah sigue siendo la misma chica insegura que recuerdo; diría que hasta noto un ligero temblor en su labio inferior, y no doy crédito.

¿Por qué le supone este esfuerzo titánico lo de salir a tomar algo? ¡Joder! ¡Que solo tiene veinticuatro años!

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —intervengo preocupado, antes de quitar la llave del contacto.

—Podré soportarlo, tranquilo.

—¿Te estás oyendo? —pronuncio algo desquiciado—. Mira, Noah, esto es un error. Ahora mismo doy media vuelta y nos marchamos de aquí.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es ningún error.

—Discrepo.

—Ya estabas tardando, y no harás que cambie de opinión. Tus amigos y Amelia te esperan y no seré yo la que ponga impedimentos.

El alegato no es el que espero y analizo cada milímetro de su expresión, descubriendo con estupor que, en efecto, le tiembla el labio.

¿A qué le teme realmente?

Estoy perdido; no tengo la menor idea de lo que le provoca tal estado de ansiedad, y me hago alguna que otra suposición interior.

¿Quizá son las aglomeraciones?

¿Es eso?

—Noah, ¿alguna vez vas a contarme ese trauma que no te deja avanzar hacia adelante?

—Puede.

—¿Puede?

—Ajá, todo dependerá de si ingiero alcohol o no esta noche.

—¡Ja! De eso nada. La última vez…

—La última vez resultó una auténtica revelación; gracias a las cervezas se me soltó la lengua, y te gustó. Por ese motivo sabes más de mí que cualquiera.

—Está bien, es cierto —acepto ante la evidencia, alejándome cada vez más de la proposición nada acertada de tratarla como a una más—, lo que sigo sin entender es el motivo de que no te abras del todo. En el caso de que lo hicieras, sería nuestro secreto y jamás lo compartiría con nadie. Digamos que me podrías considerar como tu persona de confianza.

—Así que, mi persona de confianza, ¿eh? Anda, deja de ponerte intenso, chaval.

—Tenía que intentarlo —bromeo dedicándole una mueca que logra el objetivo marcado.

Ha dejado de temblar, lo que supone que está preparada para abordar lo que sea que tanto teme, o eso espero.

Es ahora o nunca, así que, sin dilación, bajamos de la camioneta y me sitúo a su lado ante la importancia de que se sienta arropada. Es crucial y no voy a defraudarla. No me lo perdonaría.

A medida que dirigimos los pasos hacia la entrada, la música y el alboroto cobran fuerza y le echo otro vistazo por el rabillo del ojo.

Bien, todo parece que sigue su curso y confío en que podrá hacerlo.

Entonces, con el corazón a mil, abro la puerta del local, permitiendo que Noah se dé cuenta de la cantidad de clientes que disfrutan en el interior, y…

Mi acompañante detiene los pasos; el color de su rostro se desvanece, la respiración se le acelera y, en una maniobra desesperada, alarga el brazo en busca del amparo que le ofrece mi mano.

Necesita el contacto físico. No hace falta que lo diga. Sus ojos transmiten una flaqueza sin igual, mientras a mí no se me ocurre otra que pensar en el disparate que supondría si alguien del interior se percatara de esta muestra de debilidad.

Lo es. Si me pillan, estaré crucificado de por vida y por ahí sí que no estoy dispuesto a pasar.

No. Ni siquiera por ella.

No y no.

Las suposiciones que pululan dentro de mi cabeza a Noah le valen para pillarme con la guardia baja por primera vez desde que nos conocemos y se percata de la indecisión que me precede.

En definitiva, que el resultado no tarda en producirse, mostrando su arrepentimiento a base de anular el contacto de piel con piel.

—Lo siento, había olvidado lo de la apuesta. —Se disculpa mediante un tono compungido, a medida que baja el mentón.

Joder. De verdad está afectada. Lo que para el resto de los mortales es una distracción, para ella es justo lo contrario, y a mí no se me ocurre otra que comportarme como un cabrón sin escrúpulos en un momento tan sumamente delicado.

Ya me vale. Si es que no doy una.

El tirón de orejas me lleva a reconsiderar la situación y, sin pretenderlo, los remordimientos invaden el planteamiento de hace unos segundos, reconduciendo al Ryan empecinado en mostrar lo macho que es, hasta llevarme en la dirección correcta mediante una pregunta reveladora a la par que crucial.

Esta es:

¿Qué cojones me importa si los demás tienen munición para meterse conmigo? Los signos evidentes de lo mal que lo está pasando, sumado a la necesidad de sentirse arropada, es lo que debería de prevalecer, y...

Y, de repente:

—Quédate con ellos; yo me iré al hotel —suelta Noah de sopetón, aceptando su propia derrota.

¿¿Qué??

—No. —Me niego en rotundo.

—Ryan, por favor, no me lo hagas más difícil y quédate. Es lo mejor para los dos.

Su propuesta evidencia las ganas de salir huyendo, dándose por vencida, y yo…

Y yo tengo la posibilidad de enderezar la situación, comenzando por dejarla ir, solo que no es tan fácil.

Joder, ¿qué coño me pasa?

¿Por qué no dejo de maquinar y la dejo marchar sin más?

La respuesta es más fácil de lo esperado y suena tal que así:

Porque, por muy incomprensible que parezca, no puedo dejarla en la estacada, por eso.

Y como parece que la noche va de impulsos irrefrenables, yo también me dejo llevar por uno de ellos.

Ya que estamos…

—No voy a dejarte sola —aseguro con la intención de cumplirlo a rajatabla, mientras me posiciono a su misma altura con la intención de que se dé cuenta de la determinación en mis ojos.

La decisión está tomada y ya no hay vuelta atrás.

—Por favor…

—Shhh. Vas a acompañarme ahí dentro.

—Pero…

—Pero nada, Noah, y si para hacerlo necesitas mi mano, aquí la tienes. Es tuya.

—Ryan…

No la dejo terminar y, envalentonado, soy yo el que la busca, sin más, al tiempo que accedemos al local atestado de gente.

Tal y como me temía, las primeras burlas no tardan en producirse, y ¿sabes qué?

Me dan igual. Aquí y ahora, lo único que de verdad importa es que mi pequeña acaba de dar un paso gigantesco al acceder a un lugar que le provoca sensaciones nada agradables, así que, ¿qué más da el por culo que den mis compañeros?

Lo soportaré. Si ella puede, yo también.

Avanzo con la decisión reflejada en mi rostro y ni siquiera la suelto cuando llegamos a la barra, el lugar en el que mis amigos permanecen con los ojos como platos, y me preparo para lo que viene.

—La hostia, Ry, pues sí que te ha dado fuerte con lo de la manita, sí —Logan es el primero en hablar y su novia le contesta con un golpe contundente en el pecho.

—Oh, cállate. Hola, Noah, soy Amelia. Me han hablado de ti y tenía muchas ganas de conocerte.

La prometida de mi amigo no se conforma con saludarla de palabra y le da un abrazo cariñoso alargado en el tiempo.

Empiezan bien, aunque tampoco es que me extrañe mucho conociendo la sensibilidad de la que se ha convertido en mi amiga del alma, además de la prometida de mi compañero.

Y sopeso que Amelia puede convertirse en una tabla de salvación para ella.

—Tío, ni te imaginas lo bien que sientan los cincuenta pavos que acabo de ganar —se mofa Logan con el codazo de rigor—, verás cuando se lo contemos a Marcus.

—¿No ha venido?

—Vendrá, pero olvídate de que te dirija la palabra. Lo tienes con un mosqueo… —aclara Morgan sin morderse la lengua.

Mierda. Yo, en su caso, estaría igual de cabreado.

—Bah, ya se le pasará, y ahora, bebamos. Tenemos mucho que celebrar y la noche promete —ultima el sargento con una sonrisa de oreja a oreja, mirando embelesado a su novia y futura esposa.

***

Noah

Llevo buena parte de la noche rodeada de gente, ¿y sabes qué?

Que no está resultando tan difícil.

Oh, no. La dedicación absoluta del grupo para que me sienta una más es la causa, y aquí resalto la labor de dos personas en concreto.

Por una parte, Ryan, y por la otra, Amelia.

La conexión con ella ha sido brutal. Desde el principio nos hemos entendido la mar de bien y cada una sabe interpretar el dolor de la otra sin necesidad de hablar.

En cuanto al estado emocional…

Guau. La sensación de encajar por primera vez en algún lugar es una novedad de magnitud colosal y reconozco que me sienta bien reír.

Sí, es lo que hago. Las ocurrencias de sus amigos me llevan en volandas hasta un nivel increíble y me divierto de lo lindo viendo lo mucho que se meten con Ryan por mi culpa.

Y paso de analizarlo. De ningún modo voy a hacerlo.

—Noah, ¿te apuntas a compartir una cerveza conmigo? —pregunta el responsable de cuidarme hasta un extremo máximo.

—Me apunto.

—Vaya, vaya, ¿hasta eso compartís? —aprovecha Logan para seguir metiéndose con él, guiñándome un ojo con complicidad.

—Vete a la mierda, sargento.

En ese momento suena una canción marchosa y Amelia tira de mí hacia una pista de baile improvisada con la intención de bailar.

Bailar. ¿Cuánto hace que no lo hago?

Ni siquiera sé si me apetece, solo que mi compañera no parece dispuesta a darme otra opción, y cuando quiero darme cuenta estamos en mitad del alboroto.

Una cosa lleva a la otra y mi mente decide aguarme la fiesta, o al menos lo intenta, porque Amelia, que en ningún instante ha dejado de analizarme, se acerca, me abraza y me susurra al oído:

—Tú puedes, cariño, solo déjate llevar. No estás sola.

Su preocupación es real y tampoco me acuerdo de la última vez que una desconocida mostró interés por mi bienestar, exceptuando a Ryan, claro.

Y funciona. Vaya si funciona. Tanto es así que tardo un segundo en ponerme a saltar como una loca, disfrutando del paso que acabo de dar, a medida que Amelia hace lo mismo.

Ambas aceptamos con esperanza el vínculo que parece empecinado en unirnos y todo se desarrolla con una facilidad asombrosa.

Sí, todo.

¿Quién me lo iba a decir?

***

Ryan

—¿Ves eso? Joder, Ry, somos afortunados.

—¿Por qué lo dices?

—Vamos, tío, no hace falta que disimules. Mejor que nadie sabes de lo que hablo y más te vale no hacer el gilipollas. Esa tía me cae bien.

—Esa tía no es nada y saldrá de mi vida mañana mismo —afronto decidido a interponer una distancia de seguridad más que considerable.

—¿Ah, sí? ¿Tan seguro estás?

—Sí, Logan, sí. Mañana regresa a Nueva York.

—¿Y si le pides que se quede?

—No es tan fácil.

—Lo es. Tú, pídeselo.

—Oye, oye, ¿y a ti qué te ha dado ahora? Se suponía que te tenías que descojonar de mí, no darme este tipo de consejos.

—Será porque he madurado.

—Los cojones.

—Bueno, y entonces, ¿le vas a pedir que se quede?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo mis razones.

—¿Y son?

—¿No estás tú muy preguntón?

—Y la respuesta es…

—Joder, Logan —manifiesto con un cabreo que va en aumento, antes de darle rienda suelta a la lengua—, entre nosotros no puede haber nada. Es complicado. Ella lo es, y yo…, bueno, ya sabes cómo soy. Además, si ha venido es porque teníamos algo pendiente.

»Cuando me hirieron le hice un promesa y después de esta noche puedo asegurar que la he cumplido, por tanto, si es una chica lista seguirá con sus planes y se marchará. ¿Contento?

—No. Ni de lejos.

—Entonces, escucha esto, ¿y si te digo que cabe la posibilidad de que durmamos bajo el mismo techo, pero en diferentes habitaciones? Cuando te he dicho lo complicada que es, no mentía.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Digo que le he ofrecido dormir en mi cama aun a sabiendas de que yo lo haga en el sillón, eso digo.

—Joder.

—Sí, joder —susurro con un peso menos.

Y reconozco que me alegro de habérselo contado. Llevaba demasiado tiempo con el secreto y solo espero que Logan no se pase mucho.

¿Lo hará?

—¿Sabes? —añade tras sopesar la información dada—. Esa tía me gusta mucho más ahora.

—¿Por qué?

—Por ponerte en tu sitio de una vez, ah, y haz el favor de dejar de mentirte a ti mismo, anda.

—¿De qué coño hablas? —Tuerzo el gesto contrariado.

—De lo mucho que te gusta —suelta como si nada.

Y alucino. Mucho. Muchísimo.

—Vamos, no me jodas, tío —digo ofuscado, llevándome la cerveza a la boca.

Mientras, la otra parte no parece empecinada en soltar a su presa, es en lo que me he convertido, y va y pronuncia una frase contundente a la par que demoledora.

—Enmascara lo que quieras, pero lo cierto es que te tiene pillado por los huevos, acéptalo. Si se tratara de cualquier otra ya la habrías mandado a tomar por culo, en cambio, fíjate. Eres incapaz de dejar de mirarla.

—No es lo que piensas —arremeto a la defensiva.

—¿Ah, no?

—No, listo. Hay algo que todavía no me ha contado, y…

—¿Y?

—Y me jode que no confíe en mí.

—Lo hará. Ten paciencia.

—¿Paciencia? Yo no gasto de eso.

—Ja, ja, ja. Sí, sí, lo que tú digas, campeón. Por cierto, bienvenido al club.

—¿Qué club?

—Ya lo entenderás, ya.

La conversación entre los dos termina siendo surrealista y me dedico a no perder la pista de la chica que está revolucionando el bar sin apenas darse cuenta, lo que supone un logro inaudito al tratarse de ella.

Sí. De Noah. La que hasta el día de hoy parecía empecinada en no esperar nada de nadie porque así no dolía, y la cual se ha adaptado a la nueva situación con una naturalidad sorprendente.

Sí, así es, y admito que verla comportarse como una joven cualquiera me gusta, me gusta mucho, sería un cafre si lo negara y por ahí sí que no estoy dispuesto a pasar.

Bebo otro trago del botellín y me quedo plantado en el mismo lugar, ajeno a la multitud de comentarios que suscito, y todo por un motivo de peso.

¿Quieres saberlo?

Allá va.

Por la imposibilidad de dejar de mirar a la única mujer que ha conseguido lo que ninguna otra hasta el día de hoy, ¿qué le voy a hacer?

TE TENGO, PEQUEÑA

Marcus

Entro en el bar de Mat e interpongo una distancia más que prudencial con el tipo que considero un mal amigo. Sigo dolido con él y, por ese motivo, prefiero ser cauto.

Ryan me ha decepcionado. El golpe que me ha asestado sigue latente y por el bien común, más le vale que permanezca apartado a un lado; de lo contrario, a saber qué podría ocurrir.

Pido una cerveza y me limito a observar el plano general. Desde la barra tengo una visión privilegiada de todo el local y aprovecho que mi compañero se marcha al baño para acercarme a darle un abrazo a mi chica especial. Amelia lo es. Se ha convertido en la debilidad del grupo y lo de meternos con Logan por tener la suerte de haberla encontrado hace mucho que pasó a la historia. Más en concreto desde que decidió pedirle matrimonio.

—Noah, este es Marcus —no tarda en presentarnos.

—Vaya, así que tú eres la causa de mi enfado con Ry, ¿no? —aventuro tendiendo la mano.

—Marcus, afloja —comenta Logan al instante, defendiendo a la chica.

Y bajo la mano, negando a la otra parte que podamos saludarnos de manera formal por un comentario que no viene a cuento, logrando que el nivel de cabreo aumente hasta un límite difícil de superar.

Así están las cosas.

—Ey, ¿qué pasa aquí? ¿Ya habéis tomado partido por ella? Esto sí que no me lo esperaba. Ya os vale, joder.

Hablo desde el enfado y admito que la tal Noah ya me cae mal. Muy mal. Es lo que hay y me la suda si mi comportamiento se asemeja al de un orangután.

Sí, me la suda, algo que no pasa desapercibido para ninguno. Cuando estoy en modo intenso es difícil no darse cuenta, y para mi consternación veo que Morgan es el siguiente que se posiciona. Lo hace avanzando un paso a la vez que me taladra con una mirada nada amigable y es lo único que me faltaba para rematar un día raro de narices.

¿De qué hostias van estos dos?

—¿Tú también, Morgan? —le increpo con malas pulgas.

Mientras, la que acaba de adquirir todas las papeletas para convertirse en una enemiga acérrima, va y decide pronunciarse con un simple alegato que me descoloca de principio a fin.

—Hola, Marcus. Encantada de conocerte. No entiendo el motivo de tu enfado, pero si eres tan amable te rogaría que me lo dijeras. No quiero malos rollos entre vosotros por mi culpa.

—Llegas tarde.

—No. Te equivocas, a diferencia de ti, yo soy la que no pinta nada aquí. Mañana regresaré a Nueva York. He venido de visita, nada más, así que, si no es mucho pedir te agradecería que no me consideraras como a una enemiga.

—Permíteme que sea yo el que lo decida, si no te importa.

—Allá tú. Ese es tu problema, no el mío. Y por favor, reconsidera lo que te he dicho. No me gustaría ser el punto de discordia entre vosotros. No merece la pena, créeme.

Algo de lo que dice llama mi atención, no obstante, en cuanto diviso a Ryan acercándose, doy media vuelta con la decisión reflejada en mi cara.

Paso de su sombra. Los próximos días van a ser un infierno para él y regreso a la barra sin mostrarle un ápice de arrepentimiento.

Que le den.

A continuación, ahí me planto, decidido a tomarme la cerveza de rigor para, no tardando mucho, marcharme a casa.

***

Noah

La noche sigue su curso y nadie ve apropiado aclararme el mosqueo de Marcus, por lo que tampoco pregunto, mientras me dedico en exclusiva a desinhibirme un poco más. Algo increíble, lo tengo que decir, y doy por sentado que se está convirtiendo en una experiencia inolvidable por tres razones de peso.

La primera: por reír como si no hubiese un mañana.

La segunda: por conversar con el grupo de Ryan como una más.

Y, la tercera: por bailar como una loca.

En definitiva, por disfrutar junto a unas personas que podrían convertirse en mis favoritas, y mejor no lo pienso.

Lo mire como lo mire, sigue siendo un disparate. Cualquier tema relacionado con Ryan lo es, y no hay nada más que ver el cambio circunstancial obrado a mi favor.

¿Cómo demonios es posible que me sienta tan sumamente relajada con personas a las que ni conozco?

Curioso, sí, lo que ocasiona que el planteamiento me lleve hacia un único lugar.

Hay veces que la conexión con alguien hace saltar por los aires todos tus miedos, inseguridades y demás, y te permite descubrir lo equivocada que estabas en cuanto a lo de no confiar en nadie. Y en ese punto, en concreto, solo puedo añadir una frase:

Ya era hora de que me tocara a mí.

¿Qué más da que sea un momento efímero? La disposición a aprovechar lo que queda de noche se ha convertido en abismal. Lo tengo claro y más ahora.

Ryan ha cumplido la promesa que me hizo cuando se encontraba moribundo y soy consciente de lo bien que sienta disfrutar de la vida.

Es lo que hago, me apasiona y por ello me agarro con uñas y dientes a cada minuto o segundo. No importa. Merece la pena. La explosión de sentidos se une a la adrenalina que suelto con cada movimiento de cadera y…

Y allá vamos otra vez. En cuanto oigo la siguiente canción soy yo la que tira de Amelia para llevarla a la pista improvisada con la intención de continuar pasándomelo a lo grande.

Solo eso importa, ¿quién me lo iba a decir hace unas horas?

Increíble, pero cierto.

Las ganas de empaparme de la confianza ciega que Amelia muestra en mí se unen a la seguridad que trasmite el grupo de amigos, a pesar de tratarse de hombres, y considero, sin miedo a equivocarme, que hoy es especial. Mucho. Más de lo que jamás hubiese creído hasta la fecha.

En definitiva, es mi momento y no dudaré en exprimirlo al máximo, derribando cada traba con una templanza increíble.

Ya, mañana, Dios dirá.

—Voy a por una copa —grita Amelia en mi oído debido al volumen de la música—, ¿te quedas? No tardo.

—Sí —afirmo con una seguridad apabullante al ver que Ryan no me quita los ojos de encima.

Estoy a salvo. Él nunca permitiría que me sucediera nada malo y sigo a lo mío. A continuar sanando una parte de mí misma que incluso ya daba por perdida.

Y es, en ese momento justo, cuando suceden tres cosas a la vez.

La primera, Ryan no se percata de que me quedo sola, y desaparece.

La segunda, Morgan, Logan y Amelia se acercan a la barra con la intención de pedir más consumiciones, y por unos segundos me pierden la pista.

Y la tercera, un desconocido aprovecha que mi acompañante se marcha para abordarme sin contemplaciones desde atrás y, como no lo veo venir, en cuanto noto una mano rodeando mi cintura el color de mi cara desaparece, dejo de respirar y retrocedo en el tiempo hasta que el pánico se apodera de mí.

De seguido, todo me da vueltas, a la vez que el temido miedo se apodera de la situación y borra de un plumazo, cada carcajada, conversación, y sí, también el recuerdo de lo bien que me lo estaba pasando bailando como una loca.

De repente, nada importa.

Nada.

***

Marcus

Pago la cuenta con la idea de marcharme. Ya he visto suficiente por esta noche.

Antes de hacerlo, echo un último vistazo al lugar en el que Amelia y Noah bailan como locas, y…

Frunzo el ceño un tanto confundido al leer entre líneas.

Algo sucede, no entiendo el qué con exactitud, pero lo cierto es que me fijo en un dato un tanto inquietante, a la par que significativo.

Al parecer, la que se supone que se ha convertido en mi «enemiga» está sola y el primer signo de alarma que detecto a escasos metros se agranda.

Hablo de la cara desencajada de Noah. Muy a mi pesar no he podido dejar de observarla desde que llegué, y el cambio tan drástico llama mi atención, aceptando que hay algo que no cuadra, solo que no tengo la menor idea de lo que se trata. Al menos hasta que la confusión se hace palpable y me envaro al percatarme del avance de uno de los novatos, el cual únicamente pretende ligar con ella, propiciando esa expresión que no logro comprender.

¿Qué demonios le ocurre? Porque, a primera vista, interpreto que lo que tiene es miedo, pero…

¿De qué?

Por más vueltas que le doy sigo sin esclarecer el motivo y desvío la atención hacia el grupo en el que debería de estar, observando que ninguno de los presentes se da cuenta de lo que sucede en estos mismos momentos, es más, Ryan ni siquiera ha vuelto de donde sea que se ha metido y eso significa que…

Mierda. ¿Qué significa con exactitud?

Excelente pregunta, no cabe duda, y lo mire como lo mire en ningún caso es mi problema.

No. No lo es.

«¿De verdad es lo que piensas?», la voz interior me obliga a permanecer ojo avizor y dejo el botellín vacío sobre la barra, eso sí,

lo hago sin dejar de mirar a la chica responsable de que siga enrabietado con mi amigo a pesar de que, tal y como he dicho, no es mi problema.

¿Por qué entonces no me largo y listo?

La respuesta llega de sopetón y suena tal que así:

«Porque esa chica le importa a Ry. Por eso».

El motivo resulta suficiente para que permanezca con los cinco sentidos alerta y fijo más la atención, mientras la escena que tengo a escasos metros va desarrollándose poco a poco, simulando una situación a cámara lenta que mejor te describo.

Empieza con el tipo que la ha abordado, decidido a dar un paso más, y veo cómo tira del brazo que ha posicionado en la cintura hasta pegarla a su cuerpo.

Después me percato de lo muy interesado que está por hablarle al oído.

Y, por último, veo la reacción de una chica superada por las circunstancias. Una chica que tiembla, que transmite la agonía que siente y que cierra los ojos al mismo tiempo que las primeras lágrimas aparecen por arte de magia.

¿Pero qué…?

Sin necesidad de que nadie me lo diga interpreto la posible causa de su terror. No hace falta más que observar su dolor latente, y…

Y ya.

Suficiente.

Ya he visto todo lo que tenía que ver.

Entonces me lío la manta a la cabeza, echo a correr de una manera desesperada y termino abalanzándome de malos modos sobre el tipo que no es consciente de la realidad, al tiempo que termino apartándolo de un empujón certero y contundente ante la necesidad de que deje de invadir la privacidad más absoluta de una persona destrozada emocionalmente, y nada mejor que empezar por dejar de tocarla.

Y como las sorpresas todavía no han acabado, lo que sucede a continuación me deja helado del todo, ya que para nada lo esperaba, y es a consecuencia de escuchar el grito casi enajenado

de Ryan entre la multitud, a medida que se acerca con la desesperación reflejada en su cara.

—Marcus, va a desmayarse. ¡Sujétala!

¿¿Qué??

¿¿Cómo que va a desmayarse??

Al final templo los ánimos, me dejo de hostias y reacciono gracias a las cinco palabras que salen por su boca. La casualidad ha querido que sea yo el que se encuentre más cerca y el dato revelador supone lo que ya sé.

La integridad física de Noah depende de mí y por supuesto que no permitiré que toque el suelo.

Y mientras hago lo imposible para que no se parta la crisma, medio bar se fija en nosotros, incluidos Logan, Morgan y Amelia, y antes de darme cuenta estoy rodeado por ellos, aunque el primero que llega hasta nosotros es Ryan.

En cuanto lo hace, la sujeta y me aparta sin contemplaciones, de seguido, la abraza con un sentimiento de protección absoluto, y lo siguiente que llega a mis oídos es la voz de mi amigo proclamando una preocupación sin igual por la chica que comienzo a ver con diferentes ojos.

La frase es contundente y reveladora.

—Te tengo, pequeña. Ya estás a salvo.

Vaya, esto sí que me pilla de improvisto. Jamás en mi vida habría dado por supuesto el grado de implicación que Ryan ha abordado y me limito a quedarme plantado mientras analizo con estupor lo que acaba de suceder.

No soy el único, los demás tampoco dan crédito y, sorprendentemente, Amelia es la que toma el control.

—Vayamos al almacén. Noah necesita tranquilidad. Si vuelve en sí cabe la posibilidad de que no soporte estar rodeada de tantos hombres.

Asentimos con la cabeza. Podría decirse que todos nos hemos quedado en *shock*, y sí, aquí añado, también, a Ryan.

La expresión de su cara no miente. Lo conozco demasiado bien y eso me lleva a una cuestión de peso.

Él tampoco sabía nada acerca de un asunto peliagudo de narices y el detalle en sí me lleva a reconsiderar la mala hostia hacia él.

De pronto, ha dejado de importar. La gravedad de lo ocurrido es la que es y también él necesita nuestro apoyo.

Sí. El de los cuatro.

Somos un equipo, tanto para lo bueno como para lo malo, y no hay dudas al respecto.

No. No las hay.

Imposible.

REVELACIONES

Noah

Abro los ojos con lentitud, sin entender bien qué ha pasado, mientras la desorientación cobra especial relevancia.

No tengo la menor idea del lugar en el que estoy, pero lo sorprendente del asunto es que la tranquilidad aparece en cuanto me topo con la figura de Ryan.

Y lo agradezco, aunque detecto algo en su mirada que no es de mi agrado.

¿A qué viene la preocupación, la rabia y la consternación que refleja?

De pronto, el recuerdo de lo sucedido me sacude de principio a fin y no hace falta mucho más para darme cuenta de la magnitud del momento, aniquilando de cuajo lo conseguido en unas horas, hasta que la vergüenza se apodera de mí.

Mierda.

Con lo bien que lo estábamos pasando y todo se ha desvanecido. Todo.

Alzo la barbilla y compruebo que no estamos solos. Un detalle que no ayuda y me hago más pequeñita si cabe.

Joder. Menudo despropósito. ¿De verdad me he desmayado?

Lo siguiente que noto es un sofá debajo de mi cuerpo y recurro a encogerme sobre mí misma hasta hacerme un ovillo con el propósito de desaparecer.

Ilusa. Si de mí dependiera, me transportaría ahora mismo. Lo que fuera con tal de evitar dar unas explicaciones que dañan lo más profundo de un alma a la deriva, sin contar lo tremendamente vulnerable que me siento.

Sí. Más que nunca. Y no lo soporto.

—Por favor, quiero estar sola —susurro compungida, tragándome unas lágrimas contra las que lucho sin fin y con un planteamiento definido a rajatabla.

No pretendo dar lástima.

No quiero que nadie me juzgue.

Y, ante todo, lo que tengo más claro es que no voy a consentir que ninguno de los presentes trate de mostrar algo de empatía hacia mí.

No la necesito. Soy la única culpable de haber llegado hasta este punto. He sigo una ingenua al creer que podría comportarme como una chica más y aquí están las consecuencias.

¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre dejarse llevar por un disparate sin igual?

Nunca podré equipararme al resto. Nunca. ¿Cómo no lo he visto venir?

La cruda realidad impacta de lleno en mi conciencia, reconduciendo un tema peliagudo a la par que delicado, y acepto que ninguna promesa, por buena que sea, logrará que deje atrás un pasado como el mío.

Además, si tan segura estaba acerca del tipo de vida que llevaba, ¿por qué he dejado que Ryan me terminara embaucando?

Solo cuando escucho la puerta al cerrarse, respiro un poco más tranquila. Me han hecho caso, algo que les agradezco infinito, y centro la atención en acometer mis siguientes movimientos.

Debo irme de aquí, marcharme al hotel y mañana, en cuanto amanezca, cambiar el billete de avión para salir zumbando de un lugar en el que…

Los pensamientos se diluyen en cuestión de milésimas de segundo al percatarme de que no estoy sola, y una especie de *déjà vu* se hace palpable.

Y retrocedo hasta el momento exacto en el que él, y solo él, me pilló en una de mis crisis de ansiedad cuando estábamos en otro continente, lo que conllevó a que fuera nuestra primera vez.

Nuestra primera vez. La recuerdo con una nitidez increíble y, tal y como ocurrió ese día, vuelvo a sentirme desnuda ante sus ojos.

Y no me gusta.

No me gusta nada.

—Cuando he dicho que quiero estar sola también me refería a ti, así que, por favor, vete —le ruego con la voz rota.

No me sirve de nada, pues, al igual que entonces, Ryan hace caso omiso del ruego que acaba de salir por mi boca y se queda plantado frente a mí para, a continuación, sentarse en el suelo.

Vamos, que actúa de la misma forma, e interpreto, sin miedo a equivocarme, lo que va a decir a continuación.

No me equivoco.

—Lo siento, Noah, no me marcharé hasta que me digas qué te pasa.

¡Bum!

La respuesta también es la misma y el corazón se me encoge.

—Ryan…

—Olvídalo, no voy a marcharme. ¿Lo has oído? Tú solo dime cuándo estás lista y te llevaré a mi casa. Allí hablaremos de lo que quieras; y si por el contrario prefieres no hacerlo, me da igual. Respetaré la decisión que tomes, sea la que sea.

Mide cada palabra al milímetro, actúa así con tal de calmar la ansiedad que sigue creciendo, y admito lo mucho que me enternece el cuidado que me dedica en exclusiva.

Este hombre es un amor. No puedo negar la mayor.

Y entonces, una parte de mi corazón se resquebraja.

Él no se merece tragar parte de la carga que llevo a cuestas; esa es la verdad, y sé que tengo que desaparecer del mapa.

Sí, cuanto antes. De lo contrario…

—Noah, ¿quieres dejar de martirizarte? —interrumpe mis lucubraciones internas con el poder que le he otorgado sin darme cuenta siquiera, mientras la pregunta impacta de manera determinante por lo que significa.

Y llego a la conclusión de que me conoce demasiado y de que no debería de ser así.

¿Por qué desde el principio ha sabido leerme tan bien?

Sigo sin dar crédito.

Y como la otra parte interpreta lo testadura que soy, va y practica un alegato certero con el objetivo de derribar cada una de las trabas que yo misma me pongo en el camino.

—Noah, escúchame, por Dios. Lo que tengo que decirte es demasiado importante. No debes permitir que un simple

malentendido se lleve por delante lo que has conseguido esta noche, ¿me oyes? Eres una superviviente, eres valiente, eres…

—Ryan, no sigas, te lo suplico.

—¿Por qué?

—Porque odio lo que haces. No quiero dar pena a nadie, y menos a ti.

—Joder, ¿te estás oyendo? —Alza la voz al borde de perder los estribos—. Lo último que despiertas en mí es pena; ¿acaso no te das cuenta?

—Yo…

—Tú, nada, Noah, si de verdad piensas eso, es que no me conoces en absoluto, y me duele de la hostia después de todas las concesiones que he hecho por ti. Solo por ti.

La intensidad cobra fuerza, y como no soy de piedra, ultimo mi alegato, aun a sabiendas de que no va a gustarle.

Mejor. Así dejará que me vaya. Ese en mi único cometido por ahora.

Y digo:

—Ha sido un error venir a verte.

El silencio se apodera de la estancia durante unos segundos hasta que él me rebate con una sola palabra.

—Mientes.

—Ahora, la que discrepo soy yo.

—Me da igual —salta endemoniado, situándose a escasos milímetros—. Y permíteme que añada algo. No vas a conseguir que me aleje de ti, ¿lo oyes? Así que, deja de tratar de enmascarar el dolor que llevas dentro y afronta la realidad de una vez por todas.

Pretende provocarme, que pierda el control, que hable de uno de los peores episodios de mi vida, y…

Y caigo en la trampa.

—¿Qué realidad? ¿La que tiene que ver con el trauma que llevo a cuestas porque un hijo de puta casi me violó? ¿A esa realidad te refieres?

Interpreto que se ha salido con la suya al escucharle bajar el tono; lo lleva a cabo mientras no me quita los ojos de encima, y sin

necesidad de que hable, sé lo muy afectado que está con la aclaración que le he dado.

Aun así, sigue en sus trece. Lo que haga falta con tal de que continúe soltando parte de la mierda que llevo dentro.

—Sí, por ejemplo. Y ya que estamos, aprovecha la oportunidad.

Me reta. Me reta a pesar de lo mal que puede salir, y…

Y no me muerdo la lengua.

—No tienes ni puta idea del infierno en el que vivo. Ni idea, por lo que te agradecería que dejaras de mostrar ese empeño repentino para que me desahogue, porque terminará haciéndonos daño.

—Me da igual. Yo solo quiero que me lo cuentes. Sácalo fuera de una vez. Aquí estoy, pequeña, no dudes de mí. Me importas. Me importas mucho, tanto que tú sola te has bastado y sobrado para traspasar todas y cada una de mis líneas infranqueables, y lo menos que espero es que te abras a mí. Vamos, hazlo.

De pronto, reculo. Tengo miedo. Un miedo tan distinto al vivido hace unos instantes que acepto que puede tratarse de cobardía.

Sí. Lo es. ¿Qué le voy a hacer?

Y tomo una decisión que quizá no entienda, pero que, bajo mi criterio, es lo mejor para ambos.

—Ryan, lo lamento, pero no voy a pasar la noche contigo. Hablaré con Amelia. No quiero estar sola, y ella me ayudará.

Sé lo mucho que le duelen cada una de mis palabras, aun así, no retiro ninguna, y que conste que lo hago por él, solo por él, y espero que algún día se dé cuenta.

A continuación, encuentro las fuerzas necesarias para salir de allí, y lo hago con la cara anegada de lágrimas.

Lágrimas que duelen, que escuecen, que confieren lo que no puede ser y, sobre todo, lágrimas que revelan el sinsentido de una situación que ha terminado mostrando unas revelaciones que deberían haberse quedado a buen resguardo en el interior de mi corazón.

¿Podrá perdonarme algún día?

Espero que sí.

***

Tal y como suponía, Amelia me abre las puertas de su casa para que pase la noche con ella, mientras Logan decide darnos el espacio que necesitamos y nos deja solas. Algo que le agradezco, no lo voy a negar.

***

Ryan

No entiendo nada. Bajo su cuenta y riesgo, es Noah la que decide mantenerme al margen tras conocer otro episodio de su vida que le marcó para siempre, y…

No doy crédito, de verdad que no.

Y mientras la veo alejarse de mí, unos sentimientos la mar de dispares se cruzan entre sí, mientras dan veracidad al sinfín de preguntas que me hice en su día.

Ahora entiendo su manera de ver las cosas.

Ahora entiendo lo privilegiado que he sido al permitirme acercarme más que ningún otro.

Ahora entiendo cada una de sus reacciones cuando compartimos tiempo en África.

Ahora lo entiendo todo, o eso creo, aunque lo que no soporto, bajo ninguna circunstancia, es lo fácil que le ha resultado dejarme apartado a un lado después de lo que hemos vivido juntos.

No. No puedo hacerlo.

Es entonces cuando el cabreo y la desesperación aparecen, lo hacen al mismo tiempo, y pierdo el control sobre mí mismo.

Y ahí están mis amigos. Los tres. Gracias a ellos no destrozo el almacén de Mat y me obligan a parar.

—Vamos, *bro,* tomemos algo fuerte. Lo necesitas.

Marcus es el primero que habla y no protesto, al contrario.

¿Y qué hago?

Fácil. Seguirles. Ellos no van a dejarme solo. Jamás lo harían.

***

Una hora después, terminamos en casa de Marcus. Cuando nos referimos a que nuestra amistad está por encima de lo bueno y de lo malo, es real como la vida misma. Hoy me toca a mí, mañana será a otro, y los cuatro nos acoplamos compartiendo lo más grande que tenemos. La unidad férrea entre el equipo que formamos.

TODO HA CAMBIADO, Y LO SABES

Ryan

Llevo toda la noche pensando en ella. En Noah.

Conocer de primera mano el infierno al que tuvo que enfrentarse en su día es el responsable y no se me quita de la cabeza.

Al final, de tanto darle al coco, la información va asentándose y la furia poco a poco va cediendo, tanto es así que la claridad me lleva hacia una conclusión de peso y entiendo alguna de sus reacciones cuando nos conocimos, empezando por la decisión certera y contundente de aislarse del mundo.

Sobre todo, de los hombres.

La afirmación impacta de lleno sobre mí y la realidad me encoge el corazón al lograr ver más allá.

Joder. A pesar del bagaje que llevaba a cuestas, confió en mí. Lo hizo casi desde el principio, y…

Retrocedo en el tiempo y algo se resquebraja en mi interior al recordar aquella primera vez que entré en el cuarto minúsculo en el que descansaba. Verme supuso un verdadero reto para ella, por ese motivo se desmayó, y lo sorprendente del asunto es lo bien que actuó en las siguientes ocasiones en las que decidí abordarla.

Una cosa lleva a la otra y soy consciente de que fue ella, y solo ella, la que consintió que me acercara contra todo pronóstico.

Ahora bien, ¿en qué posición me deja la alegación tras lo ocurrido?

La pregunta adquiere un trasfondo de suma magnitud, a medida que varias secuencias o curiosidades toman forma, empezando por:

La primera: ahora entiendo su forma de actuar aquella vez que la acorralé entre mis brazos en la cocina, y no, no fue por el susto, ojalá.

La segunda: incomprensiblemente se quedó junto a mí y hoy adquiere un significado distinto.

La tercera: el beso que le robé.

La cuarta: el alivio que le supuso conocer la noticia de que no había compartido sexo con sus compañeras.

La quinta: la confianza ciega al confesarme su dura infancia, aunque aquí admito que las cervezas se convirtieron en un aliado a mi favor.

La sexta: el rol que asumí desde que la vi con el fin de protegerla, y no solo porque fuera parte del trabajo.

La séptima: el recuerdo de su cara cada vez que le decía lo mucho que me apetecía follar con ella en concreto.

La octava: el característico rubor en sus mejillas cuando respondía que ella no hacía «esas cosas».

Y la novena: lo valiente que fue al decirme que soñaba cada noche con ese beso y que me considerara un afortunado por ser de los pocos que lo habían hecho en sus veinticuatro primaveras.

La hostia. Las suposiciones se agrandan y una pregunta demoledora planea sobre mi conciencia al resultar imposible de frenar.

Esta es:

¿Acaso existe la posibilidad de que después del episodio tan trágico, no haya vuelto a acostarse con nadie y haya decidido venir a verme para resolver el problema y utilizarme como opción?

No.

No puede ser.

La absurdez del planteamiento logra que respire un poco más tranquilo y cambio de posición por enésima vez.

—Joder, Ry, ¿quieres dejar de dar vueltas? —se queja Logan, un tanto molesto.

Compartimos la misma cama y admito que le estoy dando una noche al pobre…

—Lo siento.

—Tío, deja de sentirlo y haz algo. Falta poco para amanecer y necesito dormir —dice, alargando la mano para mirar el móvil.

—Ya te he pedido perdón, ¿qué más quieres que haga?

—¿Y de verdad me lo preguntas? Parece que estás sordo. Ya te lo he dicho. Pídele que se quede y habla con ella. Ahora, más que nunca, debes hacerlo.

—Claro, ni que fuera tan fácil… Todo ha cambiado, y lo sabes.

—Con razón de más para que actúes —insiste sin dar su brazo a torcer—. Tú, pídeselo, y a poder ser antes de que coja el avión de vuelta.

—Ni siquiera sé a qué hora sale el vuelo.

—Pues estás de suerte, porque yo sí. Amelia me lo ha contado. Lo acabo de leer.

—¿El qué te ha contado con exactitud? Según Noah se marcha por la tarde.

—Ya no.

—¿Cómo que ya no? ¿Qué significa eso?

—Significa que ha cambiado el billete y se va en unas horas.

—¿Lo ves? No puedo hacer nada.

—Sí, sí que puedes —me encara regañándome como si fuese un crío pequeño que no ve más allá de sus narices—. Marcus te cubrirá. Nos ha contado que te tomarás unos días de descanso después de las condecoraciones, lo que quiere decir que esos días podrían empezar hoy mismo si tú quieres, así que, vamos, deja de dar por el culo y pídeselo de una vez. No pierdes nada.

—Logan.

—Dime.

—No es tan fácil. Después de lo sucedido no sé si…

—Mira, tío, hazte un favor a ti mismo y mantén una conversación con ella antes de que se marche, de lo contrario, te arrepentirás. Te lo aseguro.

—Pero…

—Pero, nada, ¡joder! Y te lo repito, hazlo ya. Necesito dormir. Coge las llaves de mi casa, las tengo en el bolsillo del pantalón.

Sin más, da media vuelta y a mí no me queda otra que captar la indirecta.

Vale, ahora que las cartas han quedado al descubierto, creo que tenemos una conversación pendiente, y como tal la acataré.

Ahora bien, ¿en calidad de qué?

Buena pregunta, ¿quizá en calidad de amigo?

Mmm, sí, lo cierto es que se adapta a la perfección, porque lo que está claro es que no somos dos simples conocidos, e incluso me atrevería a añadir el apelativo de amigo especial. Dadas las circunstancias es lo que somos, y después de dicha conversación sí que podremos ir cada uno a lo nuestro.

El razonamiento es fácil.

Salgo de casa de Marcus en cinco minutos y llego a la de Logan en menos de diez. Es lo que tiene vivir tan cerca los unos de los otros, y me planto en el interior sin llamar a la puerta siquiera.

Si el avión sale tan pronto no tardarán en despertarse, así que, ya que estoy, aprovecharé para hacerles el desayuno y así me aseguro de que «cierta chica» se lleve algo decente al estómago.

Ha perdido peso, está todavía más delgada de lo que recordaba, y no me gusta.

No me gusta nada, cuando debería darme igual y el encabronamiento aparece por arte de magia.

Me cago en la puta, ¿por qué sigo preocupándome por ella al máximo nivel?

No lo entiendo. De verdad que no.

***

Noah

El olor a café obra el milagro y no necesito que el despertador suene. Con el aroma tengo suficiente.

En cuestión de minutos estoy vestida con la ropa de ayer y salgo de la habitación.

La sorpresa impacta de lleno sobre mí al ver a Ryan trajinando en la cocina, y…

Y siento una multitud de sentimientos encontrados, entre ellos el pesar y la culpa, y aquí añado, también, los inoportunos latidos de mi corazón desbocándose sin permiso alguno.

¿El motivo?

Pues por recrearme la vista con la estampa con la que me topo de frente.

Madre mía. Ryan es tan guapo...

—Hola —le saludo un tanto avergonzada por cómo terminó la noche entre nosotros.

La verdad es que no he podido dormir y a lo único que me he dedicado es a pensar en él.

¿Cómo no?

El pesar se hace más grande en cuanto me fijo bien y veo sus ojeras. Al parecer, no he sido la única que no ha podido descansar. Lo detecto de lejos y la culpa invade cada poro de mi piel.

Soy la responsable de que se encuentre de esta guisa y, a pesar de ello, no ha dudado en saltarse la petición que le hice, presentándose en casa de sus amigos para prepararme el desayuno, lo que le sitúa en un lugar destacado para mí.

Sí, lo admito, y supongo que Amelia ha tenido algo que ver, seguro que le ha contado a Logan lo del cambio de billete y al militar le ha bastado para plantarse aquí, buscando…

¿Buscando, qué?

Tras el pesar y la culpa aparece la nostalgia. Una nostalgia que me pilla por sorpresa y que barre los sentimientos anteriores con una facilidad increíble gracias a un motivo de peso.

Imaginarme, por un instante, cómo hubiese sido mi vida en el caso de que lo hubiera conocido antes.

«Mal, por ahí vas mal», me regaño a mí misma. El solo hecho de dar voz a tal suposición poco tarda en atravesar mi alma entera y noto que me cuesta respirar con algo de normalidad.

Mierda. Ya puedo ponerme las pilas. De lo contrario, volveré a hacer el ridículo y por ahí no quiero pasar otra vez.

Vamos, ni muerta.

Y, de repente:

—Hola, Noah. ¿De verdad ibas a marcharte sin despedirte de mí?

Pumba.

El impacto de su pregunta es brutal, jamás he visto a Ryan mostrar tanta decepción, y me resulta insoportable.

Algo que lamento, lo lamento tanto…

—Creí que era lo mejor para los dos —respondo sin ser capaz de sostenerle la mirada.

—Tu respuesta no me vale.

—Lo siento.

—No me importa.

Es la primera vez que manifiesta algo así y, aunque es lo normal, duele. Duele mucho.

Y apostilla:

—Noah, tus disculpas llegan tarde. Yo también soy parte implicada y como tal merezco otro trato. Me has decepcionado.

La tensión se vuelve irrespirable entre los dos, aunque, ni de lejos es lo que me preocupa, y apoyo la espalda en la pared ante la magnitud de sus palabras.

Le he decepcionado. Yo a él.

¿En qué demonios estaba pensando?

Incomprensiblemente, el pasado dejar de pesar tanto, incluso lo que sucedió ayer por la noche, y…

Y el hecho en sí supone un antes y un después, todo por lo que acaba de decir, y comprendo, demasiado tarde, que no he actuado bien.

Ryan no se merece que le dejara apartado a un lado, pero tampoco a alguien con multitud de problemas sin resolver, y menos si cree que tiene la obligación de preocuparse por mí.

No y no.

En definitiva, Ryan no se merece a alguien como yo cerca, esa es la conclusión, y tengo la solución para no defraudarlo nunca más.

Desapareceré. Es así de simple. Jamás me perdonaría volver a hacerle daño. A él, no, y más me vale que lo haga ya. Se lo debo, es al único que le he permitido acercarse tanto y fíjate cómo se lo he terminado pagando.

A medida que reafirmo mi intención, el maremoto de sentimientos encontrados no tarda en producirse y fallo a la hora de retener las primeras lágrimas que empiezan a empapar mis mejillas. No puedo controlarlas y lo que más me fastidia es que pueda pensar

que pretendo dar pena, cuando nada más lejos de la realidad, así que, sin añadir palabra alguna, vuelvo tras mis pasos, accedo a la habitación en la que está Amelia y le pido por favor que me lleve al aeropuerto lo antes posible.

Tengo que salir de aquí, sobre todo de su vida y dejarlo en paz de una vez por todas.

—Cariño, ¿estás segura de que es lo mejor para los dos? Quizá deberías quedarte.

—No, Amelia, no —niego con la cabeza, sin poder dejar de llorar—. Le he defraudado y no se lo merece. Aquí no pinto nada. Mis problemas son míos. Lo han sido siempre, y…

—Noah, eso lo tendré que decidir yo, no tú. ¿No te parece?

Escucho su voz a mi espalda y me quedo lívida. El grado de confusión es tal, que ni siquiera me he dado cuenta de que ha seguido mis pasos y no quiero causarle más problemas.

Además, no soporto seguir escuchando la decepción en el tono que emplea. Es superior a mis fuerzas, y aquí añado otro dato significativo: también está cabreado. Muy cabreado y sé el motivo.

Por mi férrea disposición a desaparecer del mapa.

Total, que el conjunto se une contra el dolor latente que siento y lejos de amainarlo decide, bajo su cuenta y riesgo, hacerse más palpable.

¿El resultado?

Odiarme a mí misma.

No me reconozco. Si decidí venir a verle fue con una única condición: ser valiente, ¿por qué entonces quiero tirar la toalla después de una decisión que no fue nada fácil?

El interrogante me lleva directo a otro, ampliando las dudas que ya de por sí tengo en mi haber.

¿Acaso estoy dispuesta a consentir que un malentendido con un extraño finiquite mis ganas de avanzar hacia adelante por una vez en la vida?

No debería.

Mientras, el hombre que ha puesto mi mundo del revés, ahí sigue, plantado en mitad de la habitación a la espera de la posible respuesta, lo que me lleva a una verdad incuestionable.

Con su actitud da a entender la nula disposición a dejarme marchar, y yo...

Y yo no tengo la menor idea de qué es lo mejor en estos momentos.

¿OTRA PROMESA?

Ryan

Detecto sus dudas con solo mirarla. Son muchas. A primera vista, interpreto que no sabe si quedarse o no, y yo no voy a ponérselo fácil.

No. De ninguna manera. Lo siento.

Llevo semanas esperando este momento. Semanas enteras pensando en qué ha sido de su vida, en si se acordaría de mí, en si fui especial y mil historias que han acaparado mi mente por completo, y de ahí la nula disposición a cooperar.

No, ni siquiera después de lo sucedido anoche, aceptando que cualquier otro en mi lugar ya habría salido corriendo en la dirección opuesta. Es más, soy el primer sorprendido, y analizo que de tratarse de otra, no estaría molestándome con el asunto en cuestión, pero…

Pero no es el caso, joder, que estoy hablando de ella.

De Noah.

La chica que lleva sufriendo desde que vino a este mundo. La que no le quedó otra que enfrentarse a la soledad más absoluta criándose en diferentes internados sin saber lo que es el amor de una madre. La que tuvo que sobrevivir a la indiferencia de un padre ausente y, para colmo de males, a una violación que no se consumó, gracias a Dios, y que terminó de dar al traste con la tenacidad de una superviviente nata hasta el punto de negarse a cualquier tipo de felicidad, al menos hasta que el destino, la casualidad, o lo que sea, decidió ponerme en su camino.

Y no me arrepiento. Jamás lo haría. Incomprensiblemente es lo que siento y después del privilegio de presenciar cómo disfrutaba en el bar de Mat, menos.

El pecho se me expande al recordarlo. Esa cara, el brillo de sus ojos, lo desinhibida que bailaba junto a Amelia…

Era una más.

Tan solo eso.

Una más entre tantas pero, a la vez tan diferente al resto…

Simplemente por eso, la admiro. Hoy más que antes. Mucho más. Tanto que lucharé con uñas y dientes para retenerla junto a mí el día de hoy.

Quién sabe, quizá le proponga que volemos juntos a Nueva York a la mañana siguiente, tal y como Logan me ha sugerido, porque lo cierto es que quiera, o no, la bendita medalla que nos asignarán se ha convertido en mi tabla de salvación, ofreciéndome una ventaja extra que no dudaré en aprovechar a mi favor.

Y opto por lanzarme al vacío.

Total, ¿qué pierdo?

Pues eso.

—Amelia, por favor, ¿serías tan amable de dejarnos solos? —me pronuncio, guiñándole un ojo de manera cómplice.

—¿En serio, Ry? ¿Me estás echando de mi propia casa? —enarca una ceja, sin enmascarar que está bromeando con la disponibilidad de echarme el cable que le estoy pidiendo.

—Sí, digamos que sí.

De repente, se pone seria. Los dos sabemos que no depende de ninguno de nosotros y mi querida amiga actúa como es de esperar.

—Sabes que lo haré, pero solo si Noah quiere quedarse contigo. ¿Quieres, Noah?

—Eso, ¿quieres quedarte conmigo, Noah? —la presiono sin contemplaciones. Es ahora o nunca.

Y como no parece dispuesta a alzar el mentón para mantener mi mirada, voy y me dejo llevar por lo que quiero aquí y ahora, así que, dos zancadas me bastan para acercarme, tomándome la licencia de acariciar su mejilla con suavidad, y después, solo después, deposito dos de mis dedos en su barbilla hasta elevarla lo suficiente.

Algo en mi interior se resquebraja al notar su dolor e indecisión, ¿y sabes por qué?

Porque se convierten en míos.

Míos.

Vaya puta locura.

—Pequeña, por favor, no me alejes de ti —termino suplicando contra todo pronóstico, limpiando las lágrimas que siguen cayendo —, no cojas ese avión y quédate conmigo hasta mañana. Solo te pido eso. No es tanto. Si lo haces me comprometo a no hacer ningún tipo de pregunta, a menos que seas tú la que me dé vía libre para hacerlas. Tú tienes el mando. ¿Qué dices?

Ninguno de los dos nos percatamos de la cara de Amelia, la cual no da crédito al escuchar mi petición, y sin hacer ruido decide abandonar la estancia para dejarnos la privacidad que necesitamos, mientras va a reencontrarse con su novio en casa de Marcus.

—Ryan, yo…

—¿Tú, qué? Vamos, Noah, deja de pensar, lo sucedido no lo puede borrar nadie, pero escúchame bien, solo tú tienes el poder de cambiar lo que te apetezca, ¿lo entiendes? De ti depende si quieres regresar a casa triste y alicaída o, por el contrario, decides darte la oportunidad de compartir tiempo conmigo. Si lo haces te prometo que no te arrepentirás.

La expresión de su rostro cambia, lo detecto de inmediato, y ella se encarga de corroborarlo con su siguiente participación.

—¿Otra promesa?

—Ajá, y yo nunca las hago, lo que significa que eres la primera mujer que lo consigue, y ya van dos. No está mal, ¿verdad?

Una tímida sonrisa aparece y la sensación de que voy por el buen camino se acrecienta.

Casi la tengo.

Casi.

—Puede que tengas razón.

—No, puede no. La tengo.

—¿Ya estamos en modo mandón?

—Sí, ya sabes que me encanta —bromeo dedicándole una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale, tú ganas, me quedo.

Dios. Qué bien suenan esas palabras. A pesar de sus reticencias, al final las aparta a un lado y yo me dedico a mantener

las manos apartadas y una distancia más que prudencial, de no hacerlo, no sé hasta dónde podría llegar con las ganas que tengo de besarla y no es el momento oportuno.

No. No lo es. Y mira que me muero por poseer esa boca que me tiene en un estado casi enajenado, pero no caeré en la tentación. Nada de contacto físico, no sea que la termine liando, se arrepienta y se marche.

Con ella todo es posible.

Todo.

Andaré con pies de plomo si hace falta, lo que sea con tal de volver a ver a la chica de ayer, y lo digo con una seguridad aplastante que hasta a un servidor le parece mentira con la fama que tengo.

Y todo porque Noah me importa. Mucho. Mucho más de lo que esperaba.

Es lo que hay.

—Ya no hay vuelta atrás, pequeña —le digo con el corazón en la mano, antes de dejar la intensidad para otro momento—, y ahora, ¿qué te parece si comenzamos el día de la mejor manera desayunando tortitas con chocolate?

Mi acompañante me regala una sonrisa al escuchar semejante plan y deliro por lo bonita que es.

¿Quizá estoy perdiendo el norte?

No lo descarto, no.

—Madre mía, Ryan, eres un embaucador nato.

—Cuando quiero, sí, no te lo voy a negar.

—Vale. Acepto tu propuesta.

—Esta es mi chica —pronuncio exaltado, con los nervios a mil, y dando por ganada una batalla épica.

Y es que, por un instante creí que no lo conseguiría, y en cambio, aquí estamos. Dispuestos a pasar un día juntos. Un día que será especial, ya me encargaré de que así sea.

Ella se merece toda mi atención y comprensión, por lo tanto, haré lo imposible con tal de que olvide el malentendido que se produjo en la improvisada pista de baile del bar de Mat, y en su lugar le mostraré lo bonito que es disfrutar de las pequeñas cosas.

Sí, lo haré, y aquí hago un inciso.

De pronto, todo parece que se ha vuelto del revés. Las ganas de compartir momentos cotidianos con ella adquieren vida propia, algo que jamás había ocurrido con anterioridad, y admito la necesidad de ver a través de sus ojos todo lo que se nos ponga por delante.

Sí, todo.

¿Ves lo loco que estoy?

Ya, mañana, volaremos a la ciudad de los rascacielos, culminaremos nuestra anómala amistad, prometiéndonos estar en contacto vía wasap, y después cada uno emprenderá caminos diferentes, solo que, antes de que ocurra, la decisión de adquirir un compromiso conmigo mismo se agranda a pasos agigantados.

Este es:

Cuidarla y protegerla hasta que salga de mi vida para siempre.

Fácil.

Muy fácil.

—Venga, desayunemos. Se me acaban de ocurrir un montón de planes y pienso cumplirlos a rajatabla.

—¿Me gustarán?

—¿Tú qué crees?

—Que seguro que sí. Viniendo de ti no espero menos.

Guau. La confianza ciega que deposita en mí es brutal, algo que tras lo ocurrido jamás pensé que ocurriría tan pronto, y nada más lejos de la realidad.

Y me reitero, por muchas ganas que tenga de disfrutar junto a ella no permitiré enmascarar la realidad a la que me enfrento, que no es otra que:

No la defraudaré.

No me lo perdonaría.

Noah sigue siendo especial, demasiado, de hecho, y aquí añado un supuesto que podría ocurrir y que no debo consentir de ninguna de las maneras.

Espero que una vez termine el día no se haga unas suposiciones erróneas, lo deseo de corazón ante la certeza de que

bajo ningún modo puedo dejar que se enamore de mí. Sería un error garrafal y por nada del mundo dañaré a una chica que se merece todos y cada uno de mis respetos, y si para ello tengo que hablarle con claridad, que así sea.

No importa si al final terminamos acostándonos. Si se da la oportunidad la aprovecharé, por supuestísimo, solo que antes de que ocurra le dejaré el tema cristalino para que no haya malentendidos innecesarios.

¿Ves cómo tengo la situación controlada?

YA NO PUEDO MÁS

Noah

A medida que paso tiempo a su lado, lo sé.

El empeño que me dedica Ryan es esclarecedor y doy por sentado que va a ser uno de los días más especiales de mi vida.

Tras dar buena cuenta de las tortitas, nos vamos a su casa. Allí aprovecho para darme una ducha y cambiarme de ropa, y no negaré los nervios que ello me suscita.

Yo. Desnuda. En su cuarto de baño. Con él al otro lado de la puerta.

Y, sorprendentemente, no tengo miedo. Nada de nada.

Imposible. Con él, no.

Una vez que termino, salimos a la calle. El sol nos espera para unirse a la fiesta y hablamos de todo y de nada. Ambos preferimos ir con pies de plomo y mi acompañante me anima a dar un paseo por la ciudad en la que vive.

Me encanta. No puede ser de otra manera. Verla con él es especial y más de una vez lo pillo ensimismado, mirándome con una cara que no sé muy bien cómo interpretar, mientras le dedico mi mejor sonrisa.

Son suyas. Todas y cada una de ellas. Si tuvieran dueño no podrían pertenecerle a otro.

Y a medida que pasan las horas nos dedicamos a compartir momentos únicos que, para cualquier otro serían de lo más sencillos, en cambio, para mí, no.

Paseamos por las calles. Tomamos un *capuccino* en su cafetería favorita. Comemos en un puesto callejero. Seguimos paseando y, en un momento dado, Ryan se atreve a coger mi mano, me lleva hasta una tienda en la que venden algodón de azúcar y nos lo zampamos a medias.

Una vez que lo terminamos, y sin saber muy bien quién de los dos da el paso, seguimos la ruta de igual forma, cogidos de la mano ante la necesidad de mantener el contacto físico. Es algo que nos afecta por igual y me empapo de la maravillosa sensación de sentirlo, al tiempo que se me ocurre algo disparatado.

Si alguien me brindara la oportunidad de pedir un deseo sé cuál sería y me bastaría con uno.

Que se pare el tiempo.

¿Ves cómo es un disparate?

Y como no depende de mí, las horas siguen pasando a una velocidad increíble, demasiado para mi gusto, y cuando regresamos a su casa ya ha anochecido. En un santiamén se ha pasado el maravilloso día que hemos compartido, aunque soy optimista ante el convencimiento de que aún queda lo mejor.

Cruzo la puerta con los nervios atenazando cada poro de mi piel. Bajo mi cuenta y riesgo, los pensamientos acaban de adquirir un tinte bien distinto y se debe a la férrea disposición de no perder una oportunidad de oro que quizá nunca se vuelva a repetir, y lo medito durante un par de segundos.

Será fácil. Los dos somos adultos. Sabemos lo que queremos y espero que el militar que poco a poco va adentrándose en mi corazón continúe mostrando una faceta que me encanta:

La de ser un caballero.

La de cumplir su palabra a rajatabla.

La de contenerse por evitar una situación embarazosa, y digo esto porque, a pesar de mi inexperiencia, noto que le gusto, que quiere besarme, que quiere llevarme a su cama, que quiere...

Que quiere, ¿qué?

¿Follar o hacer el amor?

Más me vale que sea lo segundo, de lo contrario, estoy perdida.

Dejo de pensar. Ahora no procede y aventuro las ganas que yo también le tengo, lo que significa que ha llegado el día.

Sí, estoy completamente segura. Ya he elegido, lo elijo a él, y por nada del mundo daré un paso atrás.

No y no.

***

Ryan

Llevo todo el puto día conteniéndome y ya no puedo más. Te juro que no.

El infierno que ha supuesto frenar las ganas irremediables de besarla en mitad de la nada, de arrinconarla contra una pared cualquiera con el objetivo de saciar la hambruna que me suscita y de acariciar todo su cuerpo se ha convertido en una de las pruebas más difíciles que recuerdo, y no, no miento.

En definitiva, las ansias de follármela de mil maneras diferentes han ido cobrando vida propia y constato la evidencia.

Por mucho que sepa su historia y que haya visto con mis propios ojos el terror a que alguien traspase sus líneas rojas, yo solo pienso en una única cosa. Llevarla a la cama para hacerla mía.

Mía.

La necesidad es tal que cada vez me resulta más difícil fingir, y es lo que hago. Finjo que estoy bien, que no tengo una mente perversa, que puedo comportarme como un ser normal… y te lo aseguro: no puedo más.

El límite hace horas que se fue al carajo y atravesar la puerta de mi casa dinamita por los aires cualquier tipo de contención. Es a lo que me he dedicado el día de hoy, pero se acabó. Toca mover ficha, escalar un puesto y avanzar hacia adelante.

Y aquí estoy, mirándola como lo que es: una presa.

Mi polla va por libre y se manifiesta. Lleva esperando su premio demasiado tiempo y aventuro que nada ni nadie podrán detenerla.

Tarde. Demasiado tarde.

Sonrío como el depredador que soy. Ver a Noah en mitad del salón con una pose acorde a lo que es me confiere un instinto primitivo, tal y como he dicho, se asemeja bastante a un animal esperando a que le den caza y, aunque no se atreve a pedirlo, el rubor que muestran sus mejillas lo hace por ella y me parece lo más tierno que he visto en mi puta vida.

Joder. Esto va a ser intenso.

Lo prometo.

—Pequeña, ni te imaginas las ganas que te tengo —pronuncio con la voz ronca por el deseo a medida que acorto la distancia que nos separa.

Arraso con todo y la arrastro conmigo hacia la pared más cercana mientras devoro su boca con un ansia desmedida, despreocupándome de una puñetera vez de un comportamiento un tanto anómalo y que poco, o más bien nada, tenía que ver conmigo.

Y me centro en el ahora. La he echado de menos. Mucho. Muchísimo. La única vez que la probé fue exquisita y hoy voy a resarcirme.

Lo juro.

—Noah, oh, Noah. ¡Qué bien sabes! Me moría por hacer esto. Llevo desde que te vi queriendo hacerlo. Por favor, dime que tú también. Te lo suplico.

—Sí, sí —jadea sobre mi boca con una timidez sin igual, despertando a la bestia que llevo dentro.

Voy al encuentro de su lengua y no me resulta extraño que se limite a seguir mis directrices. Supongo que es de las que se deja llevar y a mí me vale.

Mientras la beso, mis manos van por libre, acarician sus pechos por encima de la camiseta y tampoco me resulta raro que siga sin participar demasiado.

Con el currículum que tengo he visto de todo y me reafirmo en lo mismo: le gusta dejarse llevar.

Paso al siguiente nivel metiendo la mano por debajo de la camiseta. El límite de enajenación crece cada vez más y deseo llegar al final cuanto antes. Ya, después, habrá tiempo de resarcirse.

Tenemos toda la noche para nosotros.

Toda.

Palmo a palmo subo por su cintura, el tacto de su piel es delicado, tierno y excitante a partes iguales, y detecto un imprevisto al tratar de introducir un par de dedos en el interior del sujetador.

Noah da un salto por la impresión y su respiración cambia.

¿Por qué?

Dejo de besarla, abro los ojos y la miro con el ceño fruncido.

No sé, creo que algo se me escapa, aunque no logro entenderlo del todo.

«Bah, serán imaginaciones mías».

Y continúo con la incursión, para ello me valgo de las dos manos, tirando del sujetador hacia abajo hasta liberar sus pechos, y…

Y el primer signo de alarma surge por la sorpresa desmedida que detecto en su rostro. El grado de confusión es tan palpable que noto lo mucho que tiembla y actúo estrechando el círculo. Es entonces cuando mis caderas la aprisionan contra la pared, y…

El segundo signo de alarma no tarda en aparecer al ser consciente de mi deseo por ella. Lo constato al leer sus ojos y estos me revelan lo mucho que le afecta cada una de mis atenciones, y más ahora, que siente la dureza que me provoca en su cintura. Si a ello le sumamos el jadeo confuso que sale de su boca…

Y el tercer signo de alarma se manifiesta en cuanto ataco con maestría, lo hago acariciando la zona que ha quedado al descubierto, y algo en mi interior me insta a apartarme a un lado porque lo cierto es que, a simple vista, lo que parece es…

Joder. ¿Qué es lo que parece?

No.

No puede ser.

¿De verdad que soy el primero con el que va a tener relaciones sexuales después de lo que le pasó?

La negativa a planteármelo siquiera cobra fuerza. En el caso de ser cierto las repercusiones podrían ser catastróficas y por ahí sí que no voy a pasar.

Y pienso, quizá un pelín tarde, que no le he dejado clara la única línea infranqueable que jamás deberá cruzar por la importancia que tiene, y estoy refiriéndome a que no puede enamorarse de mí.

No. De ninguna manera.

—Pequeña, ¿qué pasa?, ¿por qué tiemblas? Parece como si llevaras una eternidad sin tener sexo —manifiesto con los dedos cruzados.

A continuación, espero con ahínco su respuesta con el objetivo de que contradiga lo que acabo de insinuar.

Espero. Espero y sigo esperando, mientras el silencio que se produce se alarga en el tiempo y no me gusta.

No me gusta nada de nada.

¿Por qué diablos no desmiente el disparate que acabo de soltar por la boca?

—¿Noah?

Nada. Al parecer, prefiere no contestar y el acojone surge en cuanto baja el mentón.

¿Por qué lo hace?

No doy crédito. El desasosiego al que me enfrento no para de crecer y crecer. Es la primera vez que tardo en tirarme a la única chica que se me ha resistido desde el principio, y resulta que ahora, para colmo de males, su proceder me confunde tanto que…

¿Que qué?

En ese instante, a mi mente le llega el recuerdo de una frase que pasé por alto en su día, el mismo en el que unas cervezas le sirvieron para soltar parte del lastre que llevaba a cuestas, y es la siguiente:

«¿Sabes que llevo soñando contigo desde que me besaste? Me gustó mucho. Lo del beso, digo. Y ya que estamos, considérate un afortunado. Eres de los pocos que lo han hecho en mis veinticuatro primaveras. ¡Qué! Esto sí que no te lo esperabas, ¿eh?».

Aflojo la presión de la cadera ante el grado de confusión, a la vez que una única hipótesis se recrea en mi subconsciente.

¿Qué significa esa frase en concreto?

¿A qué se refería con lo de que había sido de los pocos que la había besado?

¿Cómo de pocos?

¿Uno, dos, o quizá alguno más?

Joder. ¿Ves cómo la cosa se va complicando de mala manera? Y yo suponiendo que lo tenía todo controlado, menudo idiota. Esto me pasa por ir de sobrado.

—¿Noah? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que follaste? —insisto utilizando el vocabulario que sé que no le agrada

en absoluto con la intención de situarla contra las cuerdas.

Lo que sea, con tal de sonsacarle una información que puede suponer un antes y un después entre los dos, y dejo a un lado lo que el Ryan de siempre me insta a hacer, que no es otra que llame a Amelia de inmediato para que se haga cargo de la anomalía repentina y se la lleve a su casa, al otro lado de la ciudad o, ya que estamos, de vuelta a Nueva York.

¿Por qué no lo hago cuando mi instinto me dice una y otra vez que su respuesta no va a gustarme en absoluto?

Una cosa me lleva a la otra y palidezco. Por norma general no suelo equivocarme, si algo me da mala espina casi siempre acierto, y su actitud evidencia…

¿Qué es con exactitud lo que su actitud evidencia?

Preguntas y más preguntas, todas ellas sin respuesta, y voy me dejo de rodeos que no vienen a cuento.

Ahora no. Y es que, si de verdad no pretendo conocer la respuesta, que ya vaticino por anticipado que será un órdago de cuidado, no estaría presionándola como lo hago, eso seguro.

Joder. Todo lo que me rodea es de locos. Sí, todo.

De seguido, suspiro con pesar, espero con los nervios exaltados, me tomo un tiempo para acompasar la respiración sin dejar de escrutarla con la mirada, y…

Y entonces es cuando decide dejar caer la bomba como si nada.

—Ya te dije en su día que yo no hago esas cosas.

Yo no hago esas cosas.

Yo no hago esas cosas.

Yo no hago esas cosas.

Yo no hago esas cosas.

Entro en bucle sin apenas darme cuenta y me veo incapaz de salir ileso de él.

¿Por qué?

No. No. Esa no es ni de lejos la pregunta acertada, por lo tanto, haré otra. Allá va:

¿Qué coño significa que ella no hace esas cosas? Joder, que estamos hablando del placer más elemental de la vida.

Y como no lo entiendo, sigo con el placaje.

—Vale, entonces, dime, ¿desde cuándo no haces el amor exactamente? ¿Puede que estemos hablando de semanas?

Niega con la cabeza.

Vaya, menuda sorpresa.

—¿Meses? —presiono sin dar crédito, enarcando una ceja.

Noah vuelve a negar y logra crispar mis nervios.

¿Por qué demonios le cuesta tanto contestar?

La única opción que barajo es la de que, en efecto, soy su primera vez después de lo que le sucedió, y…

Y le doy forma, ¿para qué esperar?

—¿No te has vuelto a acostar con nadie desde aquello? ¿Es eso? —confiero en voz alta para salir de dudas.

Pero ella se limita a seguir negando con la cabeza, y...

No, no, espera, que lo repito.

VUELVE A NEGAR CON LA CABEZA y a mi casi me da algo.

¿Acaso está insinuando que…?

No.

Eso sí que no.

Sería un absurdo solo pensarlo.

¿O no?

Joder.

Joder.

Joder.

Por Dios bendito, más me vale que no sea cierta la chaladura que se me está pasando por la cabeza, de lo contrario…

«Vamos, tío, échale un par de huevos y llega al final del asunto», me dice mi yo interior, instándome a dar un paso adelante.

Y le hago caso. Total, ya que estamos…

—Noah, no entiendo nada, por cómo te comportas parece que… ¡¡¡Un momento!!! —exclamo al borde de que me dé un ataque o algo parecido ante el cambio de guion, sin poder contenerme—. Dime, por lo que más quieras, que no eres virgen. —Planteo con el corazón a punto de salírseme por la boca, con las palmas de las manos sudando a más no poder y con la esperanza de que se ría de mí por semejante absurdez.

«Vamos, vamos. Ríete. Desmonta esta ridiculez y hazlo ya».

No lo hace, en cambio se limita a asentir, y a mí me da por cagarme en mi puta mala suerte.

¿Cómo no me he dado cuenta antes? Su actitud no era normal, nada lo era, y yo, mientras, tratando de llevarla a la cama que he compartido con infinidad de conquistas a costa de lo que fuera.

Mierda. Esto no puede estar pasándome.

A mí, no.

Y la pregunta del millón aparece por arte de magia:

¿Cómo me he metido en semejante marronazo?

Ver para creer.

De manera inmediata, retrocedo con estupor, lo hago llevándome las manos a la cara y sin dar crédito.

¿Cómo hostias hacerlo?

Imposible.

Lo mire como lo mire, lo es. Jamás de los jamases hubiese supuesto algo así, y no miento si afirmo que esto no estaría sucediendo de haberlo sabido con anterioridad.

Oh, no. Ni de coña.

Si por un momento ella me hubiese hecho partícipe de una información de tal magnitud todo habría sido diferente, empezando por salir escopetado en dirección contraria, y terminando por no concederle ninguna licencia en cuanto a permitirle el poder de saltarse las únicas líneas infranqueables en mi haber.

¿De qué hablo?

Hablo de la facilidad que me ha supuesto siempre cortar por lo sano con cualquier intención que fuera más allá de un simple polvo.

Hablo del control exhaustivo que he adquirido a lo largo de los años en mis hábitos para ligar.

Y hablo de no darle concesiones a nadie que puedan llevar a equívocos.

«Pues, macho, para tener las cosas tan claras te has lucido a base de bien», inquiere la vocecita que llevo dentro.

Y opto por no replicar.

¿Para qué cuando lleva razón?
Pues eso.

YO TAMBIÉN QUIERO QUE SEAS MI PRIMERA VEZ

Noah

El maremoto de emociones es tal, una vez que dejo caer la bomba, que me veo obligada a apoyar la espalda en la pared.
Al parecer, se ha vuelto una costumbre. Cuando lo tengo cerca necesito un punto de apoyo, de no encontrarlo barajo la posibilidad de caerme al suelo, y hoy mi necesidad es mucho mayor que las veces anteriores debido a lo mucho que me tiembla el cuerpo en general y no solo las piernas.

Y sopeso lo ocurrido, llegando a la conclusión de no liarla más. Para ello, nada mejor que tirar de sentido común, así que, me ayudo de la pared de ladrillos para inclinar las rodillas hacia abajo poco a poco hasta sentarme en el suelo y evitar que termine rompiéndome la crisma.

Sí, mucho mejor.

Mientras lo llevo a cabo, no dejo de mirarlo. El pobre está en *shock*. Algo normal, dada la sorpresa que se ha llevado, y espero que no termine echándome de patitas a la calle cuando averigüe mis intenciones, porque, llegados hasta aquí, lo cierto es que no voy a recular.

¿Lo hará?

Lo de echarme, digo.

Espero que no.

—Ryan, siento no habértelo contado antes. —Trato de disculparme dada su desproporcionada reacción.

Y soy consciente de que, de repente, las tornas han cambiado y el que se queda callado es él.

¿Quién lo iba a decir?

—Ey, ¿estás bien?

Nada. Él sigue sentado en el sillón. Con las manos en la cara e inmóvil. Completamente inmóvil.

—Ry, por favor, háblame.

Utilizo el diminutivo con el fin de que reaccione y lo consigo, aunque de ningún modo de la manera esperada.

Y es entonces cuando baja las manos, eleva el mentón, me taladra con unos ojos que no sé muy bien cómo descifrar y suelta a bocajarro:

—¿Que te hable, dices? Joder, Noah, pero ¿tú de qué coño vas? Eres virgen. ¡Virgen! —pronuncia la palabra con énfasis sin dar crédito.

Su actitud es defensiva, además de cortante, y yo no sé muy bien cómo actuar.

¿Por qué está tan enfadado conmigo?

La nostalgia empaña un momento que debería ser diferente y me trago la añoranza de lo que me ha hecho sentir con sus besos, con sus caricias y con la atención desmedida que siempre ha tenido hacia mí, hasta ahora.

Y duele. Duele demasiado.

¿Por qué todo ha cambiado tan de repente?

¿No debería al menos mostrar un poco de empatía?

Y me arrepiento de la revelación. Si no le hubiese contado la verdad…

«Tonta, se habría enterado igual».

Es cierto, sí, solo que el tema que tantos quebraderos de cabeza me ha dado estaría solventado y quizá, solo quizá, podría empezar a ver la vida de manera diferente.

Me lo merezco, ¿no?

El planteamiento me deja tocada, también hundida, y decido ser valiente. Para ello, nada mejor que hablar de manera natural, abriendo mi alma entera al único hombre al que le he permitido ver más allá de una cara bonita, aunque en estos mismos instantes esté cabreado conmigo.

Muy, muy cabreado.

Y las palabras me salen solas:

—Cuando te dije que llevo años sin querer confiar en nadie no te mentí. Mi vida era un sinsentido. El día que descubrí que ayudar a la gente más necesitada contrarrestaba esa carencia encontré mi camino y me refugié en el dolor de otros, pero, ¿sabes qué? De repente, apareciste tú y lo cambiaste todo, empezando por lo poco que te costó sortear el muro que con tanto ahínco construí y, sin imaginármelo siquiera, comenzaste a darme alas.

»Sí, Ryan. Alas. Alas de libertad. Tu empeño por mostrarte, tal y como eres, lejos de asustarme logró justo lo contrario y me sigue pareciendo una locura. Solo tú has conseguido lo que ningún otro. Fíjate si es cierto, que aquí estoy, dispuesta a seguir superando escollos gracias a lo que me has inculcado.

»Y ya que estamos, permíteme que te haga otra confesión. Tomar la decisión de venir a verte no fue fácil. Mis miedos e inseguridades estaban ahí, al acecho, y fue entonces cuando le eché valor con la intención de dejar atrás una parte del pasado que sigue pesando demasiado a pesar de los años que han pasado.

»¿Qué te parece si te digo que pretendía utilizarte? Sí, yo a ti, y aquí haré un inciso. ¿Te acuerdas de la noche que pasaste conmigo para tranquilizarme? Pues escucha bien. Yo también quiero que seas mi primera vez. Solo tú eres el indicado y no me gustaría salir de esta casa sin que me lo concedieras.

El rostro del militar pasa de la sorpresa a la ira en cuestión de segundos.

—Pero ¿tú te estás oyendo? —grita poniéndose en pie a medida que empieza a recorrer el salón de punta a punta como si fuera un león enjaulado.

No puede parar, es superior a sus fuerzas, e interpreto que no tardará en colapsar.

¿Tan demente es mi plan?

—Ryan, yo solo quiero que…

Ni siquiera me deja terminar.

—¿Qué es lo que quieres, Noah? Me cago en la hostia, llevo desde el día en el que te conocí hablándote de lo mucho que me gustaría follar contigo cuando nunca has estado con ningún hombre.

Con ninguno. ¿Lo entiendes? De haberlo sabido, mi comportamiento habría sido tan diferente…

—¿De qué hablas?

—De la locura que es todo esto, y te juro, por lo más sagrado, que de sospechar algo no estaríamos aquí. De eso hablo.

—¿Por qué?

—Porque jamás se me habría ocurrido preocuparme por ti. Ahí tienes mi respuesta.

Sus palabras atraviesan mi corazón. ¿De verdad habla en serio?

No. No me lo creo.

El instinto de protección arraigado que ejerció sobre mí desde el minuto uno no fue fingido.

No. No lo fue.

¿Por qué entonces trata de dañarme así?

—¿Insinúas que tu atención se debía únicamente a tu obsesión por llevarme a la cama?

Ni siquiera piensa la respuesta y suelta como si nada:

—Sí, Noah, sí. Por fin lo captas. Jamás nadie se me ha resistido tanto como tú y por eso te convertiste en un reto.

—¿Un reto? ¿Eso es lo que soy para ti?

—No. No te equivoques. Deja de hablar en presente. Entre tú y yo nunca habrá nada. Todo ha cambiado. Yo no soy el hombre que buscas.

La determinación en cómo lo dice no deja lugar a equívocos y algo dentro de mí se resquebraja.

«¿Ves? Esto te pasa por tonta. ¿Qué te hizo suponer que él era especial? No lo es. Su propósito consistía en camelarte, nada más, y lo ha conseguido».

Mierda.

Regreso a la realidad y reconstruyo los pedazos que ha dejado en el menor espacio de tiempo posible. Debo hacerlo. Total, tampoco cuesta tanto. Para alguien como yo, no.

«Mientes».

Es cierto, y considero, demasiado tarde, que posiblemente me acaben de romper el corazón.

Sí, a mí. ¿Cómo demonios he llegado hasta aquí con lo mucho que he luchado para que nunca ocurriera?

¿Cómo?

Maldita sea.

De la desilusión más absoluta paso al desengaño. Lo hago en un tiempo récord y otro interrogante acapara mi atención.

¿En serio que a un tipo como al militar le ha bastado alguna que otra estratagema ensayada para que me creyera especial y cayera en su trampa?

Ya me vale, y me está bien empleado. Por gilipollas.

Recurro a recoger la poca dignidad que me queda, tras un desplante sin igual, y paso del temblor que sacude mi cuerpo. No es el momento para darle importancia. Ahora, desde luego, no.

Y me dedico a fingir que estoy bien, que nadie puede hacerme daño, que sigo siendo la misma que salí de Nueva York el día anterior y, por encima de todo, que no quiero llorar.

La tarea más difícil, sin duda alguna, aunque lo consigo.

—Gracias por el día de hoy —susurro poniéndome a su altura, empecinada en mostrar los retazos de la coraza que tanto necesito —. Reconozco que me lo he pasado muy bien contigo.

Cada palabra que sale de mi boca suena a despedida. Lo es. Y en cuanto Ryan lo interpreta se queda estático en un punto en concreto.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Dónde?

—Perdona, pero eso a ti ha dejado de importarte —sentencio sin venirme abajo.

De seguido, entro en su habitación y cojo la mochila. La urgencia de salir de allí cagando leches es la que es. No voy a llorar, no quiero que me vea, y como es lo que estoy a punto de hacer me doy toda la prisa posible.

Por desgracia sé que cuando empiece no podré parar tan a la ligera y, antes de salir, echo un último vistazo a la cama sintiendo que el nudo de la garganta me impide respirar con normalidad.

Vaya, al final nada ha resultado como esperaba, nada, y lo que me choca es lo poco que le importó al conquistador nato contarme que no sabía el número aproximado de mujeres que habían pasado por allí, y en cambio, a la menor oportunidad, decidía que yo no era la apropiada para engrosar esa lista como una más.

En fin, ¿qué le voy a hacer?

Que le den.

Ya buscaré a otro que me ayude a solventar el inconveniente. Por fin estoy preparada para ello, y…

«¿Quieres dejar de mentirte? Ni en un millón de años podrás confiar en nadie como lo has hecho con él. Esa es la realidad y tendrás que aceptarla».

Mi subconsciente lleva razón. Toda la razón.

El peso de la verdad cae sobre mis hombros y cierro los ojos un tanto perdida, después me dedico a inhalar el perfume que tanto me gusta por última vez, y ahí me quedo, reteniéndolo con una agonía sin igual, antes de proceder a darle carpetazo para siempre.

Bueno, para siempre, para siempre...

Todavía no está en mis manos, hasta que la maldita ceremonia no termine tendré que soportar el contratiempo de aguantar su presencia, y solo espero que pase lo más rápido posible.

«Vamos, Noah, tú puedes. ¿Qué es esto para ti?».

Al salir de su cuarto lo hago con una pose envarada y me propongo finiquitar un asunto que me ha quedado grande desde el principio, es por ello que avanzo hacia la salida y, antes de abrir la puerta, me despido con un escueto:

—Adiós, Ryan.

No hay nada más que decir.

Nada.

NO JUEGUES CON FUEGO

Ryan

Noah atraviesa el salón con una pose impostada. La conozco tanto que interpreto lo que pretende, que no es otra que mostrar su valentía, cuando nada más lejos de la realidad.

Su actitud grita lo vulnerable que es, hoy más que nunca, y me odio por causarle tanto dolor.

Joder. No debe ser fácil pasar por tantas emociones juntas y, desde que se presentó en la base, es a lo que se ha dedicado. La montaña rusa de acontecimientos ha sido devastadora, yendo de menos a más, y mira cómo hemos terminado.

Los remordimientos poco tardan en aparecer y me encabrono yo solo.

¿Cómo lo hago?

Fácil, echando balones fuera. Aquí, el que no tiene la culpa de nada soy yo y en mi defensa alego la incredulidad que ha supuesto su última revelación.

¿Cómo coño iba a suponer que nunca se había acostado con nadie?

Era improbable darse cuenta de un disparate así, y…

«Sí, sí. Tú, si eso, dedícate a perder el tiempo, capullo —comenta mi voz interior atacándome sin contemplaciones—. Lo de ir de mártir no te pega nada, así que, mejor, déjalo estar y hazte esta pregunta: ¿De verdad vas a dejarla marchar?».

El planteamiento corta de raíz cualquier gilipollez que no viene a cuento y suspiro con pesar, mientras la coherencia alza el tono instándome a que no actúe, a que me quede quieto y a que, en efecto, la deje marchar.

Noah estará bien, irá a casa de Amelia, allí la cuidarán y, en cuanto amanezca, volará a Nueva York, donde volveremos a encontrarnos por última vez.

Asunto finiquitado.

Eso sí, para llevarlo a cabo solo debo interpretar un papel estelar, y que conste que lo haré por su bien. Es de vital importancia que se crea lo que le he dicho, empezando porque no me preocupo por ella, siguiendo porque solo buscaba tirármela y finalizando con que su *estado*, por denominarlo de alguna manera, se ha convertido en un inconveniente imposible de sortear.

No será fácil, pero…

¿¿Pero qué hostias digo??

¡¡A la mierda!!

Lo que deba hacer, o no, me la trae al pairo. De ningún modo voy a ser tan cabrón de dejarla marchar, ni puedo ni quiero, y si tengo que armar un espectáculo en casa de mis amigos que así sea.

Y en un estado desesperado salgo escopetado con un único propósito. Traerla de vuelta. Nada más.

Yo solo tengo que…

De pronto, siento un vuelco en el corazón. Todo se debe a la escena con la que me topo de frente y vaticino que jamás se me borrará del subconsciente por mucho que pase el tiempo.

Me cago en todo. Ni siquiera ha sido capaz de dar un par de pasos seguidos una vez que ha salido de casa y verla en el porche, arrebujada en el suelo, es más de lo que puedo soportar.

¿En qué coño estaba pensando?

¿En qué?

Me doy asco a mí mismo por ser el causante de provocar tanta desolación en una chica que me importa. Sí, quizá demasiado, y sería un completo idiota si negara la mayor.

—Ey, ey, estoy aquí. Tranquila, pequeña.

Voy a su encuentro, aunque no hace falta. La posición de Noah cambia en cuanto me escucha y se limita a limpiar las lágrimas que caen por sus mejillas a manotazos, mientras hace un esfuerzo sobrehumano por alejarse de mí.

Sí, de mí.

—¡No me toques! —sentencia con un odio que me atraviesa de principio a fin, confiriendo un cambio drástico en su actitud.

La perplejidad asola con todo a su paso y me percato del logro que acaba de conseguir, ya que, no solo he sido testigo de alguna de sus crisis, sino que las he sufrido yo mismo, y la de hoy es diferente al resto.

Nada de temblores ni desmayos. El dolor que le he causado le basta para prosperar y casi controla su estado emocional, dando un paso de gigante hacia adelante.

Y aquí no negaré que el empeño que muestra con tal de apartarse no me gusta en absoluto.

«Pues te jodes», confiere el cansino de mi yo interior. Por lo visto no me va a resultar tan fácil deshacerme de él y no estoy para tonterías después de la que he liado, por tanto, opto por centrar la atención en lo que debo.

En ella.

Solo en ella.

—Noah, lo siento —me disculpo con el corazón en la mano—. Siento lo que te he dicho, de verdad.

—Es un poco tarde, ¿no crees?

La voz confiere el maremoto que siente por dentro y, por primera vez, sopeso seriamente que pueda ser yo el que pierda la partida, algo que no quiero.

De ningún modo nuestros caminos pueden separarse de esta forma tan burda. No y no. Así no.

—Pequeña…

—Por lo que más quieras, no vuelvas a llamarme así. —Se revela aniquilándome con la mirada, dejando atrás cualquier resquicio de flaqueza—. Acabas de dejar bien claro que no soy nada para ti y te lo agradezco. Por fin puedo mirar hacia adelante.

Mierda.

¿No quería marcar una distancia abismal tras lo acontecido?

Pues aquí la tengo. Enterita para mí. Por gilipollas.

—Noah, por favor, escúchame. Si te he hablado así se debe a una razón de peso. ¿Me oyes? Bajo ningún concepto pretendo que acabemos mal y es lo que haríamos si te concedo lo que me has pedido. ¿Acaso no lo entiendes?

—¿Acabar peor? Míranos. Eso es imposible. Tú solo te has encargado de ello y lamento haberme creado unas expectativas demasiado altas, pero, tranquilo, cualquiera me valdrá para el cometido con el que he venido. Al menos eso lo tengo claro y es gracias a ti.

Entro en pánico al escuchar semejante disparate.

¿Qué demonios significa que cualquiera le valdrá?

¿Acaso va a poner su virginidad en bandeja al primero que se cruce en su camino?

¿Es eso a lo que se refiere?

—No juegues con fuego, Noah, si cometes semejante insensatez lo pagarás caro. —La aviso con el semblante pétreo.

—¿Y qué? Ese es mi problema, no el tuyo.

Sin más, da media vuelta con la intención de irse, no sé muy bien si a casa de Amelia o por el contrario en busca de un problema de cojones, y…

Y no lo voy a consentir. No. Antes la secuestro. De ningún modo permitiré que ningún tarado le toque un solo pelo. Su primera vez tiene que ser especial, lo que significa que no puede caer en manos de cualquier tipo y menos por despecho.

No y no.

No me lo perdonaría jamás.

Además, imaginármela en brazos de otro supone un antes y un después, es superior a mis fuerzas, y el nivel de acojone se amplía en consonancia con alguna que otra pregunta demoledora que suena tal que así:

¿Desde qué puto momento he dejado que me importe si se acuesta con otro o no?

¿Tendrá que ver su inexperiencia?

La respuesta es un no rotundo y el acojone se magnifica, a la vez que otro interrogante aparece de la nada:

¿De verdad Noah me gusta tanto como para replantearme intervenir en un tema peliagudo donde los haya?

Ay, Dios. Esto es una locura. Lo mire como lo mire, lo es.

Y mientras mi cabeza va a mil, ella sigue alejándose. Ha tomado una decisión, la peor según mi criterio, y…

Y ya.

Suficiente.

Es entonces cuando me lio la manta a la cabeza, voy tras sus pasos y, aunque sé que voy a cometer el error más grande de mi vida, me da igual.

Sí, exactamente igual. Así estoy de desesperado.

¿Qué le voy a hacer?

—¡Noah! ¡Noah!

Nada. Sigue a lo suyo. La determinación que emplea así lo constata y va a ser que no voy a dejarla marchar.

Lo siento, es superior a mis fuerzas.

—Por Dios, ¿quieres hacer el favor de parar? —me enfrento a ella deteniéndola a la fuerza.

Y se revuelve como una posesa al notar el contacto de mi mano, pero me da igual.

—Te he dicho que mantengas las distancias, ¿qué parte no has entendido?

Está furiosa. Mucho. Jamás la he visto así y, también, me da igual.

—Siento cambiar de parecer, pero ni puedo ni quiero.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. De aquí no te mueves.

—Tú flipas, tío. Pero ¿de qué coño vas?

Exhalo con fuerza ante su abrupta forma de hablarme. Por norma la paciencia no es una virtud en mi haber y en cambio aquí estoy, ejerciendo de ella con tal de que no desaparezca de mi vida, y ya que estamos, añadiré la negativa férrea a que se acueste con cualquier fulano que no se la merece.

«¿Y qué te hace suponer que tú sí, pringado? No tienes ningún derecho a ejercer de macho alfa con ella, ninguno».

Es verdad, pero me la pela.

—No me preguntes de qué voy, Noah, porque ni siquiera lo sé. Solo pretendo enmendar la situación. He sido muy poco considerado contigo, y lo lamento. No voy a cansarme de decírtelo. En cuanto a tu petición acerca de que quieres que sea tu primera vez…

—Déjalo. Llegas tarde. No voy a cambiar de opinión.

Su respuesta no deja lugar a la duda y mi cólera aumenta hasta un punto de no retorno.

—Pues yo no voy a consentir que cometas la insensatez de acostarte con un desconocido.

—Pero ¿te estás oyendo? —grita exaltada, dejando atrás a la chica insegura de hace un instante—, tú no eres nadie para consentirme algo o no.

Dicho lo cual, trata de seguir su camino, y digo que trata de hacerlo, porque, una vez más, no la dejo.

Y el mosqueo sube de decibelios.

—¡He dicho que te apartes!

Su decisión a que no la toque es irreal y me llevo la mano libre a la cara, después, cierro los ojos con una impotencia sin igual, y pienso que, como alguien nos vea, no me extrañaría que llame a la policía, lo que me supondría un problema bien gordo.

¿Por qué entonces no la suelto de una maldita vez?

Respuesta acertada:

Porque si lo hago no me lo perdonaré en mi puta vida. Por eso.

—Pequeña, deja de forcejear y acompáñame a casa. Allí hablaremos con tranquilidad. Solo te pido eso, por favor.

El tono que empleo vuelve a ser de súplica y poco importa si es de las primeras veces que lo utilizo con una mujer.

—Por favor, Noah. Por favor. Haré lo que me pidas, te lo juro.

Ella parece pensarlo, lo que supone un punto a favor, antes de soltar:

—Está bien, veamos hasta qué punto harás lo que te pida. ¿Te acostarás conmigo?

Joder.

Que si me acostaré con ella, dice.

¿Pues no se nota lo mucho que la deseo?

Y abro la boca en busca de un poco de oxígeno. Sabía que no se rendiría así como así y, aunque soy el que debería de negarme, si lo hago la perderé, por lo tanto he de aceptar un trato que no tardará en convertirse en un error garrafal.

Ojalá esté equivocado.

—Sí, pequeña —cedo sin estar convencido del todo—. Me acostaré contigo.

A pesar de mis palabras, no se fía, cree que la engaño, y enfatiza la cuestión que nos ocupa con una naturalidad sorprendente.

—¿De verdad estás dispuesto a hacerme el amor?

El mundo se me cae encima ante esa pregunta.

Joder, escuchar semejante frase de su boca me pone a mil, no soy de piedra, y más me vale que empiece a rezar si quiero estar a la altura de las circunstancias.

—Sí, Noah, sí, ¿contenta?

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Si es lo que quieres prefiero ser yo el que lo haga... Y que sepas que odio esta conversación. Parece que estemos cerrando un mero trato mercantil y el tema es serio de narices.

—Lo sé.

—Piénsalo bien. Todavía estás a tiempo de…

Ni siquiera termino la frase. No hace falta. Noah ya ha tomado una decisión. Lo deja claro cuando da media vuelta y se dirige a mi casa para solventar el problema que tiene, y mientras, un servidor, traga saliva con dificultad y sigue sus pasos con un nivel de acojone nunca visto.

La ocasión lo merece. Soy un hombre acostumbrado a dar rienda suelta a la pasión con mujeres con la misma experiencia que yo y esto va a ser duro.

Muy duro.

¿Estaré a la altura?

Espero que sí.

Accedemos al interior y, como soy el último, cierro la puerta a mi paso. Solo entonces vuelvo a suspirar, haciéndome a la idea de la contención que deberé practicar en cuanto me acerque, y es que ella es la única que importa de los dos.

Sí. Solo ella.

SIGO PENSANDO QUE ES UNA LOCURA

Ryan

Bien, ha llegado el momento. Noah espera nerviosa en mitad del salón y detecto el maremoto de emociones que refleja su mirada. Las percibo con nitidez. Sigue siendo cristalina para mí y su pose me parece lo más tierno que he visto en mucho tiempo, quizá demasiado.

Ay, Noah, Noah, ¿qué estás haciendo conmigo?

Y como no tenemos prisa, trazo un plan.

—Ven conmigo.

Tiendo mi mano para que la coja y acepta de buen agrado a pesar de los nervios que delatan su situación.

Está temblando; si a eso le sumamos el rubor en las mejillas y lo mucho que le cuesta sostenerme la mirada...

Buf. Tal y como supuse, esto va a ser más duro de lo que pensaba, aunque no la defraudaré.

Solo cuando entramos en mi habitación deshago el contacto y reconozco que no me gusta.

—Espera aquí, ¿vale?

—¿Tú dónde vas? —pregunta algo alarmada.

—Ya lo averiguarás. En cuanto esté listo vendré a por ti. Dame quince minutos.

Sin más, doy media vuelta y cierro la puerta a mi espalda con la decisión dibujada en mi cara.

Por incomprensible que parezca, sé lo que tengo que hacer. Ella no se merece menos y más me vale que lo que voy a llevar a cabo no llegue nunca a oídos de mis amigos; de lo contrario, tendrían munición en mi contra para una buena temporada y por ahí sí que no voy a pasar.

Menos de diez minutos después, lo tengo todo listo y le echo un último vistazo a la escenificación que he creado.

¿Le gustará?

Espero que sí.

Antes de ir en su busca, apago el interruptor de la luz y acciono el altavoz inteligente.

Ahora sí, todo está listo.

***

Noah

El nivel de nervios se acrecienta a medida que pasan los minutos y las primeras dudas aparecen.

¿Estaré haciendo lo correcto?

¿Y si Ryan tiene razón y esto es un disparate?

No. No lo es.

Si existe alguien adecuado para solventar el problema que tengo ese es el hombre que está al otro lado haciendo a saber qué. No puede ser otro.

«¿Estás segura?».

Sí, por supuesto que lo estoy. Además, pase lo que pase, mañana será el último que pasemos juntos, así que, lo que ocurra entre los dos quedará como un recuerdo para siempre. Nada más.

El sonido de sus pasos acercándose logra que aparte mis miedos, y lo sé.

Ha llegado el momento.

Ya no hay vuelta atrás.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí, sí —titubeo como una idiota y con los latidos del corazón a mil.

Mierda. Ahora que por fin me he salido con la mía parece que el estado de histeria va a más y solo espero que no me chafe el plan.

—Noah.

—Dime.

—Si en algún momento decides que quieres echarte atrás solo tienes que decírmelo, ¿sí?

—Vale.

—Está bien, ven conmigo.

—¿Otra vez? —Me adelanto sorprendida sin entender a qué juega—, ¿dónde me llevarás ahora? ¿No vamos a hacerlo aquí, en tu cuarto?

La histeria desata mi lengua y él se limita a sonreír.

—No, Noah. No vamos a hacerlo aquí.

—Pero…

—Jamás se me ocurriría que tu primera vez sea en una cama que he compartido con tantas, tú misma expresaste tu rechazo a dormir ahí, y ni de coña empañaré un momento tan importante para ti.

—¿Eh? —pregunto abrumada.

—Ahora lo entenderás. Confía en mí.

Vuelve a tenderme la mano y me agarro a ella con énfasis, como si se tratase de una tabla salvavidas en mitad de un océano revuelto, y solo entonces tira de mí hasta que soy consciente de lo que veo al otro lado.

Madre mía. Parece que estoy inmersa en un sueño maravilloso y los ojos se me llenan de lágrimas ante una estampa irreal.

¿De verdad que el militar acostumbrado a cambiar de ligue como de camisa ha sido tan considerado de ejecutar un escenario ideal pensando en mí?

¡Vaya! ¡Menuda sorpresa!

Cada uno de mis sentidos se siente embriagado por los detalles que me rodean y recreo la vista en la luz tenue, en las velas encendidas, en los cojines esparcidos por el suelo frente a la imagen de una chimenea encendida que emite la televisión y en el sonido de una canción lenta que suena de fondo.

La suma de todo eriza mi piel y, si había alguna duda rezagada con respecto a lo que va a suceder entre estas cuatro paredes, no tarda en desaparecer.

—Oh, Ryan. Esto es lo más bonito que nadie ha hecho por mí —confieso con un nudo en la garganta, sin poder controlar la emoción del momento—. Gracias.

—No me las des. Sigo pensando que es una locura —argumenta con un tono suave a medida que se acerca con la intención de pasar las yemas de los dedos por mis mejillas.

Una a una seca cada lágrima, lo hace con una delicadeza sin igual, y confiero lo que a estas alturas ya es complicado de narices.

¿Cómo no enamorarse de alguien que te cuida así?

¿Cómo?

Imposible.

Aparto los pensamientos a un lado. Si por un instante él se da cuenta no seguirá adelante y bien sabe Dios que no me lo perdonaría ante el anhelo de probar en mis propias carnes lo que está por venir.

Quiero que me bese. Que me acaricie. Que me haga suya.

Quiero compartir mi bien más preciado con él. Solo con él.

¿Qué importa si después no vuelvo a verle?

—Noah…

—Dime.

Su cercanía permite que note el cálido aliento en mi boca y me parece lo más sensual que he experimentado nunca.

—Si por un momento…

—Deja de insistir. No te detendré, Ryan.

—¿Estás segura?

—Jamás lo he estado tanto.

—Vale —asiente con los ojos cerrados, aunando fuerzas para seguir adelante.

Y lo hace.

Sin apartar los ojos de los míos, me lleva hasta los cojines, allí me ayuda a tumbarme; y solo entonces me acompaña.

—Iré despacio —susurra sobre mis labios—. No tenemos prisa.

—Vale, yo…

El primer beso llega sin avisar. Es suave, delicado y con la aspiración de que me habitúe poco a poco, y lo hago, dejando atrás

cualquier miedo o inseguridad.

El segundo cambia, se vuelve tentador en cuestión de milésimas de segundo, y la maestría que emplea para llegar hasta mi lengua desata la locura.

Quiero todo con él. Solo con él.

Y el tercero despierta a una mujer desconocida, la cual se da cuenta de lo mucho que se ha perdido en todo este tiempo, y que lo único a lo que aspira es a más. A mucho más.

Voy al encuentro de su lengua y un calor sofocante me invade, a medida que un deseo frenético acapara cada poro de mi piel mostrando la disposición a dejarse llevar.

—Oh, pequeña, ni te imaginas la de veces que he soñado con tenerte entre mis brazos.

Ryan ejerce el papel de amante con una maestría increíble. Es todo un experto y hará y dirá lo que haga falta para que me sienta bien.

Con él estoy en las mejores manos, eso es seguro.

Un escalofrío infinito me sacude de principio a fin al notar un reguero de besos bajando por el cuello. Cada uno supera al anterior y se vuelven embriagadores, húmedos, calientes…

Dios del amor hermoso. La conexión entre los dos es brutal y los primeros gemidos escapan de mi boca.

—Vas a matarme, Noah. Me tienes loco perdido.

Con sutileza y sin dejar de mostrar lo mucho que le gusto se deshace de la camiseta que llevo puesta, después de los pantalones, y me quedo en ropa interior.

—Joder —suelta con una voz enronquecida que me trastoca en todos los sentidos.

Le entusiasma mi imagen. Su pose así lo confiere y me siento una mujer poderosa.

Vaya, ¿quién lo iba a decir?

—No te reprimas, amor. Tócame.

Lo hago, comienzo por su rostro, sigo por su pecho y bajo hasta su culo.

Poco a poco voy desinhibiéndome y para él resulta un tormento. Lo noto en el fruncimiento de su ceño. En los ojos que

destilan deseo. En el rictus de esos labios que tanto placer saben dar. En sus ávidas manos imposibles de controlar y que acarician con ambrosía cada parte de mi cuerpo casi desnudo.

Un jadeo involuntario se une a la fiesta en cuanto desabrocha el sujetador y baja los tirantes, deslizándolos por los brazos a medida que sus dedos recorren un camino tortuoso y excitante hasta deshacerse de la prenda, mientras que soy incapaz de dejar de mirarlo. Me tiene fascinada. Tanto que ni siquiera me incomoda que solo lleve puesto el tanga y un suspiro demoledor acapara su atención ante la primera caricia que le dedica a mis pechos.

—¿Estás bien?

—Sí —jadeo enajenada perdida.

—¿Quieres que siga?

—Sí. No pares, por favor.

El militar me regala su mejor sonrisa antes de pellizcar uno de los pezones.

—Ryan…

—Ya lo sé, pequeña, ya lo sé.

Y abro los ojos escandalizada al ver cómo baja. Pretende besarme ahí, y…

—¡Joder! —exploto agarrándolo por la nuca.

No va a resultar fácil olvidar cada una de sus atenciones. Jamás supuse que le costaría tan poco que sucumbiera ante él y aquí estoy, haciéndolo muerta de hambre y con un nivel de desesperación nunca visto con anterioridad.

Otro reguero de saliva impregna todo a su paso, desde el cuello hasta el ombligo, y a estas alturas los sonidos que salen del fondo de mi garganta se oyen por todo el salón.

No puedo controlarlos.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —dice extasiado, mirándome de arriba abajo.

A continuación, se aparta lo suficiente para maniobrar y se quita él mismo la camiseta y los pantalones, dejando para lo último los calzoncillos.

Guau. Su cuerpo es magnífico, tanto que salivo de gusto.

—¿Te gusta lo que ves?

Asiento. Es lo único que hago ante la magnitud de lo que presencio y trago con dificultad.

—Tranquila. Cuidaré de ti. Te lo prometo.

—¿Va a dolerme?

—Intentaré que lo menos posible. ¿Confías en mí?

Vuelvo a asentir.

Mientras, el hombre con todas las papeletas para convertirse en mi favorito, desliza la prenda que queda con una lentitud agónica por cada pierna y la rojez invade cada mejilla ante el grado de exposición.

Y claro, Ryan poco tarda en adivinarlo y lo subsana con rapidez, acudiendo al encuentro de mis labios con la decisión de recrearse en ellos.

Los besos de ahora cambian de forma drástica, dejando de ser tiernos o pacientes, y en cambio se vuelven exigentes a más no poder hasta lograr distraerme lo suficiente como para que adivine sus intenciones.

Y cuando quiero darme cuenta su mano invade el interior de mis muslos, llevándose consigo un grito desesperado por la sorpresa.

—Shhh, siéntelo, amor. Siéntelo.

«Como para no hacerlo», pienso mientras la excitación nubla la razón de mi ser.

Lo que Ry me hace sentir es tan brutal que mis ojos vuelven a humedecerse, esta vez por las sensaciones a flor de piel que me provoca, mientras el amante perfecto no me da tregua alguna e invade mi parte íntima con uno de sus dedos.

—Ryan, Ryan…

—Lo sé, lo sé. Déjate llevar, pequeña. Hazlo.

El orgasmo llega sin avisar y arrasa con todo, al mismo tiempo que un gemido devastador se une a las lágrimas que caen una detrás de otra sin parar.

Solo entonces, Ryan coge un preservativo, se lo pone con rapidez y de nuevo presta atención a mis labios, los cuales están hinchados por la falta de costumbre, aunque poco importa.

De nuevo lo consigue y, más pronto que tarde, logra distraerme. Tanto que ni siquiera me asombro al notar que su miembro acota el terreno y que poco a poco comienza a invadir mi espacio íntimo.

Dios del amor hermoso. El calor se apodera de mí al ser consciente de la unión de nuestros cuerpos y cierro los ojos extasiada.

—¡Mírame! —exige mediante una orden certera—. Quiero que seas testigo de lo que me estás haciendo, pequeña.

Interpreto lo que me pide con exactitud, y es que, la contención que ejerce para no dejarse llevar se nota a años luz y es el acto de generosidad más grande que he visto nunca.

Oh, Ryan, ¿cómo voy a olvidarte después de esto?

¿Cómo?

Su entrega es total y únicamente se detiene en cuanto se percata de mi dolor. No hace falta que se lo diga, sigue atento a cada una de mis reacciones, y pronuncia con un deje enronquecido:

—Pasará, te juro por lo más sagrado que pasará.

—Ryan, yo no…

No deja que termine y un movimiento de cadera le basta para traspasar la barrera que obstaculiza el cometido, cumpliendo su parte del trato.

—Ya está, amor, ya está. Tranquila.

Y sigue mostrando la pasta de la que está hecho a pesar de prestarse al chantaje, haciéndome suya con la misma ternura y delicadeza del principio.

El dolor va remitiendo y deja a su paso un huracán difícil de controlar a medida que sus embestidas se tornan diferentes.

Muy diferentes.

—¿Ves? Te lo dije. Nunca sería capaz de mentirte. Me importas demasiado —pronuncia extasiado al notar que muevo la cadera incitándolo a que continúe.

Y, de repente, las tornas cambian, ahora soy yo la que lo busco con la convicción de que somos uno, y un par de embestidas le bastan para elevarme al mismo cielo por vez consecutiva.

Solo entonces Ryan se permite olvidar la contención y se deja llevar, lo que ocasiona que termine sonriendo y llorando al mismo tiempo tras comprobar que él también llega a la ansiada liberación.

Los latidos de nuestros corazones poco a poco van acompasándose y sobran las palabras. Lo que he sentido es de una magnitud fuera de lo común, y Ryan se limita a abrazarme con el mismo instinto de protección de siempre, ofreciéndome la oportunidad de entender lo especial que continúo siendo para él.

Y me basta.

Al final, las emociones tan intensas van asentándose y me acurruco en su pecho con el semblante repleto de felicidad, satisfecha a más no poder, y con una sensación de seguridad increíble. Todo eso me transmite el hombre que ha supuesto un antes y un después en mi vida y solo espero que logre olvidarlo algún día.

Tarea difícil donde las haya. No lo voy a negar.

REPERCUSIONES

Ryan

Apenas he logrado dormir un par de horas seguidas. Por más que lo he intentado ha resultado imposible y todo por la carga emocional que llevo a cuestas.

Joder, todavía me sigue pareciendo mentira que haya sido su primera vez, Noah me ha concedido ese privilegio y, no obstante, no las tengo todas conmigo.

¿Habré hecho bien?

Las dudas, lejos de alejarse, no me dan tregua alguna, mientras no dejo de empaparme de una imagen que me tiene enajenado perdido.

Sí, hablo de ella, solo de ella. Y es que, verla dormida entre mis brazos es más de lo que puedo soportar y mi pecho se expande de dicha a pesar de tenerlo terminantemente prohibido.

Dios. Cada minuto que paso a su lado es peor y los remordimientos acuden a mí sin tregua alguna por prestarme a su chantaje emocional, aunque, que conste, que no me quedó otro remedio. De no sucumbir a saber entre los brazos de quién estaría, y solo de imaginarlo se me pone una mala hostia…

En definitiva, lo mire como lo mire, siempre llego a la misma conclusión. Estoy jodido, muy jodido, tanto que no me paro a analizar los pormenores, no sea que me dé por sugerir alguna que otra tontería, y por ahí sí que no.

Vamos, ni muerto.

«Sí, sí, lo que tú digas».

Mierda. Ni siquiera me reconozco. De un día para otro no parezco el mismo. El Ryan de siempre jamás se hubiese planteado ir por ahí ejerciendo de caballero andante con el poder de desvirgar a jovencitas y, en cambio, al actual, no parece importarle lo más mínimo y así me va.

¿Por qué leches acepté?

La respuesta aprovecha ese instante para removerse inquieta y yo me limito a estrecharla un poco más contra mi cuerpo, concediéndome el exquisito placer, puesto que sigue durmiendo a pierna suelta.

Y una idea disparatada ocasiona que cierre los ojos y que suspire con pesar, reconociendo que no estoy tan seguro de querer que nuestros caminos se separen para siempre.

No, y mucho menos después de lo que hemos compartido.

¿Y si…?

«¿Te estás oyendo, gilipollas? Tú no eres lo que ella necesita, y en el caso de que te lo pidiera, ¿cuánto crees que tardarías en liarte con otra?».

Una vez más, mi subconsciente lleva razón. No soy el tipo de hombre que se conformaría con una sola mujer, sería un tremendo error, y recapitulo, empezando por una cuestión de peso:

La intensidad a la que nos enfrentamos desde que nuestros caminos se cruzaron fue brutal, sí, pero lo cierto es que no dejamos de ser unos simples conocidos, esa es la pura verdad, y lo ocurrido en mi salón deberemos considerarlo como lo que es.

Una mera transacción carnal.

Nada más.

¿Ves lo fácil que es?

Dejo la mente en blanco y ahí me quedo, completamente inmóvil para no interrumpir sus sueños, al tiempo que me recreo en una imagen que se quedará grabada en mi retina para siempre.

***

Noah

Abro los ojos y mi corazón se salta un latido al verle.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días.

—¿Estás bien?

—Sí. Mejor que nunca —admito con la cara roja como un tomate al recordar cada beso, cada caricia… En definitiva, el esmero que empleó con tal de mostrarme su lado más tierno en un momento tan delicado.

—Me alegro —comenta antes de darme un beso casto en la frente—, venga, arriba. Hay que prepararse.

—¿Ya? —Me hago la remolona.

Ahora que estoy despierta me gustaría alargar el tiempo. Sus brazos se han convertido en una zona segura y oye, hasta me planteo el disparate de repetir, que una lleva un retraso considerable en las cuestiones que tienen que ver con el sexo y, una vez que lo he probado, vaticino que no será la última.

No. Me gustó demasiado. Y aquí añado lo mucho que me encantaría que Ryan, y solo Ryan, además de ser mi primera vez se convirtiera, también, en todas las demás.

Sí, ya sé que es una locura.

¿Cómo puedo pensar semejante insensatez?

Y es que, una de las razones que llevaron a mi acompañante a dar el paso, fue única y exclusivamente por la determinación a que nuestros caminos se separaran para siempre en cuanto acabara el intercambio de fluidos, por lo tanto, ¿a qué viene la pregunta acerca de si estoy preparada para dejarlo marchar?

Un nudo en la garganta aparece por arte de magia y sopeso, demasiado tarde, que cualquier otro me hubiese servido para el cometido ideado sin ataduras de ningún tipo, llegando a una única conclusión.

He jugado con fuego y resulta, que al final, las repercusiones han ayudado a que la que termine abrasándose sea yo.

Mierda.

Acepto el problemón que tengo encima y ya puedo empezar a disimular mis sentimientos, de lo contrario, lo situaría en una tesitura complicada de narices y por ahí sí que no.

No y no.

Sabía que era algo pasajero.

Sabía para lo que venía.

Y, por encima de todo, sabía la temeridad que cometería si dejaba que los sentimientos intervinieran, aunque, claro, ¿cómo evitarlo?

—Prepararé el desayuno mientras te duchas, ¿vale?

La orden enmascarada cae sobre mí como un jarro lleno de agua fría.

Ilusa.

¿Qué te esperabas?

¿Acaso supusiste que te ducharías con él?

¿Que le gustó tanto que aprovecharía para repetir?

Si es que soy tonta del culo.

Ryan, mientras, sale escopetado en la dirección contraria y, sin necesidad de añadir nada más, me da los indicios suficientes para afrontar la cruda realidad.

Pretende mantener las distancias.

Pretende dejar las cosas claras.

Y, sobre todo, pretende que no me haga ningún tipo de ilusión que no viene al caso.

Total, que el día comienza de la peor manera, las lágrimas se convierten en mi única compañía, y me apresuro a refugiarme en el interior del cuarto de baño. El lugar en el que me encuentro más sola que nunca.

***

Ryan

Interpreto a la perfección el papel que me ha tocado en suerte y que conste que no me hace especial gracia tras compartir unas horas memorables a su lado.

Debo hacerlo. No soy tonto y sé que la disparidad de emociones que siente mi pequeña es muy difícil de llevar, de ahí el empeño por mostrarme distante y frío.

Tanto ella como yo sabíamos a lo que nos exponíamos y espero que sepa acatar las normas y no se le ocurra un disparate,

porque, lo que es yo, por fin estoy convencido de dar el paso definitivo para olvidarla.

Noah ha sido todo un descubrimiento, no lo voy a negar, pero ya. Punto final.

Dejo mis pensamientos a un lado en cuanto sale del baño y cometo el error de analizar cualquier indicio que me lleve a suponer si estoy equivocado o no, y…

Y a ella le basta bajar el mentón para clarificar lo muy tocada que la he dejado al imponer la distancia de rigor, lo que me lleva a sentirme como el cabrón redomado que soy.

Bah. No importa, yo solo debo mantenerme en mis trece, nada más. No puede ser tan difícil.

Por el rabillo del ojo me fijo en su pose alicaída y detecto la rojez en sus ojos.

Mierda. Ha vuelto a llorar y supongo que las lágrimas distan mucho de las que derramó cuando la hacía mía, lo que propicia a que el nivel de culpabilidad aumente de golpe, y no lo soporto.

No soy de piedra. Ella me sigue importando a pesar de mis pajas mentales, quizá hoy un poco más que ayer, y juro por lo más sagrado que no lo admitiré en voz alta.

No, por mucho que duela.

—Voy un momento a casa de Logan, he olvidado algo. Te he preparado tostadas. No tardaré.

Excusas y más excusas. Todo por no ser capaz de enfrentarme a una situación tan peliaguda, y opto por la mejor opción.

La de huir.

Salgo escopetado y me alejo de la única mujer que ha logrado que llegue a plantearme alguna que otra cuestión que no va para nada conmigo, al tiempo que rezo una plegaria interna para que las horas que nos quedan de estar juntos pasen a toda leche. Es de vital importancia. Cuanto antes nos separemos será mejor para los dos.

Encamino los pasos hacia el destino marcado, y al final, sin saber cómo, termino ante la puerta de Marcus.

¿Por qué?

Porque quiero arreglar las cosas con él, por eso. Es el único al que no le he hablado de Noah y ya va siendo hora.

¿Qué más da que para ello me vea obligado a posicionarme en el centro de la diana?

Lo tendré más que merecido.

***

—Hola, Marcus, ¿puedo pasar?

El capitán frunce el ceño, hace un barrido general buscando a Noah y, como no la encuentra, se hace a un lado.

—¿Está todo bien, *bro*?

—No. No lo está.

—Pasa, anda, tenemos una hora antes de que vayamos a la base. Por cierto, ¿dónde la has dejado? Porque supongo que ella volará con nosotros, ¿verdad?

—Está en mi casa, y sí, supones bien. Ayer por la mañana le propuse que viajáramos juntos y aceptó.

—Ya. Oye, ¿y por qué no está aquí contigo?

—Porque soy un cabrón, por eso —sentencio antes de pasar al interior.

Aprovecho los minutos al máximo y se lo cuento todo. Sí, todo, y lo mejor del asunto es que no se lo toma a broma y ni una pulla que suelta.

Cuando termino, le pido por favor que me acompañe, no quiero quedarme con ella a solas y me salgo con la mía, aunque no se muerde la lengua y me dice que no le parece que esté obrando de la forma correcta.

***

Noah

La desilusión se hace palpable al verle regresar junto a Marcus. Su actitud confiere que no va a cambiar de opinión y el vacío que siento se recrudece.

—¿Estás lista? Es hora de irse.

Asiento con la cabeza, cojo la mochila, y salgo de una casa en la que he vivido la mejor experiencia de mi vida.

Sí. Lo ha sido. He de quedarme con eso.

En el trayecto hasta la base, es Marcus el que no se separa de mi lado, dándome conversación, y le agradezco la muestra de cortesía.

¿Quién lo iba a decir con lo mal que empezamos?

Una vez allí, veo al resto de sus compañeros y a Amelia. Esta última no tarda nada en leer entre líneas en cuanto se fija en mi estado alicaído y, sin formular pregunta alguna, toma el relevo y se ocupa de mí. Tanto que hasta nos sentamos juntas en el avión militar que nos llevará a mi ciudad natal, mientras trato de olvidar al chico que va unos asientos por detrás y que, a la vista está, la situación lo ha engullido de tal manera que ni siquiera es capaz de actuar con algo de normalidad.

Una pena, la verdad, y más teniendo en cuenta que nos podríamos estar dedicando a exprimir cada minuto, segundo y hora de lo que será nuestro último día juntos.

Y llegados hasta aquí, lo que sí hago es constatar una gran noticia. No todas van a ser malas. Y es que, gracias a él, he logrado que por fin deje atrás cualquier resquicio de ansiedad para, en cambio, enfocar la nueva situación con un cabreo de mil demonios.

Bien por mí. Al fin y al cabo, yo también puedo dedicarme a ignorarlo, ¿verdad?

Pues eso.

Que le den, por inmaduro.

—Cariño, ¿estás bien?

Amelia vuelve a preguntármelo y decido dejar de omitir la verdad.

—No, pero lo estaré.

—Si quieres hablar aquí me tienes, no lo olvides.

—Gracias, Amelia.

No digo más y mi nueva amiga ve conveniente darme un espacio vital, lo hace dejándome tranquila, y te juro por lo más sagrado que se lo agradezco hasta el infinito.

Una vez que bajamos del avión y salimos de la instalación militar, aprovecho que estoy en casa para marcarme un Ryan en toda regla y me despido con un escueto:

—Luego os veo. Tengo cosas que hacer.

En ningún momento lo miro, el enfado y la decepción no me lo permite, y salgo de su campo de visión con la cabeza alta, simulando que no estoy tan tocada como parezco.

Instinto de supervivencia lo llaman.

LA BOMBA

Ryan

Ninguno de mis colegas se pronuncia sobre la actitud distante que he tomado con Noah y me facilitan el camino de la leche, aunque no por eso voy a negar la mayor. Desde que he interpuesto esta distancia, no me resulta nada fácil mantener los nervios a raya y todo se debe a las ganas de involucrarme en su vida rutinaria ahora que estamos en su terreno.

¿Dónde habrá ido?

La incertidumbre se une al cóctel explosivo y logra encabronarme muchísimo más de lo que ya estoy, y ya es decir.

Joder. ¿Y de verdad que sigo pensando en lo fácil que va a resultar olvidarla?

Ja. Pues va a ser que no.

Emprendemos el camino hacia el lugar en el que se hará la ceremonia de entrega, se encuentra a varias millas de distancia, y todavía tenemos que ponernos los uniformes de gala.

En resumen, que vamos un poco justos de tiempo y mentiría si dijera que no lo agradezco.

Así no pienso en lo que no debo.

***

El presidente de los Estados Unidos se encarga de ofrecer un discurso de agradecimiento y la parte mediática sigue su curso, mientras continúo obcecado en interpretar que la chica que no se me va de la cabeza, y que está al otro lado junto al resto de integrantes de la ONG a la que rescatamos en África, no existe.

Una vez finalizada la primera parte, nos dirigimos a la fiesta de recepción que ha preparado el general Jefferson, lo hago sin

darle importancia a algo que hasta la fecha se me ha pasado por alto, y cuento los minutos que faltan para escaquearme de allí.

Sería un desconsiderado si lo hiciese antes y las normas están para cumplirlas, sin contar que todo cuanto me rodea sigue siendo trabajo.

—Ry, ¿hasta cuándo va a durarte lo de ser tan gilipollas?

La voz de Logan me saca de mi ensoñación y cojo la copa de *champange* que me ofrece.

—Si no te importa, te agradecería que no te metieras. —Es mi escueta respuesta, dándome cuenta de que el resto del grupo no me quita los ojos de encima.

—¡Los cojones! —exclama con un rictus nada amigable—. ¿Cómo eres tan capullo? Marcus me lo ha contado todo.

Mierda. Ya le vale. ¿Acaso no sabe guardar ningún secreto?

—Logan, te lo repito. No te metas.

Y considero que ha llegado el momento de la retirada. Estaría bien que comenzara a disfrutar de verdad de los días libres, porque lo que tengo claro es que no voy a consentir que se permitan el lujo de ahondar en un tema que no les incumbe a ninguno de los cuatro, incluyendo a Amelia.

No. A ninguno.

—Me voy.

—¿Cómo que te vas? —Pone el grito en el cielo Amelia—. Ryan, por el amor de Dios, por lo menos despídete de ella. ¿No ves lo mucho que está sufriendo por tus desplantes continuos?

—Oye, oye, ese es problema mío, no vuestro.

—Va a ser que no, listo —se adelanta Morgan con un rictus pétreo en el rostro tomando partido—, tú nos has hecho partícipes de vuestra historia y no puedes ser tan cabrón de marcharte sin más. No después de tener los huevos de ser su primera vez. ¿Acaso no tienes un poco de humanidad?

—Ya veo que te has encargado de contar hasta el último pormenor, capullo —pronuncio indignado dirigiéndome a Marcus.

—¿Y de qué te extrañas? Esa chica ha empezado a importarnos a todos, Ry, no solo a ti —responde el aludido encogiéndose de hombros.

—Vamos, no me jodas.

—No. No nos jodas tú a nosotros y ten la decencia de hablar con ella —ataca Logan sin darme tregua alguna.

La encerrona es brutal y la ira se apodera de mi yo racional.

—¿Sabéis lo que os digo? Que paso de vosotros.

Termino la bebida de un trago y dejo la copa en la mesa. Ahora sí que sí ha llegado el momento de marcharme, así que...

Y es, en ese momento justo, cuando el general en persona nos aborda. A su lado va Noah, y…

Y la sensación de que hay algo importante que se me sigue pasando por alto vuelve a acaparar mi atención.

¿Por qué?

Pronto lo averiguo.

—Hola, muchachos —se dirige a nosotros con aire distendido —, ahora que tengo la oportunidad, me gustaría agradeceros en persona la labor que hicisteis en África.

—No hay de qué, general —contesta Marcus como si nada—, era nuestro deber.

¿A qué viene este agradecimiento con Noah a su lado?

¿Qué pasa con el resto de voluntarios?

No lo entiendo. Es raro. Muy raro.

Y entonces, de la nada, una premonición hace que salten todas las alarmas.

¡Un momento!

Aquí hay gato encerrado. No, mejor, lo ha habido desde el principio, ¿por qué si no iba a molestarse el mismísimo general en darnos las gracias por rescatar al grupo de la ONG?

Y una especie de *flash* aparece, confiriendo una parte que había pasado por alto y que en estos momentos empieza a cobrar especial relevancia.

—Sí, ya sé que era vuestro deber, aun así, insisto.

Desvío la mirada y presto atención a la expresión de Noah. Esta indica su malestar, supongo que por mí, aunque yo sigo erre que erre.

¿Qué demonios hace sola al lado del general?

Lo mire como lo mire, no tiene sentido, ningún sentido.

Y, de repente, suelta la bomba:

—Tal y como os anuncié, tenía motivos personales para presionaros, vosotros sois los que trajisteis a mi hija de vuelta sana y salva y, como tal, sería un desconsiderado si no os lo dijera como se merece.

¿Perdona?

¿Qué coño acaba de decir?

¿Cómo que es su hija?

Joder. Joder. Esto es más gordo de lo que pensaba, mucho más.

¿De verdad que Noah es su hija?

Y recapitulo, dando forma a un escenario que se acaba de convertir en…

¿En qué?

En ese instante el color de mi cara se desvanece. No es para menos, y todo gracias a la siguiente cuestión:

¿De verdad que he desvirgado a la hija de un general?

¡La hostia! En menudo lío me he metido.

Y, llegados hasta aquí, llego a un terreno repleto de minas, empezando por unos interrogantes que no tardan en desatar la locura.

El primero:

¿Por qué cojones nunca me lo había dicho?

El segundo:

¿Cómo es posible que haya omitido un dato tan revelador?

Y el tercero:

¿¡De verdad se ha atrevido a engañarme después de cada concesión que le he hecho!?

Ver para creer.

La suma de todo me conduce hacia una única dirección y casi que se lo agradezco.

Se acabó.

Ahora sí que se acabó.

¿No quería olvidarla para siempre?

Pues ella sola acaba de brindarme la oportunidad de llevarlo a cabo, y oye, paradojas de la vida, al final resulta que no va a ser tan

difícil.

El denso silencio que se produce alrededor constata la incredulidad del resto de mis amigos, ellos tampoco se esperaban una noticia de tal calibre, y se limitan a no quitarme los ojos de encima una vez que el general se dirige a otro punto.

Bien, hora de cortar por lo sano, por tanto, ni siquiera me tomo la molestia de perder el tiempo analizando a la culpable de encontrarnos en esta tesitura.

¿Para qué? De lo que iba a servir…

Cabreado a más no poder me largo de un lugar en el que no pinto nada, lo hago con una pose envarada y con una sola idea en mente.

La de no mirar atrás en ningún momento.

Adiós, Noah.

Adiós.

Y, esta vez, para siempre.

APAGADO O FUERA DE COBERTURA

Esa misma noche

Noah

Noqueada. Así sigo. No soy capaz de quitarme de la cabeza la imagen de incredulidad de Ryan cuando mi padre reveló la noticia del parentesco que nos une. Resulta imposible. Su cara de estupor se ha quedado grabada en mi subconsciente y me parece mentira que de la noche a la mañana todo haya cambiado tanto.

Sí, lo ha hecho, empezando por no darle excesiva importancia a un detalle que es revelador. ¿Quieres saber cuál es?

Allá va:

Resulta que cada vez que regreso al que se supone que debo considerar un hogar la sensación de encontrarme encerrada en una jaula era lo único que sentía, hasta ahora. Por arte de magia, esa losa ha pasado a un segundo plano. Lo sucedido es el culpable y recordar la cara de Ry me supera en todos los sentidos de la palabra.

Mierda. Al final hemos terminado dañándonos mutuamente y puedo asegurar que no entraba en nuestros planes. No. En ninguno de los dos. Estoy segura.

¿Cómo hemos terminado así?

¿Cómo?

Y me extraña que todavía me queden lágrimas por derramar. Si es que llevo una racha…

En fin, me repondré. Soy una mujer fuerte. Podré superar este escollo que se ha presentado, y entonces…

¿Entonces, qué?

«Ilusa. Deja de mentirte. Él no desaparecerá de tu mente así como así. Ni siquiera lo haría si no te hubieses acostado con él. Afróntalo. Es lo que te toca».

Es cierto, y considero, demasiado tarde, que he sido una idiota por incumplir la única norma que no me podía saltar de ninguna de las maneras. La de no enamorarme.

¿En qué coño estaba pensando?

Y como el nivel de preocupación es el que es, tomo la decisión de llamarle. Da igual si me cuelga. Yo solo quiero saber si está bien, nada más. Después, no volveré a irrumpir en su vida.

Lo juro.

Marco su número de móvil y me encuentro con una desagradable sorpresa. Está apagado o fuera de cobertura, lo que me da los indicios suficientes como para saber que no quiere conversar con nadie, y menos conmigo.

***

Ryan

República Dominicana. Veinticuatro horas después. Primer día de desconexión

En un momento de lucidez, frunzo el ceño y me hago una pregunta.

¿Dónde estoy?

Ah, sí. Un vacío devastador se encarga de recordármelo y es suficiente para pedirme otra copa.

Ya ni me acuerdo de cuántas he bebido a lo largo del día. Hace mucho que perdí la cuenta. Yo solo sé que ayer estaba en Nueva York y que ahora, en cambio, me encuentro en un escenario idílico. Por fin he empezado a tomarme los días de descanso y si opté por este sitio fue porque aquí no faltará playa, alcohol, juerga y, ¿por qué no? También sexo desenfrenado, sin duda un plan difícil de mejorar.

Echo un barrido general y a pesar del alcohol que he ingerido soy consciente del interés que suscito, lo que da lugar a que piense que lo de follar por follar estará bien. Llevo una racha de sequía increíble y…

Y la imagen de Noah aparece por arte de magia.

Mierda.

«¿Es que ni siquiera vas a dejarme tranquilo ahora que me he propuesto de una vez por todas sacarte de mi vida para siempre?».

La ira nubla mi razón y me dirijo a una de las chicas que me comen con la mirada.

Sé lo que tengo que hacer para olvidar a Noah. Será fácil. Tal y como he dicho, llevo mucho tiempo sin follar como un animal, demasiado para alguien como yo, y en cuanto recupere mis hábitos de siempre dejará de incordiarme y lo que sucedió en el salón de mi casa pasará al olvido más pronto que tarde. Bien sabe Dios que lo necesito.

La jugada no me sale como esperaba, casi ni me tengo en pie, y termino durmiendo la mona bajo el cielo estrellado, tumbado en una de las hamacas repartidas estratégicamente por la maravillosa playa de aguas cristalinas.

***

Segundo día

Abro los ojos y me encuentro con el mismo paraje idílico, pero con un añadido extra. Un dolor de cabeza acojonante.

Buf. La resaca es brutal. Supongo que anoche me bebí hasta el agua de los floreros y…

Y ahí aparece la imagen de Noah en mi subconsciente.

¿En serio?

Con ropa y todo me meto en el agua salada. Necesito despejarme. Necesito volver a ser persona. Necesito…

¿Qué necesito con exactitud?

«Follar. Eso es lo que necesitas, tío».

Es verdad.

Tras el baño, voy a mi habitación, allí me cambio y vuelvo a insistir en el mismo tema. Dejar atrás los recuerdos de los últimos meses, poniendo especial ahínco en uno muy concreto.

Cuando estoy listo bajo de nuevo y lo hago con una única idea en mente. Atajar el problema que tengo encima. Se ha

convertido en una prioridad absoluta.

Dos turistas con sus correspondientes mojitos llaman mi atención y no tardo en abordarlas. Al parecer están encantadas con mi presencia y ahí me quedo, obsesionado por avanzar de una maldita vez.

De hoy no pasa. La suerte está de mi parte y las dos no tardan en sugerir que hagamos un trío, así que...

Así que, nada. Paradojas de la vida, termino, por segunda vez, ingiriendo una cantidad de alcohol indecente ante una cuestión alarmante a más no poder.

Soy incapaz de pasar de los besos, ni siquiera se me levanta, y sopeso que tengo un problema grave de cojones.

¿Cómo demonios he llegado hasta aquí? Parece que estoy inmerso en una espiral de destrucción y no me reconozco.

¿Dónde demonios se ha quedado el Ryan conquistador cuyo único problema con las mujeres era supervisar la cartera para no quedarse sin condones?

¿Dónde?

Vaya puta locura.

***

Tercer día

Me quiero morir.

Literal.

Llevo un par de días dedicándome única y exclusivamente a empinar el codo y para nada está resultando un alivio.

Oh, no. Haga lo que haga, cada vez que abro los ojos ahí está ella. Da igual lo mal que me encuentre. Ni siquiera el malestar general de la nueva resaca logra el objetivo marcado y hoy ni considero oportuno perder el tiempo saliendo ahí fuera a ligar.

¿Para qué?

Y opto por avanzar hacia adelante. Para ello, me lo tomaré con calma: no beberé ni una gota de alcohol y empiezo por ponerme

al día. Lo hago encendiendo el móvil. Mis amigos tienen que estar que trinan por la falta de noticias.

Compruebo que tengo un montón de wasaps, además de una cantidad ingente de llamadas perdidas, y…

Y solo me quedo con una.

La de Noah.

Joder, ¿acaso esto no va a terminar nunca?

El cabreo invade cada resquicio interior y termino estampando el teléfono contra el suelo.

¡A tomar por culo!

Eso sí, antes de hacerlo, envío un mensaje al grupo. Ninguno de mis compañeros tiene la culpa del estado casi enajenado en el que me encuentro, y decido proporcionarles la información del hotel en el que estoy alojado.

***

Cuarto día

Sigo igual de jodido. Por más que trato de olvidarla, nada, es superior a mis fuerzas, y para colmo de males esta noche he soñado con ella, poniéndomelo más difícil todavía.

Joder. Esto no es ni medio normal.

¿Qué cojones me ocurre?

Y barajo la opción de regresar a casa antes de tiempo. Está visto que aquí no conseguiré el objetivo marcado y existe la probabilidad de que currando se me pase la tontería que tengo encima.

***

Quinto día

He vuelto a las andadas. A beber, digo, y me encuentro en el mismo punto de partida que el primer día.

Pues qué bien todo, ¿verdad?

***

Sexto día

Llevo casi una semana aquí y no descarto la posibilidad de convertirme en un desecho humano.

Si continúo bebiendo como un animal el hígado no tardará en revelarse, aunque, al parecer, no le doy ninguna importancia. Digo esto porque es la una de la tarde, acabo de levantarme y lo primero que se me ocurre es acudir al bar de la piscina para pedirme el primer cóctel como desayuno.

Mal empiezo la jornada, y ¿sabes qué? La culpable es la de siempre. Esta noche he vuelto a soñar con ella, y lo que es peor, he vuelto a soñar que la tenía entre mis brazos y que le hacía el amor.

Suficiente.

Casi media copa termina en el interior de mi estómago con el primer trago y vaticino que pronto quedaré noqueado.

—¿Un mal día, Ry?

Vuelvo a la realidad al escuchar la voz conocida de Logan. Al parecer la imaginación acaba de jugarme una mala pasada y…

Anda, pues no. Y sin esperarlo soy abordado por mis tres amigos.

La sorpresa es mayúscula y te juro que nunca me he alegrado tanto de verlos.

Nunca. Así estoy de desesperado. ¿Qué le voy a hacer?

—¿Qué hacéis aquí?

—Tenemos el fin de semana libre, *bro* —informa Marcus mientras se apodera del cóctel que sostengo en la mano y se lo agencia por todo el morro—. Mmm, qué bueno, me lo quedo.

—Sí, mejor —añade Morgan con el rictus serio—. Por el careto que tienes interpreto que te has dedicado a beber sin conocimiento alguno. ¿Me equivoco? Menos mal que hemos venido al rescate.

—Tío, ya te vale —vuelve a tomar la palabra Logan—. Nos ha bastado una pequeña investigación para ponernos al día y hemos descubierto tus andanzas. ¿Qué pretendes? ¿Pasar página a base de emborracharte día sí y día no? ¿Ese es tu maravilloso plan?

Los dardos envenenados que me lanzan son descomunales, cuando quieren son intensos como ellos solos, y yo, mientras, ni me molesto en protestar.

¿Cómo hacerlo después de presentarse aquí con el único fin de no dejarme solo?

Joder, lo cierto es que mis amigos siempre están cuando los necesito y esta vez no podía ser menos.

—Oye, cuando decís que habéis hecho una pequeña investigación, ¿a qué os referís?

—Bah. No ha sido difícil sonsacar información a los camareros —aclara Logan como si nada.

—Y a alguna que otra chica —añade Morgan.

—Vaya, Ry, ¿de verdad has tenido un gatillazo con esas dos pedazo de tías que no dejan de tirarnos la caña desde que hemos hablado con ellas? —culmina Marcus mirándome por encima de sus gafas de sol.

—¿Pero vosotros a qué habéis venido? ¿A hundirme la moral del todo? —protesto enarcando una ceja.

—Puede ser, todavía no nos lo hemos planteado, pero espera, que te lo aclaramos en un instante. Morgan, Logan, decidme, ¿con qué propósito hemos venido exactamente?

Y es Logan el que decide abordar el tema que nos ocupa a todos.

—Bromas aparte, si estamos aquí es para apoyarte, sí. Pero en ningún momento creas que hemos cambiado de parecer en cuanto a tu manera de actuar. Has sido un capullo y lo sigues siendo.

—Oye, oye…

—Ni oye ni hostias, Ry. ¿No ves lo muy afectado que estás? Tus ojeras te delatan. No has logrado sacarte a Noah de la cabeza. Ni un bar entero logrará que lo hagas y los tres seguimos de su parte, que lo sepas, y supongo que te harás a la idea de la postura que ha tomado Amelia.

»Joder, *bro,* Ella sí que está cabreada contigo, tanto que ha preferido no venir con nosotros ante el riesgo de romper la amistad que tiene contigo, así te lo digo.

La última parte escuece demasiado y tomo nota del mensaje, a la vez que un tenso silencio se abre paso entre el grupo.

Y saco algo positivo, siempre lo hay, y es que, a pesar de que no están de acuerdo con mi actitud, han decidido venir, eso me basta, y lamento el cabreo de mi amiga.

Sí, lo lamento de verdad.

—Tíos, os voy a pedir un favor, no quiero hablar más del tema. Aquí, no, ¿vale?

—¿Estás seguro?

—Sí, Logan, lo estoy.

—Vale. Tú sabrás lo que haces —dice Marcus antes de cambiar el semblante—, y ahora, ¿quién se apunta a un baño?

Los cuatro salimos a la carrera y nos disponemos a disfrutar del día sin más. Los conozco demasiado bien y sé que cumplirán con su palabra, lo que significa que nada de sacar un tema de conversación que no nos interesa en absoluto, sobre todo, a mí.

UNA ENCERRONA DE CAMPEONATO

Ryan

Pasamos el resto del día con la complicidad que nos caracteriza y la tristeza amaina.

El lugar es perfecto para dejarnos llevar y dedicamos cada segundo a disfrutar del momento. Solo eso.

Después de cenar, optamos por tomar algo en la discoteca del hotel y comprobamos que está llena a rebosar.

La noche promete, y más pronto que tarde nos vemos obligados a frenar los avances de varias chicas dispuestas a tirarnos la caña. Ninguno caerá. En nuestro haber existe una regla no escrita que consiste en unificar el grupo cuando alguno está con el ánimo por los suelos y hoy me toca a mí.

Lo siento por Marcus y Morgan. Y sí, ya que estamos, también por Logan. De no ser por mi actitud, Amelia estaría entre los cuatro. Ha pasado a ser una más y el lugar paradisíaco invita a que tu chica esté junto a ti y no en casa con un mosqueo del quince por mi mal hacer.

Lo pagaré. No me cabe la menor duda.

—¡Ronda de tequilas! —grita Marcus al camarero para hacerse oír.

Hoy toca pasarse con el alcohol, y aquí añado lo bien que me sentará, lo que me lleva a una cuestión prioritaria. Por fin el antiguo Ry da los indicios de regresar del lugar en el que estuvo perdido y ya era hora.

¿Por qué ha tardado tanto?

El primer chupito cae y procedemos al ritual de acompañarlo con sal y limón.

—Otra ronda —pide el capitán echando un barrido general a la pista de baile—, joder, Ry, más te vale que pronto nos emborrachemos, de lo contrario, no sé si podré resistir la idea de

perderme con alguna chica, o ya que estamos, con varias. ¿Habéis visto cómo nos miran?

—¿Mirarnos, dices? —sonríe Logan de medio lado—, más bien lo que hacen es comernos con los ojos. Buf, menos mal que no está Amelia. Ya van cuatro a las que he tenido que pararles los pies.

—¿Lo ves? Por eso pienso que es un auténtico desperdicio tener novia. ¿Para qué conformarse con una teniendo a tantas dispuestas a hacértelo gozar? —se burla Marcus alzando el vaso.

El segundo chupito termina en el interior de nuestros estómagos y cuando vamos a pedir el siguiente, el camarero deja la botella sobre la barra.

—Toda vuestra, chicos. Con el ritmo que lleváis no creo que tardéis en pedir otra.

—Amén —contestamos al unísono.

Y, en efecto, no tarda en caer, aunque pasamos de beber más tequila y cambiamos a las copas.

—Oh, oh, aquí vienen más —aviso al contemplar a un grupo de mujeres acercándose con las intenciones más que claras.

—La hostia, Ry, te juro que esta me la pagas —avisa Marcus mirando con lascivia a cada una de ellas.

—Tío, deja de dar la brasa. Si tanto quieres follar, hazlo.

—De eso nada. Si yo no mojo, vosotros tampoco. Podréis soportarlo —avisa Logan antes de dar un trago al *whisky.*

Según llegan, las chicas realizan un marcaje en toda regla y cada una se posiciona al lado del que más le gusta, no se andan con rodeos, y la que le ha echado el ojo al sargento se arrima más de la cuenta, tanto que lo aborda sin cortarse un pelo y le pasa la mano por el pecho con la intención de comprobar si los músculos que tapa la camiseta son reales.

Mientras ocurre, suelto una carcajada. A Logan no le gusta que ninguna mujer que no sea la suya lo toque y el aviso que me lanza con la mirada le basta para que acepte que se vengará en cuanto pueda, lo que me lleva directo a un razonamiento sin igual.

¿Ves el desperdicio que supone echarse novia?

Y sopeso que ha llegado la hora de dar un paso hacia adelante. La ocasión lo merece y lo de seguir perdiendo el tiempo va

a ser que se acabó.

—Chicas, os invitamos a un chupito.

—¿Qué? —se altera Logan.

El pobre no sabe dónde meterse. La rubia que le ha echado el ojo insiste en seguir tocando lo que no debe, y…

Y, de pronto, la voz de Morgan suena tal que así:

—¡No me jodas! ¡No puede ser!

—¿El qué no puede ser? —pregunta Logan con un mosqueo de campeonato.

La chica parece inmune a sus reticencias y la educación de mi amigo tiene un límite.

—Pues, una de dos, o veo visiones o he bebido más de la cuenta —comenta con los ojos como platos.

—¿De qué hablas? —intervengo en la conversación, mientras me arrimo a la que me ha tocado en suerte.

De hoy no pasa. El chute de energía que me ha suministrado la visita de mis colegas será el encargado de dar el paso definitivo y terminaré con la sequía que llevo a cuestas, porque insisto en recalcar que lo de la otra noche no cuenta.

Aquello no tuvo que ver nada con la palabra sexo, mucho menos al que estoy acostumbrado y, por tanto, lo mejor para mi salud mental es que ni lo recuerde. Solo así iré por el buen camino.

«Prepárate, nena, voy a cumplir con todas y cada una de tus fantasías sexuales. Lo prometo», pienso envalentonado, antes de escuchar la extraña respuesta de Morgan.

—Pues, a ver cómo te lo digo —avanza rascándose la cabeza con una cara de circunstancia increíble, dirigiéndose al sargento—. Resulta que acabo de ver a dos tías que me suenan mucho.

—¿Eh?

—Sí, sí, y una de dos, o son clavaditas a ellas o… —Y ahí se queda, analizando un lugar concreto antes de girar el cuello y mirar a Logan y, después, a mí—. ¡Joder! No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? ¿Qué pasa, Morgan? —decimos los dos aludidos a la vez.

—Mmm, miradlo vosotros mismos.

Algo ocurre, el comportamiento anómalo de nuestro amigo así lo constata y dirigimos la atención hacia el lugar que indica con el dedo, entonces, al percatarme de lo que sucede en realidad, el mundo se abre ante mis pies

Hay que joderse, ¿de verdad que las que acaban de entrar por la puerta son Amelia y Noah?

¿Cómo es posible?

Y mientras nos quedamos con caras de tontos, ocurren tres cosas simultáneas.

La primera, Logan escupe el alcohol que tenía en la boca a la vez que aparta sin delicadeza alguna a la que seguía invadiendo su espacio personal.

La segunda, Morgan y Marcus aprovechan para desentenderse del marrón y se llevan a las cuatro chicas con ellos.

Y, la tercera, por más que lo intento no dejo de mirar a la chica a la que llevo tratando de olvidar toda la semana, mientras el corazón decide ir por libre y late acelerado por una disparidad de emociones difíciles de catalogar.

Joder.

¿Qué coño me pasa?

¿A qué tipo de emociones me refiero con exactitud?

Buf, mejor no me paro a analizarlas, no sea que llegue a un punto de no retorno y…

¡Zas!

Un codazo en las costillas me saca de mi ensoñación, hacía mucho tiempo que no recibía uno, y oigo por boca de Logan:

—Te lo dije no hace mucho y no me creíste, bienvenido al club.

—¿Qué club ni qué pollas? ¿Otra vez con esa chorrada?

—Sí, sí, chorrada, dice… Tío, cuando dejes de ser un capullo integral y te pares a pensar con dos dedos de frente, lo entenderás.

—Pero ¿de qué hostias hablas?

—Hablo de cómo la miras, gilipollas. De eso hablo. Noah no es una más. Salta a la vista. Nunca lo ha sido y lo peor de todo es que lo sabes.

Cada apreciación daña una parte de mí que me sitúa a los pies de los caballos y tuerzo el gesto con un cabreo de mil demonios.

—Cállate.

—¿Que me calle, dices? Ni en tus mejores sueños, pringado, la persona indicada en tu vida es ella. Solo ella. ¿Cómo puedes ser tan cabezón y no darte cuenta?

»Y ahora, me largo, por tu culpa estoy metido hasta el cuello en un problemón y ya puedes empezar a rezar para que mi chica y yo durmamos en la misma cama, de lo contrario, sudarás la gota gorda. Te lo prometo.

Dicho lo cual, no tarda en acudir al encuentro de Amelia, y ya que estamos, también de Noah, porque en ningún momento se separan y solo hay que fijarse un poco para interpretar que ella está igual de estupefacta que yo, lo que significa que mi querida amiga ha orquestado bajo su cuenta y riesgo lo que ya podemos considerar como una encerrona de campeonato.

¿Y ahora qué?

Pues, ahora, decido que la mejor opción es la de seguir en mis trece, o sea, siendo un verdadero idiota, y lo hago dirigiéndome escopetado hacia la salida.

He de largarme de aquí. No estoy preparado para enfrentarme al maremoto que siento en mi interior, y…

Y me sale rana, porque Amelia no duda un solo instante en interponerse en mi camino.

—Ryan Bradford. Eres un cretino. ¿De verdad vas a tener los huevos de marcharte?

Creo que es la primera vez que se dirige a mí en estos términos y reconozco que impone. Mucho. Más de lo que debería, pero, aun así, no me callo.

—Por supuesto. No sé a qué juegas, pero te estás equivocando conmigo.

—¡Ja! De eso nada —se jacta propinándome un manotazo en el pecho—. Por una vez en tu vida madura y deja de comportarte como un crío.

Bueno, lo que faltaba.

—¿Qué me has llamado?

—Inmaduro. Eso te he llamado. ¿Qué pasa? Y ahora ten la decencia de hablar con ella o te juro por lo más sagrado que dejo de ser tu amiga.

—No puedes obligarme.

—Sí, sí que puedo. Y ya que estamos, te contaré lo que vas a hacer. Vas a mover tu culo y le vas a decir la verdad.

—¿Qué verdad? —alzo el tono acorralado.

—La única que existe, empezando por afirmarle que no es una más, que te importa, que quieres escuchar el resto de su historia y, sobre todo, que no volverás a dejarla tirada. ¿Te queda claro o te lo repito?

—Tú flipas, yo no…

—No es una opción, lo harás, y ya estás tardando. —Ultima con una orden directa que nada tiene que despreciar a la de cualquiera de mis superiores.

Y te juro que no sé cómo salir de esta. Te lo juro.

—Oye…

—¡Chttt! Ni se te ocurra contradecirme. ¡Ah! Y añadiré una última cosa. Logan y yo tenemos una conversación pendiente gracias a ti, ¿sabes lo que significa eso? Significa que vamos a marcharnos y que Noah va a quedarse sola en mitad de un montón de desconocidos. ¿Lo captas?

La soga que noto en el cuello se estrecha cada vez más, el poder de persuasión de mi amiga es acojonante, no lo voy a negar, pero ahí sigo, resistiéndome.

—¿Por qué me das esa información? A mí ya no me concierne, ha dejado de importarme.

—¿Perdona? Joder, Ry, no puedo contigo, ¿de verdad es lo que crees? —comenta con la rojez inundando su rostro por la rabia —. Vale, pues escucha esto, porque no haces más que caer en tu propia trampa y va a encantarte mi siguiente apreciación.

»Deja de una maldita vez el papel de macho a un lado, no te pega, de verdad. Ya no. Sigues siendo un gilipollas que trata de aparentar que la chica a la que no le puedes quitar los ojos de encima no te preocupa, cuando los dos somos conscientes de que

estás dispuesto a cortártela antes que atreverte a dejarla sola aquí o en cualquier otro lugar del mundo. Esa es la única verdad y corres el riesgo de que cuando la aceptes sea tarde, así que, dale una vuelta, anda, y que sea pronto.

»Hala, ahí te quedas, hombretón. Procesa mis palabras y admite el grado de implicación que tienes con ella, creo que ya va siendo hora.

Sin más, da media vuelta, dejándome con la boca abierta y con la idea de que tiene un poder de convicción increíble, tanto es así, que hasta compadezco al pobre de mi amigo.

¡La leche! Vaya huevos tiene la tía. En cuanto al razonamiento que me ha dado…

Mierda. Dejo de pensar en cuanto me percato de lo que pasa delante de mis ojos, y es que Noah aprovecha ese instante para ser ella la que se larga y, al final, el que se queda solo soy yo.

Bueno, solo, lo que se dice solo, no es cierto, siempre puedo unirme al grupo de los solteros y…

«Tío, deja de hacer el canelo de una vez, ¿crees que podrás?».

Podré.

Por supuesto que podré.

Y entonces, una fuerza superior a cualquier planteamiento surge de la nada, posicionándome en el lugar exacto en el que quiero estar, y me basta para tomar una decisión.

Si es la correcta o no, ya lo veremos.

LA NOAH GUERRERA

Noah

No me lo puedo creer.

Menuda encerrona.

Ya le vale a Amelia. ¿A quién en su sano juicio se le ocurre jugármela de esta forma?

Como puedo, recompongo los pedazos de mi corazón mientras la poca dignidad que me queda grita que salga por patas hasta refugiarme en la habitación del hotel. Sería una insensatez que me quedara en un lugar en el que no pinto nada, porque la que sobra en la ecuación soy yo. He de aceptarlo como tal.

Si tenía alguna duda al respecto, acaba de discernirse. Una simple imagen me ha bastado para averiguarlo en persona y no importa lo que duela. Porque lo hace. Mucho. Demasiado.

«Anda que ha tardado en olvidarse de mí», entro en bucle, incapaz de procesar lo fácil que le ha resultado pasar página tras lo que sucedió en su casa, más en concreto en mitad del salón.

Mierda.

Y llego a la única conclusión posible. Estoy perdida. El militar ha pasado a formar parte del mejor recuerdo de mi vida y él, en cambio, a lo que sigue dedicándose es a tirarse a más tías sin ton ni son.

«¿Qué te esperabas?», pregunta mi subconsciente situándome en una tesitura difícil de narices.

Esto me pasa por gilipollas.

¿Acaso negó alguna vez que aspiraba a acostarse conmigo por lo mucho que me resistía?

¿Evitó en algún momento decirme que entre él y yo nunca podría haber nada?

La respuesta es la misma. No y no.

—Noah. Noah.

En cuanto oigo su voz a mi espalda, acelero el paso.

No quiero hablar con él ni que me vea así. Bajo ningún concepto voy a permitirle que lea mi mente. Estaría perdida y por ahí sí que no estoy dispuesta a pasar.

«Maldición. Ya te vale, Amelia».

Y por fin entiendo el proceder anómalo de mi nueva amiga tras lo ocurrido en casa de mi padre, presentándose en la puerta al día siguiente, emperrada en permanecer junto a mí unos días mientras los amigos de Ry se marchaban de Nueva York.

Lo dicho. Menuda encerrona.

Y mientras retrocedo en el tiempo, sigo escuchando los pasos acercándose, lo que logra que eche a correr a toda velocidad.

Ilusa.

Ni que fuera a servirme de algo.

Él está en mejor forma que yo y me abordará en cuestión de segundos.

En efecto, sucede tal que así, Ryan no tarda en alcanzarme y en cuanto me agarra del brazo para detenerme algo dentro de mí se resquebraja.

—Por favor, vuelve con tus amigos y deja que siga con mi camino —susurro sin darme la vuelta—. Yo no sabía que estabas aquí, te lo juro, si no, jamás habría venido.

Pienso en el enfoque que le doy a cada frase que sale de mi boca. De no ser así, ya estaría llorando y no voy a mostrar ese signo de debilidad.

El militar formará parte de mi pasado antes o después. Da igual si lo he olvidado o no, ese es mi problema, no el suyo. Bien claro lo dejó cuando me desperté entre sus brazos a la mañana siguiente de haber compartido algo tan íntimo y especial, y lo peor del asunto es que lo llevó a cabo de la peor forma posible: dándome una patada bien grande en el culo una vez finalizado el que supongo que para él fue un simple operativo, diferente, eso sí, pero solo eso.

He aprendido la lección.

—Noah, haz el favor de mirarme. Acabemos con esto de una vez.

¿Acabar con qué? Entre nosotros no hay nada.

—¿Noah?

No muevo un solo músculo, bueno, miento, porque lo que sí hago es cerrar los ojos con el corazón en un puño.

¿Por qué no capta la indirecta y se marcha?

Lo esperan. Me ha quedado claro y yo solo quiero que regrese tras sus pasos, que vuelva ahí dentro y siga ligando con la chica que tenía pegada a su cuerpo.

Yo solo quiero que…

«Deja de mentirte. Te ha bastado una simple imagen para morirte de celos».

Es cierto, no lo voy a negar. Mi yo interior tampoco miente en esta ocasión y aceptar la realidad no resulta muy fácil que digamos.

No. No lo es.

Joder. Estoy de mierda hasta el cuello. Los sentimientos hacia el único hombre con el que me he acostado siguen ahí, intactos, y no sé muy bien cómo subsanar el error tan grave que he cometido.

¿Cómo interpretar el papel de que no me he enamorado perdidamente de él?

¿Cómo?

Si pudiera retrocedería en el tiempo, lo haría sin dudar y…

«¿Quieres dejar de engañarte a ti misma?».

—Noah, te creo. Sé que ha sido Amelia la que te ha convencido para que vengas a pasar el fin de semana. No hace falta que te justifiques. En eso, no.

Nada. Ninguna de sus palabras logra que me mueva del sitio. Yo solo pretendo que se aburra y se vaya.

Solo eso.

¿Por qué no lo hace?

Y, de pronto:

—Noah, ¿quieres comportarte como una adulta y dar la cara?

Helada, así me quedo.

¿Cómo se atreve a sugerir semejante barbaridad?

¿Que me comporte como una adulta, dice?

Ja. Pero este tío, ¿de qué coño va?

Y entonces, le hago caso, estoy preparada para batallar. La furia que tengo encima me ayudará, vaya si lo hará, y me posiciono

frente a él con un único objetivo.

—¿Y tú hablas de ser adulto? Ya te vale, que yo recuerde, fuiste tú el que salió huyendo de su casa después de que hiciéramos el amor. ¡Ah, no! Perdona, que tú no haces eso, así que, permíteme que rectifique.

»Fuiste tú el que decidió salir corriendo después de follar conmigo, el que volvió más tarde con Marcus pegado a su trasero, muerto de miedo y sin saber cómo afrontar lo sucedido, el que pasó olímpicamente de mí y el que interpuso una distancia abismal, por lo tanto, hazte un favor a ti mismo y no hables de algo que te queda grande. A las pruebas me remito.

Toma. ¿No quería que mantuviésemos una conversación para limar asperezas? Pues aquí la tiene, y que conste que bajo ningún concepto me pasa desapercibida su reacción, ni de lejos esperaba que tuviese las fuerzas para hacerle frente, pero es lo que tiene jugar con fuego.

Que le den. No voy a quemarme yo sola.

—No tienes ni la menor idea de lo que hablas. Además, yo me refería al hecho de que me ocultaras quién era tu padre.

—Pues te jodes. Para mí solo existe un punto discordante y es, sin lugar a dudas, tu comportamiento hacia mí. Fuiste un cerdo, Ryan, un auténtico cerdo. Y que sepas que me arrepiento cada día de lo que hice.

La otra parte frunce el ceño mediante una confusión total.

—¿De qué hablas?

—Hablo de lo mucho que me arrepiento de haberme acostado contigo, de eso.

Ryan se pasa la mano por el pelo. Está nervioso, quizá hasta un poco histérico, y me da igual.

Se lo tiene merecido, por gilipollas. A ver si así logro deshacerme de él.

—Pues, si tan arrepentida estás, ¿por qué has salido corriendo en cuanto me has visto agarrado a una tía?

Pumba. Dardo en el centro de la diana.

—Porque sí —respondo algo dubitativa.

—Deja de mentirte. Soy especial para ti. No puedes ocultarlo. A mí, no.

—Lo superaré, tranquilo —respondo sin apartar la mirada de la suya y con un cabreo del quince—. Oye, y ya que estamos, quizá sea el momento propicio para avanzar. El sitio invita a pasarlo bien y hay varios tipos que me han lanzado la caña en el poco tiempo en el que he estado ahí dentro.

¿Quiere jugar?

Pues juguemos.

Yo también sé.

—¿Pretendes darme celos?

—¿Yo a ti? No te lo creas tanto, fiera. Has sido especial para mí, sí, pero ya. En cuanto me enrolle con cualquiera mi mente te borrará de un plumazo. ¿Sabes? No me gustan los capullos, llevo huyendo de ellos toda mi vida y sigo sin entender cómo acabé entregándole mi bien más preciado al más grande de todos.

Buf, estoy desatada, mi lengua parece dispuesta a soltar mentira tras mentira y oye, por el rictus de su cara interpreto que estoy bordando el papel que yo sola me he asignado, digo esto porque el nivel de rabia que ofrece la parte contraria no hace más que crecer y crecer, y ahora, además, tensa la mandíbula hasta un límite increíble.

¿Ves cómo yo también sabía jugar?

¿Acaso lo ha dudado?

E insisto: que le den. Por capullo, inmaduro y a saber qué más.

Un silencio alargado en el tiempo es su única respuesta. Sigue sin creerse lo que ha salido por mi boca y vaticino que cuando hable no va a gustarme nada.

Por desgracia, no me equivoco.

—Está bien, tú ganas. Si tan segura estás de que puedes pasar página tan fácil, tendrás que demostrármelo.

—¿A qué te refieres?

—Te propongo una apuesta.

Oh, oh, esto suena mal, muy mal.

—¿Una apuesta?

—Sí.

—Vale —digo con la boca pequeña.

—Vamos a volver a la discoteca y veremos quién de los dos está dispuesto a pasar página de verdad. ¿Qué te parece?

Mal, ¿qué me va a parecer?

Solo que la Noah guerrera no va a dar un paso atrás así la maten. Aquí y ahora, no. De ninguna manera.

—¿Qué hay que hacer? —pregunto retándolo, dando un paso al frente.

—Enrollarse con alguien, el primero que lo haga, gana.

—Hecho.

Sin más, doy media vuelta, afanada más que nunca en dejarle bien claro que nadie juega conmigo.

Nadie, ni siquiera él. Y si para ello tengo que liarme con un tío cualquiera, pues que así sea.

¿Qué más da?

No tengo nada que perder. Ya no.

LÍMITES INFRANQUEABLES

Logan

—Vamos, amor, sabes que nunca se me ocurriría mirar a otra que no seas tú, ¿a qué viene ese cabreo?

—Por eso la chica que tenías pegada te magreaba a su antojo, ¿verdad?

—La he apartado más de una vez.

—¿Ah, sí?

—Sí, Amelia, sí. ¿Acaso dudas de mí?

Joder. Voy a matar a Ryan. Lo juro.

Y, de pronto, me llega un balón de oxígeno increíble.

—Mmm, Logan, ¿qué se supone que están haciendo esos dos?

—¿Qué?

—Míralo tú mismo. Noah y Ry han vuelto a entrar.

En efecto, mi prometida tiene razón y no me gusta nada la cara de ninguno.

—Pues nada bueno, ya te lo digo. Cariño, creo que nuestra conversación acaba de pasar a un segundo plano.

—¿Por qué?

—Porque Ry la va a liar no tardando mucho.

—Sí, pienso lo mismo. ¿Averiguamos qué les pasa?

—Sí, mucho mejor. Tú te encargas de ella y yo de él, ¿vale?

—Vale.

***

Noah

A pesar del error que supondrá lo que vamos a llevar a cabo, no le doy la importancia debida. Por mi parte estoy emperrada en

demostrar que la antigua Noah ha quedado atrás y, justo cuando regreso al interior de la discoteca, me topo de frente con Logan y Amelia.

Ambos no ocultan su incredulidad y, de inmediato, marcan el terreno. Ella lo hace conmigo, interponiéndose en mi camino, y lo siento, pero no voy a consentírselo.

—Amelia, hazte a un lado, tengo algo pendiente.

—¿Cómo qué?

—Como fijarme en un hombre que me guste.

—¿Para qué?

—Para darle un beso.

—Perdona, ¿cómo dices?

No tengo tiempo que perder, así que, trato de apartarla, solo que no lo consigo. Ella mantiene su pose firme y no me lo permite, lo que me lleva a mirar hacia el lugar en el que Ryan también es abordado por Logan.

¿A que nos chafan el plan?

—Digo que voy a enrollarme con un tío —matizo cada palabra infundiéndome ánimos a mí misma.

—¿Se puede saber a qué jugáis?

—Ryan y yo hemos hecho una apuesta.

Amelia abre los ojos con un asombro difícil de contener y tarda nada y menos en replicar:

—¿De verdad estás insinuando que habéis apostado quién de los dos se enrolla antes con un desconocido?

—Sí, acertaste.

—Vosotros estáis mal de la cabeza.

—Sí, sí, lo que tú digas, y ahora, por favor, mantente al margen. Este no es tu problema, sino el mío. ¿Entendido?

***

Ryan

Mientras, a escasos metros de distancia

—¿¡Qué!? —pregunta un incrédulo Logan al escuchar semejante despropósito—. Joder, Ry, si es una broma no tiene ninguna gracia.

—No lo es, y ahora, largo. Tengo algo pendiente.

—Tío, ¿a quién se le ocurre semejante insensatez? Ya te vale.

—¿Insensatez, dices? ¡Ja! Lo que sí lo es, es el tiempo que he perdido con ella y no volveré a repetir el mismo error. Ya es hora de que acepte que le he dado unas concesiones que no le corresponden. Ni a ella ni a ninguna, ya que estamos.

—Como planteamiento está bien, no te lo voy a negar, pero siento decirte que ni tú mismo te lo crees y aquí estoy yo para hacerte entrar en razón.

—No insistas, tío, y quítate de mi camino. Comprobarás con tus propios ojos lo equivocado que estás.

—Deja de mentirte, si das ese paso te arrepentirás en cuanto lo hagas. Joder, Ry, ¿quieres olvidarte del imbécil en el que te estás convirtiendo y comportarte como lo que eres?

—¿Y qué soy, según tú?

—Un simple chico que se ha enamorado, nada más.

—¿Enamorado? ¿Yo? —pronuncio con cara de asco.

—Sí, tú, pringado. Afronta la realidad de una vez.

—Ya lo hago, por eso voy a sacarla de mi vida para siempre.

—Vale, pues si es eso lo que quieres, espera un segundo y deja que sea ella la que gane la puta apuesta.

—¿Qué?

—Te lo pido como favor personal. Tú solo quédate aquí un momento. Solo eso.

—¿En serio?

—Sí, *bro,* y tan en serio. Anda, estás de suerte, no vas a tener que esperar mucho.

—¿De qué cojones hablas?

—De lo poco que va a gustarte la escena que tienes a un palmo de ti, de eso hablo.

Giro la cabeza y percibo que Noah se deshace de Amelia para…

¿Para qué?

Joder. Joderrr.

La claridad aprovecha ese instante para abrirse paso, lo hace con una nitidez brutal, y…

Y lo sé.

En mi haber existen límites infranqueables, límites que jamás estaría dispuesto a pasar por alto por nadie, y resulta que uno de ellos acaba de convertirse en una revelación absoluta ante la nula disposición a que un desconocido bese a Noah.

—¿Ves? A esto me refería con lo de tu macabro plan. ¿Y de verdad pensaste que te iba a dar igual verla en brazos de otro? La hostia, Ry, tu orgullo va a pasarte factura cualquier día de estos y lo tendrás más que merecido.

La charla de Logan llega a mis oídos, solo que paso de ella. Ahora mismo tengo otros asuntos que requieren toda mi atención y tenso la mandíbula ante un escenario irreal.

—Como se le ocurra tocarle un solo pelo…

—Tío, tú eres el que ha provocado esto, así que, arréglalo. Todavía puedes, pero, por lo que más quieras, que sea de la forma más pacífica posible, que ya nos conocemos.

—Eso es lo que voy a hacer, tranquilo.

Sin más, doy media vuelta, dirigiéndome al lugar exacto en el que Noah está dispuesta a ganar la apuesta, y ni siquiera me fijo en que Logan sigue cada uno de mis pasos.

***

Amelia

Se va a liar gorda. Con fijarme en la cara de Ryan interpreto lo que va a suceder a continuación y echo un vistazo general hasta encontrar a Morgan y Marcus.

El mosqueo del amigo que tenemos en común no es ni medio normal y Logan no logrará frenarle, por lo tanto, necesitaremos refuerzos.

Y sin pensarlo dos veces, les corto el rollo. Lo siento. Por lo visto hoy nadie tendrá sexo. El gilipollas de turno es el culpable y juro por lo más sagrado que se lo haremos pagar.

—Chicos, lamento deciros que Ry la va a liar no tardando mucho.

Los dos me conocen lo suficiente como para saber que si los he abordado de esta manera es porque los necesito y se disculpan con las chicas en un santiamén.

—¿Qué hostias le pasa ahora? —pregunta Marcus con una seriedad sin igual.

—No se le ha ocurrido otra que apostar con Noah cuál de los dos se come la boca antes con un desconocido.

No hace falta que les diga más, los dos entran en acción y salen corriendo, mientras exclaman a la vez:

—¡Hostia puta!

***

Ryan

Acorto la distancia que nos separa antes de que suceda el contratiempo.

Por lo visto, ya ha elegido, y el cabrón afortunado aprovecha la oportunidad para pegarse a la chica que me tiene enajenado perdido con la intención de besarla, y…

Y, lo lamento, pero ni puedo ni quiero consentirlo.

—Oye, tú, quítale las manos de encima ahora mismo o te juro por Dios que te parto la cara —rujo endemoniado, llegando en el instante justo.

Solo que el tío al que le acabo de dar una orden directa no capta el significado de mis palabras, parece mucho más interesado en llevar a cabo la proposición que le acaban de hacer, y comete el error garrafal de no apartarse, lo que provoca que la ira se desate en cuestión de milésimas de segundo.

Y ocurre. Es superior a mis fuerzas. Ya le he avisado.

Del puñetazo que le doy lo tiro al suelo y espero que tenga los huevos de levantarse.

Necesito que me haga frente, necesito descargar los puños, necesito…

¡A tomar por culo! Lo que necesite o no, va a ser que da igual. Digo esto porque los aguafiestas de mis amigos ya se han posicionado, y a rastras se encargan de sacarme de la discoteca, antes de que los de seguridad entren en acción y puedan meternos en serios problemas.

Una vez fuera, continúan sujetándome y casi logro escapar del placaje. Casi. La locura que siento en mi interior ha multiplicado por dos mi fuerza bruta y les dificulta mucho contener mis intenciones, que no son otras que matar al hijo de puta que se ha atrevido a tocar lo que es mío.

Sí, lo que es mío, ¿qué pasa?

La revelación cae sobre mí como un jarro de agua fría y la perplejidad es tal que dejo de batallar.

—Tío, eres un gilipollas de manual —habla Logan en primer lugar—. ¿Qué coño te pasa? Has sido tú el que la ha incitado a que termine con otro.

—¡Me cago en tu puta madre! —vocifera el capitán con malas pulgas—, tu lamentable escena nos podría haber metido en un problema de los gordos. ¿De qué cojones vas? Me tienes harto.

Me caen leches por todas partes, el único que todavía no ha hablado es Morgan, y me preparo para más reprimendas.

Las merezco.

Sí, todas y cada una de ellas.

Tal y como vaticino, Morgan es el siguiente en intervenir, y lo hace con una pregunta que no me esperaba para nada.

—Ry, ¿estás bien?

De los tres, es el más sensato, también el más profundo, y el único que logra ver más allá.

Y decido dejar de mentirme a mí mismo.

—No. No lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque acabo de darme cuenta de lo jodido que estoy —manifiesto con un tono de arrepentimiento brutal, llevándome las manos a la cara.

—¿A qué te refieres?

—A la reacción que he tenido. A eso. ¿Sabéis que quería matar a ese hijo de puta por atreverse a tocarla?

—¡No me jodas! ¿Y ahora vienes con eso? —se lamenta Marcus—. Pues, tío, haberlo pensado antes. Creo que te has metido en un lío de cojones.

—Sí, lo ha hecho. —Interviene Logan propinándome un codazo a traición—. No quisiste escucharme y así te va. ¿Y sabes qué? Te lo mereces, por capullo.

»En cuanto a lo que has dicho, más te vale que dejes de comportarte como un troglodita, porque la perderás. Avisado quedas.

—La leche, ver para creer —añade Marcus tirando a matar—, nuestro Ry repartiendo hostias por culpa de los celos. ¡Vaya!

En ese instante, las chicas salen de la discoteca y, en cuanto se percatan de nuestra presencia, cambian de dirección, dejando claro que no quieren ni verme.

Pues qué bien, todo, sí. Al final, he metido la pata hasta el fondo, y ahora que el cabreo monumental se ha apartado a un lado no sé cómo procesar lo que ha ocurrido.

—Anda, vamos, busquemos otro sitio, creo que necesitas una copa —baja el tono Logan al percatarse de lo mal que lo estoy pasando.

—¿Una copa? Yo diría que lo que necesita es una botella entera —finaliza Marcus, olvidándose, también, de la mala leche que tenía encima.

—Tíos, lamento mucho…

—Anda, cállate —dicen los tres con sendas sonrisas—, ¿para qué están los amigos?

Y como no puede ser de otra forma, terminamos la noche bebiendo como animales, bueno, unos más que otros, y aquí no omitiré que el alcohol se convierte en el aliado perfecto para olvidar un episodio que, antes o después, marcará mi día a día.

¿Estaré preparado para afrontarlo?

Buena pregunta.

CONSECUENCIAS

Ryan

El dolor de cabeza con el que me despierto no es ni medio normal y, en cuanto abro los ojos, una pregunta se abre paso a toda velocidad.

¿Pero cuánto bebí anoche?

Joder, si es que no aprendo.

Y así, hecho un despojo humano, me levanto de la cama con la intención de darme una buena ducha para despejarme, algo que consigo en cuanto las primeras gotas caen sobre mi cuerpo desnudo, y empiezo a recordar el despropósito de lo sucedido la noche anterior.

Madre mía. ¿Qué coño hice?

En menos de cinco minutos estoy listo para obtener algunas respuestas; las necesito como el comer, y más me vale que haya aprendido la lección y sepa comportarme como es debido, porque llevo una racha...

Mientras bajo a la piscina, en busca de la información que preciso, hay algo que no me deja tranquilo. Imposible. Hablo de la conversación que mantuve con Noah y de lo tocado que me dejó.

Y recupero con una nitidez brutal dos de sus impresiones, empezando por:

«Fuiste tú el que decidió salir corriendo después de follar conmigo, el que volvió más tarde con Marcus pegado a su trasero muerto de miedo y sin saber cómo afrontar lo sucedido, el que pasó olímpicamente de mí y el que interpuso una distancia abismal, por lo tanto, hazte un favor a ti mismo y no hables de algo que te queda grande».

La leche, y no fue lo peor, oh, no.

Y termino dándole forma a la cuestión prioritaria que nos ocupa. Esta es:

«Fuiste un cerdo, Ryan, un auténtico cerdo. Y que sepas que me arrepiento cada día de lo que hice».

Joder.

Menudo marrón tengo encima.

¿Cómo es posible que mi mal hacer nos haya llevado hasta aquí?

Dolió escuchar lo mucho que se arrepentía de haberse acostado conmigo, de ahí que perdiera el norte, y estoy tan arrepentido…

Bueno, no es tarde para enmendarlo. No. No lo es. Me niego en rotundo. Hoy por fin veo las cosas de diferente manera y una sensación desconocida arrasa con todo debido a una incuestionable verdad, una verdad que surgió de la nada, repentinamente, y que tuvo que ver con el hecho de considerarla mía.

Mía.

Dios, menuda locura.

Sonrío de medio lado cuando llego a la paradisíaca piscina del resort con el convencimiento de que me va a costar adaptarme a la nueva situación, pero no por ello ocultaré mis verdaderos sentimientos. Por fin estoy listo para afrontarlos, he sido un idiota, y darme cuenta de lo mucho que necesito a Noah en mi vida ha trastocado todos y cada uno de mis planes.

Simple, ¿verdad?

¿Por qué he tardado tanto en aceptarlo?

Con las energías renovadas, echo un vistazo general a la zona, buscándola, solo que no la encuentro por ninguna parte.

¿Seguirá durmiendo?

Por la hora que es, no lo creo, es muy tarde, y como los que sí toman el sol son mis amigos, incluyendo a Amelia, allá voy. A por las respuestas que preciso, dejando a un lado la educación por las prisas que me han entrado de repente.

—¿Dónde está?

—Buenos días a ti también, Ry —bufa Marcus torciendo el gesto, antes de beber de su mojito.

—Bah, en serio, decídmelo. Tengo que hablar con ella de manera urgente.

Según lo digo, un mal presentimiento me sacude al ver las caras de todos ellos, y la buena energía se diluye por arte de magia.

—Lo lamento, pero eso no va a ser posible —se manifiesta Amelia con un rictus serio que no me gusta.

—Ya. Imagino que será porque sigue enfadada, y lo entiendo, pero quiero que sepáis que he cambiado de parecer. Hoy veo las cosas de diferente manera y…

—Ry, déjalo, tendrás que olvidar tu deseo de mantener una conversación con ella. Llegas tarde.

—¿Por qué, Amelia? ¿No quiere verme? ¿Es eso?

—¿Quieres la verdad? —interviene Logan sin paños calientes.

—Sí, por favor.

—Está bien. Noah no se encuentra aquí. A primera hora de la mañana ha cogido un avión de regreso a Nueva York.

Pumba.

La noticia impacta de lleno sobre mí y la confusión me obliga a sentarme en la primera hamaca que pillo.

—¿Qué?

—Lo siento, Ry, y no es lo único. Me ha dejado un mensaje para ti —añade Amelia con la expresión aún más triste.

—¿Qué mensaje?

—Me ha dicho que, gracias a ti, no es la misma, que está lista para empezar a vivir, y que por fin está dispuesta a olvidarte de verdad.

Un silencio generalizado se extiende entre los cinco y solo es interrumpido por la apreciación de Logan.

—¿A qué viene esa cara? Te lo dije, macho, no me hiciste ni caso, y aquí están las consecuencias.

Lleva razón, toda la razón, así que, ¿para qué molestarme en poner ningún tipo de objeción?

Y tomo una decisión. La única acertada, dadas las circunstancias.

—Vale. Gracias por el mensaje —pronuncio de manera automática—, yo también regreso a casa hoy mismo.

—Vamos, Ryan…

—No, dejadme terminar, es importante. No quiero que me acompañéis, lo digo en serio. Disfrutad de lo que queda de fin de semana. Nos vemos en la base.

Sin más, doy media vuelta, lo hago con un gesto de derrota jamás experimentado, al tiempo que no me queda otra que asimilar la información que me han dado.

La he perdido.

Para siempre.

Joder, ya me vale.

Y ya, para rematar la jugada, una apreciación me lleva directo a la cruda realidad, y no es otra que, paradojas de la vida, resulta que ahora, el que tiene que habituarse a que ella ya no forme parte de la mía, soy yo.

¿Quién lo iba a decir?

HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO

Casi una semana después

Ryan

Juro que desde que llegué a Virginia no hago otra cosa que adaptarme a la rutina de siempre. Lo juro. ¿Y sabes qué? Que no logro el resultado esperado. Por más que lo intento, nada, no puedo avanzar; ni siquiera dando carpetazo al asunto que no me deja ni dormir sirve de algo, y he de aceptar la realidad.

He cambiado. El Ryan de siempre ya no es el mismo y dudo de que lo vuelva a ser alguna vez.

Con ese pensamiento nostálgico, acudo al gimnasio de la base antes de tiempo. La nochecita que he pasado ha sido infernal y necesito desfogarme a base de ejercicios. Es lo único que me queda, porque lo de echar una canita al aire con alguna tía ni siquiera entra en mis planes.

No me serviría ninguna. Noah me ha dejado tan tocado que parezco otro y no voy a cometer el mismo error. Ya lo intenté en el resort y el resultado fue nefasto. Negar la mayor sería de idiotas y como estoy en esa fase en la que quiero dejar de serlo, mejor asumo con dos dedos de frente lo que significa. Llevo toda la semana haciéndolo y entiendo el verdadero motivo para no avanzar en la dirección correcta.

Veinticinco minutos después, estoy exhausto, cada golpe en el saco me sabe a poco y sigo erre que erre, dejándome la piel con tal de que mi mente se despeje de verdad o cabe la posibilidad de que termine volviéndome loco.

¿Qué más da si me hago daño?

Estoy tan jodido que todo me da igual, sí, todo, y continúo propinando puñetazos y patadas con una rabia sin igual, a riesgo de provocarme alguna lesión, y sin ser consciente de que Morgan acaba

de entrar y me mira con una expresión que se torna muy diferente a lo que es su estilo de siempre.

Muy diferente.

***

Morgan

Desde que Ryan nos hizo partícipes de la decisión de volver al trabajo me levanto una hora antes todas las mañanas para acudir a la base. Mi instinto me dijo que mi amigo estaría allí, poniendo su cuerpo al límite, y no se equivocó.

Los tres primeros días decidí seguir en mi línea. Opté por mantenerme en un segundo plano, entrenando junto a él sin decirle nada, y esperé el momento oportuno para que se abriera, pero en ningún caso consideró oportuno hacerme partícipe de alguno de sus pensamientos, algo a lo que en un principio no le di excesiva importancia y procedí a concederle lo que parecía necesitar: más tiempo.

Así estuve el lunes, también el martes y el miércoles, y hoy, que es el cuarto día que se dedica a descargar a través de los puños el maremoto que arrasa su interior, lo siento, hasta mi paciencia tiene un límite y ni quiero ni puedo seguir ignorando una cuestión que nos está afectando a todos, porque la realidad es la que es.

La distancia que ha interpuesto entre nosotros es abismal. Solo lo vemos para trabajar; el resto del tiempo se dedica a aislarse y ni se ha molestado en aceptar tomarse unas birras con el grupo las veces que lo hemos intentado. Algo inaudito hasta la fecha, lo que ha propiciado que el resto del grupo esté que trine con él, ni siquiera Amelia entiende su proceder, y como soy la parte más sosegada dispuse estrechar el cerco con la intención de prestarle cualquier tipo de ayuda, pero siguiendo la consigna que me caracteriza.

Estar. Solo eso. Nada de hablar más de la cuenta.

Tal y como le dije en su día, puede contar conmigo, aunque esta vez es muy diferente. Digo esto porque me resulta casi

imposible actuar con la paciencia infinita que tengo en mi haber, la cual comienza a dar los indicios de lo poco que le falta para explotar.

¿Quizá ha llegado el momento?

Un par de segundos me bastan para que tome una decisión, si continúa dando esas hostias va a acabar mal, así que, acorto la distancia con la decisión reflejada en mi cara y aprovecho el instante en el que coge impulso con la intención de propinar el siguiente puñetazo para interponerme entre el saco y él.

—Basta, Ryan. Hasta aquí hemos llegado.

—¿Qué? Apártate antes de que te haga daño.

No piensa lo que dice. Está fuera de sí. ¿Y qué hago yo?

Fácil, cruzarme de brazos mientras permanezco impasible a su amenaza. Por lo visto ha llegado la ocasión que hubiese preferido ignorar y no pienso recular.

No y no.

—¡He dicho que te apartes! —ruge con un tono que se asemeja al de una auténtica bestia.

Algo que me la suda, cuando alguien logra tocarme las narices hasta el punto de sobrepasar mi paciencia infinita no hay vuelta atrás. Pocas veces ocurre, es cierto, solo que el tocapelotas de mi compañero ha rebasado la barrera y a cabezón no me gana ni él.

Es lo que hay.

—Y yo te he dicho que hasta aquí hemos llegado —le respondo con el mismo ímpetu.

La otra parte suelta un gruñido demoledor y sus ojos transmiten lo que está por venir, lo conozco tanto como a la palma de mi mano y una mirada me basta para evaluar el grado de peligrosidad que lleva encima.

Su estado denota que ni siquiera es capaz de pensar con algo de templanza y por desgracia no me equivoco.

—O te quitas o te parto la cara —avisa con la vena del cuello a punto de estallarle.

Y yo sigo con la misma pose a pesar de lo mucho que me juego.

Ryan es mucho más fuerte, es evidente, su cuerpo y el mío no tienen nada que ver y, aun así, me reitero.

Me la suda.

Que sea lo que tenga que ser.

—Hazlo. ¿A qué esperas? A diferencia de ti, yo no voy a luchar contra ti, así que, aquí me tienes.

Solo entonces cambio de postura y abro los brazos a modo de rendición.

La primera hostia impacta en mi estómago y me doblo en dos sin poder respirar.

Joder, esto va a ser duro.

—Vamos, levanta y pelea como un hombre —grita loco perdido.

Como puedo tomo aire por la nariz y abro la boca para decir:

—¿Cómo un hombre has dicho? ¿Acaso tú lo eres?

—¿Qué insinúas?

—Insinúo que eres un cobarde —afirmo sin achantarme.

Y, aunque me cuesta, vuelvo a plantarme frente a él emulando que, posiblemente, el más loco de los dos sea yo.

No lo descarto, no.

—¿Cobarde?

—Sí, lo eres, cualquier otro en tu lugar dejaría de comportarse como un niño enrabietado y afrontaría las cosas de otra forma, empezando por ir a verla. ¿A qué coño estás esperando? Nos tienes a todos hasta los huevos y ya va siendo hora de que lo sepas.

Zas.

La segunda hostia hace pleno en mi mandíbula y poco tardo en saborear el sabor metálico de la sangre en el interior de mi boca.

—Te mataré, juro que lo haré.

Y la tercera hostia se queda a mitad del camino, ya que, en ese justo instante, las voces de Ryan alertan a los primeros que llegan al puesto de trabajo, llamando su atención, y por fortuna se trata de Logan y Marcus.

—¡Me cago en tus muertos, Ryan! —escupe el último fuera de sí—. ¿Qué coño se supone que haces? ¿Así es como le agradeces a tu hermano del alma que lleve preocupándose por ti toda la jodida

semana? Has sobrepasado los límites, todos y cada uno de ellos, y te juro que esto no se quedará así. ¿Quieres pelear? Pues pelea conmigo, vamos, cabrón.

El capitán se deja llevar por la mala leche, ni en sueños habría creído que presenciaría semejante escena, y compadezco a Ryan.

Sí, lo hago a pesar de lo que ha sido capaz de llevar a cabo, y no, en ningún caso me refiero a los golpes que he recibido a traición. Oh, no. Ojalá. Esos no son los que más han dolido. Al fin y al cabo, las heridas externas se curan, pero ¿qué pasa con las que no se ven?

Esas son las importantes y las más difíciles de subsanar y la apreciación me lleva directo a plantearme un interrogante.

¿Habré cometido un error encajando los golpes sin pelear?

Mucho me temo que sí, me basta analizar la expresión de mi amigo para saberlo, está tan arrepentido que no se atreve ni a mirarme, y…

—¡Vamos! ¡Te he dicho que pelees conmigo!

Las tornas han cambiado y el que está fuera de sí, ahora, es el capitán. Todo por lo que he terminado consintiendo, y aquí acepto que es normal que los dos se hayan quedado en *shock.*

No es para menos.

Y mientras:

—¿Estás bien? —se preocupa Logan dirigiéndose a mí.

—Sí, tranquilo.

—¿Seguro?

—Sí, he sido yo el que he provocado la situación, solo quería que entrara en razón.

—Ya, y por eso no te ha dado tiempo ni a defenderte, ¿verdad?

—Hablo en serio, Logan, no he querido hacerlo.

No miento, él lo sabe, y la situación empeora porque el capitán escucha cada una de mis palabras.

—¿Y de verdad que este malnacido ha sido capaz de tocarte sabiéndolo? —brama Marcus con la cara roja de rabia—. Ahora sí que sí, suficiente.

»Bradford, te doy ventaja, vamos, pega tú primero. Es una orden.

¿¡Qué!?

Dios, esto se nos va de las manos y no lo voy a consentir. No, de ninguna manera.

—Logan, por favor, paremos esto antes de que sea demasiado tarde. Sabes que ninguno de los dos lo superará y afectará al grupo entero.

—Joder, Morgan, me pides un imposible, si de mí dependiera me uniría ahora mismo a darle una paliza. Se lo merece.

—No te digo que no, pero piénsalo con frialdad, se trata de Ry, nuestro Ry.

El sargento cierra los ojos, tensa la mandíbula, aprieta los puños y…

Y sabe que tengo razón.

Solo entonces se interpone entre los dos y unas simples frases reconducen la situación.

—Se acabó. Os lo digo a los dos. Tenemos suerte de que nadie haya visto lo que ha ocurrido aquí.

Y al ver que el capitán va a hablar, no le deja.

—Ni una palabra, aquí y ahora, seguimos siendo cuatro amigos, nada de rangos, Marcus, así que, vamos a dejarnos de hostias y a currar se ha dicho. Y tú, haz el favor de desaparecer de mi vista a la de ya —añade con un rictus pétreo, dirigiéndose a Ryan en un tono despectivo—, y te lo advierto, como se te ocurra protestar lo más mínimo cabe la posibilidad de que me arrepienta y sea yo mismo el que te dé lo que te mereces, ¿estamos?

En un santiamén el problema queda resuelto y lo agradezco. Ahora solo falta que el cabezón de Ryan sepa resolver el problema pendiente que tiene. Un problema que casi logra volatilizar el grupo al completo, y solo espero que lo sucedido logre allanarle el camino, joder, que tampoco es tan difícil.

¿Acaso está ciego?

***

Ryan

Llevo todo el día sopesando lo ocurrido y la vergüenza me engulle.

¿Cómo he podido caer tan bajo?

¿Cómo?

Ninguno de mis compañeros se merece lo que les he hecho pasar, en cuanto a Morgan…

Joder. No se me quita de la cabeza. Jamás he conocido a un hombre tan noble como él y el grado de arrepentimiento no me deja ni a sol ni a sombra.

«Te lo mereces, por gilipollas».

Es verdad.

Al terminar la jornada estoy exhausto. La nula concentración es la culpable y ya va siendo hora de arreglar el desastre en el que he convertido mi día a día por ser un inconsciente, y sé por dónde tengo que empezar.

Por acudir al bar de Mat.

En cuanto lo hago el corazón se me encoge al verlo.

Allí está, sentado en uno de los taburetes, esperándome sin necesidad de quedar con él.

Morgan es así de generoso.

—Hola, *bro.*

—Hola, Ry, te estaba esperando.

—Lo sé. ¿Qué tal estás?

—Mejor que nunca —responde con una sonrisa que le debe doler un huevo debido a la zona hinchada de la cara.

—No te creo.

—Pues hazlo. Tengo motivos de peso.

—¿Y son?

Mat deja un botellín sobre la barra y se larga para dejarnos hablar con tranquilidad. A estas alturas ya estará al tanto de lo sucedido y prefiere ser prudente.

—Mi motivo número uno es porque por fin has entrado en razón. Tu cara te delata.

—Lo siento, tío, se me fue la cabeza y…

—Ya está olvidado, *bro,* no lo dudes ni por un momento. En cuanto a mi motivo número dos, ahí va, después de tu comportamiento no serás capaz de contradecir lo que te pida, por lo tanto, he pensado que estaría bien que mañana mismo aprovecharas que es viernes para coger un avión y te presentaras en casa de Noah.

—Morgan, por favor…

—Chttt, no he acabado, irás a Nueva York, hablarás con ella y le dirás lo mucho que la echas de menos. Eso es lo que harás, sí.

»Ahora, pasemos al motivo número tres, ¿sabes cuál es?

Niego con la cabeza.

—Lo mucho que me gusta compartir una birra contigo, Ry, solo eso.

Sin más, chocamos las cervezas y bebemos como lo que somos. Unos amigos dispuestos a luchar contra las adversidades, sean las que sean.

—Nunca he conocido a una persona tan buena como tú.

—¿Buena? No me jodas, Ry, ¿eso es lo que soy para ti?

—Además de otras muchas cosas, y que sepas que te quiero.

—¿Qué? Oye, oye, eso, mejor, se lo dices a tu chica, no a mí —se burla sin compasión—, ¿o es que estás ensayando para cuando la tengas enfrente?

—Eres un gilipollas.

—No lo descarto, no. Por cierto, Ry.

—Dime.

—Yo también te quiero, y que conste que no lo volveré a repetir en voz alta, ¿estamos?

—Amén.

Y así, de la forma más natural, reconduzco los lazos con una de las personas más importantes de mi vida. Morgan lo es, se merece todos mis respetos, y considero lo tremendamente afortunado que soy.

UNA IMAGEN IRREAL

Noah

No puedo continuar ni un día más bajo el techo de esta casa.

La sensación de ahogo es cada vez mayor. Por más que trato de convivir con algo de normalidad, no me sale. Mi padre sigue siendo el mismo extraño de siempre y poco importa que sus estrictas normas ya no me afecten; lo que me lleva a la única conclusión posible.

Lo mejor para los dos es que siga mi camino. Ya no hay vuelta atrás, y he tenido toda esta última semana para pensarlo.

Ninguno de los dos nos debemos nada. Es hora de decirlo alto y claro.

Cojo la mochila del armario y me dispongo a recoger mis escasas pertenencias mientras pienso cuál será mi siguiente destino.

Y en esas estoy cuando algo a lo lejos llama mi atención; aunque sigo con la tarea de apilar lo más importante, después, entro en el baño para terminar de guardar los productos básicos de aseo.

Lista. A partir de hoy iniciaré una nueva etapa. Si mi padre está interesado en verme, que sea él el que dé el paso.

No voy a volver. No lo necesito.

Dejo para lo último los cascos y el móvil, y cuando voy a guardarlos en el bolsillo pequeño, otro detalle vuelve a llamar mi atención. Primero fue el timbre, y ahora el eco de una conversación con un tono cortante a pesar de la distancia que separa las dos plantas.

¿Otra vez está echándole la bronca a Mary? ¿Es que no se cansa?

Mary es la mujer encargada de realizar las tareas domésticas, además de la única persona que me trata con algo de empatía, y la verdad, no entiendo cómo puede llevar tantos años aguantándolo.

Pobre.

Y llego a la conclusión de que, si no he cortado los lazos con esta casa, quizá sea por ella. Su cara cada vez que me ve cambia, soy una especie de soplo de aire fresco, y admito que tenemos algo en común, por muy raro que suene.

Sí, lo tenemos, y hablo de que las dos seguimos empeñadas en buscar en la persona equivocada lo que nadie nos dio. Es así de triste.

Dejo la nostalgia que no me llevará a ninguna parte y decido cambiarla por una pizca de curiosidad, consciente de que la bronca no es con Mary, sino con alguien diferente, puesto que no se trata de una mujer.

¿Quién será?

«Bah, me importa un pimiento», sopeso con la idea de sentarme en la cama.

Por lo visto tendré que aplazar la conversación, porque ni de coña voy a irrumpir en la planta de abajo ahora.

No es el momento. Esperaré que la persona que ha logrado alterar a mi querido papaíto se marche y, después, cogeré el relevo y ejerceré la misma función. La de marcharme, digo, y aquí recalco que no va a gustarle lo que voy a decir. Nadie se atreve a contradecir al todopoderoso general Jefferson, y lo siento, bastante he tardado en hacerlo.

Y ahí me quedo, mientras otro detalle llama mi atención más de lo debido. Todo a raíz de seguir percibiendo el estado exaltado que llega desde la entrada, y hasta compadezco al hombre que se ha atrevido a plantarle cara.

Buf, otro que no sabe dónde se ha metido. Sin estar presente interpreto su apuro, el tono de mi padre confiere lo enfadado que está, y en un arrebato levanto el culo del colchón y me dirijo a la puerta con la intención de husmear un poco.

Pero solo un poco, ¿eh?

La abro un palmo y…

Un segundo me basta para que el color de mi rostro se desvanezca y se quede más pálido que la pared, y ya es decir.

Ay, madre, ¿estaré bien de la cabeza? Cabe la posibilidad de que no, digo esto por la idea nada descabellada de que se me esté

yendo la pinza por completo, y la culpable es la obsesión que tengo por cierto hombre. Fíjate si lo es, que hasta sopeso lo mucho que se parece esa voz a la de…

«¡Basta! Ni lo nombres, esa persona dejó de existir para siempre hace casi una semana. ¿Por qué te empeñas en martirizarte?».

Mi yo interior tiene razón, sin contar que ni en un millón de años el militar se atrevería a venir hasta aquí. Sería una tremenda locura y…

Y tengo que apoyarme en la pared ante el riesgo de caerme de bruces, porque, en efecto, esa voz se parece demasiado a la del chico que ha cambiado mi vida para siempre y, para constatarlo, aparece Mary con una preocupación sin igual.

—Noah, alguien ha venido a verte, y como no bajes a la de ya no me extrañaría que el señor coja su rifle de caza y le dispare —argumenta como un tropel, limpiándose las manos de harina en el delantal.

—¿Qué?

—Vamos, ese chico está en peligro y si ha tenido el coraje de venir solo puede ser porque es importante para ti.

—¿Qué?

Estoy en *shock.* Las palabras de Mary me han dejado impresionada a más no poder, y si había alguna duda al respecto, esta acaba de diluirse.

El que está abajo es Ryan. No puede ser otro.

Ahora bien, ¿qué coño hace aquí?

No lo entiendo, de verdad que no.

—¡Noah! ¡Noah!

—Dime.

—Chiquilla, ¿has oído algo de lo que te he dicho?

—Sí, sí.

—¿Y a qué estás esperando para bajar?

Pues eso digo yo, que a qué estoy esperando.

Un segundo tardo en reaccionar, lo hago cogiendo la mochila y echando a correr hacia la escalera y, antes de llegar al último escalón, me topo de frente con una imagen irreal.

Lo es, la mire como la mire, lo es, y es que, en efecto, Ryan es el que ha venido desde Virginia, el mismo que le planta cara al general a riesgo de echar por la borda su trabajo, y sí, también el que lo encara con una parsimonia sin igual ante la frase lapidaria que le dedica.

Esta es:

—Bastará con levantar el teléfono para hundirte en la miseria. Tu trayectoria ha sido ejemplar, yo mismo leí tu informe, pero ¿sabes qué? Tener la desfachatez de presentarte en mi casa, preguntando por mi hija, va a ser tu perdición y acabaré con tu carrera militar sin despeinarme siquiera.

Mierda.

¿De qué va?

La amenaza detiene mis pies de golpe y evalúo la escena, viendo a dos hombres enfrentados que no se encuentran en igualdad de condiciones. Uno juega con ventaja, gracias al rango que ejerce, y el otro…

El otro cava su propia tumba por atreverse a contradecirle.

—General, insisto en ver a su hija. Tengo algo que decirle. No me iré sin hablar con ella. He de explicarle lo mucho que me importa, también lo idiota que he sido y…

—Idiota se queda corto, te lo aseguro. Y ahora, márchate de inmediato, es una orden —ruge endemoniado, situándose a un palmo de distancia para intimidarle.

Y lo hace, ¿o no tanto?

—Insisto —repite con una tozudez ni medio normal.

—Muy bien, tú lo has querido.

La situación se descontrola por momentos, mi padre es cien por cien impredecible, nunca nadie le lleva la contraria, y solo yo tengo el poder de detener esta locura.

—Papá, es suficiente. Con lo que respecta a mi vida soy yo la que toma las decisiones, no tú. ¿No te parece?

Los dos giran sus caras y me prestan la atención debida, mientras a mí no me queda otra que guardar bajo llave los sentimientos que pululan a su libre albedrío. Ver a Ryan supone un

verdadero esfuerzo, por lo mucho que significa, y no niego lo muy guapo que está.

Menos mal que mi padre no tarda de sacarme de mi ensoñación, y lo hace siguiendo la costumbre de siempre, dando órdenes.

¡Cómo no!

—Noah, sube a tu cuarto ahora mismo.

—No, papá —niego en lo que supone una confrontación total.

—¿Cómo dices?

—Hace mucho que dejé de ser una niña pequeña.

—Eso me quedó claro el maldito día en el que se te ocurrió quitarte mi apellido —suelta sin perdonármelo.

—Papá, déjalo estar, ¿quieres?

Y como insisto, la parte contraria no sabe muy bien qué hacer, ante la falta de costumbre a que me revele.

—No. No quiero. En cuanto a ti… —amenaza con el dedo a Ryan a punto de perder los nervios por el contratiempo, cambiando de táctica.

Algo que no le sirve.

Ya no.

—¡Papá! ¡He dicho que ya es suficiente!

Creo que es la primera vez que le alzo la voz. No, no lo creo, lo es, y me mira con un instinto asesino.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

En cualquier otro instante le temería, llevo haciéndolo desde pequeña, pero se acabó.

Ha llegado la hora de plantarme. Esa etapa está más que superada. La Noah actual es mucho más fuerte y está emperrada en mirar hacia delante de una vez por todas.

—¿Y tú? ¿Cómo has sido capaz de mantenerte siempre en un segundo plano? Eres un desconocido para mí, nunca has ejercido de la figura que tanto necesitaba y lo he pagado caro.

El general aparta a un lado su rango militar y en su lugar deja que asome un hombre desconcertado.

—Eres una desagradecida.

—Y tú un egoísta que prefirió delegar en otros lo que solo a ti te correspondía.

—¿De qué hablas? —pregunta dando un paso hacia atrás, algo noqueado.

—De lo mucho que demandé tu figura paterna, y no la indiferencia que me has mostrado desde siempre. No tengo ni un solo recuerdo feliz a tu lado, papá, y sí una multitud de vejaciones en cada uno de los colegios a los que me llevabas interna.

—Lo hice porque creí que era lo mejor para ti.

—¡Pues, te equivocaste! —digo con lágrimas en los ojos—, yo solo te quería a ti, no a una multitud de profesores que lo único que hacían era castigarme por saltarme reglas absurdas, o peor, ¿sabes lo mucho que he odiado tu férrea disciplina las pocas veces que venía? Pues ya lo sabes, por fin soy capaz de decírtelo a la cara, y por ese motivo decidí dejar de usar un apellido que no me representaba en absoluto.

Mi padre continúa dando pasos hacia atrás hasta que encuentra un punto de apoyo, al parecer es lo que precisa, y soy testigo de una vulnerabilidad que me resulta increíble.

¿El todopoderoso general vulnerable? ¿Quién lo iba a decir?

—Yo…

—Tú, nada, papá. Vas a escuchar lo que quiero decirte y nunca me atreví. En cuanto al hombre que ha venido, decirte que, gracias a él, me he dado cuenta de muchas cosas, empezando por lo que no quiero en mi vida. Y eso te incluye a ti. Me voy, papá, y no volveré. Si de verdad me has querido algo alguna vez, espero que seas tú el que se interese por ir a visitarme.

Mientras se desarrolla la escena, Ryan permanece callado. La conversación no va con él y lamento que sea testigo de algo tan íntimo y personal, pero, ya que estamos, tampoco es que me sorprenda mucho, dado que solo él ha conseguido estar presente en mis momentos más delicados, traspasando todas y cada una de mis líneas rojas.

¿Qué más da que lo haga, también, en la última que me quedaba por volatilizar?

—Y ahora, me marcho, en cuanto a ti, Ryan, seré breve y te despacharé con una simple frase. Llegas tarde, muy tarde.

—Noah, por favor…

—No. Haberlo pensado antes de comportarte como te dije. Jamás nadie tuvo el poder de hacerme tanto daño, exceptuando a mi padre, y fíjate, paradojas de la vida, llegaste tú para intercambiar el papel por un momento. ¿Estás contento?

Tiro a matar. Solo así lograré finiquitar este asunto y espero que capte el mensaje.

—Ah, una última cosa, papá. No vas a interferir en su carrera profesional, te lo pido como favor personal y espero que en esto sí estés a la altura de las circunstancias. Me lo debes.

Sin más, me cuelgo la mochila al hombro, salgo por la puerta, y lo hago con una sensación de liberación absoluta, aunque, también, con el alma rota.

No voy a negar la mayor, me estaría mintiendo a mí misma, y por ahí sí que no voy a pasar.

***

El general

Escuchar por boca de mi hija un testimonio así es superior a mis fuerzas. Llevo toda la vida ejerciendo de lo que sé y resulta que en lo más elemental no he dado la talla.

Y duele, admitirlo no es de cobardes, y reconozco que todo cambió a raíz del intento de secuestro.

Pensar que podía perder al único ser que compartía mi propia sangre supuso un antes y un después, aunque no aproveché la oportunidad una vez que volvió a casa. Una casa que nunca ha sido su hogar, acaba de confirmármelo, y los remordimientos dificultan mi poder de reacción, lo que me lleva a replantearme ciertas cuestiones.

Mejor así, mi hija precisa de un tiempo prudencial para intentar subsanar las heridas y voy a dárselo. Nada de interferir en su vida. No me quiere en ella.

Y sopeso que si pudiera retroceder en el tiempo lo haría sin dudarlo.

Sí, lo haría.

—General, permiso para retirarme —escucho la voz del joven que ha tenido las agallas de presentarse aquí.

Y es, en ese momento justo, cuando tomo una decisión.

—Chico, por lo poco que he visto, mi hija te importa de verdad, en el caso contrario no estarías aquí, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Pues, entonces, ¿a qué esperas? Vete a por ella. No cometas mi error. Y aunque sea un egoísta, ayúdame a recuperarla en la medida que sea posible. ¿Lo harás?

—Depende, señor. Ni siquiera sé si va a perdonarme.

—¿Perdonarte el qué?

El tal Ryan enmudece, parece pensar la respuesta que va a salir por su boca e interpreto que no va a ser de mi agrado, su pose así lo confiere y, de repente, formula un interrogante:

—Señor, ¿quiere la verdad?

—Por supuesto.

—Está bien.

Y suelta la bomba:

—La verdad es que estoy enamorado de su hija, general. Ya lo estaba antes de acostarme con ella, fue su primera vez, ¿y sabe lo que hice? Salí huyendo por el miedo a enfrentarme a unos sentimientos que me quedaban grandes. Desde ese mismo momento llevo arrepintiéndome y hoy, por fin, he logrado dar el paso. Alguien me ha ayudado a entrar en razón y necesito ser sincero con ella.

Vaya con el chico, tiene agallas, sí, lo acaba de corroborar con una información que podría haber omitido, y en cambio ha preferido ser franco desde el principio.

Y me gusta.

—O sea, que la quieres.

—Sí, señor, como jamás he querido a nadie.

—¿Y qué haces aquí perdiendo el tiempo con este viejo cuando el amor de tu vida está ahí fuera? Corre, muchacho. Corre y

hazla feliz. Compensa las carencias que le he dejado, te lo suplico.

—Lo haré, señor. No le quepa la menor duda.

VOY A LUCHAR POR TI

Noah

Ni un par de pasos doy una vez que salgo fuera. Por más que lo intento, no puedo, y todo porque existe la posibilidad de que mi padre no cumpla mi petición. Por eso.

Sería un verdadero desperdicio que el militar *buenorro* terminara con los sesos esparcidos en mitad de la entrada. Solo por eso sigo aquí. A la espera.

Y trazo un plan: si no aparece en un par de minutos, entraré de nuevo y…

«Buf, menos mal que no hará falta», suspiro al comprobar que un Ryan ileso cruza la puerta en ese mismo instante con un ímpetu que no esperaba. Tanto es así que casi se da de bruces contra mí.

—Noah, estás aquí… —susurra con la sorpresa dibujada en su cara, sin contar con la esperanza que ello le supone.

Algo que no dudo en aniquilar ante la perspectiva de lo que sigo pensando.

—Sí, pero solo para asegurarme de que no te mataba, y ahora que ya he visto con mis propios ojos que has salido ileso, me voy. Adiós.

Y comienzo a andar, a alejarme del único hombre por el que cambiaría mi vida entera, hasta cruzo de acera, y la otra parte no hace nada para impedírmelo.

N-o h-a-c-e n-a-d-a.

Mierda.

¿Para qué se supone que ha venido entonces? ¿O es que se ha tomado mi argumento al pie de la letra y cree que lo más conveniente es darme un espacio de tiempo para que aclare mis ideas?

Lo mire como lo mire, no lo entiendo, y mi estado de ánimo cae por los suelos, propiciando que busque una escapatoria.

La suerte se posiciona de mi lado, al ver un taxi a lo lejos, y no dudo en alzar el brazo mientras todo cuanto me rodea se recrudece. Por un segundo pensé que nuestra historia podría acabar bien, pero la realidad es la que es, y ni siquiera soy consciente de que estoy llorando cuando abro la puerta del taxi.

En estos instantes, a lo único que puedo dedicarme es a tratar de refrenar la tristeza que siento, a la vez que soy partícipe de lo mucho que me va a costar aplacarla. Resultará un trabajo arduo de narices, porque el dolor al que me enfrento no se parece en nada a ninguno de los anteriores.

¿En qué coño pensaba cuando dejé que mi corazón fuera por libre?

¿De verdad creo que voy a ser capaz de olvidarlo alguna vez?

¿Cómo se olvida al que se ha convertido en el amor de tu vida?

Preguntas y más preguntas, todas ellas abocadas a profundizar en una herida que se agranda a marchas agigantadas, y…

Y, de pronto, soy consciente de que algo no me permite subir al vehículo.

No, no. Algo, no. Más bien lo que no me lo permite es el ímpetu de una mano que se aferra a mi brazo mediante una determinación desmedida, y al tratar de soltarme, no me deja.

—Noah, ¿de verdad creías que te dejaría marchar así, sin más?

No respondo, tampoco doy media vuelta, y el taxista pregunta:

—¿Quiere que la lleve a alguna parte o no?

El que contesta es Ryan:

—No. Ella se queda. Gracias.

Claro y conciso, y aprovecha mi estado de aturdimiento para cerrar la puerta.

Instantes después, el coche desaparece y nos quedamos solos.

Solos.

Él y yo.

¿Y ahora qué?

Pues, ahora, me trago las lágrimas y permanezco empeñada en darle la espalda ante la disposición de no mostrar ningún signo de debilidad.

Antes debo recomponerme, simular que no es tan importante para mí, y…

Y, de pronto:

—Voy a luchar por ti, Noah. Por eso estoy aquí. No me importa el tiempo que tarde en conseguirlo, lo haré, eres tan especial que ya no concibo mi día a día sin tenerte cerca, y ¿sabes lo que significa eso? Que estoy enamorado. De ti, pequeña. No te quepa la menor duda. Por fin puedo decirlo alto y claro. Lo eres todo y quiero que, aparte de ser tu primera vez, sea, también, la última.

»¿Qué me dices? ¿Crees que un gilipollas como yo merece tu perdón?

El impacto de sus palabras atraviesa mi corazón y la luz que procesa barre de un plumazo la oscuridad total.

¿De verdad acaba de admitir que está enamorado de mí?

Y como soy incapaz de hablar, él lo interpreta como algo negativo, lo que da lugar a que siga abriéndose en canal.

Sí, él, el hombre que nunca ha tenido novias y el que creía hasta hace nada que era un desperdicio elegir a una con tantas a su alcance.

Vaya, como ha cambiado el cuento.

Ver para creer.

—Cuando vi a ese tipo tocarte…, joder, enloquecí, y ya que estamos, te diré algo que puede jugar en mi contra. ¿Sabes que en ese instante me volví loco por los celos? ¿Sabes que pensé que nadie tenía derecho a tocar lo que era mío?

»Sí, y lo peor de todo es que lo sigo pensando. Sí, yo.

»¿Qué has hecho conmigo, Noah? No me reconozco, y aun así, si me pidieras que cayese arrodillado ante ti, lo haría. ¡Qué digo! Haré lo que me pidas, te lo juro, pero, por favor, no te alejes de mí. Te lo suplico.

Supongo que en esto del amor existen proposiciones de todo tipo, las habrá originales, bonitas y demás, pero la que Ryan acaba de hacerme se lleva la palma por una sencilla razón. Porque le sale del alma. Nada es impostado. Lo conozco de sobra como para saber el gran paso que ha dado. Si tuviese la menor duda no estaría aquí, diciéndome lo que pensé que jamás escucharía, y…

Y me giro, lo hago con la cara anegada en lágrimas, y no, esta vez no son de tristeza.

—Noah, amor mío, necesito que me digas…

—Oh, cállate, ya me tenías desde la primera frase que ha salido por tu boca. Ese «voy a luchar por ti» lo significa todo. Todo, Ryan. Y ahora, bésame, te lo suplico. He añorado tanto tus besos…

Las tornas cambian y el que no me deja terminar de hablar es él, le resulta imposible, y nos dedicamos a sellar la etapa que está por venir de la mejor manera posible.

Besándonos.

Mucho.

Como si no hubiera un mañana.

¿Se puede pedir algo más?

UNA MÁS, ASÍ DE SIMPLE

Noah

Aterrizamos en Virginia esa misma tarde. A pesar de las ganas que nos tenemos, Ryan prefiere contenerse. Según él, esta vez quiere hacer las cosas bien, empezando por una cuestión primordial.

Cuando me lo planteó, no voy a negar el vértigo que me dio, y es que, lo primero que hizo, fue ofrecerme su casa para vivir juntos.

Sí, s-u c-a-s-a. Has leído bien. Con este hombre no existen las medias tintas. Su intensidad es así, y como no está dispuesto a separarse de mí prefiere que la relación que estamos empezando sea a lo grande.

Como supongo que entenderás, no pude negarme.

¿Cómo hacerlo?

En cuanto a la segunda y última cuestión, la llevó a cabo antes de despegar del aeropuerto de Nueva York. Fue tan sencillo como enviar un wasap al grupo de sus amigos, y aquí estamos, frente al bar de Mat.

—¿Preparada?

—Sí —confirmo con una sonrisa que delata mi estado emocional.

—Vale. Van a flipar.

De seguido, me da un beso, coge mi mano y se dispone a entrar con una cara que no da lugar a equívocos y que trasmite una multitud de emociones, entre las que se encuentran varios factores: nervios, felicidad, ilusión…

Como es viernes por la tarde, el local está lleno a rebosar, según me ha contado Ry, la mayoría de los clientes son compañeros de la base, y lo constato en cuanto ponemos el primer pie dentro.

Los vítores no tardan en producirse en cuanto nos ven de esta guisa, a medida que hacen una especie de pasillo para

facilitarnos el camino hacia el lugar en el que se encuentra el que ya considero como nuestro grupo. Las pocas veces que los he visto me han tratado como una más y ni de broma voy a desperdiciar una ocasión única.

Avanzamos poco a poco y al final del todo descubro que están todos, Marcus, Morgan, Logan y Amelia, aunque, al parecer, ellos todavía no nos han visto.

¿O sí?

***

Morgan

El revuelo llama mi atención y observo la escena que se produce a escasos metros de la barra. El lugar en el que estamos apostados, bebiendo cervezas, mientras esperamos a Ryan.

—Joder, ¡por fin!

—¿Cómo que por fin? ¿A qué te refieres, Morgan? —pregunta Logan al ver mi cara de alivio.

—Digo que por fin ha entrado en razón. Dios, lo que le ha costado.

Marcus, Logan y Amelia me miran sin entenderme, y yo me limito a señalar un punto muy concreto, siendo suficiente para que giren sus caras y…

—Joder, tienes razón, ¡ya era hora! —replica Logan encantado por lo que ve.

Mientras, ocurren dos cosas simultáneas. La primera, Amelia ni siquiera espera a que lleguen hasta nosotros, es superior a sus fuerzas, y sale disparada para abrazar a Noah.

La imagen es tierna como ella sola y trago saliva con dificultad, al tiempo que pienso que todo ha merecido la pena si el resultado es este.

Sí, hasta las hostias que me dio.

Contemplar la cara de felicidad de mi amigo no tiene precio. Está pletórico y yo me alegro tanto por los dos…

En cuanto al siguiente acto simultáneo, tampoco es tan difícil de adivinar, y empieza tal que así:

—Ya sabemos a quién le toca pagar las rondas de esta noche. ¡Qué, chicos! ¿Procedemos a dar paso a la tradición? Nuestro Ry ha llegado el último.

Marcus es el que habla y, tanto a Logan como a mí, nos parece perfecto, por lo que nos unimos al pasillo que les hacen y esperamos a que nuestro chico avance hasta llegar al punto exacto.

Las collejas que le caen se amplían, ya que no solo se limitan a las nuestras, y parece encantado.

No es para menos.

Una vez que finalizamos el ritual, soy el siguiente en abrazar a la que ya se ha convertido en otra hermana del grupo.

—Madre mía, Morgan, ¿qué te ha pasado?

—Mejor, no preguntes, Noah.

—Vaya, ¿así que el capullo este no te lo ha dicho? —arremete el sargento tendiéndole una cerveza—, aquí, el lumbreras de tu chico es el culpable, aunque a su favor diré que gracias a eso entró en razón y fue en tu busca.

—Oye, Ry —habla ahora Marcus—, y ya que estamos, ¿nos podrías decir a Morgan y a mí lo que se siente al notar una soga al cuello? Para documentarnos y eso.

—¿De qué hostias hablas, Marcus?

—Ja, ja, ja, hablo de lo que va a suponer para ti tener novia, macho, de eso hablo. Gracias a que has logrado dar el paso, vamos a tener tema de conversación para una buena temporada.

—No me jodas…

—Te toca a ti, campeón —añade Logan chocando la birra con la de Ry—, y que conste que has tenido suerte, hemos sido muy benevolentes contigo, pero, se acabó. Ha llegado nuestro turno.

—Cierto —asiente Marcus encantado de conocerse—, oye, en cuanto a lo de pasar a formar parte del club del que te hablaba Logan, ¿qué parte te gusta más? Puedes elegir entre tres. Piénsalo bien. Allá van las opciones.

»La primera: que te aten en corto de una vez por todas.

»La segunda: que tengas que dar explicaciones hasta cuando vas a mear.

»O la tercera: ¿estás seguro de que superarás así como así la imagen de otro cepillo de dientes en tu cuarto de baño? Joder, a mí me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Eres un cabrón.

—Y más que lo voy a ser, no te quepa la menor duda.

—Mmm, chicos, ¿esto es normal? —quiere saber Noah con una expresión resplandeciente.

—Oh, sí, lo es —le respondo encantado de la vida, a la vez que le propino el codazo de rigor al protagonista de la noche—, y ni te imaginas lo mucho que vamos a disfrutar. Nuestro Ry se lo merece. De todos, ha sido el más capullo, y va a tener que tragarse cada una de sus palabras.

—Ja, ja, ja. Ahí le has dado, Morgan. Bueno, qué, ¿otra ronda? Hoy la bebida va a cuenta del novio primerizo —se burla Logan sin compasión alguna, gritando a pleno pulmón para que todos le oigan.

—Joder, ya os vale —protesta el novio en cuestión.

—¿Alguna objeción al respecto?

—No, Logan, ninguna. Faltaría más.

—Pues eso. Mat. Ronda para todos, que paga el enamorado.

Las risas generalizadas invaden cada rincón y nos limitamos a pasarlo bien, dando por saco al que le toca, y acogiendo a Noah como lo que es.

Como una más, así de simple.

ESTO NO ES NI MEDIO NORMAL

Un tiempo después

Noah

Dicen por ahí que lo más difícil en una convivencia es adaptarse a las costumbres o manías de la otra persona. También dicen que los primeros meses son los más complicados, los que ponen a prueba cualquier relación, los que se encargan de mostrar las diferencias que existen entre una pareja y los que la mayoría considera como una prueba de fuego, en cambio, yo, permíteme que discrepe.

Ryan y yo llevamos juntos casi tres meses. Una duración más que apropiada para replantearme una cuestión de peso.

¿Se puede considerar suficiente este espacio de tiempo para saber que la otra parte es, en efecto, tu media naranja?

La respuesta, en mi caso, es un sí rotundo. En este punto no hay dudas, al igual que no existen cuando afirmo que cada día que paso junto a él no puedo ser más feliz.

Lo soy. A su lado, todo es mejor. Todavía no entiendo cómo he podido vivir sin mi militar favorito, y aquí añadiré algo: es la primera vez, en mis veinticuatro primaveras, que juego con ventaja, y es que, a mi chico cualquier ocasión le resulta buena para cumplir la promesa que me hizo, es a lo que se dedica continuamente, y descubrir lo bonita que es la vida no tiene precio.

En efecto, lo es, al igual que tengo el convencimiento de que somos dos almas gemelas que estaban destinadas desde el principio a encontrarse.

Lo amo. Sí, en toda la extensión de la palabra, y le doy gracias al cielo por situarlo en mi vida cuando había perdido todas las esperanzas de encontrar el afecto y el amor que llevo demandando desde siempre.

En cuanto a la relación con mi padre, tengo novedades, y sí, también, gracias a mi novio, el cual ha contribuido a que estemos comenzando a conocernos desde otra perspectiva diferente. Algo que no es fácil para ninguno de los dos, y de ahí que hayamos empezado a acudir a terapia.

La ayuda externa nos está sirviendo para limar alguna que otra aspereza y, sobre todo, para que nos pongamos en el lugar del otro. Una tarea complicada, pero útil. Tanto es así, que la semana que viene quedaremos aquí, en Virginia, para tomar un café.

Otro logro que sumar al amor de mi vida, sin él, nada de esto sería posible, y sigo pensando que jamás podré compensarle por todo lo que está haciendo por mí, y no es lo único. Falta lo mejor.

Madre mía, aquí entramos en un terreno completamente distinto, y me refiero a la conexión entre los dos, es brutal en todos los sentidos de la palabra, y ya, si hablo de la que compartimos en la intimidad…

Buf, solo con pensarlo un calor abrasador me sacude de principio a fin. Él y yo somos puro fuego. Los meses que llevamos juntos se han convertido en un auténtico descubrimiento y la pasión desmedida me tiene loca perdida, lo que me lleva a una cuestión la mar de simple.

¿Quieres saberla?

Es fácil: las ganas que nos tenemos siempre, sin importar el día, la hora o el lugar. En cuestión de sexo, es cierto que he llegado un pelín tarde, pero te juro por lo más sagrado que el empeño por ponerme al día es alentador, sin contar que, por ende, también agotador.

No paramos. Es superior a nuestras fuerzas, y hoy, que hemos quedado con los chicos para tomar algo, mucho me temo que, por vez consecutiva, llegaremos tarde.

¿Adivinas el motivo?

—Joder, nena, esto no es ni medio normal.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientras trato de que el ritmo del corazón se acompase.

Espera, espera, que te pongo en antecedentes. Resulta que se suponía que ya casi estábamos listos para acudir al bar de Mat.

Todo iba bien, de verdad que sí, solo que en el último momento a Ry le ha bastado entrar en el baño, y nada, ha sido ver el color rojo de mi ropa interior y hala. A lanzarse sobre mí como si estuviese muerto de hambre.

¿Lo estará?

No lo descarto, no, y aquí, siendo franca, yo también me meto en la ecuación.

Una simple mirada es suficiente para que despierte a la loba que llevo dentro, y total, que terminamos haciéndolo sobre el mueble del lavabo, lo que significa que, por mucha prisa que nos demos, la conclusión es la de siempre: seremos los últimos.

Pobre.

La que le va a caer.

—¿Cómo que a qué me refiero? Eres mala, muy mala —añade quitándose el preservativo y tirándolo a la papelera—. La próxima quedada hazme el favor de echar el cerrojo. Sabes de sobra que soy incapaz de apartar las manos de tu cuerpo, y si encima te pones la lencería roja…

—¿Con lo que me gusta provocarte? Ni de broma, y ahora, vamos. Los chicos se estarán frotando las manos.

—Amor, no tiene gracia.

—Oye, Ry, y digo yo que, ya que llegamos tarde, ¿por qué no les hacemos esperar un poco más? —insinúo abriendo la ducha y deshaciéndome de la única prenda que llevo puesta. El sujetador de encaje, todo lo demás yace esparcido por el suelo, y mi chico me lanza una mirada incendiaria de las suyas, lo que equivale a lo que ya sé.

He vuelto a salirme con la mía.

—Joder, un día de estos vas a matarme.

***

Ryan

Según accedemos al bar, observo el paseíllo que ya está esperándome, y me encabrono yo solo.

Mierda.

¿Acaso no van a cansarse nunca de darme collejas?

Por lo visto, no. Las caras de mis compañeros radian de felicidad y soporto el castigo por llegar tarde, mientras las chicas se parten de la risa a mi costa.

Una vez que termina el ritual, proceden a pedir otra ronda de cervezas. Hoy también me toca pagar, pero oye, pensándolo bien ¿qué más da?

Merece la pena, y no caigo en la tentación de recordar lo sucedido en el baño de mi casa hace escasos minutos, de hacerlo, no tardaría en empalmarme, y ni de coña les daré más munición a estos salidos entrometidos.

No.

Ni de coña.

Sería mi perdición.

Y por ahí sí que no.

—La hostia, *bro,* —habla Marcus el primero, tendiéndome la birra—, pero, a ti, qué te pasa, ¿que no te cansas de follar o qué?

—Nunca.

—Hay que joderse, vaya ritmo lleváis, a ver cuándo decidís pasar por el altar y os comportáis como cualquier pareja normal. Dais una envidia…

—Oye, oye —interviene Logan al sentirse aludido—, yo me caso en un mes y te aseguro que seré el primero que rompa esa estúpida regla.

—Eso ya lo veremos —ríe el capitán señalándole con el dedo —, ¿hacemos una apuesta?

—Bueno, ya empezamos —se carcajea Morgan.

—Las que tú quieras, capitán. —Se envalentona Logan cuadrándose frente a su superior—. No pienso perder ninguna.

—Vale, y que conste que recurriremos a Amelia para averiguar si nos mientes. Si por un casual bajas el ritmo cuando pertenezcas al club de la soga, pagarás las consumiciones de un mes entero, por bocas y por sobrado.

—Hecho.

—Mmm, me gusta la apuesta, —afirmo con mi mejor sonrisa, viendo algo de luz al final del túnel—, así dejaré de ser el pringado que paga en cada quedada, porque llevo una racha…

—Ah, no, ni de coña. —Logan se acerca hasta mi posición y… ¡Zas! No tarda en regalarme uno de sus famosos codazos—. Tú no te libras. Si sigues llegando tarde ya veremos cómo lo compensas, pero, que sepas, que de las collejas no te libra nadie. Ni Dios, ¿estamos?

—Vamos, tío, no me jodas…

—Autocontrol, macho, solo eso. Tampoco es tan difícil.

—Ja, ja, ja, qué gracioso eres.

—No lo sabes tú bien.

—Bueno, qué, ¿brindamos? —añade Morgan alzando su botellín, mientras el resto seguimos sus pasos—. Brindo por la farmacia en la que nuestro Ry compra los condones. Tío, las ganancias deben de haber aumentado una barbaridad desde que te has echado novia, y mira que eso es raro de narices.

—Que te jodan, Morgan.

—Amén.

Y ahí nos quedamos los seis, compartiendo risas y bromas con los que ya son una familia para mí, mientras le guiño un ojo a Noah con una cara de tonto…

Estoy enamorado.

Es verdad.

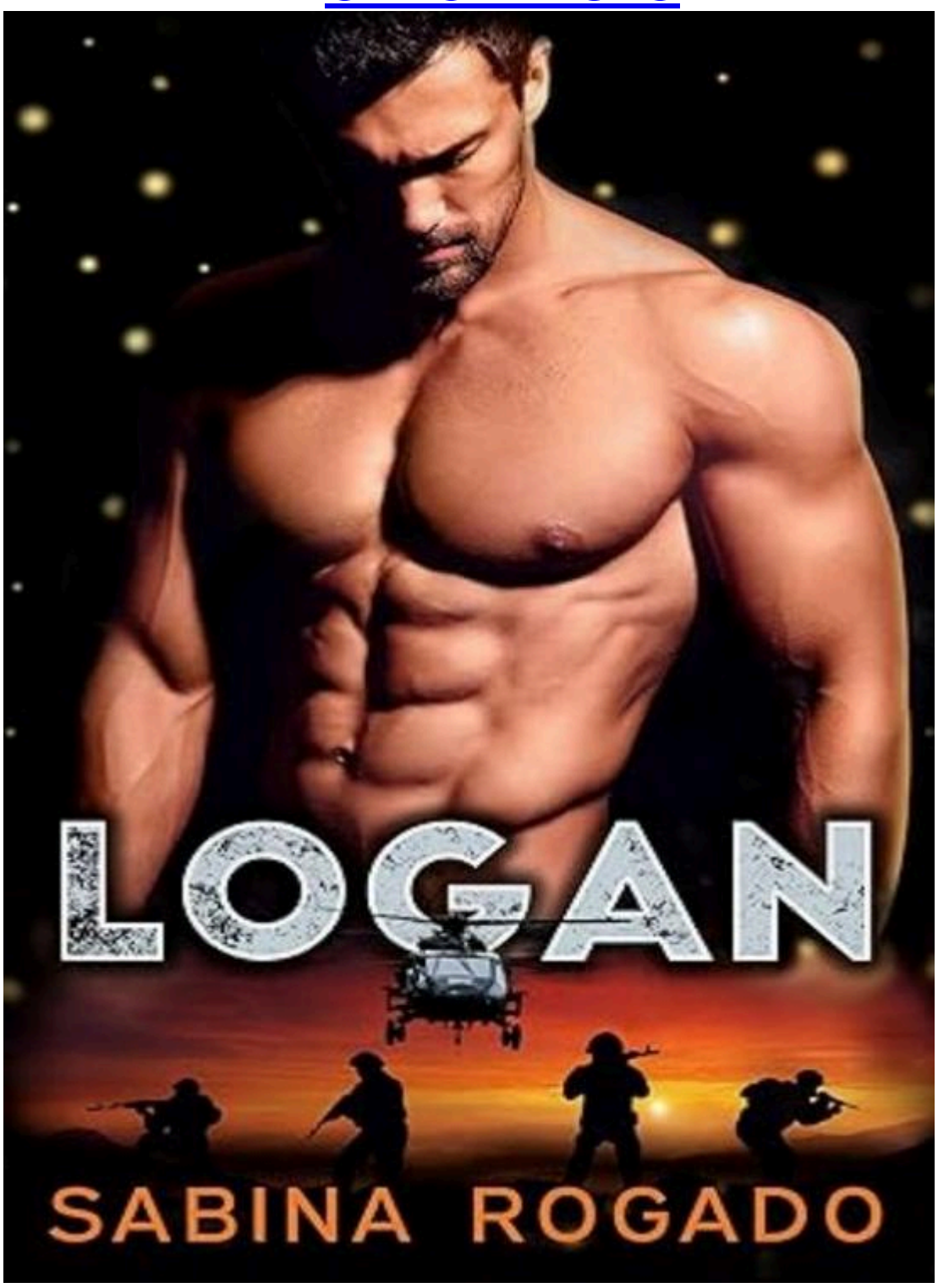
Podría incluso decir que hasta las trancas, y confirmo que me encuentro en el mejor momento de mi vida.

Sí, es así.

¿Quién lo iba a decir del que se suponía que estaba destinado a ser un soltero empedernido por el resto de los restos?

FIN

OTRO TÍTULO



Logan pertenece a una unidad militar de élite. Está acostumbrado a luchar en misiones consideradas de alto riesgo y en la última resulta herido de gravedad. Mientras se recupera, decide visitar a su familia en el condado de San Diego, pero la proximidad con la frontera de México le deparará un conflicto inesperado que supondrá un antes y un después.

Amelia es una chica mexicana privada de su libertad. Su vida corre peligro y aprovecha un descuido para huir del país. El trauma por el que ha pasado es de tal calibre que le resulta imposible fiarse de nadie, ni siquiera del hombre que se empeña en ayudarla a pesar del peligro que supone.

Un secuestro. Una recompensa.

Un cártel sanguinario.

Y la unión de un equipo dispuesto a saltarse las reglas con un único propósito.

https://amzn.eu/d/2qNknQt

TU OPINIÓN IMPORTA

Sí, por supuestísimo que tu opinión importa, y mucho, es por ello que quiero agradecerte que hayas leído la historia de Ryan y Noah, una novela escrita con y desde el corazón.
Y, por último, hacerte una petición. Si te ha gustado, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon, siempre es importante y con el gesto me estarás ayudando a llegar a más lectoras.

Lo dicho, gracias, gracias y graciasss.

[i] Equipo especial del SEAL que responde directamente al Mando Conjunto de Operaciones Especiales. Creado en octubre de 1980 y con su base en Dam Neck, en la Estación Aeronaval de Oceanía, Virginia. Los miembros del equipo son especialistas en todas las modalidades de salto en paracaídas, combate a cuerpo, armas, rescate de rehenes… Tienen un entrenamiento superior al resto del SEAL y está considerada como una de las fuerzas especiales más preparadas a nivel mundial.

[ii] Se refiere a la relación con Amelia. Si quieres saber su historia la encontrarás en LOGAN.